

# JAPÓN INEXPLORADO

**ISABELLA BIRD**

TRADUCCIÓN Y EDICIÓN  
DE CARLOS RUBIO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE  
*ediciones*

## SOBRE LA AUTORA



ISABELLA LUCY BIRD (Boroughbridge, 1831 - Edimburgo, 1904)

Escritora, naturalista, fotógrafa, exploradora, nació en el seno de una familia de clase media británica. Hija del reverendo Edward Bird, se educó de forma autodidacta en la biblioteca de la casa familiar y desarrolló una gran curiosidad por diversas materias, como geografía e historia natural, además de convertirse en una ávida lectora. Mujer de gran temperamento y de salud enfermiza, inició pronto una vida de esforzados viajes en solitario costeándolos con la pequeña fortuna familiar y en busca de alivio para sus dolencias, que parecían sanar con creces en cada una de sus aventuras.

Tras recorrer Australia y los Estados Unidos inicia con este viaje a Japón una serie de travesías por Asia que la llevarán a China, Corea, Vietnam, Singapur y Malasia. Casada por pocos años, estudia medicina una vez viuda y decide emplear los restos de su herencia como misionera en India recorriendo Ladakh, Tíbet, Persia, Kurdistán, Turquía e Irán.

Es, sin duda, una de las grandes viajeras del XIX y la primera mujer en ingresar, por méritos propios, en la Royal Geographical Society. Su relato de un Japón inexplorado fue uno de los más singulares y tempranos testimonios llegados a Europa sobre este misterioso país.

## SOBRE EL LIBRO

Por primera vez en castellano el relato de un viaje asombroso realizado en solitario por una mujer que hizo época al retratar los misterios del inexplorado Japón del siglo XIX. Aislado, cerrado a los extranjeros, muy pocos occidentales se adentraban en el interior del país, e islas como la actual Hokkaidō, guardaban secretos sin desvelar. Auténtica pionera, mujer valiente, de sólidas convicciones, y más que probada curiosidad, Bird atraviesa la espina dorsal del norte de Japón mostrando la ignota vida rural y visitando remotas tribus aborígenes como los antiquísimos ainus, de cuya cultura poco o nada se tenía noticia en Europa.

No será un viaje fácil, ni cómodo. A pie, a caballo, en barco, sampán o kuruma, allá donde va despierta curiosidad y su presencia convoca muchedumbres asombradas. Valiente y nada convencional, la vemos disfrutar a pesar de la comida, las pulgas, la dificultad de los caminos, o la ausencia de intimidad en las chadoyas, mientras que su afilada mirada nos desvela un Japón rebotante de prodigioso encanto. Traducido y editado con esmero por el profesor Carlos Rubio, su lectura revive hoy el hechizo de una cultura, lejana y distinta, que no deja de sorprendernos.

*Nadie ha igualado a Isabella Bird. Una viajera,  
escritora y pionera de la que puede estar bien  
orgullosa la más brava feminista y admirará el  
más recalcitrante de los machistas.*

## JAN MORRIS

*Su brillante inteligencia y su extrema curiosidad por el mundo exterior, hicieron que su mente y su naturaleza en general no pudieran ser reducidas ni endurecidas por la atmósfera estrictamente evangélica de su infancia.*

## THE TELEGRAPH

*Una decidida aventurera y cronista que cautivó a la Inglaterra victoriana y abogó incansablemente por el empoderamiento de las mujeres..*

## THE GUARDIAN

# Japón inexplorado

ISABELLA  
BIRD



# Japón inexplorado

ISABELLA  
BIRD



EDICIÓN, TRADUCCIÓN  
Y PRÓLOGO DE CARLOS RUBIO



**LA LÍNEA DEL HORIZONTE**  
*ediciones*

COLECCIÓN SOLVITUR AMBULANDO | Nº7

# Japón inexplorado

ISABELLA  
BIRD



Título original: *Unbeaten tracks in Japan*  
Primera edición original: John Murray, London, 1880 (2 Vols.)



Título de esta edición: *Japón inexplorado*  
Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, octubre de 2018  
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES, 2018  
[www.lalineadelhorizonte.com](http://www.lalineadelhorizonte.com) | [info@lalineadelhorizonte.com](mailto:info@lalineadelhorizonte.com)



© de la edición, traducción y prólogo: Carlos Rubio  
© de la cartografía: Blauset



© de la maquetación y el diseño gráfico: Montalbán Estudio Gráfico  
© de la maquetación digital: Valentín Pérez Venzalá



ISBN mobi: 978-84-17594-05-3 | IBIC: WTL; 1FPJ



Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

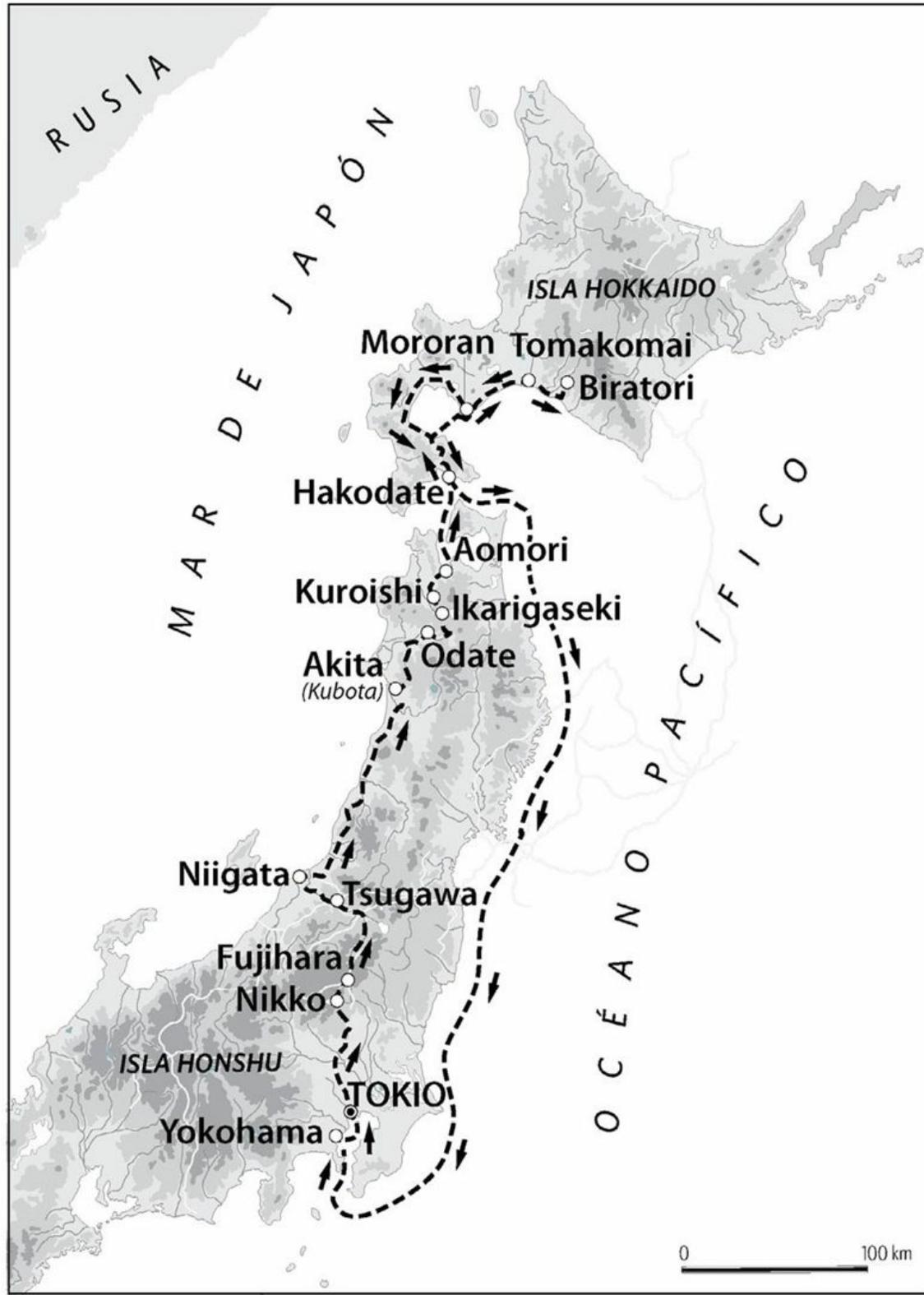
# Índice

PRÓLOGO  
*Carlos Rubio*

PREFACIO DE LA AUTORA

CARTAS DE LA 1 A LA 44

GLOSARIO



## PRÓLOGO

**L**os buenos relatos de viajes, como el que tiene en sus manos, producen sobresaltos. Y también contribuyen a hacer humilde —y por eso, sabio— a quien los lee.

Ambos efectos se observan con más claridad cuando el destino del viaje es un país de costumbres y actitudes vitales llamativamente ajenas a las nuestras. Como Japón. El sano asombro por la diferencia se vuelve más intenso si el Japón documentado resulta no ser el de las urbes, sino el rural, donde las usanzas y tradiciones suelen resguardarse mejor; tampoco es el Japón de ahora, ni siquiera el inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial cuando el país se embarcó en una despiadada occidentalización. Es el Japón de hace ciento cuarenta años.

En 1878, que es de cuando data esta crónica viajera, Japón acababa de abrir sus puertas al mundo exterior tras descolgar de ellas el cartel de «país prohibido» firmemente adherido durante casi tres siglos. Ese mismo año el nuevo gobierno japonés, reformista a ultranza, había decretado la abolición de la *two-sworded class*, la clase social de los samuráis, amén de impulsar una batería de medidas modernizadoras (léase occidentalizadoras). La llegada de ávidos viajeros occidentales, que entran en el Japón virgen siguiendo la estela de comerciantes y misioneros, y que conformarán el imaginario de los occidentales sobre un país valorado como quintaesencia del exotismo, no se produjo hasta finales de la década de 1890 (Loti, Kipling, Hearn). Pero se les adelantó alguien. Y además, mujer, hecho a destacar en unos tiempos en los que el viaje de aventura era cosa de hombres. Y sola, en cuanto a compañía de otros occidentales se refiere.

Fue una inglesa llamada Isabella Bird. Esta intrépida y curtida viajera, nueva Alicia en el país de las maravillas, era hija de un pastor protestante y, sobre todo, de su tiempo: la Inglaterra victoriana de mediados del siglo XIX. Precisamente en la filiación cultural de la autora de estos relatos el lector podrá hallar una fuente de frecuentes sobresaltos y de inteligentes sonrisas. Un arraigado instinto de superioridad étnica, bandera del agresivo colonialismo de la época, asoma una y

otra vez en observaciones que fácilmente hoy denominaríamos «racistas» o, cuando menos, «políticamente incorrectas», y que pueden escandalizar a algún sensible lector que no tenga en cuenta los años en que estos fascinantes relatos fueron escritos. Nuestra viajera, representante de las nociones etnocéntricas más crudas de su tiempo, no vacila en afirmar varias veces que los japoneses son «feos» o de un «físico miserable» a pesar, eso sí, de su depurada cortesía y amabilidad; o que los ainus —los aborígenes con quienes convivió en Hokkaido— son de dulce aspecto no obstante ser tan peludos; o que la apariencia de una mujer de esta etnia es de tal fealdad que difícilmente se podría decir de ella que es un ser humano (*hardly human in her ugliness*). Escandalizarse hoy por esta franqueza nos parece caer en el mismo puritanismo victoriano del que nuestra viajera, mujer osada y vanguardista en su tiempo, supo zafarse a juzgar por sus observaciones sobre moralidad y civilización en la segunda parte del libro.

Por otro lado, resulta difícil enjuiciar esas crudas observaciones porque empleamos como parámetros valores y criterios del presente, por muy universales y «eternos» que nos parezcan. Una de las emociones más firmes del buen viajero es el zarandeo continuo que experimentan sus categorías culturales. Para Isabella Bird amabilidad y fealdad en la misma persona debía de ser un matrimonio tan insólito como imposible; para otro viajero que llegó a Japón antes que ella, el comerciante suizo Aimé Humbert, lo insólito fue descubrir que «los japoneses no llevan ropa interior a pesar de lavarse todos los días»; para Alexander Valignano y los otros misioneros que llegaron al archipiélago nipón en el siglo XVI, lo insólito fue comprobar que los japoneses eran «rationales en extremo, pundonorosos, elegantes y honorables» a la vez que «idólatras, crueles y sodomitas»<sup>1</sup>. Y es que toda observación sobre el Otro, especialmente si causa pasmo, comporta un grado de tensión intercultural, afortunadamente nunca resuelta para quienes valoramos la pluralidad y diferencias entre los pueblos. La marcada dicotomía occidental de bueno/malo o de hermoso/feo —en el caso de Humbert, de limpieza/no llevar ropa interior— era intrínseca al rol de aquellos intrusos en un país extraño, fueran diplomáticos, misioneros, comerciantes o simples viajeros en busca de salutíferas novedades como fue el caso de la dama inglesa. Tengamos presente que nuestros criterios, valores y buenos modos —el hecho de que no podamos decir que es feo a quien nos parezca feo— pertenecen al tiempo en que vivimos, por lo que no son exactamente nuestros, aunque así

nos guste llamarlos, sino frutos de un credo hermenéutico que varía con el paso de los siglos. Por eso, contempladas desde la perspectiva que nos proporciona la rueda del tiempo, tales dicotomías tan, digamos, «nuestras», adquieren el encanto de lo pintoresco. Para John Ruskin, el crítico de arte británico, la belleza pintoresca es la fusión de, por ejemplo, una obra arquitectónica varios siglos después de ser construida con la hiedra, las zarzas que surgen a su alrededor y con otras manifestaciones espontáneas de la naturaleza, como la erosión, los líquenes, el musgo, la pátina del tiempo, las grietas mismas del edificio.

Hubiera sido criminal que nosotros, como editores o traductores de una obra escrita hace casi siglo y medio, diluyéramos esa belleza pintoresca, raspáramos esos líquenes y musgos, con las púas del amable cepillo de eufemismos, despistes léxicos o ambigüedades semánticas. Que, por ejemplo, en lugar del *ugly* del original inglés, tradujéramos «poco agraciado» o «de rasgos poco favorecidos», y no simplemente «feo». Deliberadamente, en efecto, y en aras de la fidelidad al original, hemos deseado preservar el testimonio de lo que hoy nos puede parecer candor etnocéntrico o rudeza racista. Así, tal vez, induzcamos a que el lector inteligente realice un segundo recorrido: un viaje al interior de la mentalidad de esta extraordinaria mujer, hija aventajada de los prejuicios de su época.

Una segunda observación antes de dejarla hablar. El prurito cientifista y el afán de meticulosidad descriptiva, muy de la prosa decimonónica de viajes, de que hace gala nuestra viajera, han determinado que hayamos suprimido algunos largos y tediosos pasajes. Especialmente los párrafos dedicados a descripciones pormenorizadas del paisaje, del clima, de especies botánicas y de algunos monumentos —como el templo Sensō-ji en el barrio tokiota de Asakusa y el santuario Toshogu en Nikko—, pocos, pues los viajes discurren por las zonas rurales del norte del país. La ausencia en su tiempo de fotografías e instrumentos de medición precisos puede justificar la tediosa pormenorización descriptiva. El lector moderno, sin embargo, con acceso instantáneo a reproducciones visuales de monumentos y paisajes encontraría poco tolerable la lectura de los pasajes no traducidos. Aparte de respetar naturalmente la secuencia narrativa del relato viajero, en formato epistolar como explica la autora en su Prefacio, en nuestra selección hemos mantenido la integridad de aquellas partes del libro relativas a las reacciones de la viajera a cuanto veía de novedoso, a los avatares de un viaje

frecuentemente erizado de penalidades —entre las que la agresividad de las pulgas y la falta de intimidad en las posadas no eran las menores—, a las divertidas reacciones de las personas con quienes se encontró, a las peregrinas costumbres, muchas ya desaparecidas, a la descripción de los momentos de exaltación viajera, a los encuentros humanos. Entre estos, son de destacar los que sostuvo con los ainus por su extraordinario valor como documento antropológico y etnográfico. Ocupan la cuarta parte final del libro y su valor es redoblado si consideramos la rápida extinción cultural sufrida por esta etnia en las tres o cuatro décadas siguientes al viaje de la autora.

Crudeza y candor. Dos valiosos billetes para saborear plenamente un viaje de verano de más de dos mil kilómetros por el desvanecido Japón de 1878. Con sobresaltos.

CARLOS RUBIO

## PREFACIO DE LA AUTORA

**E**n abril de 1878, tras la recomendación de abandonar mi hogar para recobrar la salud por medios que antes habían demostrado ser útiles, decidí visitar Japón. Lo que me atraía no era tanto la excelente reputación de su clima, como la certeza especial de que poseía esos atractivos rotundos y novedosos que conducen tan esencialmente al disfrute y el restablecimiento de un solitario buscador de salud. El clima me decepcionó, pero, a pesar de que el país me pareció más digno de estudio que de embeleso, su interés superó mis mayores expectativas.

Esto no es un «Libro sobre Japón», sino una narración de viajes por Japón y un intento de contribuir al conocimiento de la situación actual del país. Cuando viajé durante algunos meses por el interior de su isla principal y por Yezo (Hokkaido), fue cuando decidí que el material era lo suficientemente novedoso como para hacer una contribución valiosa. Desde Nikkó [*sic*] hacia el norte, mi viaje discurrió fuera de los caminos explorados, pues nunca había sido atravesado en su totalidad por ningún europeo. Viví entre japoneses y presencié su modo de vida en regiones no contaminadas por el contacto europeo. A lo largo de mi ruta, en calidad de dama viajando en solitario y de la primera mujer europea vista en varias provincias, mis experiencias difieren más o menos ampliamente de las de los viajeros precedentes; al mismo tiempo que de forma directa y testimonial puedo ofrecer un relato mucho más completo de los aborígenes de Yezo, obtenido por un conocimiento sobre ellos más real de lo que hasta ahora se ha dado. He aquí mis principales razones para ofrecer al público este volumen.

Decidí con cierta renuencia que el formato principal sería el de cartas escritas desde el lugar a mi hermana y a un círculo de amigos personales, ya que esta forma de publicación implica el sacrificio de la disposición artística y el tratamiento literario, y requiere una cierta cantidad de egotismo; pero, por otro lado, coloca al lector en la posición del viajero y lo hace compartir las vicisitudes del viaje, la incomodidad, la dificultad y el tedio, así como la novedad y el disfrute. Los «caminos hollados», a excepción de Nikkó, han sido reflejados en

pocos párrafos, y cuando sus circunstancias han sufrido cambios notables en pocos años, como es el caso de Tokiyo (Tokio), se han esbozado más o menos. Muchos temas importantes necesariamente se han pasado por alto.

En el norte de Japón, a falta de otras fuentes de información, y a través de un intérprete, tuve que aprender todo de la propia gente, y cada hecho hubo de ser desenterrado con sumo cuidado de entre una masa de basura. Los propios Ainus suministraron la información que se da sobre sus costumbres, hábitos y religión; pero tuve la oportunidad de comparar mis notas con algunas tomadas casi al mismo tiempo por el señor Heinrich Von Siebold de la Legación austríaca, y encontré coincidencias satisfactorias sobre todos los temas.

Algunas de las Cartas ofrecen una imagen menos agradable de la condición del campesinado que la presentada popularmente, y es posible que algunos lectores deseen que hubieran sido dibujadas de manera menos realista, pero, como las escenas son estrictamente representativas, y ni las inventé, ni fui en su búsqueda, las ofrezco tal cual en interés a la verdad ya que ilustran la naturaleza de una gran parte del material con el que el gobierno japonés tiene que trabajar en la construcción de una Nueva Civilización.

La exactitud ha sido mi primer objetivo, pero las fuentes de error son muchas; por ello, si a pesar del cuidado, he incurrido en errores, espero un juicio benevolente de aquellos que han estudiado Japón con más detenimiento y conocen mejor sus dificultades.

Las Actas de las Sociedades Asiáticas inglesas y alemanas en Japón me brindaron una valiosa ayuda, así como algunos documentos sobre temas especiales del país, incluyendo «A Budget of Japanese Times», en los periódicos *Japan Mail* y *Tokiyo Times*. Agradezco también el apoyo que me manifestaron Sir Harry S. Parkes, K. C. B., el señor Satow de la Legación de H. B.M., el señor Dyer, director de Educación, el señor Chamberlain del Imperial Naval College, el señor F. V. Dickins y otros, cuyo amable interés en mi trabajo a menudo me animaba cuando andaba desanimada por mi falta de habilidad; pero, en justicia, a pesar de la gentileza de estos y otros amigos, me apresuro a responsabilizarme absolutamente por las opiniones expresadas que, de forma correcta o incorrecta, son totalmente mías.

Las ilustraciones, con la excepción de tres, que son de un artista japonés, han sido grabadas a partir de bocetos de fotografías mías o de otros autores

japoneses.

Soy dolorosamente consciente de los defectos de este volumen, pero me atrevo a presentarlo al público con la esperanza de que, a pesar de sus deméritos, pueda aceptarse como un intento honesto de describir las cosas tal como las vi en Japón, durante un viaje por tierra de más de más de dos mil trescientos kilómetros.

Desde que las cartas pasaron por imprenta falleció mi querida y única hermana a la que, en primera instancia, fueron destinadas. Su hábil y ponderada crítica, así como su cariñoso interés, fue la inspiración de mis viajes y relatos.

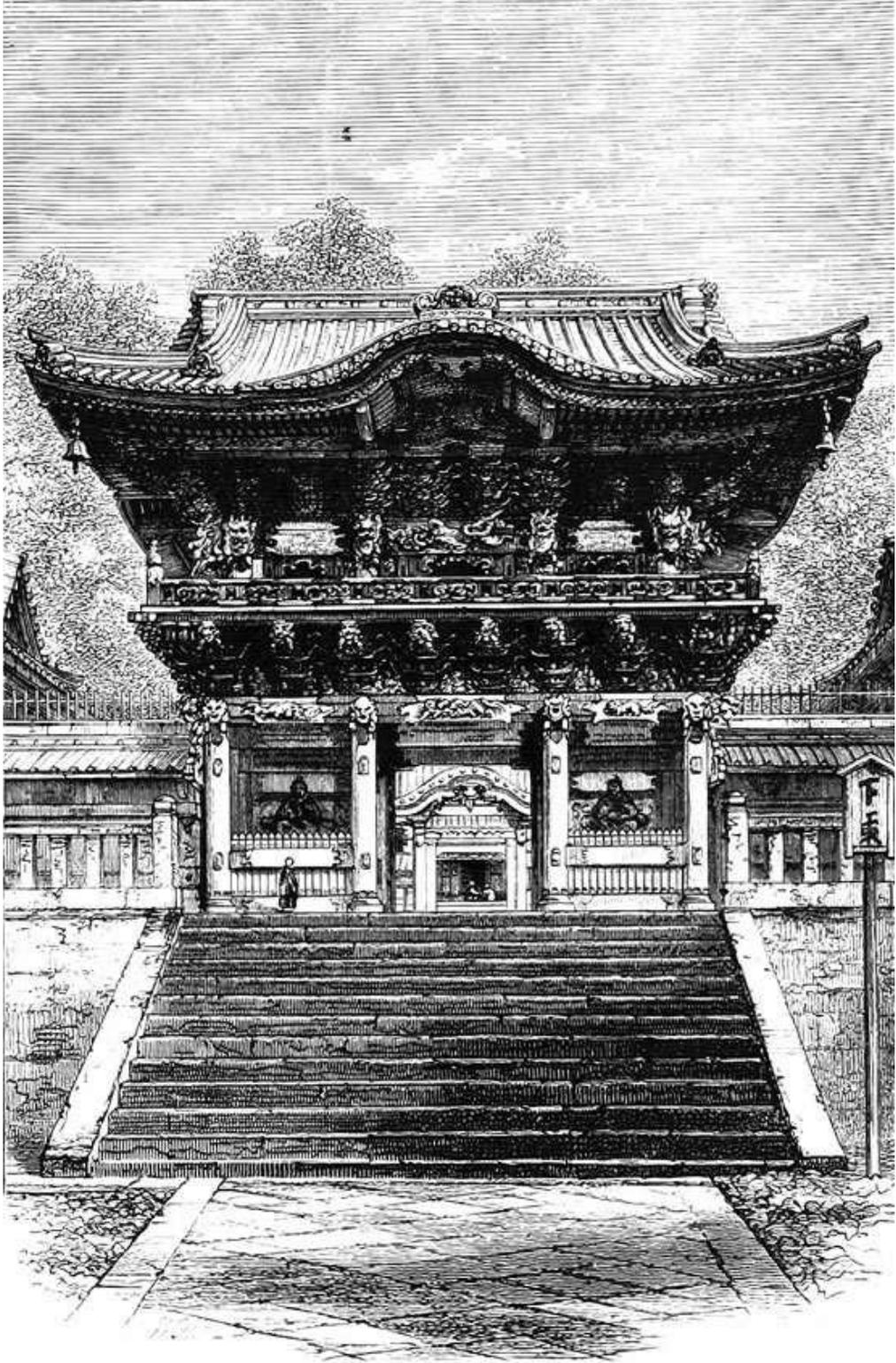
ISABELLA L. BIRD



**JAPÓN**  
**INEXPLORADO**

ISABELLA BIRD





TEMPLO DE YOMEI

## CARTA 1

*Hotel Oriental, Yokohama. 21 de mayo [de 1878]*

Tras dieciocho días mecidos sin parar en los brazos de la desolada superficie de mares lluviosos, ayer temprano por la mañana apareció «la ciudad de Tokiyo» detrás del cabo Rey y a mediodía navegábamos por el golfo de Yedo, bastante cerca de la costa. Era un día suave y gris con un cielo de tonos ligeramente azulados; y, aunque el litoral de Japón es mucho más atractivo que la mayoría, ni los colores ni las formas del mismo me depararon sorpresas sobrecogedoras. Del borde del agua se yerguen cadenas de montes boscosos separados por profundos barrancos, mientras que aldeas grises y de tejados de pronunciada pendiente se apelotonan cerca de donde mueren las quebradas. Los bancales, dedicados al cultivo del arroz y brillantes con el mismo verdor del césped mejor cultivado, ascienden hasta una gran altura en medio de oscuras masas forestales. Resulta muy impresionante la densidad demográfica de la costa. Asimismo, el golfo aparece por todas partes poblado de barcos pesqueros, cientos de los cuales, o más bien miles, dejamos atrás al cabo de cinco horas de navegación. La costa y el mar presentaban tonos pálidos, y pálidas también se mostraban las embarcaciones con sus cascos de madera sin pintar y las velas de dril inmaculadamente blancas. De vez en cuando aparecía un junco de proa alta deslizándose como un galeón fantasma; entonces nuestro vapor aminoraba la marcha para evitar el exterminio de una flotilla de pesqueros de forma triangular y cuadradas velas blancas. Y así, hora tras hora por la superficie grisácea y anodina del mar.



MONTE FUJI DESDE UNA ALDEA

Llevaba mucho tiempo deseando en vano contemplar el monte Fuji a pesar de haber escuchado exclamaciones arrobadas de mis compañeros de pasaje, hasta que, al mirar por accidente hacia el cielo y no hacia el este, distinguí a lo lejos y más alto que cualquier posible elevación, un inmenso cono truncado de nieve pura. Sus 3.986 metros sobre el nivel del mar ascienden en dos gloriosas curvas, muy delicadas, recortándose sobre un cielo de palidísimo tono azul, y manteniendo la base y el paisaje intermedio velados por una descolorida bruma gris<sup>2</sup>. Fue una visión maravillosa apenas vislumbrada pues desapareció unos instantes después. Con la excepción del cono de Tristan de'Acunha, también nevado, nunca había visto una montaña erguirse con tal majestuosa soledad, sin tener nada, ni cerca ni lejos, que le restara altura y grandeza. No es de extrañar, por tanto, que sea considerada sagrada y tan entrañable para el pueblo japonés que sus artistas nunca se cansan de representarla. La primera vez que la vi estaba a casi ochenta kilómetros de distancia.

El golfo se estrechaba haciéndose más visibles los montes de arboladas crestas, los bancales de las quebradas, las pintorescas y grises aldeas, la tranquila

vida de la playa y las masas de tenue azul que formaban las montañas del interior. El monte Fuji se retiró tras la niebla dentro de la cual despliega su magnificencia durante casi todo el verano. Dejamos atrás la bahía del Recibimiento, la isla Perry, la isla Webster, el cabo Saratoga y la bahía Mississippi —nomenclatura estadounidense que perpetúa los éxitos de la diplomacia norteamericana—<sup>3</sup> y no lejos de la punta del Tratado avistamos un buque-faro de color rojo con las palabras «punta del Tratado» inscritas en grandes letras. Aparte de esta embarcación, no se permite aquí atracar ningún barco extranjero.

Me quedé tranquila cuando me vi libre del bullicio de mis compañeros de pasaje, muchos de los cuales volvían a casa y todos supuestamente con amigos que los estaban esperando en el muelle. Aproveché para contemplar Yokohama, una ciudad extraña y escasamente atractiva, y la tierra de gris claro que se extendía ante mis ojos. Pude también meditar con cierta tristeza sobre el destino que me había traído a estas peregrinas costas donde no tenía ni un conocido. Cuando atracó el barco, enseguida fuimos rodeados por una multitud de botes nativos, llamados por los extranjeros *sampanes*; y el doctor Gulick, pariente lejano de uno de mis amigos de Hilo, que había subido a bordo para recibir a su hija, me dio una cordial bienvenida y me libró de todas las molestias de los trámites del desembarco. A pesar de lo destartado de su aspecto, estos *sampanes* son guiados con gran destreza por los barqueros los cuales daban y recibían choques entre sus respectivas embarcaciones con buen humor y sin los gritos ni las injurias que suelen oírse de los barqueros de otros países cuando compiten entre sí.

En la posición de pie los barqueros guían sus pequeñas naves con una espadilla que apoyan en los muslos. Llevan todos una única y ligera prenda de vestir de algodón azul de anchas mangas, que no está ceñida ni atada a la cintura, y calzan sandalias de paja sujetas por una correa que pasa entre el dedo gordo y los otros dedos del pie. Se cubren la cabeza con un paño también de algodón azul atado alrededor de la frente. La única prenda de vestir del tronco, que no pasa de ser una excusa para no ir desnudos, deja a la vista un pecho hundido y unas extremidades enjutas. En la piel muy amarilla de sus cuerpos se tatúan animales de su propia mitología. La tarifa por usar el *sampán* está fijada de antemano, de modo que cuando el viajero pisa tierra, su ánimo se halla libre de peticiones abusivas.

Lo primero que me impresionó al pisar tierra fue la ausencia de vagabundos y que todas las personas que vi en la calle se hallaban ocupadas en algo. Todas eran pequeñas, feas, zambas, de aspecto pobre pero amable, hombros redondos, pechos hundidos y piel reseca. En lo alto de la plataforma de tierra, había un restaurante ambulante, un bonito mueble de lo más compacto, con su cocina de carbón y un completo utillaje para cocinar y comer. Parecía haber sido fabricado por y para muñecas, y el hombrecillo a cargo no medía más de metro y medio. En la Aduana nos atendieron funcionarios igualmente diminutos enfundados en uniformes europeos de color azul y botas de cuero: criaturas muy educadas que después de abrir y examinar minuciosamente nuestros baúles, volvieron a cerrarlos y atarlos con correas. ¡Qué agradable contraste el de estos hombres con los insolentes y rapaces funcionarios que hacen el mismo trabajo en Nueva York!



Fuera había unos cincuenta carritos llamados *jin-ri-ki-sha*, tan populares ahora, en medio de un aire lleno del zumbido producido por la rápida repetición de esta tosca palabra pronunciada en cincuenta lenguas. Este vehículo de tracción humana, como sabes, constituye una imagen emblemática del Japón de hoy y su importancia no deja de crecer de día en día. Fue inventado hace solo siete años y solo en esta ciudad ya debe de haber casi veintitrés mil. Los hombres que lo

conducen ganan mucho más que en otro oficio cualificado; tanto es así que miles de jóvenes vigorosos abandonan el campo y acuden en tropel a las ciudades para convertirse en animales de tiro, a pesar de que, según se dice, el promedio de vida de un hombre desde que se dedica a correr tirando de este carrito es solo de cinco años, pues muchos no tardan en caer víctimas de graves afecciones pulmonares y cardíacas. En una superficie más o menos llana, un buen conductor de estos carritos puede trotar casi sesenta y cinco kilómetros al día, a una velocidad media de poco más de seis kilómetros por hora. Todos los vehículos están registrados y los que tienen capacidad para llevar a dos personas pagan un impuesto anual de casi dos yenes, un yen si solo pueden transportar a una. Están sujetos a tarifas fijas dependiendo del tiempo que tardan y de la distancia recorrida.

El *kuruma* o *jin-ri-ki-sha*<sup>4</sup> consta de un chasis ligero como el de un carrito de bebé, con una capota ajustable de papel impermeable, de una tapicería de terciopelo o tela en el interior, de asiento con su respaldo, de espacio para el equipaje debajo del asiento, de dos ruedas altas y delgadas y de un par de lanzas o varas unidas en los extremos por una barra. La carrocería del vehículo suele estar lacada y decorada según el gusto del propietario. Algunos muestran escasa ornamentación a no ser por remaches de latón bruñido; otros tienen incrustaciones de conchas conocidas como orejas de Venus, mientras que los hay también pintados llamativamente con dragones contorsionados o ramos de peonías, hortensias, crisantemos y figuras mitológicas. Las dos lanzas se apoyan en el suelo formando un ángulo agudo cuando el viajero sube al vehículo, acción que requiere mucha práctica si se desea ejecutar con soltura y dignidad. Después, el conductor eleva las lanzas. Se coloca entre ellas, retrocede ligeramente y echa a correr tirando del carrito. Dependiendo de la velocidad deseada por el pasajero, este puede ser tirado por uno, dos o tres hombres. Cuando llueve, se extiende la capota hasta cerrar todo el interior con lo cual el pasajero se hace invisible desde fuera. Por la noche, cuando el vehículo se desplaza o está parado, estos *kurumas* llevan faroles circulares de papel de poco menos de medio metro de alto y pintados en atractivos colores. Resulta de lo más cómico ver a corpulentos y rojizos comerciantes, misioneros, hombres y mujeres, señoras vestidas a la moda, agentes chinos y campesinos japoneses de ambos sexos ser transportados en volandas en estos carritos, todos ellos felizmente inconscientes del ridículo

aspecto que muestran corriendo, persiguiéndose, cruzándose unos con otros, zarandeados de allá para acá por unos conductores enjutos, corteses y agradables tocados de grandes sombreros semejantes a cuencos invertidos, ataviados con incomprensibles pantalones cortos de color azul y blusones igualmente azules en los que se ven impresos blancos caracteres chinos y blasones, hombrecillos de amarillos rostros chorreantes de sudor, que ríen y vociferan mientras evitan chocar entre sí por puro milagro.

Después de visitar el Consulado británico, monté en uno de estos *kurumas* y, con otras dos señoras que tomaron sendos vehículos, me dejé llevar a una velocidad furiosa por un hombrecillo que no hacía más que reír. La calle principal que recorrimos era estrecha, pero todo a lo largo estaba bien pavimentada, flanqueada de aceras bien tendidas, con bordillos, alcantarillas, farolas de hierro con luces de gas y tiendas de productos extranjeros. Llegamos a este tranquilo hotel recomendado por Sir Wyville Thomson, un refugio del parloteo gangoso de mis compañeros de travesía todos los cuales han partido a los grandes almacenes del paseo marítimo de la ciudad. El dueño del hotel es un francés que ha delegado en un chino; los empleados son «muchachos» japoneses ataviados con ropa tradicional japonesa; hay un «mozo de cámara» también japonés pero trajeado impecablemente a la europea que me causó un perfecto horror por la rebuscada cortesía de sus modales.

Casi tan pronto como llegué, me vi obligada a aventurarme en busca de la oficina del señor Fraser en el barrio residencial extranjero. Y escribo bien «aventurarme» pues aquí las calles no tienen nombre y los números dan la impresión de haber sido escritos al buen tuntún. Para colmo, por las calles no encontré a ningún peatón europeo al cual poder preguntar. Yokohama no invita a ser más conocida y su aspecto es mortecino. Es irregular sin ser pintoresca, y el cielo gris, el océano gris, las casas grises y los tejados igual de grises contribuyen a que parezca condenada a un armonioso tedio.

En Japón la única moneda extranjera que se acepta es el dólar mexicano y el agente del señor Fraser enseguida se encargó de transformar mi oro inglés en billetes de banco japonés, los llamados *satsu*, de los cuales recibí un fajo de yenes, ahora casi a la par con el dólar, y sobres con billetes de cincuenta, veinte y diez *sen*, que es el céntimo del yen, aparte de algunos canutos de flamantes monedas de cobre. Al iniciado le basta una mirada para identificar las distintas

denominaciones y valores de los billetes por su color y tamaño, pero de momento para mí representan un incómodo misterio. Los billetes bancarios japoneses son de un papel rígido con sinogramas en las esquinas cerca de los cuales alguien con una vista excepcional o provisto de lupa podrá ser capaz de distinguir un término inglés que denota su valor respectivo. Están bellamente impresos y adornados con el blasón del crisantemo del *mikado* o emperador y los dragones entrelazados del Imperio.

Estoy deseando partir al Japón de verdad. El señor Wilkinson, cónsul británico en funciones, me visitó ayer y fue sumamente amable. Es de la opinión que mi proyecto de viajar al interior es ambicioso en exceso, pero afirmó que una mujer sola puede viajar con absoluta seguridad. Comparte el parecer de todo el mundo de que los grandes inconvenientes de viajar en Japón son las pulgas, de las que hay legiones, y los caballos de posta, que son una infamia.

## CARTA 2

*Yokohama. 22 de mayo*

El día de hoy se ha pasado entablando nuevas relaciones, iniciando la búsqueda de un criado y un caballo, aceptando numerosos ofrecimientos de ayuda, haciendo preguntas a diferentes personas y recibiendo respuestas a cuál más contradictoria. Todo empezó temprano y antes de las doce de mediodía ya había recibido trece visitas. Las señoras se dejan llevar por la ciudad en unos carritos tirados por ponis que guían unos mozos a la carrera a los que llaman *bettos*. Los comerciantes extranjeros, por su parte, mantienen en todo momento a la puerta los *kurumas*, ya que hallan a los colis que los conducen inteligentes, voluntariosos y mucho más serviciales que los caprichosos ponis japoneses, perezosos y resabiados. Hoy mismo he comprobado que ni la dignidad de todo un «embajador extraordinario y ministro plenipotenciario» es inmune al uso de estos humildes medios de transporte. Mis últimas visitas fueron a Sir Harry y Lady Parkes, que trajeron a mi cuarto la misma luz y amabilidad que se llevaron cuando se fueron. Sir Harry es un hombre de juvenil aspecto de apenas cincuenta años, de constitución ligera, activo, ojos azules, rasgos típicamente anglosajones,

el cabello y la sonrisa radiante, con unas maneras que irradian luminosa simpatía y del cual nadie diría que lleva treinta años de servicio en Oriente, ni que ha sufrido encarcelamiento en Pekín y varias tentativas de asesinato en Japón. Tanto él como su esposa son verdaderamente gentiles y me han animado de todo corazón a seguir adelante con mis planes de viaje más ambiciosos por el interior del país; tanto es así que me pondré en camino tan pronto me procure un criado-intérprete. Cuando se fueron y los vi saltar a sus *kurumas*, me pareció de lo más divertido observar al representante de Inglaterra dando tumbos en la calle metido en una especie de cochecito de niño arreado por un tándem de colis.



KURUMA

Cada vez que me asomo a la ventana contemplo unos carrromatos de dos ruedas arrastrados y empujados por cuatro hombres y con casi todo tipo de carga, como piedras para la construcción y otros materiales. De los cuatro hombres, dos tiran con las manos y los muslos de una barra delantera que hay al extremo del tiro del carrromato mientras los otros dos empujan con los hombros un astil que hay detrás, aplicando incluso la fuerza de sus cabezas rapadas y firmes cuando hay una subida y el cargamento es pesado. Entonces los gritos que salen de sus gargantas son impresionantes y melancólicos. Arrastran en sus carros cargas increíbles, a pesar de lo cual, como si no fuera suficiente el gemido o el jadeo que

suele conllevar tal esfuerzo, se ponen a gritar de modo incesante con un estertor áspero, gutural que suena como un *ja juida, jo juida, wa jo, ja juida*, etc.



CARRO JAPONÉS

### CARTA 3

*Legación británica. Yedo. 24 de mayo*

He datado mi carta en Yedo, al uso de los empleados de la Legación británica, aunque popularmente la ciudad es conocida como Tokiyo, es decir «Capital del Este», en oposición a Kiyoto, donde antes vivía el *mikado*, que era llamada Saikio o «Capital del Oeste»<sup>5</sup>. Ahora, por tanto, esta ciudad ya no tiene motivo alguno para ser considerada capital. Yedo es una denominación que pertenece al viejo régimen y al sogunato, mientras que la de Tokiyo está asociada al nuevo régimen y a la Restauración con una historia ya de diez años. Sería una incongruencia viajar a Yedo en tren, pero no si el destino es Tokiyo.

El viaje entre las dos ciudades, Yokohama y Tokiyo, se realiza en una hora por un admirable ferrocarril de doble vía y con buenos raíles, de veintinueve

kilómetros, a lo largo del cual no faltan puentes de hierro, pulcras estaciones y espaciosas terminales. Fue tendido por ingenieros británicos a un costo cuya cuantía solo conoce el Gobierno e inaugurado por el *mikado* en 1872. La estación de Yokohama está formada por un hermoso edificio de piedra adecuado al uso provisto de un amplio acceso, ventanillas donde adquirir los billetes, puestos de venta de prensa y espaciosas salas de espera para las diferentes clases sociales, aunque, eso sí, sin alfombra en el suelo en consideración a las sandalias de madera de los usuarios japoneses. Hay un cuarto donde se pesa y etiqueta el equipaje; y en los amplios andenes cubiertos y de suelo de piedra se observa una barrera con torno por la cual no puede pasar ninguna persona sin billete, a menos que tenga un permiso especial. Con excepción de los empleados de las ventanillas que son chinos y de los jefes de tren e ingenieros que son ingleses, el resto de los empleados ferroviarios son japoneses uniformados a la europea. Fuera de la estación, en lugar de coches de alquiler, hay *kurumas* para el transporte tanto de personas como de equipajes. Solo se permite llevar sin pagar el equipaje de mano; el resto debe ser pesado y numerado, estando sujeto a una tarifa. El viajero recibe por cada bulto facturado un número que debe ser presentado en el destino. El precio del viaje es de un *ichibu*, es decir, treinta *sen*, o céntimos del yen, para los pasajeros de tercera clase, sesenta *sen* para los de segunda, y un yen para los de primera. Los billetes se recogen cuando el pasajero pasa por la barrera al final del trayecto. Los vagones, aunque de construcción inglesa, se diferencian de los que tenemos en Inglaterra en que disponen de asientos a lo largo de las paredes laterales con puertas que se abren a los andenes en uno y otro extremo de cada vagón. En los de primera clase, equipados con materiales caros, con asientos bien mullidos forrados de cuero rojo, se ven muy pocos pasajeros; los vagones de segunda clase, con cómodos asientos y estereras de calidad en el suelo, apenas van ocupados. En cambio, los coches de tercera van atestados de japoneses que se han aficionado a los trenes tanto como a los *kurumas*. La línea ferroviaria Yokohama-Tokiyo tiene unas ganancias de unos ocho millones de dólares al año.

Los japoneses parecen seres minúsculos vestidos en indumentaria europea, la cual siempre les cae mal y exagera su *physique* miserable y los defectos nacionales de pechos hundidos y piernas arqueadas. La falta de color y de vello en sus rostros contribuye a que resulte tarea imposible juzgar qué edad tienen.

Cualquiera diría que todos los funcionarios de la estación son jovencitos de diecisiete o dieciocho años cuando, en realidad, son hombres hechos y derechos de entre veinticinco y cuarenta años.

Ha sido un hermoso día, como podría haberlo sido un día de junio en latitudes europeas, si bien más caluroso y, aunque el *sakura* (cerezo silvestre) y árboles afines, que son una gloria en la primavera japonesa, ya se habían despojado de los pétalos, todo sigue siendo tan joven, verde y fresco en plena belleza de crecimiento y lozanía. Son bellos los alrededores inmediatos de la ciudad portuaria de Yokohama con sus agrestes colinas cubiertas de bosques y pintorescos vallejitos. Pero una vez dejada atrás la prefectura de Kanagawa, el ferrocarril se interna en la vasta planicie de Yedo, con una extensión según dice, de ciento cuarenta y cinco kilómetros de norte a sur, y cuyas elevadas montañas al norte y oeste, de suaves tonos azulados, se yerguen somnolientas en la niebla azul. Marcando su frontera del este a lo largo de kilómetros y kilómetros, la costa, con los rizos de sus añiles olas animando ahora como siempre el golfo de Yedo, es iluminada por las blancas velas de innumerables barcos pesqueros. Es en esta llanura fértil y productiva donde se asienta no solo la capital, con su millón de almas, sino un buen número de populosas ciudades y varios cientos de prósperos pueblos dedicados a la agricultura. Cada palmo de tierra dividido desde el tren es cultivado hacendosamente a golpe de azada y gran parte de la superficie se encuentra irrigada para servir de tierra de cultivo arrocero. Abundan, por tanto, las acequias y todo el paisaje se halla generosamente salpicado de aldeas con casas grises por la madera y la techumbre, y de templos igualmente grises con tejados extrañamente curvos. Todo es hogareño, simpático, primoroso, la campiña de un pueblo laborioso en la que no se ve ni una mala hierba, sin características ni rasgos destacados que causen impacto a primera vista como no sea la presencia por todas partes de multitudes.

No hace falta llevar billete hasta Tokiyo, sino hasta Shinagawa y Shinbashi, dos de los muchos antiguos pueblos que han crecido hasta quedar incorporados a la capital. Yedo apenas se distingue antes de llegar a Shinagawa pues no despide humaredas ni posee altas chimeneas. Tampoco tiene apenas templos y edificios públicos especialmente elevados; los primeros se hallan casi siempre ocultos entre árboles de gran follaje y las casas comunes que los rodean rara vez superan los seis metros de altura. A la derecha se divisa un mar azul tachonado de islas

fortificadas, frondosos jardines protegidos de robustas tapias, cientos de barquitos pesqueros varados en arroyos o en la playa; a la izquierda, se observa un ancho camino por donde van y vienen apresurados *kurumas*, hileras de edificios bajos y grisáceos ocupados mayormente por casas de té y tiendas. Cuando pregunté «¿dónde está Yedo?», el tren llegaba a la terminal, la estación de Shinbashi, donde vació sus doscientos pasajeros japoneses con el estrépito de sus respectivas cuatrocientas sandalias de suela de madera, un ruido novedoso para mí. Aunque este calzado añade nueve centímetros a su estatura, incluso con ellas son pocos los hombres que miden un metro setenta y pocas las mujeres que superan el metro y medio. Sin embargo, parecen de complexión más ancha cuando van vestidos con su ropa tradicional la cual, además, tiene la virtud de ocultar los defectos físicos de sus cuerpos. Tan delgados, tan amarillos, tan feos y, sin embargo, de tan agradable aspecto, tan faltos de color y de brillo. Las mujeres, tan pequeñitas y bamboleándose cuando caminan. En cuanto a los niños, llaman la atención por su apariencia tan formal con ese aire de parodia tan grave de los adultos que me parece haberlos visto a todos ellos ya antes, pues son iguales que las imágenes donde aparecen en bandejas, abanicos y teteras. Las mujeres llevan el pelo siempre recogido, en una especie de moño, mientras que los hombres, cuando no tienen la parte delantera del cráneo rapada y se recogen el pelo de atrás en una original coleta que colocan sobre la parte rapada, se dejan crecer un pelo hirsuto unos diez centímetros hasta formar con él una mata indócil y tupida.

Me recibió un ordenanza de la Legación británica de nombre Davies, el mismo que resultó derribado del caballo y gravemente lesionado cuando Sir Parkes y su comitiva fueron atacados en una calle de Kiyoto en 1868 al dirigirse a su primera audiencia con el *mikado*. Fuera de la estación ferroviaria esperaban cientos de *kurumas* y carromatos entoldados de cuatro ruedas tirados por un solo jamelgo miserable, los cuales se usan a modo de autobuses en algunos barrios de Tokiyo. Había también una berlina esperándome que escoltaba un *betto* o acemilero. El edificio de la Legación británica está ubicado en Kojimachi, en una elevación por encima del foso interior del histórico castillo de Yedo. Soy incapaz, sin embargo, de contarte lo que se ve en el camino hasta la Legación a no ser que había kilómetros de silenciosas y oscuras construcciones parecidas a barracones con portones muy adornados y largas hileras de ventanas saledizas provistas de

estores hechos de junquillo: eran las mansiones de los señores feudales de Yedo. Había también kilómetros de fosos llenos de agua cuyos muros de quince metros de alto, fabricados de sólida mampostería, se hallan erizados de altas hierbas; sus esquinas presentaban torreones en forma de quiosco con extrañas entradas techadas, un sinfín de puentes y extensas superficies acuáticas cubiertas de hojas de loto. Después de desviarnos y seguir por el foso interior, al ascender por una empinada cuesta, vimos un gran terraplén cubierto de hierbas y coronado por un sombrío muro sobre el que pendían ramas de coníferas. Este muro rodeaba el palacio del sogún. A la izquierda había diversas *yashikis*, que es como llaman a las mansiones de los *daimios* o grandes señores feudales, las cuales, por lo menos las de este distrito de la ciudad, habían sido transformadas en hospitales, cuarteles y oficinas gubernamentales. Sobre la elevación más visible de todas, destacaba el gran portón rojo que daba acceso a una *yashiki* ocupada ahora por la misión militar francesa y que antes era la residencia de Ii Kamon no Kami, uno de los grandes protagonistas de los recientes sucesos históricos, asesinado no lejos de allí, frente a la puerta Sakurada del castillo. A lado de las *yashikis* se venían barracones, una explanada para desfiles, policías, *kurumas* y carrromatos tirados y empujados por colis, caballerías de carga, acemileros con sandalias de paja y soldados uniformados a la europea, graves y bajitos como pigmeos. Tal fue el Tokiyo que pude atisbar en mi trayecto desde la estación de Shinbashi hasta el edificio de la Legación británica.

## CARTA 4

*Legación británica, Yedo. 7 de junio*

Fui a Yokohama a pasar una semana. En esta ciudad visité al doctor Hepburn y a su esposa que también habían invitado al obispo de Hong Kong, el reverendo Burdon y su esposa. Resultó muy agradable.

Es imposible pasar un día en Yokohama sin ver un buen surtido de orientales entre los pequeños japoneses escasamente vestidos y por lo general de pobre aspecto. De los dos mil quinientos chinos residentes en Japón, más de mil cien están en Yokohama de donde si fueran trasladados de repente, los negocios

de la ciudad sufrirían un brusco colapso. Aquí como en todas partes el inmigrante chino se está haciendo una figura indispensable. Se lo puede ver caminando por las calles con su paso alegre y el aire de absoluta autocomplacencia, como si perteneciera a la raza gobernante. Es alto y grande, y las muchas prendas con que se viste, desde el elegante traje de brocado, los pantalones de raso bien ceñidos por los tobillos y apenas entrevistos bajo el traje, los zapatos altos con el empeine de raso negro y las punteras ligeramente vueltas hacia arriba, le hacen parecer todavía más alto y grande de lo que es. La mayor parte del cráneo la lleva rapada, pero el cabello de la nuca se lo deja crecer para formar con él una negra trenza que le llega hasta las rodillas. La cabeza se la cubre con un gorrito rígido de raso negro del cual jamás se separa. La tez es muy amarilla, mientras que las cejas y los ojos, alargados y oscuros, se estiran hasta las sienes. En su rostro no hay vestigios de barba y la piel es lustrosa. En todo parece «irle bien». Su aspecto no es que sea desagradable, pero uno tiene la impresión de ser mirado con cierto desdén, como «ser celestial» que el chino aquí se considera a sí mismo. Si haces una pregunta en una agencia de comercio, cambias tu oro por billetes, consigues un billete para el tren o el vapor, o te dan cambio en una tienda, ahí asoma inevitablemente un chino. En la calle pasa a toda velocidad a tu lado con un gesto de determinación en el rostro y cuando va en el *kuruma* te adelanta a toda exhalación porque tiene algún negocio entre manos. Es sobrio y digno de confianza. Se contenta con «exprimir» a quien le da trabajo, pero nunca robarle, y su única mira en la vida es una: el dinero, lo cual le hace laborioso, fiel y sacrificado, cualidades que le dan su fruto.

Varios de mis nuevos y amables conocidos se interesaron en el asunto que para mí era de vital importancia: conseguir un sirviente-intérprete. Fueron muchos los japoneses que acudieron en busca del trabajo. Para conseguirlo era requisito indispensable estar en posesión de un inglés hablado inteligible. Resultó asombroso comprobar las escasas palabras mal pronunciadas y peor engarzadas que los candidatos juzgaban suficientes para optar al puesto.

—¿Sabe usted hablar inglés?

—Sí.

—¿Y qué sueldo pide?

—Doce dólares al mes.

Estas dos respuestas eran siempre articuladas con sospechosa soltura y tono esperanzador.

—¿Y con quién ha vivido usted antes?

La respuesta, como era natural, consistía en un nombre extranjero deformado hasta sonar absolutamente irreconocible.

—¿Por dónde ha viajado usted?

Normalmente la pregunta era traducida al japonés y la contestación habitual era:

—Por Tokaido, Nakasendo, Kiyoto, Nikko —nombres todos ellos que corresponden a las rutas y ciudades de incontables turistas.

—¿Conoce usted algo del norte de Japón y Hokkaido?

—No —respondían con una expresión de perfecto asombro. En todos los casos el doctor Hepburn acudía gentilmente a mi rescate como intérprete, ya que hasta ahí llegaba el caudal inglés de los candidatos. Tres me parecieron prometedores. Uno era un joven vivaracho que se presentó en un traje europeo de buena confección de *tweed* de tonos claros y el cuello bajado. Llevaba una corbata con un diamante en el pasador y una camisa blanca y tan almidonada que su rigidez apenas le permitía inclinarse para dispensarnos el saludo más elemental. La cadena de su reloj, de la que pendía un medallón, era dorada y del bolsillo de la pechera del traje le colgaba la esquina de un pañuelo muy blanco de tejido príncipe de Gales. Sostenía en la mano un bastón y un sombrero de fieltro. Un dandi japonés de primera clase. Lo miré con tristeza. Y es que para mí los cuellos almidonados de las camisas serían un lujo desconocido en la vida que iba a llevar en los siguientes tres meses. Su elegante vestimenta importada sería causa de que en todas partes por donde pasáramos nos pidieran más dinero; además, me vería perpetuamente condenada a sentir reparo en pedir servicios humildes a una persona de tal exquisitez en la indumentaria. Por lo tanto, me sentí aliviada cuando su inglés se vino abajo a la segunda pregunta.

El segundo era un joven de aspecto de lo más respetable. Tenía treinta y cinco años e iba vestido con buena ropa japonesa. Venía con muy buenas recomendaciones y sus primeras palabras en inglés prometían mucho, pero había trabajado de cocinero al servicio de un rico funcionario inglés el cual viajaba con numeroso séquito y solía despachar a los criados por delante para que le prepararan el camino. En realidad, mi candidato no sabía más que unas cuantas

palabras de inglés y su horror al saber que iba a servir no a un amo, sino a una ama, y que yo no dispondría de criada, fue tal que al final no supe bien si fue él quien me rechazó o fui yo.

El tercer aspirante llegaba enviado por el señor Wilkinson, vestía ropa japonesa sencilla y tenía un rostro franco e inteligente. El doctor Hepburn, a pesar de hablar en japonés con él, pensaba que sabía más inglés que los otros candidatos y que sus conocimientos lingüísticos se dejarían ver cuando estuviera menos nervioso. Era evidente que entendía lo que yo le decía y, a pesar de mi sospecha de que al final él sería el «amo», me pareció tan adecuado para el trabajo que estuve a punto de contratarlo en el acto. En cuanto a los demás candidatos, no vale la pena que me refiera a ellos.

Sin embargo, cuando ya estaba casi decidida en favor del tercer aspirante, he aquí que aparece una criatura sin ninguna recomendación, a no ser porque era conocido de uno de los sirvientes del doctor Hepburn. No tiene más que dieciocho años, una edad que, no obstante, entre nosotros equivale a tener veintitrés o veinticuatro años. Es muy bajito: un metro con cuarenta y siete centímetros y, a pesar de unas piernas estevadas, su cuerpo está bien proporcionado y parece fuerte. Su cara es redonda y singularmente poco atractiva, con buena dentadura y ojos muy oblicuos: de hecho, la pronunciada caída de sus párpados viene casi a ser una caricatura de este rasgo peculiarmente japonés. Es el japonés que parece más estúpido de cuantos he visto, pero me ha bastado mirarlo fugazmente a los ojos para darme cuenta de que su estupidez es en parte fingida. Afirmó haber vivido en la Legación de Estados Unidos, haber estado empleado en las oficinas del ferrocarril de Osaka y haber viajado en el norte de Japón por la ruta del este y vivido en Yezo o Hokkaido con el señor Maries, un coleccionista botánico. Añadió que sabía secar plantas, cocinar un poco, escribir inglés; que era capaz de caminar cuarenta kilómetros al día y sabía perfectamente cómo moverse en el interior del país. Este aparente dechado de virtudes venía sin cartas de recomendación, un hecho del cual era responsable el reciente incendio acaecido en la casa de su padre. El tal señor Maries no estaba disponible para preguntarle por él; y, lo que era más importante, el joven ni me convencía ni me agradaba. Sin embargo, entendía mi inglés y yo entendía el suyo. Y, como estaba ansiosa por emprender mis viajes, lo contraté por doce dólares al mes. No tardó en volver con un contrato en el cual declaraba por todo lo que

veneraba como más sagrado del mundo que me serviría fielmente por la remuneración fijada. Ratificó el documento imprimiendo su sello y yo estampé mi firma. Al día siguiente me pidió la paga del mes por adelantado. Se la di no sin que después el doctor Hepburn indicara, a modo de irónico consuelo, que jamás volvería a verlo.

Desde la solemne noche en que quedó firmado el contrato, me sentí como bajo la sombra de un ícubo. Pero, como el joven contratado sí que apareció ayer, puntual a la hora acordada, tengo la sensación de que en mi travesía voy a ser guiada por un viejo lobo de mar. Se desliza por las escaleras y los pasillos de la legación tan silenciosamente como un gato y ya sabe dónde guardo todas mis cosas. No hay nada que lo sorprenda ni lo avergüence, y dedica profundas reverencias a Sir Harry Parkes y a su esposa cada vez que se encuentra con ellos. Aun así, es evidente que se siente en esta legación extranjera como Pedro por su casa y, por condescendencia a mis deseos, permite que uno y solo uno de los ordenanzas le enseñe cómo ensillar el caballo con una montura mexicana y cómo embridarlo a la inglesa. Parece todo lo agudo de lo que sería capaz y ya ha dispuesto todo para los primeros tres días de nuestro viaje. Se llama Ito y es indudable que tendrás muchas noticias tuyas pues, para bien o para mal, será mi ángel custodio en los próximos tres meses de mi vida.

Como voy a ser la primera mujer extranjera en viajar sola por el interior del país, por el Japón inexplorado, puedes imaginarte la curiosidad amistosa que mi proyecto está suscitando entre mis conocidos, de los cuales recibo muchas advertencias y palabras disuasorias, pero escasas expresiones de ánimo. Los esfuerzos disuasorios más firmes proceden, tal vez por ser el más inteligente, del doctor Hepburn según el cual yo no debería acometer tal viaje. Piensa, además, que jamás iré más allá del estrecho de Tsugaru. Si aceptara una buena parte de los consejos que me dan, como llevar carne enlatada y sobres de sopa, vino tinto y una criada japonesa, necesitaría una recua de al menos seis acémilas. Por lo que respecta a las pulgas, las opiniones lamentablemente coinciden en que constituyen la maldición de viajar por Japón en verano. Hay quien me recomienda que durante la noche me meta en una especie de saco de dormir, otros me aconsejan que espolvoree generosamente la ropa de cama con algún insecticida, otros que me unte toda la piel de aceite fénico y algunos que use a manos llenas pastillas y polvos pulgicidas. Eso sí, todos confiesan que tales

remedios no son más que débiles paliativos. Por desgracia, por otro lado, las hamacas no se pueden usar en las casas japonesas.

«El tema de las comidas» es, al parecer, el más importante para todos los viajeros, un asunto debatido a todas horas y con sorprendente seriedad, y no solamente con relación a mi viaje. Por apática que la gente se muestre en otros temas, la simple mención de este en concreto despierta un interés inmediato. Todos lo han sufrido o lo pueden sufrir y no hay nadie que no desee transmitir su propia experiencia o aprender de la ajena. Embajadores, profesores, misioneros, comerciantes... todos sin excepción discuten el tema con digna gravedad como si se tratara de una cuestión de vida y muerte, pues para muchos lo es. El hecho es que, con la salvedad de unos cuantos hoteles localizados en lugares turísticos populares adaptados a extranjeros, productos como pan, mantequilla, leche, carne de ave, café, vino y cerveza son inasequibles, que el pescado fresco es raro y que, a menos que alguien pueda vivir con arroz, té y huevos acompañados de vez en cuando de algo de verdura insípida, los alimentos que se consumen basados en abominaciones de pescado y verduras conocidas con el nombre de «comida japonesa» solo pueden ser tragados y digeridos por unos pocos y eso tras larga práctica<sup>6</sup>.

Otra dificultad, y no menor, que debe acentuarse bien es la costumbre reinante entre los sirvientes nativos de sacarse «un pellizco» en todas las transacciones comerciales realizadas en ruta, de manera que el coste total del viaje frecuentemente asciende al doble o al triple, dependiendo de la habilidad y capacidad del sirviente, del planeado al inicio del viaje. Tres caballeros bien viajados me han dado listas de los precios que debo pagar según la región por la que transite, precios en buena medida incrementados por corresponder a servicios en rutas frecuentados por turistas. El señor Wilkinson se tomó la molestia de leer dichas listas a Ito, el cual se limitó a formular alguna que otra protesta. Después de la conversación, que fue en japonés, el señor W. manifestó su opinión de que debía «estar muy atenta a los asuntos de dinero», una recomendación hartamente molesta pues nunca he sido capaz de controlar a nadie en mi vida, razón por la que seguramente no podré controlar a este astuto joven japonés capaz de engañarme cuando le plazca y en casi todo momento.

Al volver aquí, me encontré con que la señora Parkes había hecho la mayor parte de los preparativos necesarios para mi viaje, entre ellos dos cestos ligeros

con tapaderas de papel impermeable, una cama de viaje o camilla, una silla plegable y un baño portátil de hule, objetos todos que ella juzgaba obligados para alguien de salud frágil que iba a embarcarse en un viaje de tan larga duración como el mío.

La semana se me pasó conociendo nuevas personas en Tokiyo, visitando algunos lugares característicos e intentando informarme más sobre mi ruta, aunque es poco lo que los extranjeros conocen del norte de Japón. Una oficina del Gobierno japonés ante la que cursé una solicitud de información sobre mi itinerario, me contestó suprimiéndome 225 kilómetros del viaje que yo soñaba recorrer. El pretexto que me dieron fue: «información insuficiente». Sir Harry, al enterarse, observó alegremente: «tendrás que agenciarte información sobre la marcha, lo cual hará todo más interesante». Agenciármela sí, ¿pero cómo?

## CARTA 5

*Legación británica, Yedo. 9 de junio*

Todavía en Yedo, en el camino de regreso del barrio de Asakusa, donde visité el famoso templo consagrada a la diosa Kannon, dejamos atrás numerosos carritos rojos, un escuadrón de caballería en uniformes europeos y con monturas igualmente europeas, el vehículo oficial del ministro de Marina, una berlina inglesa tirada por un par de caballos con arreos ingleses protegida por una escolta de seis soldados, triste precaución adoptada desde que hace solo tres semanas tuvo lugar el asesinato político de Okubo, el ministro del Interior. Así pues, en esta inmensa urbe lo viejo y lo nuevo contrastan y forcejean entre sí como si se dieran codazos. El *mikado* y sus ministros, los militares de la Marina y de Ejército de tierra, sean oficiales o soldados rasos, el conjunto de los funcionarios y de la policía llevan todos indumentaria europea, así como un buen número de jóvenes de aspecto disipado que aspiran a representar el «joven Japón». Los vehículos y las viviendas de estilo inglés, con alfombras, sillas y mesas, son cada vez más frecuentes, mientras que el mal gusto que impera en la adquisición de mobiliario extranjero salta tanto a la vista como el buen gusto que preside en todas partes cuando se ajustan a la austera decoración de las viviendas

de estilo puramente japonés. Ha querido la buena suerte que estas costosas e impropias innovaciones apenas hayan afectado al atuendo femenino; y algunas damas que en un primer impulso adoptaron nuestros vestidos han renunciado a ellos debido a la incomodidad que sentían al llevarlos y a otras muchas dificultades y complicaciones.

En ocasiones de etiqueta de Estado la emperatriz aparece en público con una *hakama* o falda pantalón tradicional japonesa de raso escarlata, y kimono. Así pues, tanto ella como las damas de la corte van vestidas invariablemente con el traje nacional. Solamente he visto a dos damas con ropa europea; fue en una gala de noche. Eran las esposas del señor Mori, el emprendedor vice ministro de Exteriores, y del cónsul japonés en Hong Kong. Las dos sabían cómo llevarla por haber vivido mucho tiempo en el extranjero. La esposa de Saigo, el ministro de Educación, se presentó un día en un vestido japonés exquisito de crepé de seda de un gris rosado con un kimono interior de rosa pálido del mismo material que se mostraba ligeramente en el cuello y las mangas. El fajín que lo ceñía era también de seda del mismo espléndido tono gris rosado con la vaporosa sombra de una flor de rosa pálido estampada en la superficie. No llevaba ni perifollos ni ningún otro adorno superfluo de ninguna clase, con excepción de un único prendedor en el recogido de su peinado. Y con un semblante dulce y elegante ofrecía un aspecto tan encantador y digno en su indumentaria japonesa como hubiera ofrecido todo lo contrario de presentarse en indumentaria europea. Su vestido tenía una llamativa ventaja sobre el nuestro. Una mujer va perfectamente *vestida* con una sola prenda y el fajín y también perfectamente *arreglada* si va con dos. Hay diferencia en los rasgos y la expresión —aunque, por supuesto, bastante exagerada por los pintores japoneses— entre el rostro de una mujer de la clase alta y el de otra de la clase media o baja. Me resisto a admirar las caras planas, narices chatas, labios gruesos y ojos oblicuos vueltos en los extremos, así como una tez que debe mucho al maquillaje. La costumbre de pintarse los labios con un pigmento amarillo rojizo, y de empolvarse profusamente el cutis y la garganta con polvos de oxiclورو de bismuto es repugnante. Aun así, resulta difícil emitir un juicio desfavorable sobre unas mujeres como las japonesas dotadas de tanto encanto en sus gestos.

## CARTA 6

*Kasukabe. 10 de junio*

Por la fecha de esta carta verás que he iniciado mi largo viaje, aunque no por las «rutas inexploradas» en las que espero internarme después de Nikko. Mi primera noche sola en medio de esta vida multitudinaria de Asia es extraña, casi temible. He pasado todo el día sufriendo de los nervios: por el temor de ser asustada por algo, por el miedo de ser asaltada con violencia o de ofender a alguien, por quebrantar las reglas de la cortesía japonesa o de... ¡qué sé yo! Ito es mi único apoyo y estará a la altura de las circunstancias. Son muchas las veces que he deseado renunciar a este proyecto pero sentía vergüenza de mi cobardía cada vez que personas de incontrastable autoridad me daban garantías de la seguridad de mi empresa viajera.

Ayer acabé con los preparativos del viaje. El peso total de mi equipaje asciende a cincuenta kilos y el de Ito a cuarenta. La suma de uno y otro es el máximo de lo que puede aguantar una bestia de carga japonesa normal. Mis dos cestas pintadas, forradas de papel y con tapaderas impermeables son ideales para ser cargadas a ambos costados de la caballería. Llevo también una silla plegable —en las viviendas japonesas no hay más que el suelo para sentarse y ni siquiera una pared sólida en donde apoyarse—, un cojín neumático para cuando viajo en *kuruma*, un baño portátil de hule, sábanas, una manta y, finalmente y lo más importante, una camilla de lona sostenida por patas ligeras que puede montarse en dos minutos y cuya altura, de noventa centímetros, debe ponerme a salvo de las pulgas. El «tema comidas» ha quedado resuelto tras el rechazo de... ¡todos los consejos que me han dado! Solo me llevo una pequeña provisión de extracto de carne Liebig, cerca de dos kilos de uvas pasas, chocolate, algo para comer y beber y un poco de brandy por si fuera necesario. Tengo también mi montura y bridas mexicanas, una cantidad razonable de prendas de vestir, entre ellas una bata ligera para ponerme por la tarde, unas velas, el gran atlas de Japón del señor Brunton, varios tomos con las revistas de las Transacciones de la Sociedad Asiática Inglesa y el diccionario inglés-japonés del señor Satow. Mi ropa de viaje consiste en un traje corto de *tweed* a rayas de color ocre, unas resistentes botas de cuero de cordones y un sombrero japonés en forma cónica hecho de bambú trenzado y de

forro de algodón blanco provisto en su interior de un armazón ligero que al tiempo que encaja en la cabeza permite el paso del aire gracias al espacio de cuatro o cinco centímetros entre el armazón y la cabeza. Además, pesa menos de cien gramos por lo que es infinitamente preferible al pesado sombrero explorador. Su ligereza protege la cabeza del calor tan eficazmente que, aunque la temperatura suba a treinta grados, no hace falta llevar nada más. El dinero lo llevo en fajos de billetes de cincuenta yenes, y de diez, veinte y cincuenta *sen*, además de algunos canutos de monedas de cobre. En una bolsa colgada de la cintura llevo el pasaporte. En un *kuruma* llevamos todo mi equipaje, a excepción de la montura que uso de taburete para sentarme, mientras que Ito, con solo un bulto de cinco kilos, lleva el suyo.

Disponemos de tres *kurumas* para llegar en tres jornadas a Nikko, distante ciento cuarenta y cuatro kilómetros, sin cambiar de conductores a cada uno de los cuales hay que pagar unos once chelines.

Por lo general, en los pasaportes se determina el itinerario que debe seguir cualquier extranjero que viaje por el país, pero en mi caso H. Parkes me ha conseguido uno prácticamente sin restricciones pues me permite moverme por todo Japón al norte de Tokiyo y en Yezo<sup>7</sup> sin tener que especificar ruta alguna. Este valioso documento, sin el cual me vería sujeta a ser detenida y entregada a mi cónsul, está escrito naturalmente en japonés, pero en la cubierta se detalla en inglés el reglamento bajo el cual se ha emitido. A las autoridades japonesas se puede solicitar un pasaporte por «razones de salud o de investigación botánica o científica». El titular no debe hacer fuego en áreas de bosque, ni manipular ninguna hoguera montado en caballo, ni entrar ilegalmente en campos de cultivo, en recintos o cotos de caza; tampoco debe hacer pintadas o escribir en templos, santuarios o paredes, ni conducir a velocidad en caminos estrechos, ni hacer caso omiso de letreros de «prohibido el paso». Además, se debe «conducir de modo ordenado y conciliador con las autoridades japonesas y las gentes del país»; asimismo, está obligado bajo pena de arresto a «presentar el pasaporte a cualquier funcionario que se lo pida». Igualmente, y mientras viaje por el interior del país, «de está prohibido usar armas de fuego, comerciar o realizar cualquier transacción mercantil con ciudadanos japoneses, como también alquilar casas o cuartos por un periodo superior al requerido en su viaje».

¡Estoy en uno de los paraísos de Japón! Aquí se dice: «Quien no ha visto Nikko no puede decir *kekko*» (maravilloso, magnífico). Escribiré más al respecto. Mi intención de escribirte desde Kasukabe se fue al traste debido al asalto masivo que sufrí de un ejército de pulgas ante cuyo empuje me vi obligada a retroceder a mi camilla. Por este y otros motivos las últimas dos noches me ha resultado del todo imposible tomar la pluma para escribir.

Dejé la Legación a las once de la mañana del lunes y llegué a Kusakabe a las cinco de la tarde del mismo día. A lo largo del trayecto de cincuenta y seis kilómetros los conductores de los carritos o *kurumas* mantuvieron un trotecillo ligero con paradas frecuentes para fumar y comer.

Estos conductores de *kuruma* llevan calzones de algodón azul ceñidos por una faja donde guardan la tabaquera y la pipa, y unos camisones de amplias mangas también de algodón azul abiertas por delante que les llegan hasta la cintura, un pañuelo de algodón igualmente azul enrollado a la cabeza, excepto cuando calienta mucho el sol, pues en tales casos, o cuando llueve, se ponen unos sombreros planos de más de treinta centímetros de diámetro que suelen llevar colgados detrás del carrito y que se sujetan a la cabeza con un barboquejo. Calzan sandalias de paja que deben reemplazar dos veces cuando van de camino. De las varas del coche penden toallas azules y blancas con las cuales se secan el sudor que les cae a chorros por sus cuerpos enjutos y morenos. La prenda que llevan en el tronco siempre se les ahueca cuando corren dejando al descubierto pechos y espaldas decorados con detallados tatuajes que representan dragones y peces. Recientemente se han prohibido los tatuajes, aunque no solamente sirven de adorno, sino también de sustitutos de una prenda de ropa perecedera.

La mayoría de los hombres de las clases más bajas llevan el cabello de una manera muy fea: se rapan la parte frontal y superior del cráneo dejándose crecer el pelo a los lados y atrás para formar con él una coleta que engomada se enrollan y recortan para pegársela con la punta hacia delante sobre la parte superior y rasurada del cráneo. Se parece bastante a una pipa corta. Tanto el peinado como el rapado de la cabeza exigen la mano experta de un profesional. Antes, este estilo de llevar el pelo era exclusivo de los samuráis que así podían

ajustarse cómodamente el yelmo en la cabeza, pero ahora ha sido adoptado mayormente por las clases inferiores no sin algunas variaciones.

A un trote animado y despreocupado, los culis nos sacaron del amistoso grupo que nos despidió desde el porche de la Legación y, después de atravesar el foso interior y seguir por el camino interior del castillo, dejaron atrás puertas y muros de ciclópea construcción hasta llegar al segundo foso. Después continuaron por kilómetros de calles con tiendas y puestos de venta, todos de grisáceo aspecto, donde se aglomeraban peatones y *kurumas* entre las acémilas. Estas caballerías iban cargadas de bultos que sobresalían casi un metro por encima de sus lomos; los arcos de las sillas de montar estaban recubiertos de brillante laca roja, los arreos de la frente eran de cuero rojo y, como «herraduras», llevaban sandalias de paja. Sus cabezas iban firmemente sujetas a cada lado de la cincha de la silla, mientras que en las gualdrapas que colgaban a ambos lados del vientre aparecían representadas imágenes de grandes y blancas nubes con animales mitológicos de color azul. Había culis avanzando con dificultad bajo pesados fardos y niños con la cabeza afeitada en horrorosos diseños. De vez en cuando, como queriendo impartir una lección moral en medio de este diorama giratorio, se abría paso entre la multitud un cortejo fúnebre a la cabeza del cual marchaba un sacerdote oficiante con ropa suntuosa y mascullando oraciones; lo seguían un tonel tapado dentro del que estaba el difunto y la comitiva de participantes en el duelo vestidos de trajes azules con alas blancas. Después llegamos a los confines de Yedo donde ya no había tantas casas, aunque no dejamos de verlas en toda la jornada. Todas tenían el frente abierto de modo que resultaba perfectamente visible la «vida doméstica» que llevaban sus ocupantes en el interior. Muchas de ellas eran *chayas* o casas de té a la vera del camino, y en casi todas se vendían dulces, pescado seco, encurtidos, *mochi* o pasteles de harina de arroz, kakis desecados, sombreros cónicos y anchos para la lluvia, y sandalias de paja tanto para personas como para las caballerías. La vía por la que íbamos, aunque con la anchura suficiente para permitir el cruce de dos carritos (circunstancia que no presencié), no era buena y las cunetas de ambos lados frecuentemente no estaban ni limpias ni eran agradables de ver. ¿Debo escribirlo? Las casas eran míseras y a menudo sórdidas, olían mal y la gente que vi tenía un aspecto feo, miserable y pobre, aunque, eso sí, todos estaban trabajando en algo.

El terreno, completamente llano, es en gran parte pantanoso o lodoso debido al sistema de irrigación que lo recubre. En el fértil cieno de su superficie se ven diversas aves acuáticas que chapotean, así como cientos de hombres y mujeres con las piernas hundidas en el fango hasta más arriba de las rodillas. La llanura de Yedo, en efecto, es eminentemente un vasto arrozal al cual yo había llegado en plena temporada de plantación. Hay ocho o nueve variedades principales del arroz cultivado en Japón todas las cuales, a excepción de una que crece en tierras altas, requieren fango, agua y una considerable cantidad de labores bastante ingratas realizadas en terrenos anegados.

Los arrozales suelen ser muy pequeños y de todas las formas posibles. Un área de poco más de mil metros cuadrados se considera un arrozal de buen tamaño. El arroz se planta en junio y no se cosecha hasta noviembre, pero entre uno y otro mes necesita ser «encharcado» tres veces. Esto quiere decir que todos los campesinos deben meterse en el agua fangosa, arrancar todas las malas hierbas y plantas acuáticas que se enredan de una mata a otra, y remover el barro alrededor de las raíces de cada una de las plantitas de arroz. Estas se desarrollan en el agua hasta madurar, que coincide cuando el terreno se seca. Un arrozal en buena tierra de unos cuatro mil metros cuadrados produce al año aproximadamente cincuenta y cuatro fanegas de grano; y los arrozales en tierras peores, unas treinta.



## UNA CASA DE TÉ O CHAYA

En la planicie de Yedo, además del rosario de aldeas, casi una detrás de otra, que jalonan la calzada que se eleva por encima del terreno de cultivo, hay islas, pues así se pueden llamar, de aldeas rodeadas de árboles y cientos de amenos oasis con trigo que ya espera la guadaña, con cebollas, mijo, alubias y guisantes<sup>8</sup>. Asimismo, hay estanques con flor de loto, una especie de ese espléndido lirio acuático, el *Nelumbo nucifera*, que se cultiva con el sacrílego propósito de ser... ¡ingerido como alimento! Sus magníficas hojas de clásico porte se elevan ya más de treinta centímetros por encima de la superficie del agua.

Tras recorrer alegremente varios kilómetros, mis hombres me dejaron en una *chaya* donde, aparte de fumar, repusieron fuerzas comiendo. Mientras, yo permanecí en el jardín que consistía en un suelo de barro cocido, lascas para caminar, un pequeño estanque con peces de colores, un pino de ramas artificialmente deformadas y una linterna de piedra. Hay que tener en cuenta que los extranjeros se equivocan cuando llaman indiscriminadamente «casas de té» a los establecimientos donde se ofrecen diversiones. Una *chaya* es un edificio donde puedes conseguir té y otras bebidas, así como cuartos para comer y personal de servicio. El establecimiento que corresponde más o menos a un hostel o posada es una *yadoya* en la cual se proporciona alojamiento para pasar la noche y comida. Los permisos para abrir una u otra son también diferentes.

Hay una infinidad de *chayas*, desde edificios de tres pisos decorados alegremente con banderitas y faroles que se ven sobre todo en las grandes ciudades y en lugares de atracción turística, hasta las casas de té de los caminos, bajo cuyos aleros hay tres o cuatro cuartos separados por tablas ennegrecidas y ocupados por culis desnudos en todas las actitudes posibles de reposo y despreocupación. La superficie del piso está elevada unos cuarenta y cinco centímetros sobre el nivel del suelo de la calle y en todas estas casas de té es frecuente ver una superficie alfombrada precedida de una especie de zaguán llamada *doma*, es decir «espacio de tierra», a cuyo alrededor corre otra superficie más elevada y entarimada con maderas pulidas llamada *itama* o «espacio de tablas» donde los viajeros se sientan mientras bañan los pies sucios del camino con el agua que enseguida se les trae, ya que de ningún modo se permite pisar con zapatos en el suelo alfombrado o entarimado. A un lado del *doma* está la

cocina, con uno o dos fogones de carbón, donde los culis toman sus comidas y fuman; al otro, la familia lleva a cabo sus actividades cotidianas. En casi todas las casas de té más pequeñas hay una o dos habitaciones al fondo, pero todo el interés y traín diario se desarrollan en esta parte abierta y delantera de la casa. Una casa de té pequeña cuenta con un *irori*, es decir, un agujero cuadrado abierto en el suelo lleno de arena y ceniza, donde se hace fuego y hay brasas para cocinar, y al lado del cual se ordenan pequeños estantes para la comida y los utensilios de comer. Pero en las casas de té grandes se puede ver una hilera de *iroris* y paredes con estanterías hasta el techo con mesitas bajas plegables de laca y con los cacharros usados por los huéspedes. Estos establecimientos suelen contener muchas salas cuyas superficies pueden ampliarse simplemente desplazando las paredes hechas de paneles llamados *fusuma*, los cuales se deslizan por ranuras en el suelo y en las vigas del techo.

Cuando nos detuvimos en las *chayas* de los caminos, los conductores se bañaban los pies, se enjuagaban las bocas y comían arroz, encurtidos, pescado salado y «un caldo de cosas abominables», después de lo cual fumaban en unas diminutas pipas que les permiten dar tres caladas después de cada vez que las llenan de tabaco. Tan pronto como salí de una de estas casas, una muchacha sonriente me trajo el *tabako-pon*, que es una bandejita cuadrada de madera o laca, con unas tenacillas de loza o bambú y un cenicero. Otra se presentó con un *zen*, es decir, una mesita lacada de unos quince centímetros de alta con una minúscula tetera provista de un asa hueca en ángulo recto desde la canilla, capaz de contener apenas una taza de té tamaño occidental, y con dos tacitas sin asa ni platillo con capacidad cada una de entre diez y veinte dedales. Se deja que el agua caliente repose un minuto en las hojas de té y la infusión resultante es un líquido de color pajizo y claro con un aroma y sabor deliciosos: una bebida muy grata y refrescante a todas horas. Si a este té japonés se le deja reposar más tiempo, adquiere un amargor áspero y una astringencia nada sana. No se usa azúcar ni leche en el té japonés. En todas las *chayas* hay un cubo de madera o laca, de pulcro aspecto y siempre tapado, que contiene arroz. Aunque el arroz caliente solo se prepara tres veces al día, a no ser que se pida expresamente, en ese cubo hay siempre arroz cocido y frío, por lo cual los culis no tienen más que calentarlo vertiendo sobre él agua hirviendo. Mientras se come, una de las jóvenes de la casa de té, con el cubo del arroz a su lado, se mantiene en cuclillas delante del

comensal cuyo cuenco llena de arroz hasta que este dice: «¡Ya basta!». En las *chayas* del camino se espera que el viajero deje tres o cuatro *sen* por reposar una o dos horas y por el té que se haya bebido.

Pasamos todo el día viajando por una ruta muy transitada a través de arrozales anegados hasta llegar a Kasukabe, una ciudad bastante grande pero de miserable aspecto cuya calle principal se asemejaba a una de los barrios más pobres de Tokiyo. Pasamos la noche en una gran *yadoya* con cuartos en la planta baja y en su piso superior, con una multitud de viajeros e innumerables malos olores. Al llegar a la casa, el dueño, que aquí llaman *teishi*, dobló las manos y se postró hasta tocar tres veces el suelo con la frente. El edificio era viejo, grande y destartado, con treinta o más sirvientes que se afanaban de un lado para otro en la *daidokoro* o gran cocina abierta. Me asignaron un cuarto arriba adonde subí por una empinada escalera de madera ennegrecida y pulida. La habitación disponía de un balcón con grandes aleros. El frente del piso de arriba lo ocupaba una larga sala abierta a los lados y delante, aunque enseguida fue dividida en cuatro estancias por medio de los paneles deslizantes recubiertos de papel opaco. También se improvisó otra sala en la parte de atrás por medio esta vez de biombos de papel translúcido pero horadado por varios agujeros y jirones. De este modo me vi en posesión de un cuarto de metro y medio cuadrado, sin percha, ni estantería, ni nada en que colgar un objeto; en suma, sin nada, con la excepción de un suelo cubierto de esteras. Pero no debe llevar a error esto de las esteras. Las esteras de las viviendas japonesas, llamadas *tatamis*, forman en los suelos un recubrimiento tan limpio, refinado y blanco como la mejor alfombra persa. Miden un metro ochenta centímetros de largo, noventa centímetros de ancho y poco más de siete centímetros de grosor. Los japoneses sienten un gran orgullo por sus *tatamis* y se sienten muy ofendidos por la forma en que algunos extranjeros desconsiderados las pisan con sus botas sucias. Pero, por desgracia, son también el hogar de un sinnúmero de pulgas.

Fuera de mi cuarto hay un balcón corrido con acceso a cuartos semejantes al mío que rodean un desolado anexo cubierto de ruinosos tejados de ripia y depósitos de agua de lluvia. Todos estos cuartos se hallaban ocupados. Ito, después de pedirme que le dijera de una vez lo que tenía que hacer, me instaló la camilla bajo una gran mosquitera de una basta lona verde que despedía un olor a moho, me llenó el baño de agua y me trajo té, arroz y huevos. Finalmente, se

llevó mi pasaporte para que lo copiara el posadero y luego se fue no sé dónde. Entonces intenté escribirte, cosa que me impidieron las pulgas y los mosquitos; además, las *fusumas* o paredes deslizantes eran silenciosamente movidas con frecuencia y varios pares de ojos negros y oblicuos no dejaban de inspeccionarme por las rendijas de dichas paredes. Había, en efecto, dos familias japonesas alojadas en el cuarto de la derecha y cinco hombres en el de la izquierda. Cerré las ventanas deslizantes de paneles con papel translúcido, llamadas *shoji*, y me acosté. Pero la falta de intimidad era pavorosa. ¡Aún no tengo la bastante confianza en mis congéneres para sentirme tranquila sin cerraduras, paredes ni puertas! Había ojos humanos que no dejaban de atisbar por los lados de la habitación. Una joven abrió dos veces el *shoji* entre el cuarto y el pasillo; un hombre, que después supe que era ciego, entró para ofrecerme, en un lenguaje incomprensible, sus servicios como masajista; los ruidos extraños que llegaban me dejaron verdaderamente aturdida. A un lado un hombre canturreaba en un tono alto oraciones budistas; al otro, una muchacha rasgaba las cuerdas del *samisén*, una especie de guitarra. La casa, en fin, parecía reventar del ruido de conversaciones y de chapoteos, del estruendo del tantán de tambores que se tocaban fuera, de innumerables gritos llegados de la calle, de los silbatos de los masajistas ciegos, del estrépito producido por las tablillas de los vigilantes de incendios que deambulan por todas las poblaciones japonesas durante la noche. Era intolerable. Me rodeaba una vida de la que nada sabía y el misterio era más alarmante que atractivo. Además, todo mi dinero estaba ahí, en mi cuarto, al alcance de cualquiera que alargara la mano entre los *fusuma*. Por colmo, Ito me dijo que el pozo de la posada estaba muy contaminado y el hedor era terrible: ¡al miedo a ser robada se añadía el de caer enferma! ¡Qué absurdo era todo!<sup>9</sup>

Mi camilla se reduce a un toldo claveteado a dos palos. Cuando me tumbo, el toldo se desprende con una serie de chasquidos de los clavos de debajo y va hundiéndose poco a poco hasta que mi cuerpo se halla suspendido sobre el palo que une los dos pares de bastidores y me convierto en una víctima fácil para pulgas y mosquitos. Me quedo tres horas en esa posición sin atreverme a mover un músculo por el miedo a que el toldo se caiga completamente y cada vez más nerviosa, hasta que de repente Ito me llama desde el otro lado del *shoji*:

—Señorita Bird, creo que es necesario que entre en su cuarto.

«¿Qué nuevo horror me depara el destino?», pensé. Mi intranquilidad no desapareció cuando añadió:

—Ha llegado un mensajero de la Legación británica y hay dos policías que desean hablar con usted.

Cuando llegué, hice lo correcto entregando el pasaporte al posadero el cual, conforme a su deber, lo había copiado en el libro de registros y enviado un duplicado a la comisaría. ¿Por qué, entonces, esta intromisión policiaca cerca casi de media noche? Sin embargo, enseguida respiré aliviada ante la presencia de dos hombrecillos en uniforme europeo con los conocidos bastones de policía, linternas de ojo de buey y unos ademanes respetuosos sin ser corteses. Podría haber recibido con agrado a veinte policías más, pues su llegada me aseguró de que mi presencia era conocida, de que estaba registrada y de que había un Gobierno, que por razones especiales se muestra deseoso de impresionar a los extranjeros con su autoridad y omnisciencia, responsable de mi seguridad.

Mientras los dos policías contrastaban la información de mi pasaporte a la mortecina luz de sus faroles, yo abrí el paquete de Yedo. Contenía una lata de azúcar de limón, una nota muy amable de Harry Parkes y un paquete de cartas llegadas a Japón para mí. Al tiempo que intentaba abrir las cartas, Ito, los policías y los faroles abandonaron mi habitación. Me acosté y así, tumbada, y también intranquila, me sorprendió el amanecer, con las cartas y el telegrama, tan anhelados desde hacía seis semanas, sin abrir sobre la camilla.

Ahora me puedo reír de mis miedos y desgracias con las mismas buenas ganas con que espero que tú te reirás. El viajero siempre debe comparar sus propias experiencias, y el éxito o el fracaso dependen principalmente de la idiosincrasia de cada uno. Hay muchos asuntos que serán remediados por la experiencia a medida que prosiga mi viaje y adquiera el hábito de sentirme segura. Así y todo, la falta de intimidad, los malos olores y el suplicio de pulgas y mosquitos son, mucho me temo, males irremediables.

## CARTA 6 *(Continuación)*

A las siete de la mañana siguiente acabamos con el arroz del desayuno, el cuarto quedó desnudo y limpio como si nunca hubiera sido ocupado, la cuenta de

ochenta *sen* pagada y, después de los muchos *sayonaras* o adioses del posadero y de los sirvientes que incluso se postraron para despedirnos, montamos en nuestros *kurumas* y nos alejamos a trote rápido. En la primera parada mi conductor, una criatura buena y afable pero absolutamente horrorosa de aspecto, fue asaltado por un repentino dolor y se puso a vomitar a causa, según él, del agua que había bebido en Kusakabe. Tuvo que quedarse allí. Me agradó mucho la forma honrada e independiente con que nos consiguió él mismo un sustituto en las mismas condiciones y sin nunca pedir compensación alguna por su repentino mal. Había sido tan amable y servicial que me sentí triste por dejarlo allí enfermo. Ciertamente que no era más que un culi, un simple átomo entre los treinta y cuatro millones que pueblan este Imperio, pero no menos precioso para nuestro Padre en los cielos que cualquier otra persona.

Era un día en que brillaba el sol con el mercurio a treinta grados a la sombra, pero sin que el calor fuera agobiante. A mediodía llegamos al río Tone. Para vadearlo tuve que subirme a los hombros tatuados de un culi; después, por donde las aguas corrían más profundas, una barca de fondo plano nos llevó a la otra orilla con los *kurumas*, algunas caballerías poco mansas y otros viajeros. Los barqueros, viajeros y gañanes del campo no llevaban apenas, o sin apenas, ropa encima, pero los campesinos más ricos que veíamos trabajar en los campos llevaban sombreros de bambú cónicos y grandes como paraguas, kimonos de amplias mangas no recogidas y abanicos de gran tamaño metidos en el fajín que les ceñía el kimono. Muchos de los viajeros que nos encontramos no llevaban sombreros y se protegían del sol extendiendo sus abanicos delante de la frente como una pantalla. Es probable que la incomodidad que para trabajar representa el traje nacional, el kimono, sea en parte la causa de que los hombres vayan sin él. Es tal la molestia que incluso cuando caminan la mayor parte de los viandantes se recogen los bajos del kimono dentro del fajín, lo cual deja visible en muchos casos una especie de pantalones muy ceñidos y elásticos de algodón blanco que les llegan hasta los tobillos. Después de tomar otro ferri para cruzar un nuevo río en un poblado desde el cual se puede tomar un vapor que lleva a Tokiyo, la campiña se vuelve más amena, escasean los arrozales, los árboles, casas y graneros son más grandes y en lontananza, tenuemente entre la bruma, se divisan altas colinas. Vimos transportar trigo que aquí no usan para hacer pan, sino distintas variedades de fideos. El trigo lo siembran en hileras pero dejando entre cada

grano bastante espacio que aprovechan para sembrar alubias y otros productos. Y tan pronto cosechan el trigo, su lugar en la tierra lo ocupa un nabo que llaman *daikon* (*Raphanus sativus*), pepinos y otras verduras. Gracias a un cultivo intensivo y al abundante estiércol, la tierra por aquí produce dos y hasta tres cosechas al año. En los campos de trigo y de todos los otros cultivos, excepto en los del arroz, se abren surcos. No se ve ni una sola mala hierba y toda la campiña se asemeja a un jardín bien cuidado. En esta región los graneros son bonitos y muchos de sus grandiosos tejados forman esa curva tan característica de las pagodas. Los aleros con frecuencia sobresalen hasta dos metros y medio, y el grosor de los tejados de paja de las casas llega al metro. Como aquí no se cría ganado para leche, tiro o carne, y no hay pastizales para animales, tanto en el campo como en los pueblos reina un extraño silencio y el paisaje parece vacío. Algún perro con aspecto de tener malas pulgas y algunas aves de corral son los únicos representantes de la vida animal doméstica. ¡Qué nostalgia siento por oír el mugido de las vacas y el balido de las ovejas!

A eso de las seis llegamos a Tochigi, una ciudad grande y, en otros tiempos, ciudad fortaleza del daimio local. Es conocida por la manufactura de cuerdas de toda clase, pues es muy abundante el cáñamo que se produce en los alrededores. Muchos de los tejados de las casas no son de paja sino de teja y la ciudad posee un aspecto más sólido y atractivo que otras por las que hemos pasado. Pero ir de Kasukabe a Tochigi fue como saltar de la sartén a las brasas. Tanto fue así que estuve a punto de poner punto final a mi viaje por Japón y, si el alojamiento de anoche no hubiera supuesto una notable mejora, creo que habría regresado ignominiosamente a Tokiyo. La *yadoya* era muy grande y como acababan de llegar sesenta viajeros antes que nosotros, no tuvimos mucho dónde elegir debiendo contentarnos con un cuarto rodeado por todos lados no por *fusuma*, sino por *shoji*, sin apenas espacio para mi camilla, baño, silla, y bajo una mosquitera verde y mohosa que era un perfecto nido de pulgas. Uno de los lados del cuarto daba a un pasillo muy transitado; otro, a un pequeño patio con acceso a tres habitaciones donde se hacinaban unos viajeros no exactamente sobrios ni decentes. Los *shoji* estaban perforados por todas partes de agujeros en casi cada uno de los cuales pude distinguir una pupila humana. La intimidad era aquí un lujo con el cual no cabía ni soñar. Y no solo había ojos pegados a los agujeros del *shoji*: también las criadas, muy ruidosas y desconsideradas, no dejaban de entrar y

curiosear en mi habitación sin ningún pretexto. Lo mismo hacía el posadero, un hombre animado y de agradable aspecto. Malabaristas, músicos, masajistas ciegos, mujeres cantantes..., todos abrían los paneles de mi cuarto sin reparo alguno. Empecé a pensar que el señor Campbell estaba en lo cierto cuando dijo que una dama no debía viajar sola en Japón. Ito, que ocupaba la habitación contigua, sugirió que un robo era bastante probable y me pidió que él me guardara el dinero... ¡Mientras no desapareciera con él durante la noche! Me acosté en mi precario lecho antes de las ocho de la tarde, pero a medida que la noche avanzaba, la barahúnda de la casa no hacía sino crecer hasta convertirse verdaderamente en diabólica y no cesó hasta después de la una de la noche. Se oía el redoble de tambores y el estrépito de platillos; chirriaban los *koto*<sup>10</sup> y los *samisén*; las geishas —unas profesionales de la danza, el canto y la interpretación musical— bailaban al compás de canciones cuyas bruscas disonancias resultaban de lo más ridículo; narradores profesionales contaban historias en un tono alto; y las carreras y las chapoteos cerca de mi habitación no cesaban un momento. A altas horas de la noche, alguien derribó por accidente los frágiles *shoji* de mi cuarto revelando una escena de gran comicidad en la cual varios individuos se estaban bañando y arrojándose agua unos a otros.

El ruido de la gente que partía empezó antes de que clareara el nuevo día. ¡Qué feliz me sentí cuando salí de aquella *yadoya* a las siete de la mañana! Antes de que los huéspedes dejen el cuarto, las *fusuma* o paredes móviles se retiran y lo que antes era una habitación se transforma en parte de una amplia estancia abierta y cubierta de tatamis, una disposición que al facilitar el paso del aire impide que crezca moho.

A pesar de la ligera subida del camino y de que los conductores estaban demasiado cansados para ir al trote, cubrimos cincuenta kilómetros en nueve horas. La amabilidad y cortesía que los culis mostraban hacia mi persona y que se prodigaban entre sí constituían para mí una fuente constante de placer. Resulta de lo más divertido observar las elaboradas cortesías de los saludos de estos hombres vestidos solo con un sombrero y un taparrabos. Cuando hablan entre sí, siempre se quitan el sombrero y no dejan de dedicarse tres profundas inclinaciones.

Poco después de dejar atrás la *yadoya*, pasamos por una calle ancha flanqueada por las casas más grandes y espléndidas que había visto. Todas tenían

abiertas su puerta principal, lo cual permitía ver los suelos y pasillos de madera perfectamente pulida y brillante como las aguas de un estanque. Los *kakemonos* o cuadros colgantes en las paredes laterales eran sumamente bellos, y los tatamis blancos y de la mejor calidad. En su parte trasera tenían grandes jardines, con fuentes, flores y corrientes de agua salvadas por delicados puentes de piedra y que a veces se deslizaban entre las casas. Por los letreros supuse que debía de tratarse de *yadoyas*, pero cuando le pregunté a Ito por qué no nos alojábamos en alguna de ellas, replicó que se trataba de *kashitsukeyas*, es decir, de casas de té de mala reputación. ¡Qué hecho tan triste!<sup>11</sup>

Conforme avanzábamos, el paisaje se tornaba más y más hermoso, con boscosas y escarpadas colinas y montañas con nubes detrás. Los pueblos agrícolas tienen confortables viviendas enteramente de madera. Los campesinos más ricos ocultan sus viviendas por setos bien podados, que más bien parecen barreras, de sesenta centímetros de ancho y a menudo más de seis metros de alto. Cerca de casi todas las casas crecen plantas de té cuyas hojas son recogidas y puestas a secar sobre esteras. Por los arbustos de moreras me di cuenta de los primeros indicios de la industria sericícola del país y no tardé en observar en el camino bandejas con capullos de seda amarillos y blancos puestos al sol. Vi a muchas mujeres sentadas a la puerta de sus casas tejiendo paños de algodón de casi cuarenta centímetros de ancho. Las ancianas hilaban, mientras las más jóvenes y no tan jóvenes realizaban sus tareas con bebés de expresión inteligente colgados a sus espaldas mirando graciosamente por encima de los hombros de sus madres y hermanas, pues hasta las niñas de siete y ocho años juegan llevando atrás a los bebés, y las que son demasiado pequeñas para poder cargarlos, llevaban muñecas atadas a sus espaldas imitando a sus hermanas mayores. Un sinfín de aldeas con casas repletas de gente y con niños por todas partes dando la impresión de un país muy populoso.

Según la luz del día iba lentamente perdiendo intensidad, las imágenes se volvían más diversas y animadas. Montañas acuchilladas de nieve asomaban por encima de los cerros en cuyas abruptas laderas el verde azulado y denso de pinos y cedros se iluminaba con los tonos primaverales de árboles de hoja caduca. Bosques de estos cedros japoneses<sup>12</sup> reinaban en las pequeñas colinas coronadas de santuarios sintoístas a los cuales se accedía por imponentes escalinatas de piedra. El dorado rojizo de los campos en el tiempo de la recolección

contrastaba con el verde lozano y el follaje exquisito de las plantaciones de cañamo, mientras los tonos rosas y blancos de las azaleas salpicaban los matorrales del monte. Y cuando la ancha vía se transformó en la colosal avenida de los cedros que daban solemne penumbra a la entrada a los santuarios sagrados de Nikko y los trémulos rayos del sol y las sombras jugaban en la hierba, percibí la belleza de Japón y que aquella planicie de barro de Yedo no era más que una pesadilla.

Son dos las vías por las que se puede acceder a Nikko. Evité la que pasa por Utsunomiya por lo cual me perdí la avenida más magnífica de las dos que discurre a lo largo de casi ochenta kilómetros por una ruta llamada Oshiu-kaido. Yo tomé la otra, la que nombran Reihishi-kaido, que se extiende por unos cincuenta kilómetros. Las dos vías, frecuentemente interrumpidas por aldeas, convergen y se funden en la entrada de la población de Imaichi, a unos doce kilómetros de Nikko. Dicen que los cedros que las flanquean fueron plantados como ofrenda al espíritu deificado de los sogunes enterrados aquí por un hombre demasiado pobre para colocar una linterna de bronce en sus santuarios. No podía haber sido ideado un monumento más majestuoso que estos árboles y probablemente constituyen los ejemplares más grandiosos en su género que hay en el mundo.

No estaba en mi plan quedarme en la hermosa *yadoya* donde se alojan los extranjeros en Hachiishi, por lo que despaché a Ito un kilómetro más lejos con una nota en japonés para el dueño de la casa donde ahora me encuentro. Mientras, yo me quedé sentada en un saliente rocoso que había en la parte superior de la calle de Imaichi donde, sin ser incomodada por nadie, pude divisar las solemnes arboledas que cubrían las montañas, el lugar del «eterno descanso» de los dos más grandes sogunes que ha dado la historia de Japón<sup>13</sup>. Debajo, el impetuoso río Daiyagawa, crecido por las lluvias de anoche, bajaba estruendosamente por una angosta garganta. Y, más allá, las colosales escalinatas de piedra que se extienden misteriosamente hasta desaparecer entre los cedros por encima de cuyas copas se elevan las montañas Nikkosan. Justo en el punto donde la impetuosidad del torrente encuentra el freno de dos muros de piedra, hay un puente de veinticinco metros de largo y cinco y medio de ancho, en madera lacada de un rojo apagado, que descansa sobre dos machones de piedra en cada uno de sus extremos. A pesar de que su estructura dista de ser

imponente, su presencia pone una grata nota de color en medio de la masa arbórea de color verde oscuro y grisácea. El interés del puente estriba es ser el Mihashi o Puente Sagrado, construido en el año 1636, y antes accesible solo para los sogunes, para el emisario del *mikado* o para los peregrinos dos veces al año. Sus puertas de entrada y salida están cerradas. Hogar de lluvias y nieblas, Nikko parece grandioso y solitario. Para los *kurumas* este lugar significa el fin del trayecto, de forma que si el viajero quiere seguir más adelante, debe caminar, cabalgar o ser llevado en palanquín o a hombros.

Hacia mucho que Ito se había ido y los culis no dejaban de dirigirse a mí en japonés, lo cual me hacía sentir impotente y sola. Al final se echaron a hombros el equipaje y, después de bajar un tramo de la escalinata, cruzamos el río por el puente general. No tardé en ser recibida por mi nuevo anfitrión, Kanaya, un hombre animado y de aspecto agradable, que me saludó inclinándose casi hasta el suelo. En todas las direcciones se veían caminos que subían por los bancales y entre los cedros hasta los santuarios. El que nosotros tomamos, aunque se alejaba de los templos, pasaba por un buen número de imponentes cercados. A pesar de ser la misma vía que lleva a Chiuzenji, un centro popular de peregrinaje, a Yumoto, un lugar turístico, y a otros poblados, el camino es muy áspero y solo es transitable a pie y a caballo debido a los escalones de piedra que hay de vez en cuando.

Cuando llegamos a la casa, cuyo aspecto me encantó nada más verla, tuve que despedirme con mucho pesar de mis colis que me habían servido tan amable y fielmente. Habían tenido muchos detalles y atenciones conmigo, como sacudirme el polvo de la ropa, hinchar mi cojín neumático, traerme flores. Siempre se mostraron agradecidos cada vez que debía bajarme del *kuruma* porque el camino se empinaba y tenía que ir a pie. Y hace un momento, poco antes de irse de fiesta a la montaña, acaban de venir a visitarme para decirme otra vez adiós y traerme ramas floridas de azaleas.

## CARTA 7

*Casa Kanaya, Nikko. 15 de junio*

No sé cómo escribir acerca de mi casa. Es un ensueño japonés. No hay nada en ella que no cautive el corazón. Especialmente después de la batahola de las *yadoyas*, su silencio, en armonía con el rumor del agua y el trino de las aves, es verdaderamente refrescante. Es un edificio sencillo aunque irregular. Consta de dos plantas levantadas en una terraza con muro de piedra a la que se accede por una escalera con peldaños también de piedra. Tiene un jardín muy bien diseñado que parece estallar con los colores vivísimos de peonías, lirios y azaleas en flor en esta época del año. Justo detrás se yergue el monte con manchas de azaleas rojas en la falda desde donde baja una corriente que abastece a la casa con sus aguas frescas y puras y otra que, tras formar una cascada en miniatura, corre debajo de la casa y, después de pasar por un estanque de peces con piedras a modo de islas, vierte sus aguas en el río. Al otro lado del camino se ve la masa grisácea del pueblo de Irimichi, cercado por el impetuoso Daiya, y al fondo, cortadas por quebradas y cascadas de agua, se alzan altos e irregulares cerros densamente arbolados.

La hermana de Kanaya, una mujer muy dulce y de aspecto refinado, me recibió a la puerta y me quitó las botas. Las dos balconadas de cada piso están hechas de madera perfectamente pulida, como también lo están el zaguán de entrada y las escaleras interiores que conducen a mi habitación. Las esteras son tan elegantes y blancas que casi da miedo poner los pies en ellas, aunque vaya con medias. Los bruñidos peldaños llevan a la amplia balconada de arriba desde donde se ofrece una hermosa vista y se accede a una espaciosa sala que, debido justamente a su amplitud, enseguida se convierte en dos espacios. Desde aquí cuatro peldaños, de madera también perfectamente pulida, llevan a otra exquisita sala en el fondo, que será ocupada por Ito, y otra escalera conduce al cuarto de baño y al jardín. El frente de mi sala está formado exclusivamente por *shoji* que se corren durante el día. El techo es de recuadros de madera cruzados por tablones oscuros y los pilares son también de madera oscura pulcramente pulida. Los paneles de las paredes son de papel azul celeste arrugado y jaspeado de tonos dorados. En un extremo hay dos espacios, a modo de hornacinas, con el suelo de madera ligeramente alzado. Se llaman *tokonoma*. En la pared de uno de ellos pende un *kakemono* o pintura colgante en cuya superficie de seda se representa una rama de cerezo en flor: una verdadera obra de arte que, ella sola, inunda la estancia de frescura y belleza. El artista que la pintó solo pintaba flores de cerezo,

pero cayó en la rebelión<sup>14</sup>. En el estante del otro *tokonoma* hay un valioso y pequeño aparador de minúsculas puertas corredizas en cuya superficie se observan peonías pintadas sobre un fondo dorado. Fuera de eso, los únicos adornos de la sala son una rama de azaleas de color rosa en un florero inmaculadamente blanco que cuelga de uno de los pilares y un solo lirio en el otro. Las esteras son muy pulcras y blancas, siendo el único mueble de la sala un biombo con un diseño paisajístico en tinta china. Casi desearía que las estancias de esta casa fueran un poco menos exquisitas pues me invade el temor constante de, sin querer, derramar tinta cuando escribo, de dañar las esteras o de rasgar los paneles de papel de las ventanas. En el piso de abajo hay una sala también muy hermosa y un amplio espacio donde se llevan a cabo todas las actividades cotidianas. Además, a la derecha de la casa y techado con tejas, está el *кура* o almacén a prueba de incendios.

El oficio de Kanaya es resolver las desavenencias que puedan surgir en los santuarios sintoístas. Pero sus obligaciones no son muchas por lo que puede dedicar la mayor parte de su tiempo a embellecer constantemente la casa y el jardín. Viven con él su madre, una venerable anciana, y su hermana, la japonesa más dulce y gentil que he visto. Esta se mueve en la casa como un hada con alas y su voz es pura melodía. Completan la familia un sirviente un poco retrasado y dos hijos (niño y niña) de la hermana. Kanaya es el hombre principal de la aldea; es muy inteligente y parece bastante culto. Está divorciado y su hermana prácticamente también. Últimamente, para ayudar a sus ingresos, decidió alquilar las encantadoras salas de su casa a visitantes extranjeros que siempre se presentan con cartas de recomendación. Está deseoso de satisfacer sus expectativas y, gracias a su buen gusto, no ha caído en el error de europeizar su hermosa casa.

La cena me fue servida sobre un *zen* o mesita de menos de quince centímetros de alto hecha de vieja laca dorada. También el cuenco del arroz era de laca dorada, mientras que la tetera y la taza eran de la elegante cerámica de Kaga. Por las dos habitaciones, el arroz y el té pago dos chelines al día. Ito se encarga de conseguirme provisiones, como carne de pollo, huevos y hasta una trucha. Es sumamente interesante vivir en una casa particular y poder observar por fin la rutina de la vida doméstica en un hogar de clase media de Japón.

## CARTA 8

*Casa Kanaya, Nikko. 21 de junio*

Llevo nueve días en Nikko lo cual me da derecho a usar el término de «¡kekko!».

La palabra Nikko significa «esplendor del sol» y por todo Japón las bellezas del lugar han sido celebradas en poemas y cuadros. ¿Por qué? Primero, las montañas. Durante la mayor parte del año se hallan cubiertas total o parcialmente de nieve que, en torno al Nantaizan, la cumbre más alta y venerada como si fuera una deidad, se apila en grandes cantidades. Después están los bosques que producen una madera magnífica, las quebradas y los puertos de montaña apenas explorados, los lagos de un verde oscuro que duermen en una serenidad infinita, la profunda sima de Kegon donde se precipitan las aguas del Chiuzenji desde una altura de casi ochenta metros, la radiante belleza de las cascadas de Kiri Furi, el encanto de los jardines de Dainichido, la sombría majestad de las gargantas a través de las cuales el río Daiyagawa avanza desde las regiones más altas, el hechizo de las azaleas y las magnolias y, en fin, una exuberante vegetación quizás sin rival en todo Japón. Tales son solamente algunas de las atracciones que enmarcan los mausoleos de los grandes sogunes.



CASA KANAYA

Los santuarios donde descansan sus restos constituyen la más admirable obra del arte funerario de Japón. En el imponente escenario natural de los cedros, la circunferencia de pocos de los cuales mide no menos de seis metros, estas edificaciones cautivan el alma del visitante con su hermosura y al hacerlo así desafían todos los cánones del arte occidental, obligándonos a aceptar la belleza de unas formas y unas combinaciones de color hasta ahora desconocidas, además de reconocer que la madera lacada se puede prestar a la expresión de ideas artísticas de muy alto vuelo. Los dorados se usan profusamente en la decoración, así como los colores negro, rojo apagado y blanco, y todos con una opulencia y un aliento realmente únicos. Solo los relieves en bronce son un estudio y la talla en madera precisa semanas de trabajo diligente para llegar al dominio de las ideas y los detalles. Una simple mampara o baranda consta de sesenta paneles, cada uno de un metro y veinte centímetros de largo, con tallas de osadía maravillosa que representan pavos reales, faisanes, cigüeñas, flores de loto, peonías, bambúes y hojas. La fidelidad a las formas y los tonos de las tallas de las aves, así como la reproducción del movimiento, son simplemente insuperables.

## CARTA 9

*Yashimaya, Yumoto (montañas Nikkozan). 22 de junio*

Hoy he realizado un viaje experimental a lomos de una caballería: exactamente veinticuatro kilómetros en ocho horas sin parar. En otras palabras, por primera vez he conocido al animal japonés por excelencia de carga del cual circulan no pocas historias nada halagüeñas y que hasta hoy me resultaba tan legendario como el *kirin* o dragón de la mitología local. Lo cierto es que estos cuadrúpedos nunca me han coceado, ni mordido ni derribado, circunstancias sin duda debidas a que en esta región usan exclusivamente yeguas que son criaturas mansas de unos catorce palmos de alzada con cuartos traseros bastante débiles y cabezas casi ocultas por las desgredñadas crines. Son guiadas por un ronzal que les recorre el hocico y caminan descalzas excepto cuando el terreno pedregoso, en cuyo caso el *magó* o arriero, las calza, a modo de herraduras, con unas sandalias de paja. La

albarda se compone de dos fardos de paja de veinte centímetros de grosor unidos delante y detrás por arcos de fuerte madera de roble lacada o pintada de llamativos tonos. De cincha usan una cuerda sujeta sin mucha fuerza que pasa por debajo de la barriga del animal, de modo que la seguridad de la carga depende de una baticola, generalmente de fibra de bambú y unida a la montura por cuerdas trenzadas con piezas de madera, y de otra cuerda que rodea el pescuezo de la caballería y sobre la que se apoya el pie del jinete para tomar impulso y poder montar. La carga debe ponerse en perfecto equilibrio si no se quiere que corra peligro de caerse. Los *magos* tienen como principal tarea buscar la división del peso entre los dos costados y cuando esto es difícil, añaden una piedra a un lado o a otro. He visto a mujeres, tocadas de enormes sombreros cónicos para protegerse de la lluvia y con los bajos del kimono arremangados dentro de los ceñidos pantalones azules, que hacían ambas tareas: cargar las caballerías y llevarlas del ronzal. Para montar en una de estas bestias ya cargadas yo tuve que subirme primero a un muro; y la incomodidad de los salientes, barras, arrapiezos y los cordajes de la montura fue eliminada gracias a un futón de algodón doblado que, a modo de cojín, se colocó encima y me sirvió de posadero. De esa manera me encontré sentada a unos treinta y cinco centímetros del lomo del animal con los pies que me colgaban sobre su pescuezo. Si uno no quiere caerse, es preciso guardar bien el equilibrio, cosa relativamente fácil a los pocos minutos de práctica. Cuando el terreno es llano, la carga va segura, pero en las bajadas puede haber peligro. Además, el animal no obedece al ronzal ni aun en el caso de que quien lo monta lleve uno en la mano, sino que sigue ciegamente al arriero que camina unos dos metros por delante.

Esta dura jornada de viaje terminó en una exquisita *yadoya*, bonita por fuera y por dentro, y más idónea para sutiles hadas que para mortales polvorientos por el camino. Las esteras presentaban una blancura casi inmaculada, las *fusuma* o paredes deslizantes eran de ligeros paneles de madera gratamente olorosa y la galería exterior de bruñida madera de pino. Al entrar, una sonriente joven me trajo una infusión de pétalos de ciruelo que exhalaba un delicado aroma a almendras, con un dulce hecho de alubias azucaradas y un cuenco de laca con nieve congelada dentro. Después de una comida a base de un ave de bastante experiencia, pasé la tarde fuera, pues había llegado a un lugar famoso por su balneario y deseaba ver el ambiente.

Esta pintoresca aldea se encuentra encajonada entre el lago y las montañas. Tiene pulcras casas, una encima de la otra, pues el terreno es escarpado, y construidas con tablas recién desbastadas de madera rojiza de cedro. En invierno la nieve que cae aquí alcanza los tres metros. Por ello, cuando llega el diez de octubre los aldeanos envuelven sus bonitas viviendas con esteras toscas, sin dejar de recubrir los tejados, y emigran para pasar el invierno, hasta el diez de mayo, a un terreno más bajo y templado. Dejan a cargo del pueblo a un hombre que es relevado cada semana. Si las casas fueran más, estaría tentada a envolverlas incluso en todos los días lluviosos. Me equivoqué en venir cabalgando hasta aquí. Habría sido más adecuado llegar en un *kago* o cesto cubierto.

La aldea consta de dos calles cortas, de unos dos metros y medio de ancho, y está compuesta enteramente de *yadoyas* de diferentes categorías provistas de pintorescos frentes de largos aleros, elegantes galerías, hileras de faroles chinos y puertas de entrada abiertas. El lugar está lleno de gente y en los cuatro establecimientos había una aglomeración de bañistas. Hay algunos inválidos con la energía de bañarse... ¡hasta doce veces al día! Se ve a todo el mundo caminar con una toalla azul colgada del brazo y de las barandillas de todos los balcones cuelgan toallas del mismo color puestas a secar. Son muy pocas las diversiones fuera del pueblo, pues enseguida se levantan las montañas y el suelo está cubierto de tupida maleza por la que uno solo puede caminar yendo por senderos cortos o por el mismo camino por el que yo he venido. Hay una barca techada para excursiones por el lago y unas cuantas geishas que tocan el *samisén*. Sin embargo, el juego con apuestas es ilegal y no hay ningún sitio para divertirse como no sea alguno de los cuatro balnearios donde la gente mata el tiempo, aparte de bañándose, durmiendo, fumando y comiendo. El manantial principal se halla más allá de la aldea, en un montículo dentro de un depósito cuadrado. El agua mana a borbotones despidiendo fétidas fumarolas. Sobre su superficie hay anchos tableros donde la gente aquejada de reumatismo se tumba para beneficiarse inhalando horas y horas los vapores sulfúreos. El agua sale del manantial a una temperatura de 54°, pero cuando llega a la aldea por medio de cañerías de madera ha bajado a los 28. Yumoto está a mil doscientos metros sobre el nivel del mar y es muy frío.

Antes de abandonar Yumoto, fui testigo del *modus operandi* de sisar que tienen los sirvientes y guías. Cuando pedí la cuenta de la posada, el dueño, en lugar de dármela, subió al piso de arriba y le preguntó a Ito qué cantidad debía escribir. El objeto era repartirse entre los dos el sobrecargo. En otras palabras, tu sirviente te sisa algo en todas las facturas con tal habilidad que es imposible impedirlo. Lo mejor es no preocuparse mientras la cantidad sisada no exceda lo razonable.

## CARTA 10

*Irimichi (Nikko). 23 de junio*

Mi vida monótona y reposada está a punto de acabarse. La gente es muy apacible y amable, aunque casi demasiado tranquila. Y puedo decir que he aprendido algo de los aspectos externos de la vida aldeana y he tomado cariño al lugar.

El pueblo de Irimichi, en este momento paradigma para mí de la vida rústica y aldeana de Japón, consta de unas trescientas casas alineadas en tres calles a lo largo de las cuales se ven a intervalos tramos de tres y cuatro peldaños. Desde la parte central de cada una de las tres calles corre con fuerza un arroyo canalizado en una acequia de piedra. Estas corrientes constituyen una fuente constante de diversión para los niños del pueblo, los cuales se inventan un sinfín de ingeniosos juguetes y mecanismos que ponen en marcha por medio de norias en miniatura. Pero a las siete de la mañana un tambor anuncia el comienzo de la jornada escolar. El edificio de la escuela de este pueblo no desmerecería en absoluto al lado de una escuela en Europa. Demasiado europeizada, me pareció. A los niños se los ve muy incómodos sentados en altos bancos detrás de los pupitres. Estarían mejor sentados en el suelo, forma tradicional de sentarse aquí. El mobiliario escolar es muy bueno y en las paredes hay excelentes mapas. El maestro, un hombre de unos veinticinco años, usa con mucha frecuencia la pizarra y no para de hacer preguntas a los alumnos. Quienes responden bien cambian su asiento y pasan a sentarse en la primera fila. La obediencia es el

fundamento del orden social de Japón y, con niños acostumbrados a obedecer sin discutir a sus padres en casa, el maestro no tiene problemas de mantener en la clase silencio, atención y docilidad.

En los rostros infantiles y anticuados inclinados sobre los libros de texto se observa una seriedad casi hasta dolorosa. Ni siquiera un suceso tan raro para ellos como la entrada de una mujer extranjera en el aula consiguió distraer su atención. A los más pequeños se les enseña principalmente por medio de objetos, mientras que los mayores hacen ejercicios de lectura en voz alta de libros sobre historia y geografía. El tonillo que emplean cuando leen con la pronunciación china y japonesa es muy alto y resultaba bastante desagradable de oír. También se les enseña aritmética y los rudimentos de algunas áreas de la filosofía natural. A menudo recitan unos versos que, según me pareció, les sirve para recordar el orden del silabario japonés. Así fue como me los tradujeron:

«El color y el aroma se desvanecen.  
Pues ¿qué hay que dure en este mundo?  
El hoy desaparece en el abismo de la nada  
convirtiéndose en la imagen de un sueño  
que no deja más que un ligero desasosiego».

¿No son un eco de nuestro «vanidad de vanidades y solo vanidad»? Esta idea apunta al hastío típicamente oriental por la vida, aunque puesta en labios infantiles me parece una cantinela depresiva. Los clásicos chinos, que antes formaban la base de la formación en las escuelas japonesas, ahora se enseñan principalmente como vehículo para transmitir el conocimiento de los sinogramas cuya adquisición, aun moderada, representa para los niños un esfuerzo considerable.

Los castigos por mala conducta en la clase solían consistir en algunos golpes en la parte delantera del muslo con una varilla o una ligera quemadura de moxa en la yema del dedo índice, castigos todavía comunes en las familias. Pero creo haber entendido decir al maestro que dejar al niño en la escuela una vez que terminan las clases es el único castigo ahora en uso. Este mismo maestro expresó completo desacuerdo con la práctica europea de imponer al alumno tareas extra. Cuando dan las doce del mediodía, los alumnos abandonan con orden la escuela,

los niños en un grupo y las niñas en otro, después de lo cual se dispersan tranquilamente.

Comen al llegar a sus casas y por la tarde en casi todos los hogares se oye la monótona cantinela de la preparación de las clases del día siguiente. Después de la cena, están libres para ir a jugar, aunque las niñas suelen quedarse en sus casas con bebés o muñecas a sus espaldas. Una tarde me encontré con un desfile de sesenta niños y niñas llevando todos banderas blancas y pelotas negras, excepto el líder del grupo que sostenía una bandera blanca y una pelota dorada. Iban cantando o, más bien, gritando mientras caminaban. Otras diversiones infantiles tienen un carácter más sedentario. Los juguetes mecánicos, accionados por pequeñas norias en los arroyos, son realmente fascinantes.

En la casa donde me alojé se celebran fiestas infantiles para las cuales se envían invitaciones formales en nombre del pequeño de la casa, en este caso, una niña de doce años. A eso de las tres de la tarde acuden los pequeños invitados, muchas veces acompañados de criados; y la niña anfitriona, que se llama Haru, los recibe en la parte superior de la escalera de piedra y los guía a la sala de invitados donde se sientan conforme a unas reglas de precedencia de las cuales todo el mundo parece estar al corriente. El cabello de Haru está recogido por detrás hasta la frente y peinado con un doble bucle en el cual se distingue el tono escarlata de un crepé enrollado. La cara y el cuello los lleva muy blanqueados. Este maquillaje termina con tres picos en la nuca de la cual se le ha arrancado con unas pinzas todo el vello menudo. Los labios los lleva ligeramente tocados de carmín y todo el rostro se asemeja al de una muñeca barata. Viste un kimono de seda azul con un diseño floral y con mangas que le llegan hasta el suelo, un fajín azul con el forro escarlata y un dobladillo de crepe también escarlata entre el cuello blanqueado y el kimono. Los piecitos los lleva calzados de blancos *tabi* que son unos calcetines de algodón con espacio aparte para meter el dedo gordo, lo cual permite el paso de la correa también escarlata de unas sandalias bellamente lacadas usadas cuando desde lo alto de la escalera recibía a los invitados. Las demás niñas, a las cuales Haru recibió con inclinaciones muy solemnes pero llenas de gracia, iban vestidas igual que ella: todas parecían muñequitas mal hechas.



CAMARERA DE UNA CASA DE TÉ

Una vez reunidas todas la niñas, Haru y su encantadora madre fueron arrodillándose delante de cada una de las pequeñas invitadas para ofrecerles té y dulces en bandejitas lacadas. Después se entregaron todas a juegos tranquilos y refinados que duraron hasta el anochecer. Se dirigían unas a otras anteponiendo el prefijo honorífico de «O». Este prefijo solo se usa en el caso de nombres femeninos; después del nombre se emplea el sufijo respetuoso de «san». Así Haru se convierte en O-Haru-san, que viene a ser el equivalente a «señorita». A la señora de la casa todos se dirigen como O-Kami-san; o bien como O-Kusuma —algo parecido a «señora»— usado para mujeres casadas. Las mujeres no tienen apellidos, por lo que no se dice «señora Saguchi», sino «la esposa de Saguchi-san», aunque habría que dirigirse a ella como O-Kusuma. Algunos nombres de niñas son Haru (primavera), Yuki (nieve), Hana (flor), Kiku (crisantemo), Gin (plata).

Observé uno de los juegos que me pareció muy divertido al que se entregan con cierta animación y mucha dignidad. Consistía en que una niña fingía estar enferma y otra hacía de médica. La pompa y la gravedad de esta, así como la debilidad y aflicción de aquella eran imitadas con gran acierto. Por desgracia, el médico acabó matando a la paciente la cual hizo de muerta con notable efectividad gracias al maquillaje enteramente blanco de su cara; y después seguía el juego del funeral y del velatorio. Igualmente dramatizaron bodas, banquetes y

muchos otros sucesos de la vida. La dignidad y el aplomo que poseen estos niños son realmente asombrosos. El hecho es que la iniciación de todo lo que exige la compleja etiqueta japonesa empieza tan pronto como saben hablar, de modo que cuando cumplen los diez años saben exactamente qué hacer y qué no hacer en todas las circunstancias de la vida. Antes de que las niñas invitadas abandonaran la casa, recibieron de nuevo té y dulces. Y, como la buena educación japonesa exige que no se debe rechazar nada ni dejarlo sin comer una vez que lo has aceptado, fueron varias las niñas que se guardaron los dulces en las amplias mangas de sus kimonos para llevárselos. A la hora de irse, se prodigaron entre sí las mismas cortesías y ceremonias que a la llegada.

Yuki, la madre de Haru, habla, actúa y se mueve con una gracia encantadora. Excepto por la noche y cuando, a primera hora de la tarde, se presentan amigas a tomar té, siempre está atareada en la casa limpiando, cosiendo, cocinando, o fuera, en el huerto, plantando verduras o quitando malas hierbas. Todas las niñas japonesas aprenden a coser y a hacer sus propios vestidos, si bien es verdad que, a diferencia de lo que ocurre entre nosotros, aquí la costura no tiene el misterio ni la dificultad que hace de este aprendizaje algo tan temido. El kimono, el *haori*, que es un chaquetón que se pone encima, y el fajín que ciñe el kimono tienen costuras siempre rectas que son simplemente hilvanadas. Además, las prendas cuando se lavan se desmontan y cada pieza, después de ser ligeramente almidonada, se extiende sobre una plancha para su secado. La gente no lleva ropa interior, por lo que no hay cintas, volantes, escudetes, ojales. Las mujeres más pobres no llevan ningún tipo de ropa interior y las de clases más altas llevan, como Yuki, un vestido interior en crepe de seda como si fuera de tul y tan sencillo como puede ser el kimono que llevan encima.

En esta aldea, como en la mayoría, hay bibliotecas ambulantes. A última hora de la tarde, madre e hija, Yuki y Haru, se ponen a leer historias de amor o relatos de antiguos héroes y heroínas, escritos en un lenguaje lo más sencillo posible para ser del agrado del gran público. El mismo Ito, mi guía intérprete, tiene hasta diez volúmenes de novelas en su cuarto que pasa leyendo media noche.

El hijo de Yuki, de trece años, viene a menudo a mi cuarto para mostrarme su destreza en escribir sinogramas. Es un muchacho muy listo y muestra un gran talento para el dibujo. En realidad, de escribir en japonés a dibujar no hay más

que un paso. No se escribe con pluma, sino con un pincel hecho de pelo de camello impregnado de tinta china y este muchacho con dos o tres trazos vigorosos crea letras de más de treinta centímetros de largo que después son montadas en una placa y colgadas para ser vendidas en las tiendas. Yuki toca el *samisén* que se puede considerar el instrumento nacional femenino y Haru va todos los días a recibir lecciones del mismo instrumento.

El arte del arreglo floral se enseña en manuales. Su estudio constituye parte de la formación de una jovencita. Difícilmente pasa un día sin que mi cuarto no aparezca adornado con una decoración nueva de uno de estos arreglos. Estoy aprendiendo a estudiar y a apreciar la gran belleza de la soledad de este arte. En el *tokonoma* cuelga un *kakemono* de exquisita belleza que representa una única rama de un cerezo en flor. En uno de los paneles de un biombo está pintado un lirio, uno solo. En cada uno los jarrones que cuelgan elegantemente de los pilares hay una peonía, una sola, un lirio, una ramita de azaleas, una sola también, con su tallo, ramas y corola... todo se muestra en plena belleza. ¿Hay algo más grotesco y bárbaro que nuestros ramos de flores, una serie de anillos concéntricos de flores de diferentes colores, bordeadas por cilandrillos y atadas con un lacito de papel, en los cuales los tallos, las hojas e incluso los pétalos han sido aplastados brutalmente y sistemáticamente destruidas la gracia y la individualidad de cada flor?

Aquí las visitas suelen presentarse después de la cena, que se toma a las seis de la tarde, y se quedan hasta las once o las doce. La primera parte de las veladas se dedica al ajedrez japonés, a contar historias y al *samisén*; pero, después, empieza una actuación agónica, que ellos llaman «canto», pero que para mí suena como la quintaesencia del paganismo y que consiste sobre todo en hacer vibrar con la voz un prolongado «no». Tan pronto como llega a mis oídos, tengo la impresión de hallarme entre bárbaros. Antes de que las visitas se retiren, se ofrece una ronda de *sake* o cerveza de arroz servida en copas minúsculas en cuyo fondo están pintados los dioses de la fortuna. Cuando se toma caliente, el *sake* se sube de inmediato a la cabeza y basta una sola copita para excitar al sirviente de la casa, que es retrasado mental, a animarlo a realizar actuaciones musicales de lo más ridículo. Siento decirlo, pero a su amo y a su esposa los divierte muchísimo ver a este infeliz convertido en el hazmerreír de todos; hasta Ito, que tiene la sobriedad por principio, se retuerce de risa con el espectáculo.

Una tarde me invitaron a participar en una de estas veladas. Me agasajaron mostrándome libros ilustrados y guías de viaje. La mayoría de las provincias japonesas tiene sus propias guías de viaje ilustradas con xilografías que representan los objetos más llamativos; en ellas se detallan itinerarios, nombres de las *yadoyas* e información variada de cada lugar. Un tomo de estas ilustraciones, hermosamente encuadernado en seda, tenía una antigüedad de más de cien años. También me mostraron piezas antiguas de laca y de porcelana, así como paños de seda bordada también antiguos y algunos instrumentos musicales de gran belleza de, según me dijeron, más de dos siglos de antigüedad. Ninguno de estos tesoros se guarda en la casa, sino en el *keura* o almacén a prueba de incendios, un anexo al lado de la casa.

Las habitaciones de la casa no se encuentran sobrecargadas de adornos. Todo se reduce a un simple *kakemono* o cuadro colgante, o bien a una elegante pieza de cerámica o de laca que se exhibe unos días para luego ceder su lugar a otro objeto. En la decoración dominan, por lo tanto, la variedad y la sencillez, de modo que cada objeto pueda ser apreciado, uno por uno, sin distracciones.

El único indicio de vida religiosa en esta casa es el *kamidana* o estantería dedicada a las divinidades sintoístas que consta de un anaquel de madera a modo de pequeño altar sobre el cual hay unas tablillas funerarias en memoria de los difuntos de la casa. Todas las mañanas se colocan en este *kamidana* una ramita de pino y un poco de arroz y sake, y al anochecer se enciende un farolito.

## CARTA 10 (*Continuación*)

Estos pueblos están llenos de tiendas. Es más: con dificultad se encuentra una casa en donde no se venda algo. Es un misterio, sin embargo, de dónde llegan los clientes y cómo el tendero o dueño de la casa puede sacar beneficio. Muchos de los artículos que venden son comestibles, como pescaditos secos, de apenas cinco centímetros de largo y atravesados por un palito, pasteles, dulces hechos de arroz, harina y muy poco azúcar, trozos de masa de arroz de forma circular que llaman *mochi*, raíces en salmuera, jaleas blancas a base de alubias, cuerdas, calzado de paja para hombres y caballerías, capas de paja, paraguas de papel impermeable, prendedores, mondadientes, pipas para fumar, pañuelos de papel para la nariz y

un sinnúmero de artículos hechos de bambú, paja, hierba y madera. Los productos están a la vista en anaqueles, mientras que en la estancia que hay detrás, abierta a la calle, los moradores de la casa llevan a cabo sus actividades cotidianas; por ejemplo, se puede ver al ama de casa hirviendo agua o cosiendo con un bebé colgado a la espalda. Recientemente han abierto una fábrica de cerillas y en muchas casas se ve a hombres cortando palitos que acabarán convirtiéndose en fósforos. En otros hogares la gente está descascarillando el arroz, un proceso muy laborioso, en el cual el grano se tritura en un mortero hundido en el suelo por medio de un majadero de madera con el extremo plano unido a una palanca larga y horizontal que accionan los pies de un hombre, generalmente desnudo, situado en el otro extremo del majadero.

En algunas casas las mujeres tejen, en otras hilan algodón. Por lo general se ve a tres o cuatro juntas: la madre, la esposa del hijo mayor y una o dos hijas solteras. Las jóvenes se casan a los dieciséis años, de modo que muy pronto estas graciosas, sonrosadas y saludables criaturas se convierten en ojerasas mujeres de mediana edad de rostros inexpresivos debido a la costumbre de ennegrecerse la dentadura y depilarse las cejas que siguen, si no antes de casarse al ser prometidas, sí cuando les nace el primer hijo. En otras casas las mujeres están en el cuarto de aseo, ennegreciéndose los dientes delante de espejos metálicos circulares colocados en soportes sobre las esteras o bañándose desnudas hasta la cintura. A primera hora del día todo está silencioso porque los niños se hallan en la escuela; cuando salen, la vida de la aldea se anima un poco, no mucho pues estos niños son tranquilos hasta cuando juegan. Con la puesta del sol los hombres vuelven de sus tareas y todo se anima un poco más. Se oye frecuentemente el chapoteo del baño, después de lo cual se ocupan de los niños más pequeños o juegan con ellos, mientras los mayores preparan las clases del día siguiente que recitan en tonillo alto y monótono. Cuando anochece, se retiran las ventanas de papel y se corren los *amado* o postigos de madera al exterior, se encienden farolitos ante el altar doméstico, se cena, los niños se entretienen con juegos tranquilos alrededor del *andon* o farol de papel. A eso de las diez se sacan los colchones y las almohadas que se extienden sobre el suelo, se echa el cerrojo a los *amado* y toda la familia se acuesta para dormir en la misma habitación. Siempre al alcance de los adultos acostados están las bandejas con alimentos y tabaco, de modo que a intervalos en la noche uno se habitúa a oír el sonido de la

ceniza cuando cae de la pipa. Los niños se acuestan tan tarde como sus padres y son incluidos en todas sus conversaciones.

Jamás he visto un pueblo que halle tanto placer en sus hijos como el japonés. Los adultos se ocupan de ellos a todas horas, los llevan de la mano cuando caminan, observan sus juegos y toman parte en los mismos; constantemente ponen a su disposición nuevos juguetes, los llevan de pic-nic y a las fiestas y nunca parecen contentos sin ellos. Además, tratan a los hijos ajenos con notable afecto y atención y tanto padres como madres muestran orgullo por sus hijos. Es muy divertido ver a doce o catorce hombres, todas las mañanas a eso de las seis, sentados en un muro bajo y sosteniendo cada uno a un niño de menos de dos años al que no dejan de hacer mimos y de jugar con él haciendo gala de su cuerpo e inteligencia. A juzgar por lo que he visto, los niños son el tema principal de esas reuniones de la mañana temprano. Por las noches, después de que las casas se han cerrado, si se mira por las rendijas de las puertas deslizantes, se puede ver al padre en la intimidad del hogar vestido solo con el taparrabos inclinando su rostro feo y amable sobre el cuerpo de un bebé encantador, mientras la madre a su lado, que por lo general ya se ha quitado el kimono, se ocupa de envolver en sus brazos a dos niños desnudos. Por alguna razón los matrimonios prefieren niños, pero también las niñas son queridas y mimadas. Aunque para nuestras ideas, estos niños puedan resultar demasiado amables y ceremoniosos, son muy agradables tanto en el aspecto como en la conducta. Muestran una docilidad y obediencia perfectas, y siempre con disponibilidad plena para echar una mano a sus padres y a sus hermanos pequeños. En las muchas horas que he pasado observándolos, nunca he oído una palabra airada ni visto una mala cara o conducta. Más que niños, parecen hombrecitos y mujercitas, a lo cual contribuye la indumentaria que, como he indicado, es la misma que llevan los adultos.

## CARTA 10 *(Continuación)*

He tenido que hacer unas compras en Hachiishi para mi viaje. Las casas-tienda están todas abiertas. El cliente se sienta sobre una tabla bien pulida, en un saliente del piso, a poco más de medio metro del suelo. La tendera es una mujer

que reparte su atención entre el agua que hierve a todas horas sobre el brasero de bronce, las ascuas que mueve con pericia sirviéndose de unas tenacillas y un bebé colgado sobre su espalda y que mira curioso al cliente. Permanece indiferente hasta que imagina que este tiene la intención evidente de comprar algo. Entonces se adelanta al cliente haciendo reverencias y yo me levanto y también hago una inclinación de cortesía. Entonces yo o Ito le preguntamos el precio de algo. La mujer lo nombra y es probable que pida cincuenta *sen* por lo que debía vender a diez. Yo digo que le doy quince, la tendera se ríe y dice que cuarenta. Le digo que quince, vuelve a reír y dice que treinta a la vez que me ofrece la bandejita del tabaco. Al final la transacción se lleva a cabo cuando le doy los veinte *sen* que la mujer recibe encantada. Con una profusión de reverencias y *sayonaras*, por parte de ella y mía, abandono la tienda con la agradable sensación de haber dado a una mujer laboriosa el doble del valor del objeto comprado pero menos de lo que para mí vale.

En la aldea hay varias peluquerías en donde las horas de más actividad son al final de la tarde. Cortarse el pelo o afeitarse son actividades llevadas a cabo con la misma falta de intimidad con que discurre la vida en este pueblo, pues una y otra se realizan con la puerta abierta de par en par. Para afeitarse no usan jabón por lo que el proceso es doloroso. Las víctimas dejan que la ropa se les caiga hasta la cintura mientras en la mano izquierda sostienen una bandeja lacada donde reciben los pelos cortados. En esos momentos, mientras el peluquero gira la cabeza de su víctima de un lado para otro para juzgar el efecto del corte, el feo rostro japonés de esta adopta una expresión absolutamente grotesca de impasible resignación. El rapado de la cara hasta quedar suave y reluciente, así como el corte, engominado y trenzado de la coleta con un hilo de papel, son las escenas del final de la tarde más comunes de Nikko.

Los principales atractivos de las tiendas son los objetos de laca y madera. Su interés para mí es mucho menor que aquellos de uso corriente en la vida diaria de los japoneses por la ingenuidad de sus diseños y la perfección con que en ellos se combinan sentido práctico y artificio en la hechura. Todos los días atrae mi atención una tienda de semillas verdaderamente idealizadas. Se ofrecen a la venta hasta treinta variedades de semillas tan variadas de color como de forma y mostradas muy artísticamente en los anaqueles, mientras que otras semillas están dentro de paquetes decorados con lo que pudiera llamarse una reproducción

facsimil en acuarelas de la raíz, hojas y flores de la planta. Suele haber un muchacho sentado en la estera pintando estos dibujos de verdad apreciables para lo cual mueve el pincel con unos trazos cortos y aparentemente descuidados. Me vendió muy feliz el dibujo de una peonía que podrá ser enmarcado en un biombo por tres *sen*. Mis compras que, con esta excepción, se mantuvieron dentro de lo necesario fueron: una capa de papel impermeable, un sombrero cónico negro por fuera y amarillo por dentro hecho de láminas pegadas de papel encerado, y algunos pliegos grandes del mismo material para cubrir el equipaje. Finalmente logré que Ito dejara su aborrecible sombrero negro de media ala en favor de otro cónico como el mío pues, a pesar de ser, en mi opinión, un hombre feo, tiene su vanidad. En efecto, se blanquea los dientes, se empolva la cara cuidadosamente delante del espejo y teme como a la peste que le dé directamente el sol en la piel. No solamente se empolva también las manos y se acicala las uñas, sino que nunca sale fuera sin guantes.

Mañana dejo atrás el lujo y me sumerjo en el interior del país, con la esperanza de alcanzar el mar de Japón<sup>15</sup>. A partir de ahora mi viaje discurrirá enteramente por las «rutas inexploradas» y me llevará a través de las regiones que pueden llamarse «el viejo Japón». Será, por tanto, natural que use términos japoneses cuando me refiera a conceptos de dinero y distancias para los cuales no hay palabras exactamente equivalentes en otras lenguas. Así, un yen es un billete de valor de un dólar, un *sen* es la centésima parte del yen, un *rin* es una moneda delgada y redonda de hierro o bronce perforada en su centro —cinco *rin* hacen un *sen* y mil un yen—, y un *tempo* es una bonita moneda ovalada de bronce también con un agujero en el medio, cinco de las cuales suman cuatro *sen*. En cuanto a distancias, se usa el *ri* que equivale a casi cuatro kilómetros (seis *cho*), el *cho* que son ciento diez metros (sesenta *ken*) y el *ken* que es uno ochenta metros. Siempre que me refiera a un camino, quiero decir un camino de herradura con una anchura entre metro y medio y tres metros; y cuando me refiera a caminos de *kuruma*, quiero significar vías específicamente usadas para estos vehículos.

## CARTA 11

*Fujihara. 24 de junio*

Los informantes de Ito tenían razón. ¡Las comodidades se han quedado en Nikko!

A las seis de la mañana una señora muy bajita nos trajo dos yeguas de aspecto abatido. En una de ellas pusieron mi silla y la brida; en la otra, se montó Ito con el equipaje. Después de cruzar cordialmente buenos deseos y cumplidos con mis anfitriones, las mujeres echaron a andar tirando del ramal a la afligida yegua donde yo iba sentada y abandonamos los majestuosos mausoleos y las solemnes arboledas de cedros de Nikko. Bajamos por la calle larga y pulcra, y en el punto donde la fronda de la vía se hace más densa y umbrosa giramos a la izquierda por un sendero semejante al cauce seco de un arroyo. El cauce no tardó en convertirse en una senda atroz que serpenteaba entre las agrestes peñas del río Daiya franqueado por puentes provisionales hechos de madera con ramas y tierra. Tras cruzar por una de las estribaciones más bajas de los montes Nikko, zigzagueamos a través de hondonadas cuyas abruptas laderas se hallaban cubiertas de arces, robles, magnolias, álamos, pinos y cedros, enlazados por los zarcillos de la exuberante glicinia y alegrados por los colores de azaleas y celindas. Cualquier asomo de vista panorámica estaba siempre frustrada por la mole de una u otra montaña, mientras las cascadas rugían y las cristalinas corrientes serpenteaban entre los árboles. El magnífico sol de junio hermoseaba indeciblemente todo el paisaje.

Al cabo de una penosa marcha de tres horas, bajamos de las caballerías en el caserío de Kohiaku, al lado de un vallejo con arrozales. La dueña de las yeguas contó todos los bultos para asegurarse de que ninguno se había perdido y sin esperar por una paga extra por su trabajo, volvió llevándose a las dos bestias. Monté mi silla plegable en la galería de un edificio próximo a unas viviendas pobres habitadas por campesinos con familias numerosas. El edificio estaba en el patio del granero de un rico fabricante de sake. Muerta de hambre, esperé una hora al cabo de la cual me dieron un té muy flojo acompañado de cebada hervida; esperé otra hora y una más, pues todas las caballerías del lugar estaban pastando en la montaña. Algo se movió. Los hombres volvían a sus casas cargados de gavillas de cebada que depositaban bajo los aleros. Los niños, sin apenas ropa encima, se quedaron de pie mirándome sin cansarse nunca, actividad a la que se sumaron sin ningún pudor los adultos, pues nunca habían visto una extranjera, ni un tenedor, ni una cuchara. ¿Recuerdas la exclamación que hizo el

doctor Mcgregor en su último sermón?, aquello de «¡en verdad que veréis cosas extrañas en vuestras vidas!», ¿hay algo más extraño que ver a un hombre de mediada edad y respetable aspecto leyendo muy concentrado un libro con los codos apoyados en la barandilla del balcón de su casa y sin llevar nada puesto más que las gafas? En cuanto a las mujeres, sacaban agua de un pozo usando el primitivo artefacto de una viga suspendida en uno de cuyos extremos colgaba el cubo y en el otro una piedra.

Al final, los caballos que conseguimos tenían un paso como el de un camello, por lo que me alegré cuando nos deshicimos de ellos en Kisagoi, una aldea situada sierra arriba, lugar muy pobre con viviendas miserables, niños sucísimos y penosamente aquejados de enfermedades cutáneas, y mujeres de complejión y rasgos curtidos por labores arduas.

En mis cartas escribo ateniéndome a la verdad de los hechos tal como los observo, y si mis relatos contradicen los de los turistas que escriben sobre la ruta Tokkaido y Nakasendo, o sobre el lago Biwa y Hakone, no significa que ni unos ni otros tengan que ser inexactos. Pero para mí verdaderamente este es el nuevo Japón acerca del cual ningún libro me había dicho absolutamente nada, un Japón inexplorado que no es ningún país de hadas. Se puede decir que los hombres no llevan nada puesto, me refiero de ropa. Son pocas las mujeres que visten algo que no sea una especie de cortas enaguas o unos pantalones de algodón azul muy ceñidos en las piernas y abombados en las caderas, con una prenda del mismo material y color abierta por la cintura y metida dentro del fajín. Un pañuelo de algodón azul les rodea la cabeza. El sexo de la persona no es posible determinarlo por la ropa, sino por el rostro, exactamente por el rapado de las cejas y ennegrecido de los dientes que practican las mujeres. Ese tipo de enaguas cortas tiene un aspecto realmente bárbaro y cuando una mujer lleva un niño desnudo a la espalda o en brazos, y se queda observando con la mirada vacía a una extranjera, no me puedo creer que estoy en el «civilizado» Japón. Un niño de buen tamaño, lo bastante fuerte como para sostener la cabeza, contempla el mundo alegremente por encima de los hombros de su madre. Pero me causa una constante desazón ver a niñas pequeñas de seis y siete años cargando a las espaldas a bebés cartilaginosos con las cabezas rapadas asándose al sol y bamboleándose como si estuvieran a punto de caer.

En esta región se practica la sericultura y en los graneros abiertos se ven grupos de hombres con el vestido que la naturaleza les donó al nacer y mujeres sin ropa hasta la cintura pelando ramas de morera. Todas las casas son pobres y sus moradores sucios tanto en la ropa como en sus personas. Algunas mujeres más jóvenes hasta podrían ser guapas si se aplicaran a las caras una buena cantidad de agua y jabón, pero el jabón no se conoce y lavar la ropa consiste aquí en restregarla un poco con arena en un arroyo.

Después de Kohiaku el camino atraviesa un valle irregular cubierto de herbazales flanqueado por cerros de mucha espesura y valles poblados de pinos y castaños. Pero cuando abandonamos Kisagoi, el paisaje cambió. Una senda rocosa y escarpada nos llevó al Kinugawa, un río cristalino y torrencial que se abre camino por una profunda garganta rocosa y de variados tonos. Lo franquea a considerable altura un puente con una inclinación alarmantemente pronunciada y desde el cual se goza de una estupenda vista de altas cumbres, entre ellas, el Futarayama, una montaña asociada a algunas de las leyendas sintoístas más antiguas. Un buen rato cabalgamos sin oír el río, pero vislumbrando de vez en cuando el magnífico espectáculo de sus aguas. La exuberancia de la vegetación era realmente tropical; y la brillantez y la variedad de las verdes plantas cuyas hojas goteaban por las lluvias recientes estaban realzadas por la inclinación de los rayos del sol de la tarde.

Las pocas aldeas por las que pasamos eran grupos de casas de campesinos, con tejados de profundos aleros que resguardaban a la vez la vivienda, el granero y el establo. En todos los graneros vimos hombres sin ropa realizando diversas tareas. Encontramos recuas de yeguas de carga, atadas por la cabeza y la cola, y con cargas de arroz y sake; también a hombres y mujeres transportando grandes cestas de hojas de morera. La hondonada era cada vez más hermosa y la subida por un umbroso bosque de puntiagudos cedros nos llevó a este pueblo de exquisita ubicación. En él se observa un buen número de vallejos en miniatura laboriosamente dispuestos en bancales para cultivar el arroz los cuales abocan a la gran sima del río Kinugawa. ¡Once horas de viaje para cubrir menos de treinta kilómetros!

*Ikari. 25 de junio*

Fujihara se reduce a cuarenta y seis casas de campesinos y a una *yadoya*. Todo es oscuro, húmedo, sucio y abierto a corrientes de aire, una combinación de vivienda, granero y establo. La *yadoya* consta de una *daidokoro* o cocina abierta, de un establo debajo y de un pequeño espacio abierto arriba apto para ser dividido en cuartos. De hecho, cuando volví de un paseo me encontré con seis japoneses en perfecto *déshabillé* que ocupaban el cuarto por donde yo debía pasar para ir al mío. Una vez solucionado este imprevisto, me senté a escribir pero pronto tuve que salir al balcón, bajo el alero, ante el ataque de miles de pulgas que saltaban desde las esteras, como hacen los anfípodos en la playa, hasta incluso la carta que escribía. Había animalitos que reptaban por las juntas del suelo, telarañas que colgaban de las vigas, las esteras se habían vuelto ocres por los años y la suciedad, el arroz que me sirvieron estaba rancio y no del todo limpio, los huevos habían conocido mejores días y el té sabía a moho.



VESTIMENTA DE VERANO E INVIERNO

En compañía de Ito salí fuera a ver la aldea: la paciente laboriosidad de la gente, el magnífico emplazamiento del poblado, la rutina vespertina de sus moradores, la tranquila monotonía. Después la contemplé desde el balcón de mi cuarto y leí la frase —de uno de los periódicos de las Transacciones de la Sociedad Asiática— que me había impulsado a acometer este viaje: «Hay una ruta sumamente pintoresca y soberbia que asciende por el curso del río Kinugawa y que parece casi tan inexplorada para los japoneses como para los extranjeros». Arriba, el cielo presentaba tonos de un amarillo limón y abajo una capa de fango de más de treinta centímetros. La aldea está atravesada por un camino, ahora convertido en lodazal, y expuesto en varios puntos a una corriente impetuosa salvada a trechos por tablas, la cual es al mismo tiempo lavatorio y fuente para beber. Cuando vuelven del trabajo, los aldeanos se sientan en las tablas, se despojan de sus ropas manchadas de barro, las retuercen para exprimirlas y luego meten los pies en la corriente. A un lado y otra de esta se alinean las casas frente a las cuales hay montones de estiércol ya muy descompuesto y las mujeres aplican la fuerza de sus pies desnudos a aplastarlo hasta convertirlo en pulpa. Cuando trabajan, todas llevan chaleco y pantalones, pero cuando están en casa no llevan más que unas enaguas. He visto varias respetables matronas cruzar la calle para visitar a alguien vestidas solo con esta prenda y sin ningún sentido de falta de decoro. Los niños más pequeños no llevan nada excepto una cuerda colgada del cuello y un amuleto. Las personas, prendas de vestir y viviendas se hallan infestadas de parásitos, y si fuera posible aplicar el término de mugre a personas tan independientes y laboriosas como estas, entonces sería justo el calificativo de mugriento. Una vez que se hace de noche, los escarabajos, las arañas y las polillas celebran su particular carnaval en mi cuarto, al que acuden como invitados los tábanos, pues en la casa hay caballerías. Tuve que rociar mi camilla con insecticida, pero bastó con que la manta estuviera un minuto en el suelo para que las pulgas hicieran imposible dormir. La noche fue muy larga. Cuando el *andon* se apagó, en la habitación quedó un hedor a petróleo rancio. Los perros nativos japoneses —de color crema, aspecto lobuno, tamaño de un *collie*, muy ruidosos y agresivos, pero tan cobardes como suelen ser los perros ladradores— están por todas partes en Fujihara, de suerte que los ladridos, gruñidos y peleas entre ellos no cesaron hasta el amanecer. Para colmo, empezó a llover a cántaros

obligándome a mover mi camilla de un sitio a otro del cuarto para ponerme a salvo de las goteras. A las cinco de la madrugada se presentó Ito y me apremió a que abandonáramos aquel lugar:

—No puedo dormir. Hay miles y miles de pulgas —susurró.

Ito ha viajado al norte, hasta el estrecho de Tsugaru también por el interior y afirma que nunca creyó que en Japón hubiera lugares como este y que la gente de Yokohama no le creería cuando les contara esto y la ropa que llevaban las mujeres. Confesó «estar avergonzado de que una extranjera viera un lugar así». Todos los días me sorprende Ito por su sagacidad para viajar y por su singular inteligencia. Es intensamente japonés, su patriotismo posee toda la debilidad y la fuerza de la vanidad personal, y considera inferior todo lo que es extranjero. Nuestras hábitos, ojos y modo de comer simplemente le parecen odiosos. Le encanta contar historias sobre la falta de educación de los ingleses a los que describe «vociferando “buenos días” a todo el mundo que se encuentran en la calle», atemorizando a las ninfas de las casas de té, dando patadas o bofetones a los culis, pisando las esteras blancas con sus botas llenas de barro, comportándose en general como sátiros mal educados, despertado animadversión mal encubierta en las regiones rurales por donde pasan y, en fin, haciendo merecedores a sus compatriotas y a su país del ridículo y el desprecio<sup>16</sup>. Se preocupa mucho de mi buen comportamiento, la misma preocupación que yo tengo por ajustarme a la cortesía japonesa adondequiera que vaya y por no quebrantar las reglas generales de la etiqueta de este país. Por mi parte, acepto las sugerencias de Ito como lo que debo hacer y evitar; y, de hecho... ¡mis reverencias son más profundas cada día que pasa! La gente es tan amable y fina que resulta realmente brutal que los extranjeros no correspondamos.

Observarás que dependo enteramente de Ito, no solo en el asunto de la organización del viaje, sino también para hacer averiguaciones, buscar información e incluso como compañía. El hecho de que los dos nos hallemos embarcados en la aventura de este arduo viaje, espero que contribuirá a profesarnos mutua consideración y cortesía. En teoría, Ito es sintoísta, lo cual no quiere decir nada. En Nikko le leí los capítulos primeros del evangelio de san Lucas y cuando llegué a la parábola del Hijo Pródigo, me interrumpió con una sonrisa algo sardónica diciendo:

—¡Pero si es lo mismo que le pasó a nuestro Buda!

El viaje de hoy, no obstante su dificultad, ha sido bastante agradable. Hacia el mediodía la lluvia había perdido intensidad. Abandoné Fujihara a pie vestida con mi «ropa de montaña» americana y unas botas de goma, el único atuendo con el que una dama puede disfrutar de un viaje a pie o a caballo en este país, además de una estera impermeable de paja ligera sobre los hombros. Así, con el barro hasta los tobillos, y seguidos de dos bestias de carga, caminamos hasta que amainó la lluvia y las brumas dejaron ver las montañas. Debajo oíamos el estruendo de las aguas crecidas del río Kinugawa y a pesar de mis carencias alimentarias, me resultó posible gozar del viaje. Al final monté en una de las caballerías y cruzamos por un ramal del Takadayama a una altura de seis metros y medio sobre el nivel del mar. El camino bien trazado discurría en una serie de curvas de zigzag, ocho de las cuales podían ser vistas una debajo de otra. El bosque no estaba tan tupido como de costumbre, y las laderas más bajas se veían salpicadas por el noble porte de los castaños. El descenso fue muy pronunciado y resbaladizo y el caballo, cuyas patas no eran muy robustas, tropezó y fue al suelo, de resultas de lo cual yo también me caí por encima de su cabeza provocando la consternación de la amable *magó* que nos acompañaba.

En la siguiente etapa, en un lugar llamado Takahara, conseguimos un caballo de carga, cruzamos el río y una hondonada y, por una escarpada subida, llegamos a una *yadoya* solitaria con la entrada como siempre abierta y un *irori* o fogón en torno al cual se hallaban sentados jóvenes y viejos. Al llegar yo, un corro de atractivas muchachas salió en desbandada, pero regresaron enseguida cuando Ito dijo algo a uno de los viejos. Un día la señora Parkes me contó que había sido tomada por hombre montada en caballo y con indumentaria de amazona hasta que la gente le vio el cabello; y otra joven amiga mía, guapa y de hermoso cutis, cada vez que viajaba con su marido, la gente pensaba que era un hombre bien afeitado. En mi caso, llevo sombrero, una prenda que aquí solo llevan las mujeres que trabajan en el campo para protegerse del sol y la lluvia, no tengo rasuradas las cejas ni mis dientes están teñidos de negro... razones suficientes para que esas muchachas me hubieran tomado por hombre. La explicación de Ito fue esta: «No han visto a ninguno, pero todo el mundo cuenta historias de lo maleducados que son los extranjeros con las jóvenes. Por eso están tan asustadas». En la posada no había nada comestible fuera de huevos y arroz que comí bajo la mirada concentrada de dieciocho pares de ojos oscuros. El

balneario, al cual acude la gente con dolencias, está al lado del río, al fondo de una empinada escalinata. Carece de cobertizo e ignoro la temperatura a que manan sus aguas, pues había bastante gente, hombres y mujeres, sentados en el agua. Se bañan cuatro veces al día y cada vez se quedan una hora dentro del agua.

Abandonamos aquel lugar y bajo una lluvia torrencial emprendimos una caminata de ocho kilómetros en dirección a Ikari por un sendero recientemente abierto y completamente rodeado por el río Kinugawa que corría en cascadas. Avanzábamos apoyándonos en salientes a veces bajos, a veces altos de las rocas. No espero ver paisaje más bonito en Japón. En todo el trayecto no vimos ni casas ni gente. Después de dejar este precioso río y de cruzar la sierra por una colina baja donde todos los árboles fundían sus ramas enmarañadas por madre selvas blancas y muy fragantes, descendimos a un valle abierto al cual una corriente vertía sus aguas tranquilas en el largo cauce del Kinugawa. Casi dos kilómetros más adelante llegamos a una aldea de veinticinco casas circundada de montañas y próxima a un río de montaña llamado Okawa. Los nombres de los ríos japoneses nos dan muy poca información geográfica, pues en un cauce de setenta u ochenta kilómetros puede cambiar de nombre varias veces conforme a las regiones por donde pasa. Por lo tanto, este Okawa no es otro que mi viejo amigo Kinugawa, mi compañero de viaje un par de días. La falta de espacio favorece al pintoresquismo. Ikari es una aldea apolonada en la ladera de una colina y su única calle, corta y de primitivo aspecto, con sus cálidos tonos ocre y grises, resulta muy atractiva contemplada bajo la luz límpida que queda después de haber llovido. Mi parada tuvo lugar en la Oficina de Correos, en lo alto de la colina: una especie de granero grande con caballerías en un extremo, el cuarto de estar en el otro y en el medio, mercancías a la espera de ser transportadas, y un grupo de personas descortezando ramas de morera. Como en tiempos pasados el daimio local solía detenerse aquí cuando se dirigía a Tokiyo, hay dos estancias para viajeros, que llaman «las salas del daimio», de cuatro metros y medio de altas, con un bonito techo en madera oscura, unos *shoji* de hechura tan primorosa que merece el nombre de trabajo de calado, unas *fusuma* decoradas artísticamente, esteras limpias y elegantes, y en el *tokonoma* un soporte de vieja laca dorada para las katanas. Mi cuarto es interior, mientras que Ito y otros cuatro viajeros ocupan el exterior. A pesar de su oscuridad, es un lujo después del alojamiento de anoche. El resto de la casa se dedica a la cría de gusanos de seda. El posadero de

aquí y el del establecimiento de Fujihara no están habituados a pasaportes, por lo que Ito, que se las da de joven criado en ciudad, ha copiado mi documento y explicado a todos los aldeanos reunidos aquí las circunstancias de mi viaje. Como no conoce las palabras japonesas equivalentes a «investigación científica» y, deseoso como está, de acrecentar la importancia de su persona exagerando la mía, le oigo que dice que yo soy una *gakusha*, es decir, una... ¡académica! Aquí no hay comisaría de policía, debiendo pasarse un policía de fuera una vez al mes para examinar el registro de viajeros en esta y otras *yadoyas*.

Me alojo en un lugar mucho más limpio que el de ayer, pero la gente aquí parece estúpida y apática. Me pregunto qué pensarán de los hombres que han abolido el régimen feudal y con él el de daimios, han elevado el rango social de los *eta*, la minoría de parias sociales, hasta concederles la ciudadanía y están empujando al Imperio a seguir las huellas de la civilización occidental.

Como la ripia ha cedido el paso a la paja como material usado en las techumbres de las casas, hay bastante que admirar en la arquitectura de las aldeas, con sus techos de empinadas vertientes, largos aleros y balcones, por no hablar del cálido color bermejo de paredes y techumbres, de la curiosa confusión de las casas de los campesinos, de los setos de camelias y de granados, de los bosquecillos de bambúes y de huertos de kakis y —no obstante la suciedad y los malos olores— la expresión generalmente satisfecha de los agricultores propietarios de sus tierras.

Aquí es imposible conseguir comida que no sea arroz y huevos. ¡Cómo echo de menos la carne de ave y el pescado de Nikko, por no hablar de las ollas de carne que comía en la Legación!

El mercurio baja a casi veinte grados por la noche y el frío me despierta a las tres de la madrugada; por eso tengo mantas incluso en verano aunque no deseo abrigarme con la colcha por miedo a las pulgas que contiene. Por lo general me retiro a mi cuarto a las siete y media de la tarde pues casi no hay crepúsculo y no resulta muy atractivo quedarse sentada a la luz mortecina del *andon* o de una vela. Además, he comprobado que estas jornadas montada en caballos lentos que caminan dando traspiés son muy intensas. Si se me dieran bien las caminatas, ciertamente preferiría hacer el trayecto a pie.

## CARTA 12

*Kurumatoge. 30 de junio*

Tras seis arduas jornadas de viaje, pasar el resto del domingo en un lugar tranquilo de la sierra es verdaderamente delicioso. Montañas y puertos, valles y arrozales anegados, bosques y arrozales anegados, pueblos y arrozales anegados; pobreza, laboriosidad, suciedad, templos en ruinas, budas postrados, recuas de caballerías con «herraduras» hechas de paja; calles largas, grises y anodinas, multitudes silenciosas que miran fijamente... Todo se atropella fantásticamente en mi memoria. Un clima excelente me ha acompañado todo el tiempo de Ikari hasta Yokokawa donde tomé el almuerzo en medio de la calle a fin de evitar el ejército de pulgas de la casa de té, aunque, eso sí, en medio de un corro formado por casi todos los habitantes del pueblo. Al principio los niños, los más pequeños y no tan pequeños, estaban tan asustados de verme que salían corriendo, pero luego se fueron acercando tímidamente agarrados a las faldas de sus padres («faldas», en este caso, es una metáfora), aunque volvían a echar a correr si los miraba. La multitud era indescriptiblemente inmunda y escuálida. ¿Por qué la desgracia de la pobreza se ha abatido con tal rigor sobre estas gentes?, me preguntaba al poner los ojos en la turba de niños desnudos, amables y de expresión anticuada engendrados para heredar una vida de penosos trabajos, para verse como sus padres devorados por la mugre y cruelmente agobiados por impuestos. Uno de los caballos se encabritó y derribó mi silla cuando iba a ser encinchado, lo cual ahuyentó a la multitud. Tras el incidente, la gente reanudó las labores que habían interrumpido dos horas para clavar la vista en la extranjera.

Una larga subida nos llevó a lo alto de un puerto de 760 metros de altura y de una anchura no superior a los nueve metros. La vista era soberbia: montes y riscos, un laberinto de corrientes intrincadas que confluían en un impetuoso torrente cuyo curso seguimos varias horas hasta que se transformó en un río de aguas calmosas que penetraba perezosamente en un sinfín de arrozales anegados. En esta región nuestro mapa tenía una laguna, pero tuve la impresión —que después resultó correcta— de que en el paso por donde habíamos cruzado esta cuenca, los ríos ya no vertían su caudal al Pacífico, sino al mar de Japón. En Itosawa las bestias de carga iban dando tantos tropezones que me vi obligada a

desmontar y a recorrer a pie el último tramo. Así llegamos a Kayashima, una aldea miserable de cincuenta y siete casas, tan cansados que nos vimos incapaces de seguir avanzando y tuvimos que apechugar con un alojamiento todavía peor que el de Fujihara.

No hallamos nada que poder comer fuera de alubias negras y pepinos hervidos. El cuarto, como por desgracia suele ocurrir en estos pueblos, era oscuro, sucio, miserable, ruidoso y hediondo por la pestilencia que salía del depósito de aguas negras. Acababa la plantación de arroz por lo que había dos días de festividad en los cuales se realizaban muchas ofrendas a Inari, la deidad de los agricultores del arroz, y la gente no paraba de divertirse toda la noche con tambores, algunos fijos y otros portátiles, cuyo constante redoble hacía imposible toda tentativa de sueño.

Un niño pequeño, el hijo del posadero, estaba enfermo con una tos pertinaz. Le di unas gotas de clorodina y el alivio fue tan completo que a la mañana siguiente muy temprano ya todo el mundo lo sabía, de modo que a las cinco de la madrugada casi todo el pueblo se hallaba reunido a la puerta de mi cuarto. Desde dentro a mis oídos llegaba el incesante runrún de susurros y pisadas, y veía tantos ojos como agujeros había en las ventanas de papel. Al abrir el *shoji*, me quedé estupefacta ante el lamentable espectáculo que se ofrecía ante mis ojos. La gente se apretujaba, padres y madres sostenían a niños desnudos con dermatosis, cabezas escamosas y tiña, hijas que llevaban de la mano a madres casi ciegas, hombres que me mostraban lastimosas llagas, niñas que pestañeaban con unos ojos infestados de moscas y casi cerrados por oftalmias. En suma, un montón de gente enferma y sana, todos lamentablemente sucios e infestados de parásitos: los enfermos pidiéndome medicamentos y los sanos acompañando a dolientes o satisfaciendo una curiosidad apática. Por desgracia les tuve que confesar que yo no sabía cómo curar tal variedad de males y si lo supiera, que carecía de las medicinas necesarias. Añadí que, en mi país, el lavado constante de la ropa, la aplicación continua de agua en la piel, acompañada de fricción de paños limpios, resultan de gran ayuda para que los médicos curen y prevengan las enfermedades cutáneas que a ellos los aquejan. Para tranquilizarlos, preparé un unguento con grasa de animal y azufre vegetal, y les expliqué cómo aplicárselo en algunos de los casos más graves.

La yegua, que no estaba habituada a llevar cincha, se puso nerviosa cuando la ensillaron creando una estampida en la multitud y el *magó* o arriero no se atrevía a tocarla. La gente aquí tiene tanto miedo de sus mansas yeguas como si fueran panteras. Todos los niños del poblado me siguieron hasta una distancia considerable y muchos adultos se buscaron una buena excusa para ir en la misma dirección.

Estos gentos no usan ropa interior y casi nunca lavan las prendas que se ponen. Llevan la misma ropa día y noche, hasta que prácticamente se les caen de viejas. Por la noche cierran sus hogares tan herméticamente como pueden y se hacen todos juntos en la misma sala para dormir con un aire viciado, para empezar, por el humo del carbón y del tabaco. Todos duermen enfundados en sus sucios vestidos y sobre edredones acolchados que durante el día guardan en armarios cerrados y que casi nunca lavan como no sea una vez al año. Los tatamis, por debajo de un exterior tolerable, son hervideros de una fauna de insectos, y depósitos de polvo, materia orgánica, etc. En estas regiones la gente se peina el cabello, lleno de aceites y bandolinas, una vez a la semana o menos. Huelga que entre en detalles de los inquietantes resultados de esta falta de higiene que dejo a la imaginación del lector. Los cuerpos, especialmente los infantiles, se hallan infestados de parásitos y una causa decisiva de las llagas cutáneas es la irritación provocada por tantos bichos. Las superficies de las casas, aunque ocultas con las esteras o tatamis, están formadas por tablas con espacios entre ellas y como el suelo de tierra está a menos de medio metro, sube arriba, por los tatamis y penetra hasta las habitaciones, todo género de emanaciones y humedades. Gran parte de la comida del campesinado es pescado en salazón crudo o semicrudo y verduras indigestas por la tosca manera en que están encurtidas. Se la engullen a una velocidad asombrosa como si el objeto de la vida fuera dedicar el mínimo tiempo posible a la comida. Las mujeres casadas producen la impresión de no haber sido nunca jóvenes con un cutis que podría tomarse por cuero curtido. En Kayashima le pregunté la edad —una pregunta cortés en Japón— a la posadera, una mujer que parecía rondar los cincuenta años, y replicó que veintidós. Una de tantas sorpresas por el estilo.

## CARTA 12 (*Conclusión*)

Cambiamos caballos en Tajima, antigua residencia de un daimio y hoy una ciudad bastante pintoresca para ser japonesa. En ella se fabrican y exportan sandalias de suela de madera, cacharros de barro toscos, laca tosca y cestos igualmente toscos.

Los arrozales aquí tienen extensiones que varían entre veinticinco y mil metros cuadrados y a lo largo del cauce superior de sus acequias la gente planta alubias enanas. Después de viajar a través de cultivos de esas dimensiones, llegamos a un gran río, el Arakai, cuyos afluentes habíamos estado vadeando los últimos dos días de viaje. Habíamos dejado también atrás aldeas inmundas atestadas de habitantes igualmente inmundos e industriosos. Cruzamos el río en una chalana. En la orilla opuesta había clavada en el río una horca alta y en torno a ella una soga trenzada con lianas de glicina. Un hombre tiraba de ella con las manos mientras que otro, en la chalana, maniobraba el timón y la corriente impetuosa de las aguas hacía el resto. Fue así como en el futuro íbamos a cruzar muchos ríos. En todas las travesías se especifica el precio en un letrero en las mismas embarcaciones: igual pasa con la tarifa que se paga por cruzar un puente. Para ambos casos hay un cobrador sentado en una garita que recibe el dinero.

El paisaje es verdaderamente muy bello. Las vistas son más panorámicas y espectaculares que las del día anterior, pues abarcan cordilleras enteras cubiertas de árboles hasta lo alto de sus cumbres. Desde el punto más elevado del paso de Sanno ese conjunto de cumbres se nos ofreció bendecido por la celestial belleza de unas brumas doradas gracias a los arreboles del sol poniente. Dormí en una casa que era una combinación de almacén sericícola, Oficina de Correos, Agencia de Transportes y estancia de un daimio. El poblado se llamaba Ouchi, bellamente ubicado en un valle circundado de montañas. Partimos temprano a la mañana siguiente. Fue una cabalgada magnífica. Pasamos por una cavidad en forma de cráter cuando dejamos a un lado el precioso lago de Oyake y luego subimos al soberbio puerto de Ichikawa. Nos desviamos por lo que, irónicamente, llaman camino principal a pesar de consistir en una senda infame formada por ondulaciones laterales de unos treinta centímetros de ancho separadas entre sí por huecos también de más de treinta centímetros de profundidad formados por las pisadas invariables de caballerías sobre las huellas anteriores. Cada uno de estos huecos era un lodazal intratable, por lo que la ascensión hasta los 730 metros fue muy laboriosa y nuestro arriero, el *magó*, no dejaba de suplicar a los animales con *jai, jai, jai*, con lo cual supuestamente les pedía que tuvieran mucho

cuidado. Las herraduras-sandalias de las bestias se desataban continuamente y en siete kilómetros gastaron dos juegos. La parte más alta del puerto, como en muchos otros, está formada por una cresta angosta en el lado más alejado de la cual el sendero desciende bruscamente para convertirse en un tremendo barranco. A lo largo de casi dos kilómetros bajamos por una de sus paredes en compañía de un río cuyo estruendo de aguas ahogaba por completo todo intento de comunicación. Casi al final del descenso mi yegua pilló la embocadura entre los dientes y me llevó a un galope desmañado hasta el pueblo de Ichikawa situado en lo alto de un emplazamiento magnífico. Sus casas se hallan enteramente impregnadas de humedad debido a las salpicaduras de una bonita cascada que se precipita en medio del pueblo, y los árboles y las cunetas muestran un color verde a causa de la presencia del *Protococcus viridis*. La persona encargada de la Agencia de Transportes era una mujer. Las mujeres aquí llevan la dirección de *yadoyas* y tiendas, y además cultivan los campos con la libertad con que lo hacen los hombres. En todos los pueblos hay letreros que indican el número de sus habitantes, diferenciando hombres y mujeres, así como el de caballerías y bueyes. Al fijarme en la información sobre Ichikawa, concluí que aquí, como en todas partes, hay más hombres que mujeres<sup>17</sup>.

## CARTA 13

*Kurumatoge. 30 de junio*

Un corto recorrido nos llevó de Ichikawa a una llanura rica y fértil que, salpicada de pueblos y aldeas, abarca unos dieciocho kilómetros de ancha por casi treinta de larga. En su extremo meridional se asienta la gran ciudad de Wakamatsu. El amplio lago de Iniwashiro no está lejos. En lontananza se divisan los empinados tejados de las casas con sus arboledas. Como siempre, no hay vallas ni verjas delante de las casas, siendo un alto seto, a modo de pantalla, lo único que se ve delante de las viviendas de los campesinos más ricos.

Una avenida de cedros y dos hermosos templos budistas parcialmente dorados nos anunciaron la proximidad de un lugar de cierta importancia. Y, en efecto, Takata lo es por florecer en esta gran ciudad un considerable comercio de

sedas, cuerdas y *minjin*<sup>18</sup>. Además es residencia de uno de los más altos funcionarios de la *ken* o prefectura. La calle se extiende por más de kilómetro y medio y todas sus casas son tiendas. El aspecto general es humilde y abandonado. En estas regiones apenas visitadas, tan pronto como un viajero asoma por las afueras de la ciudad y se encuentra con el primer hombre, este de inmediato se da media vuelta y sale corriendo calle abajo gritando algo así como «¡Ha venido un extranjero!». Y muy pronto se aglomeran videntes e invidentes, jóvenes y viejos, gente vestida y desnuda. En la *yadoya* el gentío es tal que el posadero me lleva dentro, a alguna de las bonitas estancias que hay en el jardín, pero, así y todo, los adultos se encaraman a los tejados de las casas vecinas y los niños se suben a la palizada que hay al final y que acabó derrumbándose por el peso. Me vi obligada a cerrar los *shoji* con la turbadora conciencia, durante mi descanso nominal, de que fuera había una multitud agolpándose. Poco después mi precaria intimidad se vio asaltada por cinco policías uniformados con chaquetas de alpaca negra y pantalones blancos que deseaban ver mi pasaporte, una petición nunca antes planteada excepto al pernoctar. Cuando llevan ropa europea estos japoneses no pueden hacer tan ceremoniosamente sus reverencias; así todo, fueron muy corteses y expresaron su disgusto por la multitud de curiosos a los que dispersaron, aunque apenas desaparecieron, enseguida volvieron a aglomerarse. Las multitudes japonesas, hay que reconocerlo, son apacibles y tranquilas, y la gente nunca se atropella entre sí. No tengo ningún motivo de queja al respecto, si no es por estos comentarios que solo te hago a ti. Cuatro de los policías volvieron y me escoltaron hasta los límites de la ciudad. El traqueteo que hacían las mil personas que componían la multitud caminando con sus sandalias de madera me recordaba el estrépito sordo de una granizada.

Después me esperaba una deprimente y pesada marcha de cinco horas por arrozales. La humedad del clima y la fatiga de esta forma de viajar me están minando la salud; además, el dolor en la columna vertebral, que no hace más que aumentar, se volvió tan fuerte que me vi incapaz de sostenerme más de veinte minutos sobre las piernas o a caballo. Avanzábamos, por lo tanto, tan despacio que ya eran las seis de la tarde cuando llegados a Bange, un pueblo comercial de cinco mil habitantes, prácticamente situado en medio de un arrozal. Un lugar mísero, inmundo, húmedo y ruinoso, lleno además de un hedor insoportable procedente de zanjas de aguas negras y cenagosas. El termómetro marcaba 29° y

una lluvia caliente no dejaba de caer con fuerza en el aire yerto de la tarde. Desmontamos en un cobertizo lleno de fardos de pescado seco de los que salía un olor nauseabundo haciendo el aire irrespirable, mientras que también aquí la gente, mojada y sucia, se había aglomerado para ponerse a mirar de hito en hito a la extranjera.

Pero a mi alrededor había indicios de progreso. Se celebraba un congreso de tres días que había reunido a maestros de escuela de la región durante el cual iban a presentarse a examen los candidatos a maestros rurales y a discutirse por extenso varios temas, señaladamente el del valor de enseñar los clásicos chinos dentro del currículum de las escuelas. Por este motivo, todas las posadas del pueblo estaban llenas.

Este poblado de Bange está en una región palúdica. La malaria es aquí muy frecuente por lo que el Gobierno ha despachado equipos médicos adicionales para combatirla. Las colinas estaban solo a un *ri* de distancia y parecía esencial adelantar el camino. Pero era imposible conseguir una caballería hasta las diez de la noche. El camino era peor que el de antes, el dolor se volvía más agudo y mi fatiga aumentaba. No había más remedio que quedarse. Después pasó una interminable hora durante la cual los cinco emisarios de la Agencia de Transportes se pusieron a buscar un cuarto donde pasar la noche. Ya muy entrada esta, encontraron una vieja *yadoya*, atestada de gente en la cual había un cuarto sostenido por pilares que descansaban en aguas estancadas y en donde los mosquitos pululaban en tal cantidad que hacían denso el aire. Era mi alojamiento. Después de una noche febril y miserable sentí alivió al madrugar al día siguiente y salir de aquel lugar.

Se habían reunido dos mil o más personas, supuestamente para verme partir. Una vez en el caballo y en el momento en que me dispuse a sacar los prismáticos de la caja, la gente, jóvenes y viejos, salió disparada como en una estampida en la que hasta los niños fueron derribados por los adultos. Ito me dijo que pensaron que iba a sacar una pistola para asustarlos. Le pedí que les explicara el objeto que había sacado. Verdaderamente es el japonés un pueblo apacible e inofensivo, al que nadie se le ocurriría molestar sin verdadero pesar. En muchos países europeos y ciertamente en algunas partes del mío, Gran Bretaña, una señora que viaja sola con ropa extranjera se halla expuesta con frecuencia a la rudeza, al insulto y la extorsión, si no a verdaderos peligros. En

este país, en cambio, no me he encontrado con un solo caso de mala educación o de que me hayan cobrado más de la cuenta, y no hay modales rudos ni siquiera en las multitudes. Los *magos*, por poner un ejemplo, son tan amables que andan siempre preocupados por que no me moje ni me asuste de nada, aparte de que ponen sumo cuidado en comprobar que las correas que atan el equipaje estén siempre firmes y no se haya perdido nada al final de cada trayecto. Cuando llegamos a cada destino, en lugar de quedarse para esperar una propina o detenerse a beber y chismorrear un rato, se apresuran a descargar las caballerías, a conseguir los papeles de la Agencia de Transportes y acto seguido regresan a sus casas. Solamente ayer se nos perdió una correa y, aunque ya se había hecho de noche, el hombre volvió sobre sus pasos cuatro kilómetros hasta encontrarla y luego se negó a aceptar un *sen* que quise darle por su esfuerzo, alegando que era su responsabilidad que no se perdiera nada. ¡Qué grato resulta ver la amabilidad y cortesía con que se tratan unos a otros! En su relación conmigo Ito no es tan educado ni tan agradable, pero cuando se dirige a sus compatriotas, no puede librarse de las cadenas de la etiqueta y hace unas reverencias tan profundas y usa tantas frases corteses como el que más.

Tardamos una hora en atravesar aquella planicie palúdica y desde entonces hemos avanzado rodeados de montañas y montañas. El camino era tan infame que mi caballo se resbaló varias veces, y la bestia de carga, en la cual montaba Ito, dio un traspiés y se cayó rodando, lo cual hizo que el equipaje saliera volando en todas direcciones. Realmente la necesidad más apremiante que en este momento tiene Japón es contar con una red de buenos caminos y carreteras. Sería mucho mejor que el Gobierno enriqueciera el país invirtiendo inteligentemente en abrir caminos decentes para el transporte de mercancías por el interior en lugar de empobrecerlo comprando acorazados a Inglaterra y costosas fruslerías occidentales.

A la vista de las grandiosas montañas Aizu y la doble cima de Bandaisan, cabalgué por delante de Ito y entré sola en el pequeño poblado de Nozawa donde me encontré con la curiosidad de otra muchedumbre. Tras un descanso, nos dimos una agradable caminata de cinco kilómetros a lo largo de la sierra teniendo a nuestros pies un impetuoso río con grises acantilados en su orilla más alejada de nosotros y el grandioso panorama de los gigantes de la cordillera Aizu arrebolados de tonos violáceos por la puesta de sol. A la hora del crepúsculo

llegamos a la pintoresca aldea de Nojiri, en las márgenes de un valle de plantaciones arroceras, pero deseché la idea de pasarme el domingo encerrada en un agujero y, después de haber echado el ojo a una casa solitaria colgada en la cresta de un cerro a cincuenta metros de altura, arranqué la información de que se trataba de una casa de té que hacía las funciones de *yadoya* y decidí que nos instaláramos en ella.

En un día de verano como este el paisaje tiene un aspecto de prosperidad que casa bien con su belleza. Tanto que parece imposible concebir que la pobreza extrema se haya enseñoreado de este poblado de Nojiri, de casas de empinados tejados, ubicado como un nido en las faldas del cerro. Sin embargo, dos cuerdas de cáñamo que cuelgan de un cedro justo debajo nos cuentan la historia de un anciano que hace dos días se ahorcó. El motivo: una pobreza que le impedía mantener a una familia numerosa. La posadera y el mismo Ito me cuentan que es frecuente que cuando un hombre con una familia joven se hace demasiado viejo o débil para trabajar, decide poner fin a su vida.

Mi anfitriona en esta *yadoya* de Nojiri es una viuda y madre de familia, una bulliciosa mujer de buen carácter a quien le encanta charlar. Su casa está todo el día abierta de par de par, desprovista como está, literalmente, de paredes. El tejado y la única habitación del piso de arriba se sostienen con unos postes de madera, y mi escalera casi toca el fogón de la cocina. Durante el día la amplia superficie con esteras de la planta baja, que no tiene divisiones, se halla ocupada por grupos de viajeros y *magos*, o arrieros, pues todo el mundo que llega fatigado del puerto de Kurumatoge viene aquí a tomarse una taza «de té con algo de comer», de modo que nuestra posadera está atareada el día entero. Cerca del fogón hay un gran pozo. Por supuesto que en esta gran estancia no hay mobiliario alguno, como no sea un estante corrido debajo del tejado, sobre el cual descansa el pequeño altar doméstico budista con un par de ídolos negros, entre ellos Daikoku, una popular divinidad venerada como dispensadora de riqueza. Al lado de un colgadero con utensilios de cocina, se ve un único anaquel con seis grandes platos de color marrón que contienen la comida que está a la venta, como pescados y mariscos en salazón dentro de un líquido negro, truchas secas espetadas, caracoles de mar con soja, una pasta a base de raíces machacadas, pasteles de color verde prensados y secados hechos de algas filamentosas de río... Alimentos, todos ellos, de feo aspecto y desagradable sabor.

Esta tarde un hombre sin nada puesto pisaba en una estera una pasta de harina, un viajero con un vestido de seda azul fumaba tumbado en el suelo y cinco mujeres en cuclillas con poca ropa, complicados moños y dientes teñidos de negro rodeaban el fogón. A petición de mi posadera, escribí una descripción elogiosa de la vista que se dominaba desde la posada; después le leí en inglés e Ito la tradujo al japonés para gran contento de todos los reunidos. A continuación, me pidieron que escribiera algo en cuatro abanicos. La mujer nunca había oído hablar de Inglaterra, un nombre perfectamente desconocido en estas tierras salvajes. Tampoco había oído hablar de América. Sí que sabe que Rusia es una gran potencia y por supuesto ha oído hablar de China. Pero ahí acaban sus conocimientos a pesar de haber estado en Tokiyo y Kiyoto.

*1 de julio*

Anoche estaba a punto de dormirme, no obstante los mosquitos y las pulgas, cuando me despertó un ruido de voces y cacareos de gallina. Al lado de mi lecho aparecieron Ito, con una gallina que expresaba su desagrado cacareando sin cesar, y un hombre y una mujer a los cuales mi guía había tenido que pagar bien para comprarles el ave. Medio dormida le dije que no estaría mal probarla hervida para el desayuno del día siguiente. Sin embargo, cuando Ito me llamó esta mañana, me dijo con expresión compungida que justo cuando iba a sacrificarla, la gallina se le había escapado y echado a correr al bosque. Para que se comprenda cómo me sentí, es necesario haber experimentado lo que significa pasarse diez días sin haber probado pescado fresco, ni nada de carne, si siquiera de ave. No me quedó más remedio que desayunarme con huevos y algo de la pasta hervida que el hombre había triturado ayer sobre la estera. Era una harina de lo más grosero y hecha de trigo sarraceno... ¡Ya ves que he aprendido a no ser nada exigente en cuestión de comidas!

## CARTA 14

*Tsugawa. 2 de julio*

El trayecto de ayer fue uno de los más duros recorridos hasta ahora, pues en diez horas de arduo viaje tan solo pude cubrir veinticuatro kilómetros. El camino de Kurumatoge en dirección oeste es tan infame que nuestras etapas a veces constaban de poco menos de dos kilómetros. Sin embargo, es por tal vía, al menos hasta llegar al río Tsugawa, por donde deben llegar a Niigata los productos de la rica planicie de Aizu, incluidos los de sus numerosas poblaciones y de las vastas regiones del interior. En contra de toda idea moderna, este camino sube y baja por los cerros con una pendiente cuyo ángulo de inclinación hasta me da miedo precisar. En la actualidad traza un zigzag perfectamente laberíntico en el cual han arrojado grandes piedras a modo de pavimento. ¡Es, sin discusión, el peor camino recorrido, lo cual es mucho decir! El paso de Kurumatoge es el último de un total de diecisiete puertos de montaña de más de seiscientos metros que he atravesado desde mi salida de Nikko. Entre este paso y el río Tsugawa el paisaje, aunque a una escala menor, es casi el mismo que me ha acompañado hasta ahora: una sucesión de montes cubiertos de árboles hasta lo alto, separados unos de otros por quebradas que a veces se abren para mostrar en lontananza más sierras y ahogados en un follaje que, en momentos de malestar, siento la inclinación de denominar «vegetación rancia». ¡Ah, si esta monotonía de verdes tonos fuera amenizada, aunque solo fuera ocasionalmente, por alguna brusca cicatriz en el paisaje, por una mancha de llameante desierto, por alguna eminencia brillante en el terreno!

Las aldeas de esta región han alcanzado, en mi opinión, el abismo más bajo de inmundicia de Hozawa y Saikaiyama. Bajo cobertizos ennegrecidos por el humo se arraciman aves de corral, perros, caballerías y personas, mientras que en el interior de los pozos se acumulan montones de estiércol. No hay ningún niño que lleve encima algo que se pueda llamar vestido. Son pocos los hombres que visten otra cosa que no sea un taparrabo y las mujeres se muestran sin nada de ropa hasta la cintura, y las prendas que llevan se ven muy sucias y puestas sobre sus pieles simplemente por la fuerza de la rutina. Los adultos aparecen cubiertos de inflamaciones por picaduras de insectos y los niños plagados de afecciones cutáneas. Sus casas son sucias y, como tienen el hábito de sentarse en cuclillas sobre los talones o tumbarse boca abajo, parecen poco menos que salvajes. Su aspecto y la falta de delicadeza de costumbres resultan simplemente abominables y en este sentido contrastan desventajosamente con otros pueblos bárbaros entre

los que he estado. Si mis viajes no me hubieran llevado más allá de Nikko, Hakone, Miyanoshita y lugares similares visitados por extranjeros con menos tiempo que yo, entonces me habría formado una impresión de este país muy diferente de la que tengo ahora. A menudo me pregunto si el estado espiritual de sus almas es mucho mejor que el físico de sus cuerpos. Son corteses, amables, trabajadores y libres de delitos graves, pero, por las conversaciones que he sostenido con ellos y por mucho de lo que veo, me parece que su nivel de moral básica es muy bajo y que su vida no es ni sincera ni pura.

Me alojo en una *yadoya* llena de gente. Me han asignado dos cuartos alegres en un anexo del jardín, lejos de la multitud. El gran afán de Ito cada vez que llegamos a una posada es que permanezca encerrada en la habitación como una prisionera hasta nuestra partida al día siguiente. Pero esta vez he roto mi confinamiento y me he aventurado hasta la cocina, el *daidokoro*, del establecimiento. El posadero pertenece a la antigua casta de los samuráis, es decir, a la clase social autorizada antes a ceñir dos sables, una clase como tal ahora abolida. Su rostro es más alargado, sus labios, más finos y la nariz más recta y prominente que los que se ven en las caras de los miembros de clases más bajas. Hay también diferencias en su porte y ademanes. He mantenido muchas e interesantes conversaciones con este hombre.

En el mismo espacio abierto un empleado de la *yadoya* escribía sobre una mesita de laca, una mujer hacía un vestido, unos culis se lavaban los pies en el *itama*, otros fumaban y bebían té agachados en cuclillas en torno al *irori* o fogón en el suelo. Un criado se puso a lavar el arroz que iba a ser preparado para mi cena, pero antes de hacerlo se quitó la ropa y la mujer que fue a cocinarlo se despojó del kimono hasta la cintura, una costumbre entre las señoras respetables de aquí. La esposa del posadero e Ito se pusieron a conversar sobre mí sin ninguna reserva. Al preguntar a mi guía qué decían, me contestó:

—Esta señora dice que usted, señorita, es muy educada para ser extranjera.

—¿A qué te refieres? —pregunté a Ito.

—Bueno —respondió— es que usted se quita las botas antes de poner los pies en los tatamis y hace una reverencia cada vez que recibe la bandejita del tabaco.

Dimos un paseo por el pueblo con objeto de encontrar algunos comestibles para la jornada del día siguiente que iba a ser en barco por el río, pero solo

conseguimos unas galletas hechas de clara de huevo y azúcar, unas albóndigas azucaradas de harina de cebada y alubias recubiertas de azúcar. La paja de los tejados, tan pintoresca, había desaparecido en las construcciones de este pueblo. Los tejados de Tsugawa eran de tiras de corteza de árbol fijadas con grandes piedras. Pero como las casas tenían tejados a dos aguas y toda la calle disponía de un paseo debajo de los aleros, el conjunto resultaba menos monótono que en la mayor parte de los pueblos de Japón. Además, la calle acababa en el recinto de un templo situado en una terraza sobre el río. En este pueblo viven tres mil personas y una buena parte de sus productos va a Niigata por barco usando el cauce fluvial. Hoy hay un tropel de acémilas de carga. De nuevo se formó una multitud en torno a mí. Un niño fue la única excepción a la norma general de cortesía y respeto con que me tratan. Este niño me llamó con una palabra que es equivalente al chino *fan kwai* o extranjero, pero fue reprendido con dureza y un policía se acercó a pedirme disculpas. Conseguimos una loncha de salmón y creo que nunca he probado algo tan sabroso. He terminado la primera parte de mi viaje por tierra. Mañana por la mañana me embarco rumbo a Niigata.

## CARTA 15

*Niigata. 4 de julio*

La barca a Niigata debía salir a las ocho, pero a las cinco vino Ito a despertarme para decirme que había que partir de inmediato pues el pasaje ya estaba completo. Así pues, abandonamos la *yadoya* a toda prisa ayudados por el posadero que corrió con nosotros hasta el río cargando a la espalda una de mis cestas grandes. Los dos ríos confluyen para dar lugar a un cauce sobre cuya belleza me gustaría dedicar más líneas. La mañana, especialmente generosa y tierna con los tonos del cielo, dio paso a un día espléndido de una luz nada deslumbrante y de un calor nada opresivo. La embarcación era de robusta construcción. Medía trece metros de largo por algo menos de dos metros de ancho y se deslizaba por las aguas gracias a la acción de dos hombres, uno que manejaba una espadilla en proa y otro que accionaba una paleta ancha en popa moviéndola en círculos. Los dos barqueros permanecían de pie y llevaban sendos sombreros cónicos y anchos

como paraguas. La parte delantera y el centro de la barca iban cargados de sacos de arroz y cajas de cacharros de cerámica; detrás había un techado de paja bajo el cual se apelotonaban veinticinco japoneses. Eso al principio de la travesía, porque después, a medida que avanzábamos, muchos fueron bajando en los caseríos desperdigados por la orilla del río, de modo que cuando llegamos a Niigata solo quedábamos tres pasajeros. Yo mandé que pusieran mi silla plegable sobre la carga de sacos y cajas. El viaje en barca me pareció una agradabilísima alternativa al extenuante arrastrarse por tremedales donde apenas avanzábamos veinticinco kilómetros en una jornada. Este trayecto en barca se llama «navegación por los rápidos del Tsugawa», debido a que a lo largo de cerca de veinte kilómetros el curso del río, al que bordean altas escarpaduras, se halla jalonado de peñascos medio sumergidos que hacen que las aguas, bajas en muchos trechos, desciendan dando abruptos giros y que la embarcación se acelere río abajo. Según me dijeron, se requiere de los barqueros una gran pericia y sangre fría para evitar graves y frecuentes accidentes.

Después de una travesía de veinte kilómetros por estos rápidos amenizada por un paisaje encantador, el cauce del río se ensancha y se vuelve manso por meandros que dejan ver un paisaje arbolado y tolerablemente llano en parte rodeado de montañas coronadas de nieve. La vida que discurre por el río es muy hermosa. Abundan las barcas, algunas cargadas con verduras, otras con trigo, otras con niños y niñas que vuelven de la escuela. Los *sampanes* con sus blancas velas formando flotillas de doce unidades se deslizan por las aguas hondas del río, pero cuando no hay suficiente profundidad deben ser arrastradas por la tripulación en medio de divertidos gritos. Después el paisaje cambió de nuevo pues el río se ensanchó aún más y sus aguas, más profundas, despedían el típico olor aluvial por la cantidad de materia orgánica vegetal que en ellas flotaba y se movía mansamente entre unas orillas densamente pobladas de árboles y bambúes, lo bastante altos como para ocultar el paisaje que había detrás. No se veían apenas casas, aunque abundaban los indicios de que estábamos en tierras bien pobladas. Cada noventa metros o así había un sendero que partía desde la orilla hacia la espesura del interior y al comienzo del cual se veía amarrada una barca. La presencia continua de horcas, levantadas a lo largo de la ribera hechas con un palo de bambú de uno de cuyos extremos colgaba un cubo y del otro una piedra, indicaba la proximidad de viviendas que dependían del agua del río para sus

necesidades diarias. Donde la orilla lo permitía, se veían caballerías que eran lavadas vertiendo sobre sus lomos cubos de agua y a niños revolcarse desnudos en el barro. Asimismo, de la densa vegetación de ambas riberas flotaban en el aire hasta llegar a nuestros oídos cacareos de gallinas, voces humanas y ruidos de gente trabajando, claros indicios todos ellos de que el río pasaba por una región bastante populosa. Con la salvedad de los dos barqueros y de quien escribe, no había nadie en la barca que no durmiera durante la calurosa y silenciosa tarde... unas horas somnolientas y deliciosas.

Más bosques, más sueños y la lujuriente vegetación de las orillas desaparecieron por completo. El río se abrió en tierras bajas y en bancos de guijarros y arena. Antes de las tres de la tarde ya estábamos en las afueras de Niigata. Sus casas bajas, con hileras de piedras en los tejados, se extendían por un arenal más allá del cual había una pequeña elevación arenosa donde crecían unos pinos. Las riberas estaban salpicadas de casas de té con muchas galerías y balcones donde se celebraban fiestas y reuniones animadas por geishas y sake. Sin embargo, las calles que corrían a lo largo de las márgenes del río presentaban un aspecto pobre y destartado, haciendo a todas luces indigna a esta ciudad del rango de gran ciudad del oeste del país. Resulta, además, difícil de creer que esté incluida en la nómina de ciudades portuarias del Tratado<sup>19</sup> ya que ni el mar estaba a la vista ni en el cielo ondeaban las banderas consulares de las potencias. Nuestra barca se adentró por uno de los numerosos canales, que aquí funcionan como vías para el transporte de mercancías, entre cientos de embarcaciones cargadas, y pisamos tierra en el corazón de la ciudad. Al cabo de reiteradas indagaciones, al final llegamos a la Casa de la Misión Eclesiástica, una edificación de madera sin árboles alrededor y sin galería exterior situada cerca de los edificios gubernamentales, donde fuimos amablemente acogidos por los señores Fyson.

La casa donde me hospedo es sencilla y de dimensiones incómodamente reducidas, pero el hecho de que disponga de paredes y puertas la convierten para mí en un lugar lujoso. Y es que no te puedes imaginar qué gratas son las costumbres que reinan en una casa decente de Europa después de la eterna confusión y falta de decoro de las casas japonesas.

## CARTA 16

*Niigata. 9 de julio*

He pasado más de una semana en Niigata. Y la abandono mañana de mala gana, no tanto por el interés que tiene esta ciudad como por las amistades en ella entabladas. Nunca había tenido la experiencia de una semana con un tiempo más abominable. Solo una vez he visto el sol, pero nunca las montañas que no se hallan más que a cincuenta kilómetros de distancia. Las nubes presentan tonos de gris parduzco, el aire es húmedo y estático y el mercurio ha oscilado de los 27° durante el día a los 26° durante la noche. En la casa padecemos lasitud y falta de apetito. El atardecer no trae el fresco; antes bien, miles de criaturas —voladoras, reptadoras, saltadoras, corredoras— y todas con el poder de hacer daño, ocupan el lugar de los mosquitos diurnos, bellacos de moteadas patas, que nos pican y emponzoñan sin ningún zumbido ni previo aviso. Los nocturnos son legión. En la ciudad no hay paseos excepto en las calles y los jardines públicos, pues Niigata se levanta sobre un banco de arenas calientes y yermas. Tampoco es posible gozar de una vista de la ciudad sin tener que subir a lo alto de una atalaya de madera.

La ciudad de Niigata está entre las ciudades portuarias del Tratado, pero carece de comercio exterior y en ella vive un reducido número de extranjeros residentes. Ni este año ni el pasado atracó en su puerto ningún buque de bandera extranjera. Solamente hay dos empresas de fuera, las dos alemanas, y únicamente dieciocho extranjeros todos los cuales, a excepción de los misioneros, están empleados por el Gobierno japonés. El río de la ciudad se llama Shinano y es el más largo de Japón. Su caudal y el de sus afluentes acarrea un volumen prodigioso de agua. Pero los ríos japoneses se hallan en buena parte cegados por la arena y los guijarros arrastrados desde las montañas. Por todo lo que he visto, los lechos fluviales, con la excepción de los canalizados con muros de piedra, son yermos de arenas, cantos rodados y guijarros por el medio de los cuales la corriente de agua sigue un camino tortuoso entre arenales y bajíos. En los desbordamientos, que ocurren en mayor o menor volumen todos los años, estos yermos reciben ingentes cantidades de agua, arrastrando arena y detritos hasta las desembocaduras de los ríos que quedan obstruidas. De todos los ríos, el Shinano, por ser el mayor, es en el que sucede esto de forma más acusada. Con el paso de

los años ha acumulado en su desembocadura una barra por la que se ha practicado un pasaje de tan solo dos metros de profundidad por desgracia sujeto a constantes depósitos de arena. Las mentes de los ingenieros no dejan de ocuparse con este problema del río Shinano y el Gobierno tiene sumo interés en cómo hacer más profundo este pasaje y dotar al oeste del país del puerto marítimo que a día de hoy no tiene. Pero los gastos de las obras serían enormes. A la espera de que eso ocurra, el reducido tráfico oceánico se desempeña con juncos y un puñado de pequeñas embarcaciones japonesas de vapor que atracan fuera<sup>20</sup>. En Niigata hay un Viceconsulado británico, aunque son pocos, a no ser como peldaño para ascender, los que aceptarían un puesto en un lugar tan temible como este.

Así y todo, Niigata es una bonita y próspera ciudad de cincuenta mil habitantes y la capital de la rica provincia de Echigo en donde vive un millón y medio de almas. Es, además, la sede del *kenrei* o gobernador provincial, de un alto tribunal de justicia, de buenas escuelas, de un hospital y de un cuartel. Llama la atención encontrar en una ciudad tan apartada como esta una institución educativa que merece la denominación de universidad, ya que consta de escuelas primaria, intermedia y superior, de un instituto organizado por profesores ingleses y norteamericanos donde se enseña el inglés a ciento cincuenta alumnos, de una escuela superior de ingeniería, de un museo geológico, de laboratorios espléndidamente equipados, y del más moderno dispositivo científico y educativo. Los edificios gubernamentales, agrupados cerca de la casa del señor Fyson, son de madera pintada de blanco y ofrecen un aspecto imponente por su tamaño y las innumerables ventanas vidriadas. Hay también un gran hospital organizado por un médico europeo con una escuela médica anexa. Están también el Saibancho o Tribunal de Justicia, las escuelas, el cuartel y un gran banco en un edificio que rivaliza con todos los demás y de arquitectura osada, llamativa, insípida, progresista y europeizante. Los jardines públicos son espaciosos y bien diseñados con paseos de fina grava. Hay trescientas farolas que se encienden con aceite mineral de la región.

A causa de un río tan impetuoso como el Shinao que obstruye continuamente el paso al mar, su ruta natural, esta ciudad «queda a merced de la intemperie». Es capital, no obstante, de una de las provincias más ricas del país productora no solo de arroz, seda, té, cáñamo, zanahorias e índigo en grandes

cantidades, sino también de oro, cobre, carbón y petróleo. La mayor parte de esta producción debe ser enviada a Yedo atravesando varias cordilleras y a lomos de caballerías por caminos apenas menos horrendos que el seguido por mí.

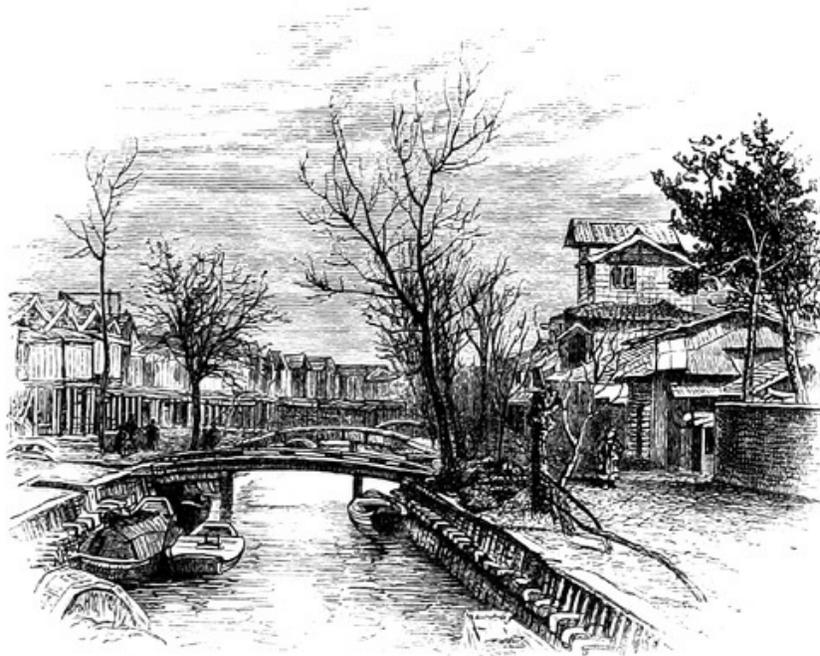
El Niigata oficial, con sus indicios de progreso según directrices occidentales, no es nada atractivo comparado con el Niigata japonés que tiene la ciudad más bonita, limpia y cómoda que he visto hasta ahora, libre del bullicio que causan las colonias de extranjeros. Esta ciudad goza de fama por las hermosas casas de té, que atraen a visitantes de lugares lejanos y por la excelencia de sus teatros. Es también el centro recreativo y de placer de una extensa región, y tan hermosamente limpia que, al igual que me pasó en Nikko, me siento mal de caminar por sus calles, siempre tan bien barridas, con mis botas manchadas de barro. Tendrían que tomar ejemplo las autoridades municipales de ciudades europeas, como Edimburgo, pues cualquier objeto por pequeño que sea, como una paja, un trozo de palo o de papel es retirado inmediatamente. Nada de basura permanece en la calle ni un instante, a no ser dentro de una papelería o cubo con tapadera. La planificación urbanística es racional a base de divisiones cuadradas constituidas por cinco arterias, unidas a calles más cortas y a numerosos canales, a lo largo de casi dos kilómetros. En realidad, estos canales son las verdaderas vías de acceso de la ciudad. No he visto ni una sola acémila en las calles, pues todo llega en barca, siendo muy pocas las casas que no reciben los bienes de consumo por el canal que pasa muy cerca de la puerta. Estas vías de acceso acuáticas se hallan ocupadas todo el día, pero por la mañana temprano, cuando las barcas entran cargadas de verduras, sin las cuales la gente no puede sobrevivir ni un día, el trajín es indescriptible. Los cargamentos de pepinos son los que más se ven ahora. En general, los canales corren por el medio de la calle flanqueados por paseos bastante anchos. Están a un nivel bastante más bajo que la calle y los bancos entre los que corre el agua son casi perpendiculares a esta y se hallan muy bien revestidos de madera con escalones cada cierto trecho. A ambos lados se ven árboles, entre los que destacan los sauces llorones y, como el agua del río corre mansamente entre sus ramas, esta atractiva visión, así como la de los ligeros puentes que a intervalos cortos cruzan el canal, constituye uno de los rasgos de la ciudad.

Las casas están rematadas por tejados de fuerte pendiente hechos de ripia con piedras de peso. Sus alturas son muy irregulares y, debido a que todos tienen

orientados hacia la calle los aguilones de los pisos de arriba, la ciudad presenta un aspecto pintoresco y muy infrecuente en Japón. Las galerías de las entradas de las casas están conectadas unas con otras a lo largo de la calle, de suerte que forman un paseo cubierto especialmente transitado cuando se acumula la nieve en la calle. Gracias a sus canales bordeados de árboles, a sus espléndidos jardines públicos y a sus pintorescas y pulcras calles, Niigata es una ciudad verdaderamente atractiva. Sus mejoras urbanísticas, sin embargo, son recientes y no hace mucho que fueron finalizadas por el señor Masakata Kusumoto, actual gobernador de Tokiyo. En ninguna parte de la ciudad se observan indicios de pobreza, si bien la riqueza, si la hay, está cuidadosamente escondida. Una característica destacada de la ciudad es el número de calles con pensiones provistas de ventanas saledizas hechas de planchas de madera a través de las cuales la gente puede ver sin ser vista. Ahora bien, por la noche, cuando se encienden los faroles o *andon*, al volver de la casa del doctor Palmer vimos que en la mayoría de las casas las familias estaban sentadas alrededor del *hibachi* o brasero, en un *deshabillé* de lo más ligero.

El frente de las casas es muy estrecho, pero el fondo es asombrosamente largo, con jardines en donde prosperan flores, matorrales y mosquitos. Contemplando el largo de las calles, la abundancia de puentes da al paisaje urbano el efecto de un país de hadas. Los cuartos principales de todas las viviendas japonesas se encuentran en el fondo y están orientados a verdaderos paisajes en miniatura, pues la naturaleza aquí es empequeñecida al mínimo con gran destreza hasta conseguir un espacio a menudo de poco más de nueve metros cuadrados. Son elementos indispensables en este espacio un lago, un conjunto de rocas, un puente, una linterna de piedra y un pino retorcido, pero cuando las circunstancias y los recursos lo permiten, figuran también en él objetos raros de todo género: pequeños pabellones usados para la ceremonia de té, para leer, para dormir en fresca quietud, para pescar a cubierto, para beber sake; pagodas de bronce con cascadas cuya corriente cae de las fauces de dragones de bronce; cuevas rocosas con agua donde entran y salen pececillos argentados y dorados; lagos con islas rocosas; arroyuelos cruzados por puentes verdes de miniatura y lo suficientemente altos para que debajo pueda pasar una rana o una rata; minúsculas explanadas de césped con lanchas de piedra para pisar en ellas cuando el suelo está mojado; grutas, colinas, valles, sotos en

miniatura de palmeras y bambúes; árboles enanos de numerosas especies y tonos verdes oscuro y púrpura que son podados para conseguir una sorprendente semejanza con animales y reptiles o para estirar sus ramas retorcidas sobre minúsculos lagos.



CALLE Y CANAL DE NIIGATA

He dado buenas caminatas en Niigata y cada vez que iba en compañía de la señora Fyson, la única mujer europea aquí, y su pequeña Ruth, una rubita preciosa de tres años, he sido seguida de un inmenso gentío. La causa es la extrema fascinación que suscita la visión de esta niña con sus rizos dorados cayéndole por los hombros. En Japón, tanto los hombres como las mujeres despliegan de forma natural un gran encanto y amabilidad con los niños, por lo que Ruth, lejos de sentirse cohibida ante tanta gente extraña, sonrío a todo el mundo, les hace reverencias al estilo de los nativos, habla con ellos en japonés y parece poco dispuesta a dejarlos atrás. Teníamos muchas dificultades en hacer que caminara a nuestro lado y dos o tres veces, al observar que no estaba con nosotras y mirar atrás, la hemos visto sentada en el suelo, al estilo japonés, en medio de un corro de varios cientos de personas, recibiendo muestras de admiración y agasajos a los que de ninguna manera deseaba renunciar. Y es que los japoneses sienten una verdadera pasión por los niños. Sin embargo, no está

bien que los niños europeos pasen mucho tiempo con ellos pues pueden corromper su moral y enseñarles a decir mentiras.

El clima de Niigata y de la mayor parte de esta gran provincia contrasta desagradablemente con el de la región allende las montañas. En este clima, templado por la corriente del golfo del Pacífico Norte, la primavera y el otoño son las épocas más deliciosas del año gracias a la atmósfera apacible y las temperaturas vigorizantes de esas dos estaciones, con cielos azules y soleados. Hay un promedio de treinta y dos días de nieve al año. Los canales y ríos se hielan y hasta el torrencial río Shinano puede aguantar a veces el peso de una caballería. En enero y febrero se puede acumular hasta un metro o más de nieve, el cielo se nubla y oscurece, la gente vive en las habitaciones de arriba de sus casas para recibir más luz, se suspenden las comunicaciones con caballerías de carga, los peatones deben caminar penosamente sobre la nieve calzados de raquetas y durante casi seis meses se vuelve impracticable la navegación debido al predominio de los fuertes y gélidos vientos del noroeste. Entonces la gente va abrigada con ropa bien forrada, dejando solo los ojos al descubierto viéndose obligada a caminar por las galerías cubiertas. Todas las familias se apelotonan en torno a los redondos *hibachis* o braseros temblando de frío pues el termómetro, que en verano alcanza los 33°, se desploma a diez bajo cero en los meses invernales. Y todo esto a una latitud de 37° 55', es decir, tres grados al sur de Nápoles.

## CARTA 17

*Ichinono. 22 de julio*

Dos señoras extranjeras, dos niños extranjeros de rubio cabello, un perro también extranjero de largo pelaje y un caballero igualmente extranjero —que sin esos acompañantes bien podría haber pasado desapercibida— atrajeron una copiosa, pero amable, turbamulta al canal en donde me embarqué para poner fin a mi estancia en Niigata. Los nativos llevaban en hombros a sus hijos, los Fyson siguieron caminando a lo largo del canal para decirme adiós más lejos, el *sampán* salió disparado a la corriente ancha y arremolinada del río Shinano y yo me sentí

invadida por una espantosa sensación de soledad. Cruzamos el río y nuestra embarcación, impelida por la pértiga, remontó la estrecha corriente del Shinkawa bordeada de terraplenes. Después de luchar desesperadamente contra otro río, el Aganokawa, que corría desbordado, de vernos obstaculizados por la cadena de barcas cargadas de pestilente estiércol en el estrecho y descolorido Kajikawa y de ser sorprendidos por el interminable número de melonares y pepinares, así como por la singular vida fluvial, llegamos a Kisasi. Habíamos empleado seis horas y recorrido exactamente dieciséis kilómetros de dura navegación fluvial. Luego subimos a tres *kurumas* cuyos conductores nos llevaron treinta y dos kilómetros a la carrera al módico precio de cuatro *sen* y medio cada *ri* recorrido. En un punto del trayecto hallamos un tablero que nos cerraba el paso, pero cuando al alcalde del poblado le dijeron que quien viajaba era una extranjera, tuvo la cortesía de dejarnos pasar. Hasta ese punto el agente de la compañía de viajes nos había acompañado para asegurarse de que «pasábamos sin problemas». El camino recorrido durante todo un día de viaje estaba tolerablemente poblado y las aldeas de campesinos, como Tsuiji, Kasayanage, Mono y Mari desparramadas a lo largo del mismo, ofrecían un aspecto aseado. Muchas de las propiedades estaban protegidas del camino por vallas de bambú. En general, se puede decir que era una campiña agradable y que la gente, aunque sin apenas ropa encima, no parecía ni pobre ni muy sucia. El suelo era muy ligero y arenoso. De hecho, había zonas yermas cubiertas de pinos y quebradas arenosas donde no crecía nada excepto abetos y maleza; pero los espacios arenosos y bien estercolados entre las quebradas se hallaban tan bien cultivados que parecían jardines y producían espléndidas cosechas de pepinos de matas altas como las de los guisantes y también melones, calabacines, boniatos, maíz, té, tigridias, alubias y cebollas. Y una novedad en el paisaje: la presencia de extensos huertos con manzanos y perales podados en espaldera de hasta tres metros de altura.

Pasamos por el poblado de Nakajo con la velocidad habitual que los conductores de los *kurumas* alcanzan cuando atraviesan pueblos o aldeas y, en medio de una llovizna, entramos en una avenida de abetos que corre desde Nakajo hasta Kurokawa. Unos kilómetros más adelante traqueteamos por un valle húmedo en cuyas laderas alternaban cultivos de té y arroz. Después atravesamos dos ramales del guijarroso río Kurokawa por puentes precarios y entramos en la ciudad del mismo nombre. La vimos casi toda ella decorada de

banderas y faroles. Sus habitantes se hallaban reunidos en un santuario con mucho ruido de tambores mientras unas cuantas jóvenes pintadas y con llamativos adornos bailaban en un tablado cubierto y elevado en honor de la divinidad local cuyo *matsuri* o festival estaban celebrando. Reemprendimos la marcha a merced del despiadado traqueteo del *kuruma* y bajo los abetos del camino. A la caída del sol llegamos a una casa solitaria, pero su propietario puso repasos para alojarnos pues su licencia no empezaba hasta el día siguiente. Finalmente cedió y me alojó en un cuarto en el piso de arriba. El techo estaba exactamente a un metro y medio del suelo por lo cual me resultaba prácticamente imposible estar de pie con el sombrero puesto. Para colmo, el aire dentro era sofocante ya que los postigos de madera, llamados *amado*, se hallaban herméticamente cerrados. La razón que me dio el propietario fue que si los dejaba abiertos y le robaban por la noche, la policía no solo le echaría una buena bronca, sino que además le costaría horrores recuperar sus pertenencias. Como, además, no había ni arroz en la casa, me tuve que contentar con un festín de deliciosos pepinos. No conozco una región donde la gente coma más pepinos que en esta. Los niños los mordisquean a todas horas y hasta los bebés colgados de la espalda de sus madres los chupan con avidez. En estos días se puede comprar una docena por un *sen*.

Es un error llegar a una de estas *yadoyas* o posadas después del anochecer. Aunque los mejores cuartos no hayan sido ya ocupados, se tarda toda una hora en conseguir que te sirvan comida y te preparen las habitaciones, un tiempo del que no pude sacar provecho alguno a causa de los mosquitos. Llovió mucho toda la noche e hizo un viento cuyo bramido oí por primera vez desde mi desembarco. El caprichoso crujir de los pinos por la embestida del viento y el redoble de tambores que llegaba de algún santuario hicieron que me resultara agradable levantarme a la salida del sol o, mejor dicho, al romper el día, pues desde mi llegada a Japón no ha habido un solo día en que haya visto al sol salir, ni tampoco ponerse. Esa jornada la empleamos viajando por Seki hasta Kawaguchi en *kuruma* o, en palabras más exactas, unas veces dando tumbos sobre las piedras del camino, otras viéndonos obligados a bajar del vehículo al llegar al borde de lodazales y otras veces teniendo que andar hasta cinco kilómetros cada vez por infames caminos de herradura con el río Arai a nuestros pies. En tales ocasiones a duras penas podían dos hombres tirar y empujar el carrito vacío. Por

eso, como a menudo debían subirlo y llevarlo en volandas cierta distancia, me llevé una verdadera alegría cuando al llegar a la aldea de Kawaguchi, comprobamos que no podíamos avanzar más. Y eso a pesar de que, por no poder conseguir ni una caballería, tuve que caminar este último tramo bajo una lluvia torrencial y apenas guarecida bajo la capa de papel encerado impermeable.

Ahora estamos en medio del gran espinazo montañoso que recorre el centro de Japón casi sin interrupción a lo largo de mil quinientos kilómetros con una anchura que oscila entre los sesenta y los ciento sesenta kilómetros. Esta cordillera se halla cortada por interminables sierras transitables solo por abruptos pasos de montaña de entre trescientos y mil quinientos metros de altura, con innumerables ríos, hondonadas y valles. Las quebradas y los altos están densamente arbolados, los ríos corren impetuosos y fácilmente se ramifican en arroyos, mientras que los valles invariablemente están aprovechados en forma de bancales dedicados al cultivo de arroz. Es en estos valles donde se apalotan las casas formando aldeas en regiones de lo más desoladas que he visto y apenas comunicadas con el resto del país por malos caminos. Las casas son muy pobres; el atuendo masculino se reduce a un *maro* o especie de taparrabos y el femenino a unos pantalones con una camisa abierta, aunque cuando llegamos a Kurosawa, no llevaban más que los pantalones. El tránsito es escaso y hay muy pocas caballerías; en un pueblo grande puede haber tan solo uno, dos o tres caballos. En las tiendas que vi venden los artículos más elementales para vivir. La comida corriente se basa en mijo y alforfón más que arroz, además del omnipresente *daikon* o nabo japonés. En cuanto al clima, es húmedo en verano y de un frío penetrante en invierno. Incluso ahora en verano es lo bastante incómodo como para obligar a que la gente entre mojada en sus casas y deba calentarse los dedos de las manos al fuego del *irori*, pasar el rato envuelta en un humo picante mientras el viento cargado de humedad mueve el papel roto de las ventanas y sus ráfagas esparcen las cenizas por el suelo de tatamis hasta que la casa queda herméticamente sellada durante la noche. Las gentes aquí ignoran todo de lo que nosotros consideramos comodidades.

Esa noche entramos a pie en la aldea de Numa. Para calcular el número de personas que viven en una casa japonesa, lo normal es multiplicar el número de viviendas por cinco, pero sentí curiosidad por pasear por esta aldea y pedí a Ito que me tradujera los datos de las tarjetas apostadas fuera de todas las viviendas

japonesas en donde consta el nombre, número y sexo de sus moradores. Descubrí que en veinticuatro casas habitaban... ¡trescientas siete personas! En algunas vivían hasta cuatro núcleos familiares: los abuelos, los padres, el hijo mayor con su esposa e hijos, además de una o dos hijas cada una con sus respectivos maridos e hijos. El hijo mayor, que hereda la casa y la tierra, casi siempre trae a la casa de su padre a su esposa la cual frecuentemente no pasa de ser una esclava de la suegra. La cruel costumbre dicta que la nueva esposa literalmente abandone su familia de origen y transfiera la llamada «piedad filial» a la madre de su marido la cual frecuentemente siente antipatía por ella e instiga a que su hijo se divorcie cuando no le da hijos. Mi anfitriona de esa noche en Numa había convencido a su hijo para que se divorciara de su mujer. La razón no fue otra que su nuera era una holgazana.

Los habitantes de Numa, me dijo esta mujer, nunca habían visto a un extranjero por lo que, aunque no dejaba de llover con intensidad, la gente ya estaba levantada muy de mañana. Como querían oírme hablar, me puse a dar órdenes a Ito delante de todos. Ayer fue una jornada especialmente dura, la mayor parte de la cual transcurrió subiendo y bajando con dificultad los grandes puertos de Futai, Takanasu y Yenoiki, siempre en medio de montañas densamente forestadas y cortadas por profundos riscos. Entre ellas de vez en cuando divisábamos las cumbres nevadas de Aidzu que quebraban con su visión la monotonía del verde océano de los bosques. Las «herraduras» de paja de las caballerías tenían que ser repuestas cada pocos minutos, por lo que en una hora solo recorrimos algo más de kilómetro y medio. Por fin llegamos a un lugar de lo más desolador: era la aldea de Tamagawa, donde nos dijeron que un comerciante de arroz, después de tener que esperar tres días, había acaparado todas las bestias de carga de la comarca. Al cabo de dos horas de regateo, conseguimos un coli portador. La otra parte del equipaje fue cargado a lomos de las caballerías habituadas a llevar sacos de arroz. Como «corcel» para mí conseguimos una vaquita bien alimentada que me llevó sana y salva montada en silla de carga por el magnífico puerto de Ori y luego cuesta abajo y entre arrozales hasta el poblado de Okimi. Allí, bajo una lluvia que anegaba todo, tuve la fortuna de refugiarme al amor de una lumbre al lado de un grupo de colis hasta que me consiguieron otra vaca de carga. Después caminamos por arrozales y subimos de nuevo hasta Kurosawa donde tenía planeado quedarme. Sin embargo, no había

ninguna posada y la única casa de campesinos donde daban alojamiento a viajeros, además de estar situada al borde de un pantano de aguas palúdicas, de ser sombría y estar llena de un humo picante, presentaba un estado tan terriblemente desaseado e infestado de horribles insectos, que, a pesar de mi fatiga, me vi forzada a proseguir el viaje. Sin embargo, la noche se nos echaba encima, no había Agencia de Transportes en el pueblo y por primera vez la gente se mostró ligeramente abusiva con los precios, hasta el punto de casi hacer volver loco a Ito. A los campesinos no les gusta salir fuera de noche porque tienen miedo a los fantasmas y a toda clase de diabluras; así pues, era difícil convencerlos para que se pusieran en camino a una hora tan tarde.

No había una sola casa limpia en donde descansar, por lo que me senté sobre una piedra y me puse a pensar más de una hora en la gente que había por allí. Pululaban niños con escaldaduras en la cabeza, sarna y úlceras en los ojos. Todas las mujeres cargaban a las espaldas a un bebé; y los niños capaces de caminar llevaban también otro. No había ninguna mujer vestida con otra prenda que no fueran unos pantalones de algodón. Había por allí una mujer «ebria y alterada» que andaba tambaleándose. Ito estaba sentado en otra piedra tapándose el rostro con las manos. Cuando le pregunté si se sentía enfermo, me replicó en un tono de lo más lastimero:

—Es que no sé qué hacer... ¡Me da tanta vergüenza, señorita, que tenga usted que ver esto...!

Ito tiene solo dieciocho años y me dio lástima. Le pregunté si era habitual que las mujeres se emborracharan. Me dijo que sí en Yokohama, pero que por lo general lo hacían dentro de sus casas. Añadió que cuando sus maridos les entregan dinero a final de mes para los gastos de casa, algunas se lo gastan en sake y que a veces compran esta bebida en las tiendas donde consiguen que en la factura se lo pongan como si hubiera sido arroz o té. «¡La misma historia de siempre!». Consideré la suciedad y la barbarie, y me pregunté si este era el Japón acerca del cual yo había leído. Aun así, una mujer vestida muy poco adecuadamente se negó en redondo a aceptar los dos o tres *sen* que le ofrecimos y que es la tarifa habitual por sentarse a descansar en un lugar. Nos dijo que no aceptaba el dinero porque yo solo había tomado agua y no té. Después de obligarla a aceptar el dinero, la mujer se lo devolvió a Ito. Este incidente me consoló algo y partí de allí aliviada.

De Numa hasta aquí la distancia es solamente de un *ri* y medio, es decir, unos ocho kilómetros, pero hay que atravesar el escarpado paso de Honoki por el que se suben y bajan cientos de peldaños hechos de toscas piedras nada gratos para ser pisados a oscuras. En este puerto vi abedules por primera vez. Al bajarlo entramos en la prefectura de Yamagata<sup>21</sup> por un buen puente y poco después llegamos a este poblado cuyo único alojamiento era una casa de campesinos nada prometedora. Todos los cuartos estaban ocupados por los gusanos de seda excepto dos en buen estado con vistas a un paisaje en miniatura formado por un lago y un conjunto de rocas. El único inconveniente de mi habitación es que para entrar o salir de ella debo pasar por un cuarto ocupado por cinco comerciantes de tabaco los cuales, a la espera de un medio de transporte, matan el tiempo sacando horrorosos tañidos a ese instrumento de cuerda que llaman *samisén*. Ante la imposibilidad de que me consigan alguna bestia de carga, voy a pasar el día aquí con toda tranquilidad y feliz por reposar, ya que cuando llegué estaba exhausta. Cada vez que sufro de mi espalda, el pánico hace presa de Ito que cree que me voy a morir, según me confiesa cuando me siento mejor, y muestra su alarma con gestos de malhumor de lo más desagradable. Está convencido de que nunca vamos a llegar al interior de Japón. El excelente mapa del señor Burton presenta lagunas en esta parte del país, de modo que la única forma de avanzar es calculando la situación de una ciudad conocida por todo el mundo como Yamagata e improvisando las rutas que nos llevarán a ella. La mitad de la tarde se nos va en consultar mapas japoneses, y eso solamente si contamos con ellos, y en preguntar al dueño de los alojamientos donde pernoctamos, a la Agencia de Transportes y a algún viajero con quien acertamos a encontrarnos. Sin embargo, la gente no sabe más allá de unas pocas leguas y los agentes casi nunca nos dan información que no sea la de la siguiente etapa del viaje. Cuando preguntamos por las rutas del «Japón inexplorado» que deseo tomar, las respuestas son de este jaez: «Son caminos pésimos y muy fragosos entre montañas», «hay muchísimos y peligrosos ríos que cruzar», «para alojarse solo encontrarán ustedes casas de campesinos». Ni una palabra de ánimo. A pesar de todo, seguimos adelante y seguiremos adelante. Es algo de lo que no me cabe duda, aunque pasar adversidades es lo último que deseo en mi actual estado de salud.

Son pocas las caballerías que hay aquí. Son las vacas de carga y los colis los que se encargan de transportar gran parte de las mercancías. Las mujeres, así

como los hombres, llevan sobre las espaldas pesadas cargas. Un coli portador suele llevar veintitrés kilos, pero aquí los comerciantes que traen sus artículos de Yamagata transportan fardos de entre cuarenta y sesenta y cinco kilos de peso o incluso más. Me causa mareos encontrarme con estas pobres gentes en los puertos de montaña sufriendo claramente bajo tanto peso. Anoche había cinco hombres descansando un rato en la cresta del puerto. Todos jadeaban violentamente, los ojos parecían salirseles de las órbitas y les temblaban unos músculos penosamente visibles en sus carnes enjutas. Por la piel de sus cuerpos desnudos y sudorosos corrían hilillos de sangre provocados por las picaduras de insectos que no podían espantar bajo las pesadas cargas. Verdaderamente estos hombres se ganaban honradamente el pan y el sustento para sus familias con «el sudor de sus frentes». Eso sí, a pesar del sufrimiento y del trabajo ímprobo, eran hombres de espíritu absolutamente independiente. No he visto mendicidad ni a nadie pidiendo limosna en este extraño país. Las mujeres llevan cargas de más de treinta kilos de peso. Estos portadores, hombres y mujeres por igual, protegen sus espaldas con una gruesa almohadilla hecha de paja trenzada sobre la cual se apoya una escalerilla con curvas en el extremo inferior a modo de los patines de un trineo. El fardo, colocado cuidadosamente en la escalerilla y de una altura que sobresale con mucho la cabeza del portador desde debajo la cintura, está firmemente atado y cubierto de papel impermeable. Va sujeto al cuerpo del portador por una ancha cinta almohadillada que pasa justo por debajo de la clavícula. Naturalmente, a medida que el portador camina casi doblado por la carga en una postura muy dolorosa, necesita detenerse y enderezar el tronco con frecuencia. Solo cuando encuentra un apoyo de la altura adecuada, hace descansar el fardo sobre una vara corta y robusta destinada a este fin con la punta superior en forma de L. El transporte de estos enormes fardos es una visión característica de esta región como también lo son, y siento decirlo, las hormigas rojas y unos pequeños tábanos que martirizan a los colis.

¡Una treintena de kilómetros en doce horas fue el viaje de ayer! Ichimono es una aldea bonita e industriosa dedicada, como todas las otras, a la cría de gusanos de seda. Por todas partes se ven capullos de blanco inmaculado y amarillo azufre secándose al sol.

## CARTA 18

*Kaminoyama*

Una jornada ardua de viaje por la montaña nos llevó a otra región. Abandonamos Ichinono a primera hora de una espléndida mañana con tres vacas de carga, en una de las cuales yo montaba (con sus becerros). Eran animales graciosos, de hocico pequeño y cornamenta corta, con lomos rectos y cuerpos anchos. Se me ocurrió que podría conseguir leche fresca, pero la simple idea de ordeñar una vaca resultó tan extraña entre mis acompañantes que fue recibida con una carcajada general. Ito me explicó que la idea le parecía «sumamente asquerosa» y que para los japoneses añadir al té algo «de olor y sabor tan fuertes» como un poco de leche era «sumamente asqueroso». Todas las vacas iban engualdrapadas con una tela de algodón estampada de dragones azules que les llegaba hasta debajo de sus barrigas para protegerlas del barro y de los insectos. En las pezuñas tenían «herraduras» de paja y por los cartílagos de los hocicos les pasaba un cordel. Era un hermoso día y en el trayecto vimos mucho comercio de arroz y sake, con cientos de recuas de vacas de carga, todas de la misma raza, que andaban de cuatro en cuatro.

Franqueamos el puerto de Sakuratoge desde donde se brinda una vista magnífica, obtuvimos caballerías en un pueblo de montaña llamado Shirakasawa, cruzamos más puertos y a primera hora de la tarde alcanzamos la aldea de Tenoko. En este lugar me senté un rato, como de costumbre, en la terraza de la Agencia de Transportes, a la espera de conseguir algún caballo de repuesto. La agencia disponía de una tienda grande, a pesar de lo cual no vendía ni un solo artículo de manufactura europea. En un cuarto había un corro de mujeres y niños alrededor de la lumbre. Como siempre, el agente estaba sentado con los libros de cuentas en una mesita de poco más de treinta centímetros de alta sobre la que descansaba su nieto en un cojín. Aquí cenó Ito siete platitos de cosas horribles. A mí me trajeron sake, té, arroz y alubias negras. Estas últimas estaban muy buenas. Conversamos un poco sobre el país y el agente me pidió que le escribiera su nombre en letras latinas y que escribiera el mío en un libro. Entretanto, se iba juntando más y más gente. Los que estaban delante se sentaron para que los de atrás pudieran ver. Estaban sucios y muy apretados unos con

otros. Cuando las mujeres de la casa se dieron cuenta por mis gestos de que tenía calor, fueron tan amables de traer abanicos y de ponerse a abanicarme una hora entera. Cuando les pregunté cuánto debía pagarles por el servicio, se negaron a aceptar nada. Dijeron que como no habían visto antes a ninguna persona extranjera, sentirían desprecio por sí mismas si aceptaran dinero. Además, añadieron, ya tenían mi «honorable nombre» escrito en su libro. Incluso trajeron un paquete de dulces mientras el dueño de la tienda escribió su nombre en uno de los abanicos e insistió en que lo aceptara. Me sentí mal por no tener nada que darles a cambio excepto unos alfileres ingleses, desconocidos para todos ellos, que enseguida circularon de mano en mano. Les dije sinceramente que los recordaría cada vez que pensara en Japón. Finalmente, me despedí de todos ellos muy conmovida por su amabilidad.

Al elevado puerto de Utsu se sube y baja por un buen número de lanchas de piedra escalonadas. Es el último de los puertos de estas encajonadas sierras. Desde lo alto del puerto y bajo un anhelado sol disfruté contemplando la hermosa planicie de Yonezawa que se extiende a lo largo de unos treinta kilómetros y a lo ancho de entre quince y treinta kilómetros. Es uno de los vergeles del país, con abundantes bosques y aguas, cubierto de prósperas ciudades y pueblos, rodeado de soberbias montañas no siempre arboladas y limitado al sur por una cordillera de cumbres coronadas de nieve incluso en pleno mes de julio.

Cuando transitábamos por la calle más larga del pueblo de Matsuhara, me sorprendió un hombre que llegó de frente a toda carrera y se puso a hablarme. Ito se le acercó y el desconocido empezó a increparlo. Resultó que me había confundido con un ainu, el pueblo aborígen de la isla de Yezo. ¡Una vez hasta me confundieron con un chino!

Por toda la provincia de Echigo no dejé de ver una tela cuadrada de algodón suspendida en sus cuatro esquinas por otros tantos palos de bambú hincados en una corriente mansa de agua. Detrás suele haber una tablilla alargada, con muescas en su extremo superior y caracteres escritos en su superficie, parecida a las que se ven en los cementerios japoneses. A veces hay ramilletes de flores metidos en el tronco hueco de la punta superior de los palos de bambú y también caracteres impresos en la misma tela dentro de la cual siempre se encuentra un pequeño cazo de madera. Cuando bajábamos de Tenoko, pasé al lado de una de estas telas que había al lado del camino. En ese

momento un monje budista vertía sobre ella el agua del cazo que se filtraba lentamente hasta caer en la corriente de agua que había debajo. Como el monje iba en nuestra misma dirección, le hicimos compañía y esta es la explicación que nos dio de la extraña costumbre.

En esa tablilla en concreto estaba escrito el *kaimiyo*, es decir, el nombre budista póstumo de una mujer. Las flores poseen el mismo significado que el que tienen las que, en nuestros cementerios, depositan manos amorosas en las tumbas de los seres queridos. Los caracteres impresos en la tela, si los hay, representan la famosa invocación pronunciada por los seguidores de la escuela budista de Nichiren: *Namu myoho renge kyo*. En cuanto al acto de verter agua sobre la tela, frecuentemente realizado mientras con los dedos se pasan las cuentas del rosario budista, equivale a una plegaria. El conjunto recibe el nombre de «invocación que fluye». Rara vez he visto algo más dolorosamente conmovedor, pues es el tributo fúnebre a una madre fallecida poco después de haber conocido la alegría de la maternidad para, según la popular creencia, ir a padecer en el Lago de la Sangre, uno de los infiernos del budismo, por un pecado cometido en un estado de existencia anterior. Con la presencia del cazo de madera se invita a todos los caminantes a que se acerquen a verter agua en la tela para acortar los padecimientos de la difunta, ya que se cree que esta debe permanecer en dicho infierno hasta que la tela esté tan desgastada que el agua derramada por el cazo se filtre de golpe.

Cuando entré en Komatsu, el primer hombre que encontré se dio la vuelta a toda prisa, llamó en la primera casa diciendo «¡Rápido, aquí hay una extranjera!». Tres carpinteros que había por allí trabajando tiraron al suelo sus herramientas y, sin ponerse el kimono, echaron a correr calle abajo anunciando a gritos la noticia. El resultado fue que cuando alcancé la *yadoya*, fui recibida por una gran multitud apiñada a mi alrededor. La fachada de esta posada presentaba un aspecto vulgar y nada prometedor, pero al verla por detrás después de cruzar un puente de piedra sobre una corriente que atravesaba el edificio y entrar, me encontré con una sala de doce metros de larga por cuatro y medio de alta, totalmente abierta en uno de sus lados a un jardín donde había un estanque de peces dorados, una pagoda, árboles enanos y los demás objetos ornamentales habituales en un jardín japonés. Las *fusuma*, o paneles móviles a modo de paredes, de papel azul arrugado salpicado de trazos dorados, convertían esta «galería» en

dos salas. Sin embargo, no había ninguna intimidad pues la multitud deseosa de verme se había encaramado a los tejados de las casas vecinas donde se quedó sentada pacientemente hasta la noche.

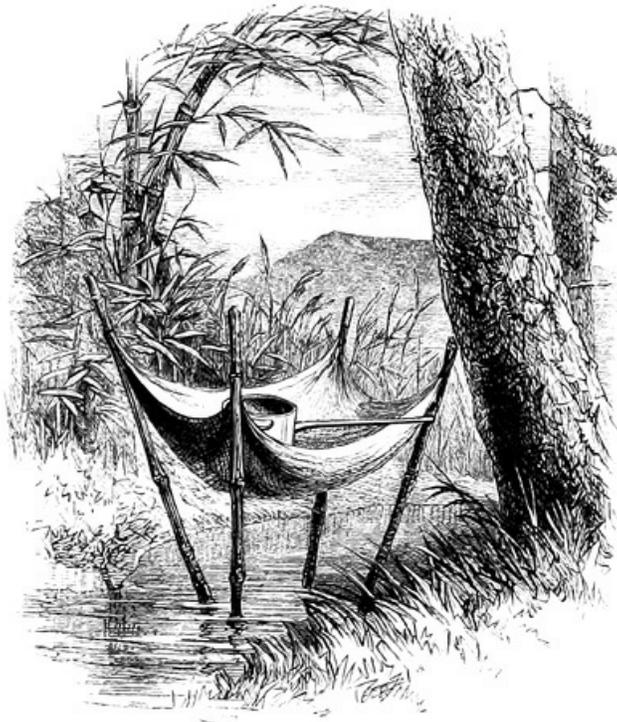
Eran las salas de un antiguo señor feudal o daimio. Las columnas y el techo eran de ébano y pan de oro, las esteras magníficas; los elegantes nichos<sup>22</sup> abiertos en las paredes se hallaban decorados con mesas-escritorios con labores de taracea y soportes para los sables; en la galería exterior había lanzas de tres metros de largas con los astiles de laca repujados de oreja marina; la palangana era de laca negra con taracea y los cuencos para el arroz con sus tapaderas eran también de laca dorada. En la estancia, como en otras *yadoyas*, se veían *kakemonos* o rollos colgantes representando grandes sinogramas con los nombres del Primer Ministro, del Gobernador Provincial o de algún general distinguido que había honrado la casa alojándose en ella; también había poemas colgados de la misma manera observada en otras partes. Varias veces me han pedido que escriba algo para ser exhibido en estos rollos colgantes.

Pasamos el domingo en Komatsu, aunque no descansando pues las ranas del estanque no dejaron de croar toda la noche. En esta ciudad, como en la mayoría, hay tiendas donde no venden otra cosa que pastelitos blancos, como merengues, usados como pienso para los peces de colores muy valorados aquí. Tres veces todos los días las mujeres y los niños de la posada salían al jardín para darles de comer. Cuando dejamos Komatsu, había una aglomeración de no menos de sesenta personas dentro de la casa y ciento cincuenta fuera, en paredes, terrazas, y hasta subidas en los tejados.

Era un bonito día de verano, aunque muy caluroso, y los picos nevados de Aidzu apenas transmitían sensación de frescor al verlos brillar al sol. La planicie de Yonezawa, que al sur tiene la próspera ciudad del mismo nombre y al norte una localidad muy visitada por sus aguas termales como Akayu, es un perfecto jardín del Edén, «cultivado con un lapicero y no con un arado». Abunda en arroz, algodón, maíz, tabaco, cáñamo, índigo, alubias, berenjenas, nueces, melones, pepinos, kakis, albaricoques, granadas: una tierra risueña y rica, una Arcadia asiática, próspera e independiente, de feraces hectáreas cuyos propietarios son quienes las cultivan y que, libres de toda opresión, viven a los pies de plantas trepadoras, higueras y granados: un espectáculo notable bajo el

despotismo asiático. Sin embargo, para sus gentes, Daikoku es la deidad principal y los bienes materiales son sus únicos objetos de deseo.

Se trata de una región encantadora por su belleza, laboriosidad y comodidad, ceñida por montañas e irrigada por el brillante Matsuka. Por doquier se ven florecientes pueblos de campesinos que habitan en amplias casas de labradas vigas y pesados tejados enterrados entre kakis y granados, con jardines ocultos bajo plantas trepadoras y al abrigo de miradas ajenas por altos y tupidos setos de granados y cedros. Además de los pueblos de Yoshida, Semoshima, Kurokawa, Takayama y Takataki, cerca de los cuales pasamos o atravesamos, conté más de cincuenta en la mencionada planicie, con los majestuosos tejados ocre de sus graneros mirando al bosque. Soy incapaz de discernir las diferencias en las formas de cultivo. Yoshida es un pueblo rico y de aspecto próspero, Numa, en cambio, es pobre y de miserable aspecto. Aun así, las insuficientes hectáreas de Numa ganadas a las laderas de la montaña se encuentran en un estado tan exquisitamente cuidado, tan perfectamente labradas y dan cosechas adaptadas al clima tan pingües como las abundantes hectáreas de la planicie expuesta al sol de Yonezawa, una situación que puede apreciarse en todas partes. Definitivamente, de Japón se puede decir aquello de que «no es tierra para ociosos».



INVOCACIÓN ACUÁTICA

Cabalgamos cuatro horas a través de estos hermosos poblados por un sendero de poco más de un metro de ancho. Después de cruzar un río en balsa y llegar a Tsukuno, salimos para mi sorpresa a un camino secundario, como era referido en nuestro mapa, pero que en realidad resultó ser un camino principal de nada menos que siete metros y medio de ancho, bien mantenido, con cunetas a ambos lados y con una fila de postes telegráficos en uno de sus bordes. De repente, era un mundo nuevo. A lo largo de kilómetros y kilómetros de este camino vimos un tropel de viajeros a pie bien vestidos, de *kurumas*, de bestias de carga y de carromatos de ruedas sólidas o bien de ruedas con radios pero sin llantas. Era un camino principal de carruajes, pero sin carruajes. Bajo tales circunstancias de civilización, resultaba de lo más curioso ver a dos o cuatro hombres de atezada piel tirando de los carromatos y, con bastante frecuencia, a un hombre y a su esposa —el hombre sin ropa y la mujer con ropa hasta la cintura— haciendo lo mismo. Me chocó por su incongruencia la visión de la línea telegráfica sobre nuestras cabezas y debajo de la misma la presencia de hombres cuya única prenda de vestir consistía en un sombrero, aparte del abanico, mientras, al lado de ellos, los niños con libros y planchas de pizarra volvían de la escuela repasando sus lecciones.

En Ayaku, una ciudad de fuentes sulfurosas, esperaba descansar pero demostró ser uno de los lugares más ruidosos que he visto. En la parte más populosa de la ciudad donde se juntan cuatro calles había unos alpendes con piletas llenas de bañistas de ambos sexos chapoteando ruidosamente. Al lado se levantaba la *yadoya* o posada, de unas cuarenta habitaciones, en casi todas las cuales había varias personas reumáticas tumbadas en el suelo de esteras. Esto y los tañidos espeluznantes del *samisén* y del *koto*, que es como decir, del laúd y del arpa japoneses, formaban un barullo tan insoportable que decidí marcharme en el acto. Por eso, decidí venir aquí, a Kaminoyama, después de recorrer otros quince kilómetros por un camino nuevo y en buen estado y atravesar unas lomas y un valle fluvial de arrozales sin interés que dieron paso a una pequeña llanura rodeada de colinas altas y cascajosas. En una de ellas se asienta agradablemente Kaminoyama, una población termal con más de tres mil habitantes. Como celebra sus fiestas, se ven banderas y faroles de papel en todas las casas. La gente se aglomera en los recintos de los templos repartidos en las colinas que dominan

el pueblo. Es un lugar limpio y seco con hermosas *yadoyas* en las partes más altas y agradables viviendas ajardinadas, además de numerosos paseos en las colinas. Dice la gente que Kaminoyama es uno de los lugares más secos de Japón. Si fuera fácilmente accesible para los extranjeros, verían que se trata de un lugar de veraneo muy salutarífico desde el cual se pueden emprender muchas y pintorescas excursiones.

Es una de las grandes rutas para viajar en Japón. Resulta interesante ver poblaciones termales que poseen costumbres, diversiones y culturas muy completas, pero sin haber tomado nada prestado de Europa. Las aguas termales de esta población contienen hierro y se hallan fuertemente impregnadas de hidrógeno sulfúrico. Medí la temperatura de tres de sus termas y me dieron estos valores: 37°, 40° y 42°. Se piensa que son muy eficaces contra el reumatismo y atraen a visitantes de lugares muy lejanos. La policía, a menudo mi gran fuente de información, me dice que en este momento hay cerca de seiscientas personas de fuera disfrutando de los baños que suelen tomarse seis veces al día. Creo que, en el caso del reumatismo, como en el de algunas otras dolencias, los médicos japoneses tradicionales prestan escasa atención a la dieta y a los hábitos diarios, y mucha a medicamentos y aplicaciones externas. El provecho de estas y otras aguas medicinales aumentaría notablemente si los japoneses se aplicaran fricciones enérgicas en lugar de contentarse con pasarse por la piel toallitas suaves.

La *yadoya* que he ocupado es grande y está llena de huéspedes. La dueña, una viuda rolliza y sumamente agradable, es propietaria además de otra fonda verdaderamente exquisita para bañistas en un lugar elevado de la colina. Tiene once hijos entre los cuales hay dos o tres chicas altas, guapas y elegantes. Una de ellas se sonrojó vivamente al darse cuenta de mi admiración, lo cual no la desagradó, y me llevó colina arriba a visitar los templos, baños y *yadoyas* situadas en emplazamientos tan atractivos como este. Estoy encantada con la elegancia y *savoir faire* de esta joven. Al preguntar a su madre, la viuda, desde cuándo dirigía la posada, me contestó con orgullo: «Desde hace trescientos años». Una contestación no infrecuente para ilustrar el carácter hereditario de las ocupaciones en este país.

Mi aposento es único. Dispongo de un *kura* o almacén en medio de un jardín grande y típico japonés donde además hay una caseta de baño que recibe

aguas termales a una temperatura de cuarenta grados, un lujo al que me entregué encantada.

Anoche los mosquitos fueron terribles. Si la viuda y sus agraciadas hijas no hubieran estado abanicándome continuamente una hora entera, no habría sido capaz de escribir una línea. Mi mosquitera funciona de maravilla y, una vez que me encuentro en su interior, confieso que me causa regocijo el chasco que se llevan los cientos de zumbadores insectos sedientos de sangre que se quedan fuera.

Me dice la viuda que los dueños de *yadoyas* tienen que realizar un pago único de dos yenes por la publicidad del establecimiento, además de un impuesto anual de otros dos yenes cuando la *yadoya* es de primera clase, un yen si es de segunda y cincuenta céntimos si es de tercera. Aparte, pagan cinco yenes por la licencia de vender sake.

La presencia de estos *kura* o almacenes anti incendios imprimen uno de los sellos más característicos a las poblaciones japonesas, debido tanto al color blanco de sus paredes que resalta del predominio avasallador del gris, como a la solidez de su estructura en medio de todas las construcciones frágiles que los rodean. Yo ocupo la parte inferior del almacén y en el vano de las puertas de hierro que están abiertas han puesto una mampara de papel. En mi cuarto hay pocas cosas. Dos bonitos altares portátiles desde el fondo de los cuales dos budas me contemplan toda la noche con sus rostros inexpresivos, una espléndida estatuilla de la diosa Kannon y otra venerable del dios de la longevidad. Todo ello invita a tener interesantes sueños.

## CARTA 19

*Kanayama. 16 de julio*

En tres días de viaje por el mismo excelente camino cubrimos casi cien kilómetros. La prefectura de Yamagata me impresiona por su singular prosperidad, progreso y vanguardia. La llanura del mismo nombre, en la que nos internamos poco después de dejar atrás Kaminoyama, es populosa y está muy bien cultivada, mientras que la espaciosa vía por la que viajamos, de aspecto

floreciente y adelantado, presenta un intenso tránsito de personas. Está sometida a continuas mejoras por obreros presidiarios vestidos con un kimono de color rojo apagado en los cuales se ven escritas letras chinas. Su labor viene a ser lo que entre nosotros se llama «redención de pena por el trabajo». Están al servicio de contratistas y agricultores sin otra obligación que la de llevar siempre puesto el uniforme de presidiarios.

Al llegar al río Sakamoki me encantó poner los ojos en la única obra de ingeniería civil japonesa de material perfectamente sólido que hasta ahora he visto: un puente de piedra, de factura notablemente bella y casi terminado. Me presenté al ingeniero, llamado Okuno Chiuzo, un japonés muy caballeroso y agradable, que me mostró los planos de la obra, se tomó grandes molestias en explicármelos y tuvo la cortesía de ofrecerme té y dulces.

Yamagata, una pujante ciudad de veintiún mil habitantes y capital de la prefectura, goza de una buena localización sobre una suave eminencia del terreno, lo cual, sumado a la posición dominante del *kencho* —sede del gobierno prefectural— en la parte más alta de la calle principal, le confiere un carácter poco común entre las ciudades japonesas. Los alrededores de todas ellas son muy vulgares, pero en esta la aparición de las blancas construcciones del gobierno prefectural alzándose sobre el caserío gris y bajo fue una gran sorpresa. Las calles de Yamagata son amplias y limpias. Hay buenas tiendas en las cuales destacan largas filas donde no se vende otra cosa que teteras de hierro para hervir el agua y objetos ornamentales de latón. En el interior del país no ha dejado de molestarme el hecho de encontrar varias tiendas dedicadas exclusivamente a la venta de viles falsificaciones de productos europeos de alimentación y sobre todo de bebidas. Los japoneses, del *mikado* para abajo, han adquirido un amor por las bebidas alcohólicas las cuales, ya de por sí nocivas para la salud aun siendo auténticas, lo son mucho más cuando son mezclas de vitriolo, líquidos con alcoholes amílicos, vinagre de mala calidad y no sé qué más. En Yamagata vi dos tiendas donde vendían champagne de las mejores marcas, coñac Martel, cerveza Bass, Medoc, San Julian y whisky escocés a aproximadamente una quinta parte de su valor. Son todos ellos compuestos venenosos cuya venta debería estar prohibida.

El viaje de la siguiente jornada, por el mismo buen camino de antes, nos llevó a una sucesión de pueblos agrícolas de mil quinientos y dos mil habitantes,

como Tochiida y Obanasawa. Desde estos dos enclaves se disfruta de una soberbia vista del monte Chokai, el Chokaizan, una cúpula grandiosa y nevada, de dos mil quinientos metros de altura sobre el nivel del mar, según se dice, que se yergue inesperadamente en medio de un paisaje más bien llano. Esto y los grandes campos nevados del monte Udono visibles al mismo tiempo, con sierras sumamente pintorescas de fondo, dotan a este paraje de una de las vistas más grandiosas de Japón. Después de dejar Obanasawa, el camino atraviesa un valle regado por uno de los afluentes del Mogami. Una vez cruzado por un buen puente de madera, la ruta asciende hasta un puerto desde el cual la vista es igualmente magnífica. Al cabo de una larga subida por una comarca de suelos ligeros y turbosos cubiertos de pinos, cedros japoneses y matorrales de roble, una bajada igualmente larga nos puso en Shinjo, un pueblo miserable de más de cinco mil habitantes situado en una llanura de arrozales.

El viaje, de más de treinta y siete kilómetros, discurrió por aldeas campesinas sin *yadoyas* y en muchas ocasiones hasta sin *chayas* o casas de té. La arquitectura ha cambiado por completo. La madera ha desaparecido y todas las casas están muy bien construidas con vigas y muros hechos de tablones y de barro marrón mezclado con paja. Casi todos los graneros son grandes y alargados —de quince, dieciocho y hasta treinta metros de largo—, con la entrada mirando a la casa y la parte de atrás orientada al camino. Las casas rurales de la zona no tienen ventanas de papel, sino solo *amados*, que son postigos deslizantes de madera, con algunos paneles de papel en la parte superior. Estos postigos se retiran durante el día y en las casas mejores hay persianas de junquillo de bambú que se bajan en los espacios abiertos. No hay cielo raso dentro de las casas y ocurre que alguna serpiente ratonera que vive apaciblemente en el techo a veces se cae sobre la mosquitera después de haberse dado un buen hartazgo de comida.

Repito que Shinjo es un lugar ruin. Es la antigua población de un daimio o señor feudal. Todas las poblaciones de daimios que he visto poseen una atmósfera de decadencia debido en parte a que el castillo o bien ha sido derribado o simplemente se ha dejado que esté en ruinas. Shinjo goza de un activo comercio de arroz, seda y cáñamo, por lo que no debería de ser tan pobre como parece. En cuanto a los mosquitos, los hay a miles por lo que no me quedó más remedio que acostarme bajo la mosquitera para librarme de sus picaduras.

Pero antes despaché mi infame comida de sagú y leche condensada. Toda la noche estuvo cayendo una lluvia cálida. El miserable cuarto que ocupó es sucio y sofocante y, para colmo, durante la noche las ratas se entretuvieron royendo mis botas y se llevaron mis pepinos.

Hoy la temperatura es alta y el cielo tiene un aspecto lóbrego. El camino bueno se ha acabado y han reaparecido las viejas penalidades. Tras dejar Shinjo esta mañana, atravesamos una fragosa sierra para internarnos en una singular cuenca de gran belleza. La rodea en parte un semicírculo de cerros piramidales dignos aún más de admiración por tener las cumbres cubiertas de cedros igualmente piramidales, unas cumbres que parecen impedirnos todo avance hacia el norte. A sus pies, asentada en una romántica ubicación yace Kanayama donde, a pesar de haber llegado a mediodía, voy a quedarme uno o dos días pues la habitación que me han dado en la Agencia de Transportes es alegre y satisfactoria, el agente es sumamente cortés, nos espera una región agreste y... mi guía, Ito, ¡ha conseguido un pollo por primera vez desde nuestra salida de Nikko!

En un clima tan húmedo como este y en mi débil estado de salud me resulta imposible viajar cómodamente más de dos o tres días seguidos. Además, es difícil encontrar un lugar bonito, tranquilo y salubre en el cual alojarse dos noches seguidas. Librarse de las pulgas y los mosquitos es un sueño absolutamente irrealizable. El número de los segundos es variable; en cuanto a las primeras, sin embargo, he ideado una técnica para evitar sus agresiones. Consiste en colocar sobre las esteras un trozo de papel de poco menos de dos metros untado de aceite, en echar a todo lo largo de los bordes del papel polvo insecticida persa y en colocar mi silla en medio del papel. Gozo así de una posición de aislamiento desde la que veo saltar al papel miles de pulgas que, tras quedarse atontadas por el insecticida, acaban muriendo fácilmente. De cualquier modo, no he tenido más remedio que permanecer aquí pues tengo la mano izquierda muy hinchada por sendas picaduras de un avispon y de un tábano. En algunos lugares los avispones zumban por centenares y encabritan a las caballerías. Además, me duele también otra inflamación provocada por las picaduras de las «hormigas caballunas» que nos agreden mientras caminamos. Los japoneses padecen mucho con estos insectos cuyas picaduras si no se tratan, a menudo les causan úlceras incurables. Aparte de estos bichos, hay una mosca, aparentemente tan inofensiva como las moscas que vemos en nuestras casas, pero que aquí pica con la saña de un

mosquito. Estos son algunos de los contratiempos que debe afrontar quien se aventure a viajar a Japón en verano. Ahora bien, peor todavía es la falta de una comida decente a la que cualquier caminante se cree con derecho y en una atmósfera relajada tras una dura jornada de viaje.

*18 de julio*

Tenía tanta fiebre y dolor por las picaduras que anoche sentí alivio después de consultar a un médico japonés de Shinjo. Ito, que se agiganta cuando le toca hacer de intérprete en ocasiones «solemnes» para las cuales siempre se pone su *bakama* o falda-pantalón de seda, se presentó acompañado de un hombre ya cincuentón vestido también de seda de los pies a la cabeza que para saludarme se postró tres veces y luego se sentó en el suelo sobre los talones. Pasado el aluvión de palabras con que Ito le explicó al médico mis desdichas con los insectos, el doctor Nosoki pidió ver mi «honorable mano». Después de observarla atentamente, reclamó «mi honorable pie». Me tomó el pulso y me examinó los ojos con una lupa. Luego de hacer mucho ruido al respirar, como si sorbiera ruidosamente la saliva, distintivo aquí de buena educación, me diagnosticó una fiebre alta —cosa que yo ya sabía— y me prescribió reposo —cosa que también sabía—, después de lo cual encendió la pipa y se quedó un rato observándome. Volvió a tomarme el pulso y a examinarme los ojos con la lupa. A continuación, me tocó la hinchazón del avispón y declaró que estaba inflamada —hecho del que yo era dolorosamente consciente—. Acto seguido dio tres palmadas a cuyo sonido se presentó un coli transportando una bonita arqueta lacada en negro y decorada con el mismo blasón dorado que el doctor Nosoki llevaba estampado en blanco sobre su *haori* o chaquetón. Dentro de la arqueta había un pequeño cofre de espléndida laca dorada en cuyo interior se veían minúsculos estantes, gavetas, frascos, etc. El médico primero hizo un compuesto medicinal, luego me vendó la mano y el brazo con notable destreza y me dijo que impregnara el vendaje con el compuesto a intervalos regulares hasta que el dolor remitiera. A continuación, hizo otro compuesto, esta vez un febrífugo, a base de plantas, por lo cual no habría de vacilar en tomarlo, que me entregó pidiéndome que lo bebiera diluido en agua caliente, ¡ah, y que evitara tomar sake uno o dos días!

Le pregunté por sus honorarios a lo cual, tras muchas reverencias y ruidosos sorbos de saliva, me preguntó a su vez si medio yen no sería una cantidad excesiva. Por eso, cuando le ofrecí un yen y le dije con una profunda inclinación que estaba sumamente contenta por haber contratado sus servicios, me abrumó con inmensas muestras de reconocimiento.

El doctor Nosoki es una de los médicos chapados a la antigua cuyos conocimientos médicos han sido transmitidos de padre a hijo y que evita, como probablemente lo evitan también sus pacientes, los métodos y fármacos de la ciencia médica europea. En todo Japón prevalece un arraigado prejuicio contra toda operación quirúrgica, especialmente contra las amputaciones. La gente cree que, puesto que han llegado al mundo con el cuerpo entero, están destinados a irse de él en el mismo estado. Son muchos los lugares en donde a un cirujano le cuesta horrores poder pagar cualquier precio a un hombre por el privilegio de amputarle el brazo.

Debido al desconocimiento de la disección anatómica en la ciencia nativa, estos médicos de más edad no saben nada, excepto por libros, del mecanismo del cuerpo humano. El doctor Nosoki me confesó que para el tratamiento de enfermedades agudas confía sobre todo en la aplicación de moxa y en la acupuntura, y para las dolencias crónicas en friegas, baños medicinales, algunas medicinas a base de extractos animales y vegetales, y ciertos alimentos. Desconoce el empleo de las sangrías y de las ampollas terapéuticas, y desconfía de la utilidad de los fármacos de extractos minerales. Ha oído hablar del cloroformo, pero nunca ha visto cómo se usa y opina que su empleo durante los partos debe de ser fatal para la madre o para el recién nacido. Me hizo la misma pregunta que ya me han hecho dos veces: si no es debido al uso de esa sustancia como conseguimos que... ¡no aumente mucho la población en nuestros países! Tiene mucha fe en el ginseng y en los polvos de cuerno de rinoceronte, así como en los del hígado de cierto animal que, por la forma en que lo describió, entendí que debía de ser un tigre. Todos estos productos son específicos de la medicina china. El doctor Nosoki me mostró una cajita con polvos de cuerno de «unicornio» cuyo precio, afirmó, era superior a su peso en oro. En fin, como mi brazo mejoró con la aplicación de la loción que me recetó, no tengo más remedio que reconocer la eficacia de su tratamiento.

Lo invité a cenar. Nos trajeron dos mesas cubiertas de diferentes platitos de los cuales el médico comió con buen apetito mostrando una singular destreza en el uso de los palillos cada vez que tenía que sacar la carne de un pescado lleno de espinas. Aquí es de buena educación demostrar aprecio por la comida con sonoros eructos y ruidosos sorbos de saliva. La etiqueta prescribe la realización de tales muestras que para alguien de Europa resultan de lo más penoso.

El posadero y el *kocho*, o alcalde de la población, me hicieron una visita a última hora de la tarde. Ito, con sus mejores galas, realizó un formidable trabajo. Se sorprendieron mucho de que yo no fumara y creyeron que era por alguna promesa. Me hicieron numerosas preguntas sobre nuestras costumbres y nuestro gobierno, aunque frecuentemente la conversación recaía en el tema del tabaco.

## CARTA 20

*Shingoji. 21 de julio*

Muy temprano por la mañana, acabada mi larga charla con el *kocho* de Kanayama, Ito me despertó con estas palabras:

—Señorita, como ayer comió carne de pollo, hoy tendrá fuerzas para una larga etapa.

Así pues, bajo la maravillosa influencia del pollo salimos a las siete menos cuarto de la mañana, pero solo para hacer realidad ese refrán que dice «no por mucho madrugar, amanece más temprano».

Sin que yo se lo hubiera pedido, el *kocho* ordenó que la gente no se aglomerara para verme, por lo que salimos en paz con una bestia de carga y un conductor para el *kuruma*. El camino era terrible y tuvimos que atravesar dos pasos de montaña. No solo debí caminar casi todo el tiempo, sino también ayudar al conductor con el *kuruma* en algunos de los tramos de fuerte pendiente. Nos detuvimos en la aldea de Nosoki, situada en una ubicación preciosa, donde conseguimos un caballo y después caminamos hasta Innai por un sendero montañoso siguiendo la cabecera del río Omono. ¡Cómo desearía transmitirte alguna idea de la belleza salvaje de esta ruta por las montañas, de las vistas que disfruté, de los violentos aguaceros que convertían los arroyos en torrentes, de

las penalidades del viaje, de la magra ración de pasta de arroz secada al sol y de frambuesas ácidas y amarillas, así como del profundo lodazal por el que tuvimos que andar! Cruzamos los puertos de Shione y Sakatsu y... ¡necesitamos doce horas para recorrer tan solo veinticinco kilómetros! En todas partes nos decían que jamás podríamos atravesar esta región por el camino que tomamos.

Las mujeres todavía llevan pantalones, pero en la parte superior de sus cuerpos visten una prenda no corta sino larga cuyos bordes se meten en el pantalón. En cuanto a los hombres, llevan un conjunto de algodón formado por un peto y una especie de delantal a veces sobre el kimono o sobre ninguna otra prenda. Fueron muy hermosas tanto la bajada a Innai por una vía de cedros como la misma aldea circundada por el impetuoso río Omono.

La *yadoya* de Innai se encontraba muy animada, aunque mi cuarto estaba enteramente formado por paredes *fusuma* y ventanas *shoji* a través de cuyas rendijas la gente no hacía más que mirar. No es solo la presencia de un extranjero y sus costumbres lo que despierta la curiosidad de las gentes de estas remotas regiones, sino, en mi caso, también mi baño portátil de hule, el cojín neumático y, especialmente, mi mosquitera blanca. Las mosquiteras aquí son de un tejido pesado de lona verde. Admiran tanto la mía que no puedo disponer de mejor regalo que darles, cuando me despido, un trozo que trenzan como adorno para el pelo. En el cuarto contiguo al mío se alojaban seis ingenieros que han venido para hacer mediciones de los puertos de montaña a fin de estudiar la posibilidad de abrir un túnel. Esto permitiría el tráfico de *kurumas* desde Tokiyo a Kubota, en el mar de Japón, y, con una pequeña inversión adicional, también de carrmatos.

En las dos aldeas, Innai de Arriba e Innai de Abajo, se han registrado brotes de una enfermedad muy temida por los japoneses. La llaman *kakke*. En los últimos siete meses se ha llevado la vida de cien personas, cifra nada desdeñable en una población de mil quinientas. Para combatirla los médicos del lugar han recibido la ayuda de dos doctores enviados por la Escuela de Medicina de Kubota. No sé a qué nombre de alguna lengua europea equivale esta dolencia, pero me han dicho que la palabra japonesa significa «mal de las piernas». Los primeros síntomas son pérdida de fortaleza en las extremidades inferiores, debilidad en las rodillas, calambres en las pantorrillas, hinchazón y entumecimiento en toda la pierna.

La mañana siguiente, después de cabalgar quince kilómetros por el lodazal de un camino flanqueado de grandiosos cedros y de observar con inquietud que dejaban de verse postes telegráficos, alcanzamos Yusowa, un pueblo de siete mil habitantes, donde debería haber pernoctado, y no en Innai, a no ser por el retraso con que viajábamos. En Yusowa nos sorprendió que unas horas antes un incendio había arrasado setenta casas, incluyendo la *yadoya* donde teníamos pensado alojarnos. Tuvimos que esperar dos horas a que nos trajeran caballerías, puesto que, como consecuencia del incendio, todas estaban siendo usadas para transportar enseres y personas. El lugar donde se levantaban las casas destruidas era un terreno calcinado donde ahora solo había un polvo de negra ceniza y, entremedias, algunos *kurra* o almacenes, intactos pero chamuscados y, en algunos casos, ligeramente agrietados. Ya estaban preparando la estructura para las nuevas casas. No hubo pérdidas de vidas humanas, excepto la de un hombre en estado de embriaguez. Si a mí me hubiera sorprendido un incendio así, habría perdido todo excepto el dinero.

## CARTA 20 (*Continuación*)

Yusowa es un lugar con todo el aspecto de merecer ciertos reparos. En el patio de la posada tomé el almuerzo —una comida miserable a base de un insípido tofu al que habían añadido leche condensada— bajo las miradas escrutadoras de cientos de personas reunidas a la puerta; y quienes no podían verme consiguieron una escalera para encaramarse a los tejados de las casas vecinas. Y allí permanecieron hasta que una de las techumbres, incapaz de soportar tanto peso, se derrumbó con gran estrépito, haciendo caer a cincuenta hombres, mujeres y niños a la sala que había debajo, por fortuna desocupada en ese momento. Nadie gritó —hecho digno de ser reseñado— y los daños se redujeron a unas cuantas magulladuras. Entonces aparecieron cuatro policías que me pidieron el pasaporte, como si yo hubiera sido la responsable del accidente. Cuando se dieron cuenta de que no podían leer ni una palabra del documento, me preguntaron el porqué de mi viaje.

—Para aprender sobre el país —les respondí por medio de Ito.

—¿No estará usted haciendo algún mapa? —quisieron saber.

Después de haber satisfecho su curiosidad, se retiraron y la multitud volvió a formarse con renovado vigor. El empleado de la Agencia de Transportes pidió a la gente que se dispersara, pero alguien replicó que en su vida podría ver... ¡tal espectáculo! Un viejo campesino comentó que no se iría sin que alguien le dijera si «el espectáculo» era hombre o mujer. Cuando el empleado de la Agencia le preguntó que qué le podía importar saber una cosa así, contestó que al volver a su casa le gustaría contar lo que había visto. Esta respuesta despertó mi simpatía de inmediato y le dije a Ito que informara a la gente que un caballo japonés a todo galope y sin parar ni un momento llegaría a mi país después de correr durante cinco semanas y media. A Ito le gusta servirse generosamente de esta información allá donde vamos. Las muchedumbres japonesas son extrañas, boquiabiertas y silenciosas, capaces de pasarse horas muertas sin moverse, con bebés completamente despiertos colgados de las espaldas de sus madres o sin nunca llorar en brazos de sus padres. ¡Cómo me gustaría oír una risa desenfadada aunque yo misma fuera objeto de la misma! Las miradas fijas y melancólicas de la gente me resultan deprimentes.

El camino de dieciséis kilómetros estaba abarrotado de gente aldeana que iba a ver las secuelas del incendio. El camino se encontraba en buen estado y el paisaje que atravesaba era ameno con numerosas capillas e imágenes de la diosa de la misericordia al lado de la vía. Esta vez, sin embargo, me tocó un caballo verdaderamente resabiado y arisco. Antes pensaba que las caballerías se vuelven ariscas cuando se las trata mal, pero mi teoría no se ha demostrado válida a la vista del carácter de los caballos japoneses. En efecto, la gente aquí les tiene tal miedo que los tratan con gran respeto: nunca se les pega ni fustiga. Incluso se les habla con el tono de la voz siempre suave. En general, me parece que viven mejor que sus amos. Tal vez en eso esté el secreto de su carácter resabiado. Ya lo dice el refrán: «Cría cuervos y te sacarán los ojos».

Yakote cuenta con diez mil habitantes. Sus mejores *yadoyas* no son en absoluto respetables. Es una ciudad fea, maloliente, descuidada, sucia, húmeda y miserable, pero con un gran comercio de algodón. Mientras iba montada en mi bípedo temporal, es decir, a pie, la gente —hombres y mujeres por igual y sin absolutamente ninguna prenda encima— salía corriendo de los baños públicos para verme. El posadero era un hombre muy obsequioso. Me dieron, sin embargo, una habitación sombría y mugrienta en el piso de arriba a la que se

subía por una escalera de bambú y que estaba plagada, a un nivel exasperante, de pulgas y mosquitos. En el camino, al oír que todos los martes sacrificaban un buey en este pueblo, había decidido cenar con un filete a la parrilla y llevarme otro. Pero cuando llegamos, toda la carne estaba vendida, y además no había ni huevos, por lo que tuve que contentarme con una cena miserable a base de arroz con tofu. Sentí que me moría de hambre, pues, para colmo, tuvimos que tirar la leche condensada comprada en Yamataga. Mi estado era realmente miserable por la fatiga y las hinchazones por las picaduras de hormigas. Aun así, a la mañana siguiente, tan calurosa y brumosa como están siendo todas las mañanas, madrugué para visitar un santuario sintoísta, que llaman *miya*, una visita que, a pesar de realizarla en solitario, discurrió sin el acoso de la multitud.

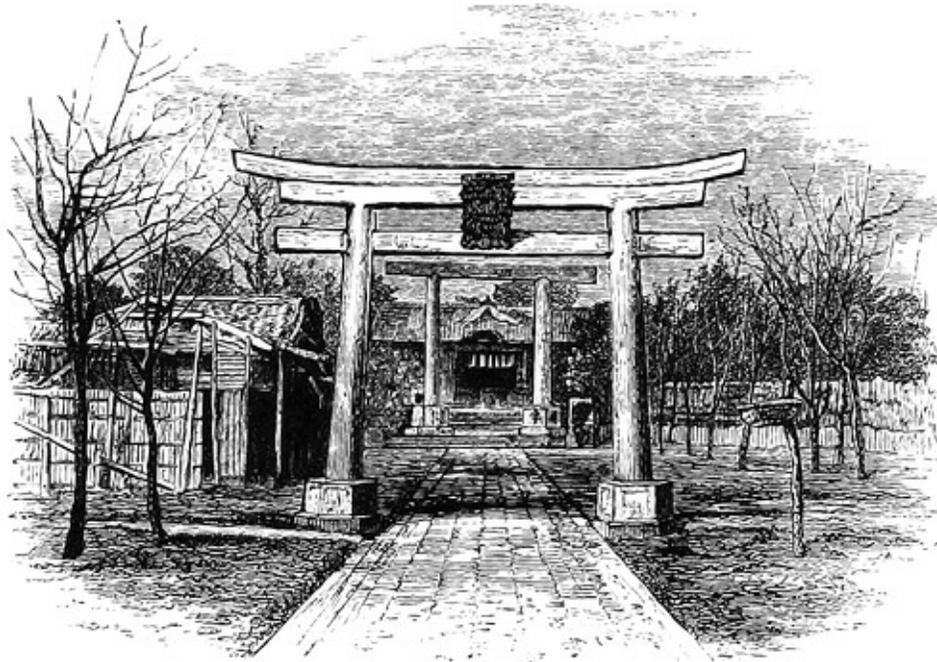
La entrada a uno de estos santuarios suele estar anunciada por la presencia de un *torii* que consiste en dos grandes columnas de una altura de seis metros unidas por vigas cuyas puntas sobresalen de las columnas y casi siempre se curvan ligeramente hacia arriba. El conjunto suele estar pintado de un color rojo apagado. Este *torii* o «alcándora» es así llamado porque las aves, que antiguamente se ofrendaban a los dioses sin ser sacrificadas, estaban habituadas a posarse sobre sus vigas. Entre poste y poste a veces se puede ver tendida una cuerda trenzada de paja, un emblema especial de la religión sintoísta, de la que cuelgan borlas también de paja y tiras de papel. En el patio pavimentado de losas de piedra había hermosas linternas de granito sobre pedestales también de granito bien tallado, compañeras fieles tanto de templos budistas como de santuarios sintoístas.

Tras abandonar Yakote, atravesamos una comarca muy bonita con vistas panorámicas de montañas que a veces nos dejaban columbrar la cúpula nevada de Chokaizan. A bordo de dos incómodos ferris cruzamos el río Omono cuyas aguas desbordadas había destruido los puentes y llegamos al pueblo de Rokugo, de cinco mil personas, que cuenta con buenos templos y casas excepcionalmente pobres y en donde sufrí el agobio de la turbamulta más agresiva que he visto.

Gracias a los buenos oficios de la policía en Rokugo fui autorizada a presenciar el funeral budista de un rico comerciante. Me interesaba mucho por su solemnidad y recato. Las explicaciones de Ito sobre todo lo que se mostraba a mis ojos fueron notablemente claras e informativas. Me pude librar de la atención de los asistentes porque me puse un kimono femenino prestado en la

casa de té con un capuchón azul tapándome la cabeza, aunque, eso sí, sentí muy incómodos los movimientos debido al cinturón tan apretado que llevaba. Seguí al pie de la letra las muchas puntualizaciones que me dio Ito sobre lo que debía hacer y no hacer durante la ceremonia, pues estaba ansiosa por no lastimar la sensibilidad de las personas que habían sido tan amables de permitir que una intrusa extranjera como yo estuviera presente.

La enfermedad del difunto había sido corta por lo que no hubo mucho tiempo de realizar plegarias o peregrinaciones por su recuperación. Cuando la persona muere, el cuerpo debe yacer orientado con la cabeza hacia el norte — una posición escrupulosamente evitada en Japón por los vivos— y cerca de un biombo. Al lado se coloca una mesita baja o *zen*, que debe ser nueva, sobre la cual hay un plato con aceite con un cabo encendido, pasteles de masa cruda de arroz y un platillo con varitas de incienso. Los sacerdotes budistas enseguida eligen al difunto el *kaimiyo* o nombre póstumo que escriben en una tablilla de madera blanca y después toman asiento al lado del cadáver. La mesita que el difunto usaba en vida para comer, así como los cuencos y tazas se llenan de verduras y se ponen a su lado, con los palillos colocados al revés, es decir, en el lado izquierdo de la mesita. Después de cuarenta y ocho horas, se hacen los preparativos para meter el cuerpo en el féretro que consisten en lavarlo con agua caliente y raparle la cabeza. Todo esto mientras el sacerdote no deja de entonar plegarias. En todos los casos, haya sido el muerto rico o pobre, la mortaja es la misma: una túnica de lino o algodón de color blanco inmaculado.



TORII

En Omagori, un pueblo cercano a Rokugo, se fabrican pequeñas tinajas donde hay costumbre de que se introduzca el cuerpo para ser enterrado cuando se trata del funeral de alguien rico. Pero en este caso, se usaron dos cajones cuadrados, el exterior de los cuales era de madera finamente cepillada obtenida de una conífera denominada *Retinospora obtusa*. Los pobres utilizan de féretro lo que se llama «tonel exprés», una especie de tonel o cuba con tapadera hecha de madera de pino reforzada con tiras de bambú. Las mujeres cuando se entierran llevan el vestido de seda usado el día que se casaron, con calcetines blancos, llamados *tabi*, al lado o bien puestos y el cabello generalmente suelto. Los más ricos llenan el féretro con bermellón, mientras que los pobres lo hacen con las ahechaduras del cereal, pero en este último caso he oído decir que solamente llenaban con bermellón la boca, nariz y oídos del difunto y que la cuba que hacía de féretro se llenaba de incienso en bruto. El cuerpo lo colocan dentro del tonel o cajón en la posición de cuclillas. Es imposible entender cómo un cuerpo humano que lleva bastantes horas muerto se puede doblar para que quepa en un espacio tan reducido. Al parecer la rigidez natural de los cadáveres la eliminan gracias al uso de unos polvos que llaman *dosia* vendidos por los monjes budistas. Pero esta explicación ha sido desacreditada y el proceso sigue siendo un misterio.

Junto a la entrada principal del domicilio del finado, se colocan estandartes pequeños y letreros ornamentales. Dos hombres vestidos de azul, con sobretodos de azul pálido de altas hombreras, casi como alas, se encargan de recibir a los invitados al funeral y otros dos van ofreciendo un cuenco lacado con agua y una toallita de seda blanca de crepe. Cuando pasamos a una estancia amplia, vimos que todo alrededor había elegantes biombos con artísticas representaciones de flores de loto, cigüeñas, peonías sobre un fondo de color dorado opaco. Cerca del extremo de la sala, bajo un dosel de seda blanca, estaba el féretro o cajón encima del cual, apoyado en un caballete, destacaba un bellissimo arreglo floral de loto blanco artificial. El rostro del muerto, como he dicho, estaba orientado al norte. Seis sacerdotes, magníficamente ataviados, se sentaban a cada lado del féretro, mientras que otros dos se arrodillaban frente a un pequeño altar dispuesto a tal efecto.

La viuda, una señora sumamente atractiva, estaba sentada en el suelo al lado del difunto; después el padre y la madre; y luego, los hijos, otros familiares y amigos, todos en fila y vestidos con prendas azules y blancas. La viuda llevaba la cara maquillada de blanco y los labios pintados de rojo. El pelo lo llevaba recogido en un complicado peinado engalanado con alfileres de cabeza labrada de caracolas. Vestía un precioso traje de seda azul celeste con un chaquetón o *haori* de elegante crepe blanco y un fajín u *obi* de crepe escarlata bordado en oro. Más que una viuda parecía una novia el día de su boda. De hecho, debido a la belleza de los vestidos y a la profusión de sedas azules y blanca, toda la sala presentaba un aspecto más festivo que luctuoso. Una vez que llegaron todos los invitados al duelo, se les ofreció té y dulces. Todo el mundo no dejaba de encender varitas de incienso y se recitaban plegarias. Luego empezó el movimiento para ir al cementerio durante el cual yo me aseguré un buen lugar cerca de la puerta principal del recinto del templo.

A la procesión fúnebre no asistieron ni el padre ni la madre del difunto, pero tuve la impresión de que los asistentes eran todos sus familiares. A la cabeza de la comitiva iba un sacerdote portando la tablilla con el nombre póstumo del difunto, luego caminaba otro sacerdote con la flor de loto, después otros diez oficiantes que, marchando de dos en dos, entonaban salmodias budistas de unos libros. Detrás de ellos venía el féretro cubierto de un paño blanco y sobre una plataforma sostenida por cuatro hombres. Después venía la viuda y demás

parientes o allegados. Cuando el féretro llegó al interior del templo, fue depositado sobre un caballete mientras se quemaba incienso y proseguía la salmodia de los rezos. Acto seguido lo llevaron a una tumba nada profunda revestida de cemento al tiempo que los sacerdotes no cesaban en sus plegarias hasta que la tierra recubrió el féretro hasta el nivel del suelo. Después todo el mundo se retiró y la viuda, siempre con su indumentaria alegre, regresó sola a su casa. No se contrataron servicios de plañideras, ni tampoco se vieron expresiones de aflicción y pena; aun así, toda la ceremonia despedía un aire de solemnidad, reverencia y recato inigualables. Desde entonces he presenciado muchos otros funerales, mayormente de gente pobre, y, a pesar de contar con menos boato y ser oficiados por solo un sacerdote, el decoro de la ceremonia presenciada en Rokugo me pareció notable. Los honorarios que se pagan a los sacerdotes varían de dos a cuarenta o cincuenta yenes. El cementerio que rodea el templo era sumamente hermoso y los cedros en él plantados especialmente impresionantes. Estaba lleno de lápidas y, como en todos los camposantos japoneses, exquisitamente bien cuidado. Tan pronto como la tumba quedó llena de tierra, se colocó encima una planta de loto de color rosa y tamaño natural, así como una bandeja de laca conteniendo cuencos también lacados con sake, alubias y dulces.

El templo de Rokugo era muy bello y difería poco de una iglesia católica, excepto que los adornos eran superiores en solidez y buen gusto. El altar bajo, donde se veían lirios y velas encendidas, estaba vestido de paños azules y plateados, mientras que en el altar superior, al que adornaban paños rojos y dorados, había un sagrario cerrado, un incensario y un florero con lotos.

## CARTA 20 *(Continuación)*

En una casa de té o *chaya* junto al camino poco después de dejar atrás Rokugo en *kuruma*, me encontré con el mismo joven médico, afable y simpático, destinado en Innai para combatir la epidemia de *kakke*, el cual me invitó a visitar el hospital de Kubota donde trabaja. Además, le informé a Ito de un restaurante en donde se puede conseguir «comida extranjera», una grata posibilidad que no deja de recordarme.

Mientras íbamos por un camino muy estrecho, nos encontramos con un hombre que llevaba a un prisionero atado con una cuerda, seguidos los dos por un policía. Tan pronto como el conductor de mi *kuruma* vio al policía, se tiró de bruces al suelo soltando de repente las varas del carrito, por lo cual estuve a punto de caerme, y al mismo tiempo intentó ponerse la prenda de vestir que llevaba colgada en la barra del vehículo. Mientras, a nuestras espaldas, los jóvenes que tiraban de los otros dos *kurumas*, se agacharon detrás de mi carrito tratando también de ponerse atropelladamente la ropa. Jamás he presenciado una imagen tan abyecta como la que ofrecía mi conductor. No solo se puso a temblar de pies a cabeza, sino que literalmente se arrastró por el polvo y, a cada frase que decía el policía, alzaba ligeramente la cabeza para acto seguido humillarla más y más. Todo era por no ir vestido. Yo intercedí por él alegando que hacía mucho calor. El policía respondió que no lo arrestaba por la incomodidad que podía causar a una persona extranjera verse privada de su conductor. Era este un hombre de edad avanzada y después de este incidente nunca recuperó su buen humor. En cambio, los otros dos conductores, mucho más jóvenes, tan pronto reanudamos la marcha y, tras una vuelta del camino, perdimos de vista al policía, lanzaron la ropa al aire y se pusieron a jugar con las varas de los *kurumas* retorciéndose de risa.

Cuando llegamos a Shingoji, incapaz de avanzar por la fatiga, se me cayó el alma a los pies cuando vi que para alojarme y pasar ese domingo no disponía más que de un cuarto bajo, sombrío y hediondo demarcado en sus cuatro lados por sucios *shoji*. Un lado daba a un pequeño patio lleno de olor a moho y al que no hacían más que acceder gente de otra casa solamente para quedarse mirándome. El otro lado daba a un pasillo de tierra en la calle donde los viajeros se lavaban los pies. El tercer lado de mi habitación estaba orientado a la cocina; y el cuarto, a la habitación principal de la casa. Ya antes de que se hiciera de noche, mi habitación estaba viva de mosquitos y las pulgas empezaron a pegar saltos en las esteras como si fuera moscas de arena. No había huevos, nada más que arroz y pepinos. A las cinco de la madrugada del domingo vi rostros pegados contra la celosía de fuera y antes de la tarde el papel del *shoji* estaba lleno de agujeros hechos con el dedo en cada uno de los cuales aparecía una pupila oscura. No dejó de caer todo el día una lluvia fina y silenciosa mientras el termómetro estaba a 27°. El calor, la oscuridad y los olores formaban un conjunto difícil de

aguantar. Por la tarde pasó delante de la casa un pequeño desfile formado por un palanquín decorado, llevado y seguido por sacerdotes con mantos y estolas sobre casullas rojas y hábitos blancos. El arca, me dijeron contenía papeles en donde estaban escritos los nombres de personas y males temibles, por lo que los sacerdotes los llevaban para arrojarlos todos al río.

A la luz mortecina, como siempre, del *andon*, me acosté muy pronto con la intención de buscar refugio contra los mosquitos. Poco después de cerrar los ojos, a eso de las nueve, oí murmullos y pisadas. Como el ruido no cesaba, me enderecé para mirar y, a la luz del farol, vi frente a mí cuarenta personas, entre hombres, mujeres y niños (Ito afirma que fueron cien), todos mirándome de hito en hito. Para entrar, simplemente habían apartado en silencio los tres *shoji* que daban al pasillo de tierra. Me puse a dar ruidosas palmadas y pegué un grito para llamar a Ito, pero nadie se movió hasta que por fin llegó Ito que les dijo algo. Solo entonces se retiraron silenciosamente como un rebaño de ovejas. Con paciencia y hasta con una sonrisa he soportado la curiosidad y el acoso de las multitudes en el exterior, pero esta clase de intrusión en mi cuarto ya no la aguanto. Pedí a Ito que fuera a la comisaría, lo cual cumplió en contra de su voluntad, para rogar a las fuerzas de Orden Público que desalojara a la gente ya que el dueño de la posada era incapaz de hacerlo. Por la mañana, cuando estaba terminando de vestirme, vino un policía, aparentemente para pedirme disculpas por el comportamiento de la gente, pero en realidad para gozar del privilegio de mirarme a sus anchas y, sobre todo, de contemplar la camilla y la mosquitera de las cuales parecía no poder apartar los ojos. Ito me comenta que podríamos ganar un yen diario si cobráramos por que la gente las viera. El policía me dijo que en ese pueblo nunca habían visto a un extranjero.

## CARTA 21

*Kubota. 23 de julio*

Llegué aquí el lunes a primera hora de la tarde tras realizar por vía fluvial, por el Omono, un viaje de nueve horas que, de haber sido por vía terrestre, me habría llevado dos largos días. Es un ejemplo del buen fruto que produce fijar con

inteligencia un plan de viaje y seguirlo con decisión. La firmeza en mantener un plan de viaje en ningún lugar del mundo es más necesaria que en Japón. En base a la información del mapa del señor Brunton, hacía tiempo que tenía decidido que el río Omono era navegable desde Shingoji, por lo que le pedí a Ito que hiciera los preparativos necesarios, pero en todos los sitios que preguntaba le ponían dificultades: que si las aguas eran demasiado profundas, que si demasiado bajas, que si había rápidos, que si había bajíos, que si eran unas fechas del año demasiado tardías, que si todas las embarcaciones que habían emprendido la travesía se habían quedado varadas... El caso es que uno de los ferris que vi moverse río abajo a lo lejos llevaba remolcada una barca de mercancías. Entonces le dije a Ito que ese era el camino que nosotros debíamos seguir. Cuando llegamos a Shingoji, nos dijeron que ese río no era el Omono, sino una corriente con peligrosos rápidos en la cual cualquier embarcación acababa hecha añicos. Al final nos dijeron que no había ninguna barca disponible, pero cuando les contesté que mandaría traer una que había a dieciséis kilómetros de distancia, entonces el empleado de la Agencia de Transportes me indicó que había una pequeña y de casco plano. Pedí a Ito que mandara cargar en ella todo nuestro equipaje y los dos nos instalamos en ella. Ito comentó en tono sentencioso:

—De todo lo que nos han informado en este viaje, ni una cosa ha resultada ser verdad.

¡Un comentario nada exagerado!

Esta vez la habitual aglomeración de gente para verme partir no se formó a la puerta de la posada, sino que nos precedió hasta el río donde se repartió por las orillas y hasta en los árboles. Me escoltaron cuatro policías. La travesía fluvial a lo largo de sesenta y ocho kilómetros fue deliciosa. Resultó que los rápidos no eran más que suaves remolinos y, aunque la corriente era rauda, uno de los barqueros casi se durmió sosteniendo el canaleta, mientras que el otro despertó para achicar la barca cuando estaba medio llena de agua. Las orillas eran bonitas y silenciosas, sin apenas indicios de población hasta que llegamos al poblado de Araya, bastante grande, desparramado a la distancia sobre un alto terraplén. Al cabo de nueve apacibles horas salimos del cauce principal del Omono ya casi en las afuera de Kubota y entramos en un río estrecho y de aguas verdosas flanqueado a una orilla por las partes traseras dilapidadas de casas, de tarazanas,

de balsas con madera, y, a la otra, por viviendas, jardines y verde arbolado. Incontables puentes salvan este cauce.

Me dieron una habitación alegre del piso de arriba de una *yadoya* sumamente acogedora. Los tres días que aquí he pasado, cien por cien ocupados, han sido de lo más agradables. Enseguida nos pudimos procurar «comida extranjera»: un buen bistec, un excelente curry, mostaza y sal, cosas que me alegraron corazón y estómago después de disfrutarlas.

Kubota, capital de la prefectura de Akita y que tiene treinta y seis mil habitantes, es una ciudad muy atractiva y puramente japonesa<sup>23</sup>. El feraz valle donde se asienta está dominado por una magnífica montaña, el Taiheisan, y cerca de ella el Omono vierte sus aguas en el mar de Japón. Cuenta con un buen número de *kurumas*, aunque debido al mal estado de los caminos y al suelo de arena blanda, no hay ninguna dirección en la que puedan adentrarse más de cinco kilómetros. Es una ciudad muy activa con un vigoroso comercio en la cual, aparte de *fusumas* y sandalias de suela de madera, se manufacturan tejidos crepe en seda blanca de trama alzada que alcanzan elevados precios en las tiendas de Tokiyo. A pesar de ser ciudad-fortaleza, se halla libre de esa atmósfera de «animada melancolía» y en sus calles se respira un aire de prosperidad y confort. Es cierto que no abundan las calles con tiendas, pero a lo largo de calles y callejas que se extienden por una gran superficie se pueden ver bonitas viviendas separadas unas de otras y rodeadas de árboles, jardines y setos bien podados. Cada jardín cuenta con su propio portón. La presencia de tantas y tantas viviendas de confortable aspecto en las afueras de la ciudad es indicio de la existencia de algo parecido a una clase media con sentido de la intimidad familiar. Por otro lado, apenas se deja notar presencia extranjera; de hecho, no hay ni un solo extranjero empleado por el gobierno municipal ni por ningún otro organismo, y hasta el hospital fue organizado desde sus inicios por médicos japoneses.

Este hecho despertó mi interés en visitarlo, pero cuando me presenté a la hora de las visitas, me recibió el director que, sin embargo, me negó la entrada con palabras corteses. A ningún extranjero, me dijo, se le permite visitar el hospital sin haber enviado antes su pasaporte al gobernador de la prefectura y haber obtenido la correspondiente autorización escrita. Así lo hice y a las ocho de la mañana del día siguiente, la hora y día de la autorización concedida, me

presenté de nuevo en el hospital. Ito, remolón a la hora de hacer de intérprete en situaciones de poca monta, pero que se toma muy en serio su trabajo en ocasiones como la presente, me acompañó con sus mejores galas, con kimono de seda, y se esforzó más que nunca en cumplir a la perfección sus funciones.

El director del hospital y los seis médicos que componían el personal, todos elegantemente vestidos de seda, me recibieron en la parte superior de la escalinata y me llevaron a la oficina de administración donde había seis funcionarios escribiendo y una mesa cubierta solemnemente de un paño blanco y cuatro sillas. El director, el médico jefe, Ito y yo nos sentamos y enseguida nos ofrecieron tabaco, té y dulces. Después, en compañía de cincuenta estudiantes de medicina cuyas inteligentes expresiones les auguraban un porvenir muy prometedor, hicimos una gira por todo el hospital, un gran edificio de dos pisos de estilo parcialmente europeo, aunque con una galería exterior todo alrededor. El piso de arriba se usa como aula donde se enseña a los alumnos y en el de abajo se acomodan cien pacientes, además de un número de alumnos internos. Diez es el número máximo de pacientes a los que se da tratamiento en cada una de las salas, aunque los casos de más gravedad se tratan en salas separadas. Cada año se llevan a cabo unas cincuenta operaciones quirúrgicas de importancia durante las cuales el paciente es sedado con cloroformo. Aun así, me impresionó mucho el valor mostrado por estos pacientes que aguantaban dolores muy agudos sin una queja o un parpadeo. Por desgracia las enfermedades oculares son muy frecuentes. El doctor K. lo atribuye al hacinamiento en las casas, ventilación defectuosa, pobreza y mala iluminación.

Después de la gira regresamos a la oficina en donde nos tenían preparado un almuerzo al estilo inglés. En la mesa no faltaba el café en tazas con sus asas y platillos, y platos con cucharas. Después de comer, volvieron a sacar las pipas para fumar, y el director y todo el personal médico me acompañaron hasta la salida donde todos me prodigaron profundas inclinaciones. Me encantó comprobar que el doctor Kobayashi, que aún no había cumplido los treinta años y recién llegado de Tokiyo, así como todos los médicos y los estudiantes, iban vestidos a la japonesa, con una *hakama* de costosa seda. Esta especie de falda pantalón es elegante y confiere tanta dignidad al cuerpo de los japoneses como se la quita cuando llevan encima la ropa europea que siempre les queda tan mal.

Fue una visita inteligente pese a los inconvenientes que representaba tener que comunicarse a través de un intérprete.

Sorprende ver en una prefectura tan remota edificios oficiales levantados en espaciosas calles, con elegantes jardines y muros de piedra en la fachada. Uno de los mejores es la sede de Escuela Normal donde me presenté poco después para visitarla, aunque no me admitieron hasta que les mostré el pasaporte y expliqué las razones de mi viaje. En el curso de la visita, el director de la escuela, el señor Tomatsu Aoki, y el jefe de estudios, señor Shude Kane Nishigi —los dos más parecidos a simios que a humanos con su ropa europea— me trataron como si fuera una celebridad. El director de ellos se empeñaba en hablarme en inglés, idioma del cual sabía tanto como yo de japonés, hasta que finalmente y tras unos ensayos grotescos, aceptó los servicios de Ito. La escuela es un espacioso edificio de estilo europeo que consta de tres pisos. Desde el balcón del más alto se brinda una excelente vista de toda la ciudad, con los tejados plomizos de las casas y abundantes zonas verdes, y las montañas y valles circundantes. Me sorprendió el mobiliario y el instrumental de las aulas, especialmente los del laboratorio de la clase de química, así como el material ilustrado verdaderamente magnífico del aula de ciencias naturales. El libro de texto usado en este departamento es la *Física* de Ganot.

## CARTA 22

*Kubota. 23 de julio*

Mi siguiente visita fue a una fábrica textil de sedas en la cual se emplean ciento ochenta obreros, la mitad de los cuales son mujeres. Estas nuevas iniciativas industriales que ofrecen empleos dignos a mujeres y jovencitas revisten una gran importancia pues apuntan en la dirección correcta de reformas sociales tan necesarias en este país. Los tejidos a rayas de seda se destinan enteramente al consumo nacional.

Después fui a la calle principal y, tras mucho buscar en las tiendas, compré leche condensada con su etiqueta y de la marca Eagle; pero cuando abrí el envase, me encontré con gránulos de una masa marrón y reseca que sabía bastante mal.

Estaba sentada en la tienda, medio ahogada por la multitud que me rodeaba, cuando de repente la gente se retiró a una distancia respetuosa dándome un poco de respiro. Había ocurrido que el jefe de la policía, al tiempo que me mandaba un mensaje disculpándose por las molestias del agobio que me causaba la multitud, había despachado a dos agentes para que me escoltaran durante el resto de mi estancia en la ciudad. ¡Qué alivio sentí al ver los uniformes negros y amarillos de los dos agentes! Desde entonces no he tenido más molestias. Cuando volví a la posada me encontré con una tarjeta del jefe de la policía que había dejado otro mensaje al posadero en el cual me pedía nuevamente disculpas por el comportamiento de la gente. Decía que a Kubota casi nunca venían extranjeros y estaba seguro de que la gente nunca había visto a una extranjera.

Más tarde me dirigí a la comisaría principal para informarme sobre la ruta por el interior que debía tomar hasta Aomori. Recibí muchas cortesías y nula información. En todos los sitios los policías son muy afables con la gente; si no son obedecidos, les basta con unas palabras dichas en tono tranquilo o un movimiento de la mano. Pertenecen a la antigua clase de los samuráis y es indudable que todavía se nota la superioridad de su posición social con respecto a los *heimin* o plebeyos. Sus rasgos faciales y cierto aire altivo evidencian una distinción que sigue siendo indeleble. El total del cuerpo de la policía japonesa asciende a 23.000 hombres, bien formados y en plena juventud; y si el treinta por ciento de esa cantidad usa gafas, esta circunstancia no los hace menos eficaces en el desempeño de sus funciones. De la cifra indicada, 5.600 trabajan en Yedo, desde donde pueden ser fácilmente destinados allá donde su presencia sea requerida, 1.004 en Kiyoto y 815 en Osaka. Los restantes diez mil se hallan repartidos por todo el país. Mantener el cuerpo de la policía le cuesta al Gobierno más de cuatrocientas mil libras esterlinas al año y sus miembros son ciertamente muy eficaces a la hora de mantener el orden público. El sueldo mensual de los comisarios ordinarios oscila de seis a diez yenes. Todos los funcionarios japoneses pasan una gran cantidad de tiempo escribiendo, no sé muy bien qué ni por qué, y es muy habitual ver también a los policías escribiendo algo. Generalmente son jóvenes inteligentes y caballerosos. Los extranjeros que viajamos por el interior del país tenemos una importante deuda de gratitud con ellos. Ante cualquier dificultad que sobrevenga, estos hombres, no obstante su gesto ligeramente altivo, son de gran ayuda en todo momento, excepto en el caso

de preguntarles por rutas, tema sobre el cual siempre admiten profesar una perfecta ignorancia.

En líneas generales, la ciudad de Kubota me agrada más que cualquier otra ciudad japonesa de las visitadas hasta ahora, quizás por haberse preservado tan perfectamente japonesa y no tener la atmósfera de haber conocido mejores tiempos. Ya no tengo interés en conocer a europeos; es más, hago todo lo posible por evitarlos. Me he habituado bien a la vida japonesa y creo que aprendo más sobre ella viajando sola que en compañía.

## CARTA 23

*Kubota. 24 de julio*

Sigo aquí, y no porque la ciudad sea fascinante, sino porque la lluvia es tan interminable que me parece estar en los días del Diluvio Universal. No dejan de venir viajeros que hablan de lo intransitable que están los caminos y de la destrucción de puentes por ríos desbordados. Ito me divierte mucho con sus observaciones. Habla con jactancia y piensa que mi visita al hospital y a la escuela han debido de elevar mi aprecio de Japón. Me preguntó si me di cuenta de que todos los estudiantes mantienen la boca cerrada como hace la gente educada y los habitantes de Tokiyo, mientras que los aldeanos la mantienen abierta. He escrito pocas cosas sobre Ito en las últimas semanas, pero siento que mi dependencia de él crece con el paso de los días y no solo por la información que me proporciona, sino por el progreso del viaje. Por la noche me guarda el reloj, el pasaporte y la mitad del dinero que llevo... ¿Qué pasará si una mañana me despierto con que se ha dado a la fuga? No es un buen chico. Carece de sentido de la moral en el sentido que nosotros damos a esta palabra. No le gustan los extranjeros y su forma de comportarse frecuentemente me resulta muy desagradable. Así y todo, dudo que hubiera podido procurarme un criado e intérprete más valioso que él. Cuando dejamos Tokiyo hablaba un inglés bastante bueno, pero ahora, gracias a la práctica y a su aplicación al estudio, lo habla mejor que cualquiera de los intérpretes oficiales que he visto; y su vocabulario crece día a día. Una vez que ha captado el significado de un término, nunca lo usa con imprecisión y su memoria

nunca le falla. Escribe un diario en inglés y japonés a cuya cita cotidiana muestra una laboriosa obediencia. A veces me lee algunas entradas del mismo. Me resulta interesante oír lo que un joven, que ha viajado tanto como él, considera novedoso en estas regiones del norte del país. Ha preparado un librito de hoteles y otro de transportes en los que escribe las facturas y recibos. Todos los días transcribe en nuestro alfabeto los nombres de todos los lugares, y anota las distancias y el total de todo lo que pagamos en hoteles y por los medios de transporte utilizados.

Pregunta a la policía o a los empleados de la Agencia de Transportes el número de casas de cada uno de los lugares, así como las actividades que realizan los lugareños. Unos datos que después me ofrece. Se esfuerza al máximo en ser exacto y en las ocasiones en que no está seguro de alguna información, me dice: «Si no es verdad, no vale la pena anotarlo». Nunca llega tarde, jamás pierde el tiempo holgazaneando, nunca sale por las noches excepto cuando le mando a algún recado, no prueba el sake, siempre es obediente, nunca hay que repetirle las cosas, siempre está al alcance de mi voz, tiene mucho tacto sobre lo que debe repetir cuando traduce mis palabras y, eso sí, siempre sin dejar de pensar en sus propios intereses. La mayor parte del dinero que le pago se lo manda a su madre, una mujer viuda. «Es la costumbre del país», afirma. Y el resto del dinero se lo gasta en dulces, tabaco y el lujo de recibir frecuentes masajes.

Por otro lado, no me cabe la más mínima duda de que mentiría si eso es en su ventaja, como tampoco la tengo de que sisaría hasta rozar el chantaje si nadie se diera cuenta. No parece tener mucho valor ni muchas ideas si no son para placeres viciosos. No profesa religión alguna y su franqueza a menudo me impacta. Carece por completo de reserva sobre cualquier tema del que hablemos, una carencia que tal vez me permita aprender más que si mostrara exceso de reserva. Tiene poca o nula confianza en la virtud de hombres y mujeres excepto en la de su anterior amo. Opina que Japón hace bien en beneficiarse de los descubrimientos realizados por los extranjeros los cuales, por otro lado y según él, tienen mucho que aprender de los japoneses, y que su país los aventajará en la carrera porque adopta todo lo que vale la pena y desecha el íncubo del cristianismo.

Me parece que el patriotismo es el sentimiento dominante en Ito y nunca he visto ostentación patrioterica tan fuerte como la suya con la excepción de la de los

escoceses o norteamericanos. Como es capaz de leer y escribir los silabarios, desprecia a los que no tienen esa formación. Carece del más mínimo respeto o consideración por el rango o posición social de los extranjeros, pero sí por las de los funcionarios japoneses. Desdeña la capacidad intelectual de las mujeres, aunque flirtea con aires de urbanita con las sencillas jóvenes empleadas de las casas de té.

Se muestra ansioso de hablar mi lengua y evita escrupulosamente emplear una palabra que sea ordinaria o incluso coloquial. A veces, especialmente cuando el tiempo es bueno y todo va bien en el viaje, se pone muy comunicativo y de excelente humor; entonces habla por los codos. Hace unos días me preguntó:

—¿Cuando en su lengua se pregunta por algo, usted nunca dice: «¿Qué de...s es esto?» como he oído que dicen otros extranjeros. ¿Qué es eso de «de...s»? ¿Es que es algo que los señores pueden decir y las señoras no?

—La verdad es que no está bien que una palabra como esa la digan ni señores ni señoras. Es un término muy ordinario.

Entonces vi que borraba esa palabra de la libreta donde apuntaba todas las palabras nuevas.

Al principio, Ito siempre decía la palabra «chico», aunque se refiriera a hombres adultos. Por ejemplo, decía: «¿Señorita, dispondremos de uno o dos chicos para tirar del *kuruma*?»

Hace unos días, cuando se refirió al médico jefe del hospital como «chico», le dije que esta palabra era bastante coloquial, de modo que durante dos días la evitó escrupulosamente. Sin embargo, hoy cuando me trajo a un muchacho con una grave afección en los ojos para que lo examinara y yo al verlo exclamé: «¡pobre chico!», me dijo esta misma tarde:

—Señorita, usted le ha llamado «chico» a ese muchacho. Yo creía que era una palabra fea.

Cuando estábamos en Nikko le pregunté cuántas esposas legítimas podía tener un hombre en Japón. Me contestó:

—Solo puede tener una mujer legítima, pero tantas otras (*mekake*) como pueda mantener. Igual que hacen los occidentales, ¿no?

Nunca se olvida de cualquier corrección que le haga. Hasta que le informé de que «achispado» era un uso algo coloquial, siempre se refería con esa palabra para hablar de alguien que había abusado de bebidas alcohólicas. Después de

enseñarle también los términos «borracho» y «ebrio», me preguntó cuál debía usar para hablar con distinción. Desde entonces siempre usa la palabra «ebrio».

Por supuesto que le gustan las ciudades y trata de sacarme de las rutas de ese «Japón inexplorado» que yo prefiero, pero cuando se da cuenta de que no cedo, da por finalizada la discusión con la misma fórmula:

—Bueno, claro que usted podrá hacer lo que quiera. Me es igual.

Tampoco me parece que realmente me engañe. Nuestros desembolsos se destinan a pagar alojamiento, comidas y gastos de viaje. Nada del otro mundo. Las dos primeras partidas se reducen a té, arroz, huevos, una palangana de agua, un farol o *andon* y un cuarto. Aunque en todos los pueblos hay muchos pollos, los campesinos no quieren desprenderse de ellos si se les dice que queremos el pollo para sacrificarlo y comerlo. Sí, en cambio, aceptan venderlo si es una gallina y se les dice que la queremos para cuidarla y que ponga huevos. Ito me divierte casi todas las noches con las historias de sus tentativas infructuosas de conseguirme algo de carne.

Este viaje se está pareciendo a una excursión montada en un alambre. Nunca he tenido una experiencia así. Hasta la fecha he montado o, mejor dicho, me he sentado en setenta y seis caballerías. Todas espantosas. Todas caminando dando traspiés. En algunas la grupa es más alta que el lomo, de modo que es inevitable resbalar hacia adelante; además, el espinazo lo tienen todas muy saliente. En verano se alimentan sobre todo de hojas, alimento que complementan con pasta de alubias. No duermen en paja sino en hojas. Cuando están en el establo, les atan las cabezas donde en Europa tienen la cola y el pienso no se lo echan en un pesebre, sino en un cubo colgante. Las que usan en estas regiones de Japón se venden entre quince y treinta yenes. Nunca he visto que maltraten o carguen en exceso a las caballerías en Japón. Tampoco son fustigadas ni azotadas ni amenazadas con palabras injuriosas o pronunciadas en tono airado. Cuando mueren, se las entierra dignamente y se colocan piedras sobre sus tumbas. Puede ocurrir que se acelere el fin de un caballo ya decrepito e inservible, pero estamos en una parte del mundo por lo general budista donde es muy fuerte la aversión a toda forma de acabar con la vida animal.

Por fin el tiempo nos ha dado un respiro y creo que saldremos mañana. Acababa de escribir esta frase cuando Ito ha entrado para decirme que un hombre que vive en la casa de al lado desearía ver mi camilla y mi mosquitera, y que me ha enviado una bolsa de pasteles acompañada de algas comestibles para mostrar que se trata de un obsequio. Los japoneses creen que su raza viene de pescadores, un origen del que están orgullosos y Yebis, el dios de los pescadores, es una de las más populares deidades domésticas. Las algas comestibles que acompañan el regalo que se hace a quienquiera que sea, así como la piel de pescado reseca que acompaña un obsequio al *mikado*, es un recordatorio de ese origen y al mismo tiempo ilustra la dignidad de ese sencillo oficio.

Desde luego que acepté recibir a mi visita y a una temperatura de casi 30°, cinco hombres, dos niños y cinco mujeres hicieron acto de presencia en mi pequeña y baja habitación donde, después de postrarse hasta tocar el piso tres veces, tomaron asiento en el suelo. Estaba claro que habían venido a pasar la tarde. Como yo advertí a Ito que debíamos ajustarnos escrupulosamente a todas las formalidades y cortesías de rigor debidas a una visita, ordené que pasaran bandejas con té y dulces, además de la consabida bandejita de tabaco que todos se pusieron a fumar. Mis huéspedes expresaron su satisfacción por conocer a «tan honorable» viajera, a lo que yo respondí expresando la mía por conocer «tan honorable» país. Entonces todos ellos me rindieron una profunda inclinación. A continuación, desplegué ante ellos en el suelo el mapa de Brunton para mostrarles el itinerario que estaba siguiendo. Les mostré también los libros de las Transacciones de la Sociedad Asiática de Londres y cómo entre nosotros se lee de izquierda a derecha, y no de arriba abajo como hacen ellos. Les enseñé una muestra de la labor de punto que estaba haciendo, lo cual los asombró mucho, y mi estambre teñido berlinés. Y ahí se me acabaron las cosas que podía enseñarles. A continuación, fueron ellos los que empezaron a darme conversación. Me di cuenta entonces de que el verdadero motivo de su visita era mostrarme a su niño prodigio, un niño de cuatro años con la cabeza rapada a no ser por un mechón en lo alto, unas facciones que expresaban una seriedad y gravedad prematuras y un aplomo y ademanes que ya los quisieran para sí muchos ancianos dignos. Iba vestido con una *hakama* de seda roja y un kimono a rayas azules también de seda.

Usaba el abanico con elegancia y miraba alrededor con una expresión de inteligencia impropia para su edad. Hablarle como a un niño, mostrarle juguetes o decirle alguna gracia sería como insultarlo. El pequeño monstruo había aprendido él solo a leer, escribir y componer poesía. Según su padre, nunca se entretiene con juegos infantiles, siendo capaz de asimilar y entender todo como un adulto. La intención era que yo le pidiera que escribiera algo. Y así lo hice.

Fue una actuación solemne. En medio del suelo extendieron una manta roja sobre la cual colocaron una moleta o escritorio. El niño frotó la barra de tinta china en un poco de agua que había en la moleta, desplegó cuatro rollos de papel de metro y medio de largo y se puso a escribir en ellos sinogramas de lo más enrevesados y en gran tamaño —de hasta veintidós centímetros—, y lo hizo con la misma soltura y firmeza con que Giotto podría dibujar la letra «o». Después puso su sello en bermellón y con una triple reverencia puso fin a su actuación. La gente le pide que les escriba letreros y muestras caligráficas en *kakemonos* o rollos colgantes. Está tan solicitado que se puede ganar diez yenes al día. Su padre lo va a llevar a Kiyoto para ver si hay alguien de menos de catorce años que lo iguale en este arte de la caligrafía. Nunca había visto una prueba más exagerada de veneración por un niño. Su padre, madre, amigos y criados lo trataban como si fuera un príncipe.

El posadero, un hombre de lo más comedido y cortés, me consiguió una invitación para asistir a la boda de una sobrina. Acabo de volver de la ceremonia. Este posadero tiene tres «esposas». Una mantiene una *yadoya* en Kiyoto; otra hace lo mismo en Morioka y la tercera, la más joven, está con él aquí. Del vestuario ilimitado de esta señora, sacó para mí un vestido apropiado: primero un kimono interior de seda crepe de color verde salvia, después un kimono de rayas de seda fina y de un verde más oscuro, con pliegues de crepe blanco, adornado con tonos dorados en el cuello, un fajín de seda también de verde salvia. El blasón de la familia estaba bordado en oro en varios puntos de estas prendas. Fui a la boda acompañada del posadero. Ito, que para su gran disgusto no fue invitado, se quedó en la posada y su ausencia representó para mí como la pérdida de alguno de mis cinco sentidos pues me vi incapaz de tener a alguien que me explicara después todo lo que vi.

La ceremonia nupcial no era la misma seguida en las bodas sobre cuya etiqueta yo había leído y visto algo en libros. La razón fue que en estos libros se

trataba de bodas de samuráis. En cambio, los novios de esta a la que yo asistí pertenecían, tanto él como ella, a la clase de comerciantes acomodados, es decir, a los *heimin* o al común de la gente.

En esta boda, el ajuar y el mobiliario habían sido llevados a la casa del novio a primera hora de la mañana. Me dejaron verlos. Había varios fajines para el kimono hechos de seda bordada en oro, varias telas de brocado de seda para confeccionar con ellas kimonos, varias piezas de crepe de seda, un gran número de prendas ya confeccionadas, una prenda de seda blanca, seis pequeños toneles de sake y siete clases de condimentos. Brillaban por su ausencia las joyas, pues las mujeres japonesas no las usan.

El mobiliario consistía en dos almohadas que aquí son de un taco de madera pero elegantemente lacadas, dentro de una de las cuales había una gaveta que contenía alfileres de adorno y prendedores para el pelo, algunos futones de algodón excepto dos que eran de seda y muy hermosos, unos cuantos cojines forrados de seda, una caja de labores lacada, una rueca para hilar, una cubeta lacada para el arroz con su cucharón también lacado, dos teteras ornamentales de hierro, diversos utensilios de cocina, tres *hibachi* o braseros de bronce, dos bandejitas para el tabaco, algunas bandejas de laca, mesitas bajas, o *zen* como las llaman aquí, teteras y tazas de porcelana, cuencos lacados para el arroz, dos bañeras de cobre, unas toallas, unas escobillas de bambú para agitar el té y una estantería lacada con labor de taracea. Por la gran belleza de todos estos objetos se puede deducir que los padres deben de ser bastante ricos. Los barriles de sake fueron enviados conforme a una estricta etiqueta.

El novio tiene veintidós años y la novia, diecisiete, y es muy bonita a juzgar por lo poco que me deja ver el profuso maquillaje que le desfigura el rostro. A última hora de la tarde la novia es transportada en un palanquín o *norimono* y llevada a la casa del novio. La acompañan los padres y los amigos formando una comitiva y portando todos un farolillo chino. Cuando mi posadero y yo llegamos, los miembros de esta comitiva ya se hallaban sentados en un lado de una amplia sala al otro lado de la cual también estaban sentados los padres y amigos del novio. Dos jovencitas, muy bellamente ataviadas, escoltaron a la novia, un verdadero encanto de criatura que iba vestida enteramente en seda blanca, con un velo igualmente de seda blanca que la cubría de los pies a la cabeza. Por su parte, el novio, que ya estaba sentado en el centro de la sala, no se movió para recibirla,

sino que mantenía la mirada baja. Tampoco la novia, sentada frente a él, levantaba la vista del suelo. Delante de ellos había una mesa baja sobre la cual se veían una especie de tetera llena de sake con dos aberturas, unas botellitas de sake y copas. En otra mesa había pequeñas figuras que representaban una rama de pino, otra de ciruelo en flor y una grulla sobre una tortuga. Eran, respectivamente, símbolos del vigor masculino, de la belleza femenina y de longevidad. Poco después delante de cada invitado colocaron una mesita llena de comida y así empezó el banquete de bodas, acompasado por ruidos hechos al comer con lo que se expresaba la correspondiente satisfacción gastronómica.

Después del banquete, en realidad los preliminares de la ceremonia, las dos jovencitas o damas de compañía que habían escoltado a la novia trajeron bandejas y repartieron tres copas llenas de sake que todo el mundo debía apurar hasta que en el fondo de cada una de las copas apareciera la figura del dios de la buena suerte.

A continuación, los dos novios se retiraron, pero reaparecieron unos momentos después con otras galas, aunque la novia seguía llevando el velo de seda blanco, el mismo que algún día será su sudario. Entonces trajeron una gran bandeja lacada en dorado en la cual había tres copas de sake que fueron escanciadas por las damas de compañía de la novia y colocadas ante los futuros suegros de esta. Primero bebió de las tres tazas el suegro que pasó las copas a la novia la cual, tras beber de dos de ellas, recibió de su suegro una caja de regalo; a continuación bebió de la tercera copa y devolvió las copas a su suegro que bebió nuevamente de las tres. Acto seguido trajeron arroz y pescado, después de lo cual la madre del novio tomó la segunda copa, la llenó y dio tres sorbos de ella hasta vaciarla. Luego pasó las copas a la novia, que bebió de dos de ellas, recibió un regalo de su futura suegra en forma de caja lacada, bebió de la tercera copa y devolvió la copa a la señora mayor que esta vez bebió de las tres. A continuación, se sirvió la sopa y luego la novia bebió de la tercera copa, se la pasó al padre de su futuro marido, que bebió tres copas; la novia tomó las copas, bebió de dos y finalmente la suegra bebió también tres copas más. Ahora bien, si el lector tiene la misma clarividencia que yo luchaba por mantener durante la ceremonia, se habrá dado cuenta de que cada uno de los tres se había bebido nueve copas de este generoso licor llamado sake<sup>24</sup>.

Terminado el rito, las dos damas de compañía alzaron la tetera de sake hasta ofrecérsela a los labios de los dos novios que bebieron uno después del otro hasta vaciar el contenido. Se dice que esta ceremonia es simbólica de la futura vida conyugal en que tendrán que saborear juntos las penas y alegrías de la vida. A partir de ese instante quedaron convertidos en marido y mujer hasta que la muerte o el divorcio los separe.

Conforme al uso dominante, el acto de beber sake constituye la «liturgia matrimonial» a la cual solo están invitados los familiares. Inmediatamente después de la ceremonia descrita, llegaron los invitados a la boda y el resto de la noche se pasó comiendo y bebiendo. Pero los alimentos eran sencillos y felizmente no se producen casos de embriaguez en las bodas. Todos los detalles están prescritos por una etiqueta muy elaborada que ha pasado de generación en generación. Aparte del interés de la ceremonia en sí, el resto de la celebración, llevada a cabo en medio de un melancólico silencio, resultó bastante gris y tediosa. En cuanto a la novia, con el rostro empolvado de blanco y los labios pintados, se asemejaba por sus movimientos a una autómatas.

## CARTA 25

*Tsurugata. 27 de julio*

He aquí las estampas que se me ofrecieron en los cinco kilómetros de un buen camino donde se apiñaba la mitad de la población de Kubota a pie o en *kurumas*: carromatos rojos tirados por caballos, parejas de policías montados en *kurumas*, centenares de niños llevados a la espalda o a hombros, más centenares que iban a pie, niñas de aspecto precoz y expresión formal con el cabello adornado de flores y cintas de crepe encarnado cojeando penosamente con sus sandalias de suela de madera, mujeres y hombres en grupos siempre separados, puestos de venta ambulante cuyos dueños pregonaban sus mercancías de dulces y pasteles, mujeres haciendo las *mochi* o tortitas de arroz con la misma rapidez con que la gente se las comía, amplios arrozales ondeando como verdes océanos a la derecha, un océano de aguas turquesas refulgiendo a la izquierda, los tejados grisáceos de Kubota destacando del verdor circundante, el monte Taiheisan al sur con sus

tonos de índigo profundo ocultando la vista. Estampas todas ellas a las que ponía marco un soberbio día bañado por el sol de verano. Tal era el cuadro, uno de los más animados y festivos que he visto en Japón, presenciado en mi camino a Minato, la población portuaria y de pobre aspecto de Kubota, que celebraba el festival o *matsuri* en honor de la divinidad Shinmai. Por encima de los tejados bajos y de color plomizo de Minato se divisaban objetos que al principio parecían cinco dedos gigantescos y negros, luego árboles con ramas envueltas en tinieblas y finalmente... las comparaciones cesaban. Quedaba el misterio.

Después de despedir a los *kurumas*, que ya no podían avanzar más, nos sumergimos en la multitud que se enracimaba a lo largo de una calle de más de un kilómetro y medio decorada con farolillos de papel y flanqueada de casas de té pobres y de tiendas igualmente pobres. La aglomeración humana era tal que apenas se podía distinguir la calle de la gente. Había toscos andamios aguantando plataformas techadas y con esteras en el suelo donde la gente tomaba té, bebía sake y se divertía viendo a la gente pasar debajo; había teatros de monos y perros, un par de ovejas sarnosas y un cerdo flaco que atraían corros de curiosos, pues ninguno de los dos animales es conocido en esta región de Japón; había una caseta donde a una mujer le cortaban la cabeza cada media hora a los ojos de quien pagara dos *sen*; había vehículos en procesión coronados por tejados como templos y arrastrados por cuerdas de las que tiraban hasta cuarenta hombres y en los cuales se veía a niños bailando; había un teatro abierto en su fachada y en cuyo tablado dos hombres que, vestidos con prendas antiguas y mangas que les llegaban hasta el suelo, interpretaban con tediosa lentitud una danza clásica de posturas igualmente tediosas. La danza consistía en diestros movimientos de las mangas, ocasionales pisotones en el suelo con mucha fuerza y la pronunciación de la sílaba *no* proferida en forma de ronco aullido<sup>25</sup>. Huelga decir que la presencia de una dama extranjera no era la menor de las atracciones de la feria. El culto a los niños se observaba también aquí con pleno vigor, pues había todo tipo de máscaras, muñecos, figuritas de azúcar, juguetes y dulces que, puestos a la venta en las esteras del suelo, no tardaban en saltar a manos y mangas infantiles. Efectivamente, no había padre o madre que asistiera a un *matsuri* sin comprar un regalo a su pequeño.

La policía me dijo que había 22.000 forasteros en Minato los cuales, sumados a los vecinos del lugar, alcanzaban el número de 32.000, una cifra para

la que bastaba la presencia de veinticinco policías. No llegué a ver a nadie bajo la influencia del sake, por lo menos hasta las tres de la tarde que me marché, ni un solo ejemplo de comportamiento rudo o inadecuado. Tampoco me vi atosigada por la muchedumbre ni siquiera en los lugares en que había más aglomeración, pues, en tales casos, la gente formaba espontáneamente un corro dejándome espacio para respirar.

Nos acercamos al lugar donde el público estaba más apiñado que era alrededor de dos grandes carrromatos del *matsuri* cargados de unas colosales estructuras que habíamos divisado de lejos. Estos carros estaban construidos con pesadas vigas de nueve metros de largo y se movían sobre ocho grandes y robustas ruedas. Aguantaban el peso de varios andamios con monumentos semejantes a superficies planas de ramas de cedro y con dos cimas especiales de desigual altura, formando un conjunto de casi quince metros de alto desde el suelo. Todos los monumentos estaban cubiertos de una tela de algodón negro de la que salían ramas de pino. En el medio había tres ruedas pequeñas, una sobre otra, tapadas por un paño a rayas de algodón cuyo incesante movimiento simulaba una cascada de agua. En la parte inferior se veía otra tela de algodón blanco representando un río y otra de color azul la cual, agitada desde un lado por el aire de unos fuelles, ondeaba como si fuera el mar. El conjunto del monumento representaba la montaña en donde los dioses sintoístas dieron muerte a los demonios. Es difícil imaginar algo más tosco y bárbaro. Bajo un toldo, en la parte delantera de cada uno de los carrromatos, había treinta músicos provistos todos ellos de un instrumento diabólico con el cual herían el aire con unos ruidos disonantes verdaderamente infernales que hacían pensar en demonios más que en conquistadores. Subidos en los monumentos se veían grupos de figuras monstruosas. Por ejemplo, había un gigante con armadura de latón, de figura muy parecida a las estatuas *nio* que se ven a las puertas de los templos budistas, el cual estaba matando a un demonio de repulsivo aspecto. En otro monumento vimos a la hija de un daimio vestida con un kimono dorado de mangas de raso y suntuosos diseños florales tocando el *samisén*. En otro, un cazador, tres veces mayor que el tamaño natural, daba muerte a un caballo salvaje de cuerpo igualmente magnificado y cuya piel se representaba con las envolturas pilosas de las hojas de la *Chapaerops excelsa*. En otros monumentos había deidades multicolores y demonios igualmente horripilendos agrupados al buen tuntún.

Los dos carromatos eran arrastrados calle arriba y abajo a la velocidad de casi dos kilómetros en tres horas. El número total de personas que los deslizaban ascendía a veinte, entre ellas algunas que, provistas de palancas, movían las pesadas ruedas cuando quedaban embarradas en los baches de la calle. Estos *matsuri*, que como muchas ferias en Europa han perdido su primitivo significado religioso, se prolongan a lo largo de tres días con sus noches. Yo presencié la del tercer día, la más solemne.

Abandonamos la ciudad a lomos de unas caballerías de mejor carácter que las ariscas de Yamagata. Entre Minato y Kado se encuentra una curiosa laguna a la izquierda de unos veintisiete kilómetros de larga por veinticinco de ancha unida al mar por un estrecho canal y custodiada por dos altos cerros llamados Shinzan y Honzan. Actualmente hay dos ingenieros holandeses encargados de hacer un informe sobre la capacidad de esta laguna y la posibilidad de que, si se ahondara su fondo a costa de una gran inversión, pudiera dar al noroeste de Japón el puerto que tanto necesita. Siguiendo el camino, una vía de arenas profundas flanqueada de añosos y retorcidos pinos se estira a lo largo de arrozales y numerosas aldeas. Procedentes de estas viajan cientos de personas a pie y a caballo en dirección a Minato, todos felices en un día de sol después de cuatro días de incesantes lluvias.

Estaba tan lejos de sentirme bien que no tuve más remedio que pasar la noche en una aldea ruin llamada Abukawa, concretamente en el desván, vivo por las pulgas, de una posada donde el arroz estaba demasiado sucio para probarlo y donde la posadera, que se pasó una hora sentada en el suelo del desván, se encontraba mal por una enfermedad de la piel. Las casas hechas de barro han desaparecido para dar lugar a pueblos con construcciones de madera. Abukawa es un lugar anticuado y destartado, de construcciones apuntaladas con postes y vigas sesgadas que sobresalen en el camino para molestia de los cansados viajeros.

A la mañana siguiente temprano, apareció la misma turba de gente melancólica, esta vez bajo una llovizna monótona que no tardó en convertirse en lluvia torrencial que duró dieciséis horas. Lo más reseñable de esta jornada viajera fueron colinas, espaciosos valles con arrozales en cuyos suelos encharcados los campesinos quitaban las malas hierbas, malos caminos, bonitos pueblos, mucho índigo, pocos viajeros. En Morioka y otros pueblos de esta región observé que cuando uno ve una casa grande, alta y de buena construcción

en un terreno cercado y con un aire de riqueza, se trata siempre de la vivienda de un fabricante de sake. Unos arbustos a la puerta, que denotan la fabricación, así como la venta de este licor, pueden ser de toda clase, desde ramas de abeto que llevan mucho tiempo cortadas a ramas vigorosas de pino renovadas constantemente. Es curioso que también la presencia de arbustos hubiera sido la señal con que antiguamente en Inglaterra se identificaba el lugar donde vendían vino.

El viento y la lluvia de toda esa tarde me causaron cierto temor. Imposibilitada de cabalgar, tuve que caminar penosamente varios kilómetros por un camino en medio de un pinar, chapoteando con los pies hundidos más de treinta centímetros en el agua y bajo mi capa de papel, supuestamente impermeable, todo empapada. Así hasta llegar a Toyoka, donde, medio ahogada y con mucho frío, pude sentarme tiritando delante de un brasero en un desván limpio. Para que se secase colgué toda la ropa chorreando con la esperanza de que al otro día pudiera estar por lo menos húmeda. A las cinco de la mañana siguiente todo el pueblo de Toyoka se hallaba congregado a la puerta de la posada y, mientras me desayunaba, fui el centro de atracción no solo de las miradas de la gente que había fuera, sino de las cuarenta personas más apostadas de pie en el *doma* de la posada donde estaba la cocina-comedor. Cuando el posadero los conminó a que se fueran, esta fue la respuesta que le dieron:

—No es justo, ni tampoco propio de buenos vecinos, que te reserves esta visión para ti solo. ¿Es que quieres que nuestras vidas se pasen sin volver a poner los ojos en una extranjera?

Así pues, se les permitió quedarse.

## CARTA 26

*Odate. 29 de julio*

He padecido tanto de mi columna vertebral que durante varias jornadas me ha sido imposible viajar más de doce o catorce kilómetros al día, y eso con gran dificultad. Lo intento en mi montura, luego en una montura de carga, después a pie por un lodazal... pero solo avanzo porque avanzar es una necesidad y nada

más llego al lugar donde vamos a pasar la noche, debo acostarme inmediatamente. Únicamente las personas fuertes pueden viajar por el norte de Japón. La fatiga inevitable se agrava por las condiciones meteorológicas y es indudable que mis impresiones del país también se están viendo afectadas por ellas, pues una aldea en medio de un barrizal vista un día de niebla plomiza o de lluvia torrencial es mucho menos placentera que contemplada un día de sol radiante. La gente de aquí dice que en treinta años no han conocido un verano tan horrible como este. Las lluvias han sido tremendas. He vivido con la ropa siempre empapada a pesar de mi capa impermeable y he dormido en una camilla igualmente empapada no obstante todas las cubiertas igualmente impermeables. Así un día tan otro. Y lo que es peor: el tiempo no tiene pinta de mejorar y los ríos amenazan desbordarse. Ito muestra su simpatía por mi estado con un talante avinagrado, aunque a veces tiene la sensatez de decirme:

—Lo siento mucho por usted, señorita, pero de nada sirve que se lo repita una y otra vez. En fin, ¡qué puedo hacer! Lo mejor será que mande llamar a un ciego.

En las ciudades y pueblos de Japón a última hora de la tarde se oye a uno o a varios hombres silbar con un sonido peculiar y grave mientras caminan. En las ciudades grandes el ruido que hacen es una verdadera molestia. Son los ciegos. Jamás se ve a un ciego pidiendo limosna en todo Japón. Aquí los ciegos forman una clase social independiente, respetada y relativamente acomodada. Dar masajes, prestar dinero y cantar o tocar instrumentos musicales son sus oficios.

El trayecto desde Toyota ha sido muy duro. La lluvia fue incesante todo el día y entre la bruma asomaban en el horizonte lomas, yermos con pinos y matorrales, arrozales anegados. Había aldeas al lado del camino que eran barrizales donde la gente, con ropas especialmente andrajosas y sucias, caminaba con todo el pie metido en el lodo. Hinokiyama, un poblado de samuráis, era la excepción con buenas casas separadas unas de otras, bonitos jardines, portones con aleros, terrazas levantadas con piedras y aspecto elegante y confortable. En todas partes se veía índigo, una necesidad ya que la mayoría de las prendas de vestir de las clases más bajas son de color azul. En las cercanías de un pueblo grande, mientras cabalgaba por un camino elevado entre arrozales con Ito montado delante en la acémila, nos encontramos con un grupo de niños que volvían de la escuela. Cuando se acercaron a nosotros y nos vieron, se dieron

media vuelta y salieron corriendo dando gritos. Uno de ellos hasta se cayó a una de las acequias. El arriero echó a correr tras ellos, agarró al que iba el último y lo trajo hasta donde estábamos nosotros. Atemorizado y forcejeando en las manos del arriero que no dejaba de reír, el muchacho confesó que al vernos creyó que Ito era un artista ambulante que actuaba con monos, que yo era un mono enorme y que los palos de la camilla eran las patas de la plataforma en donde íbamos a actuar.

Mientras avanzábamos chapoteando en el agua y el barro, vimos que los habitantes de Tubine querían que nos detuviéramos con el pretexto de que todos los ferris estaban inmovilizados a causa de la crecida de los ríos. Sin embargo, después de haber sido chasqueada tantas veces con informaciones falsas, decidí que cambiáramos de caballerías y continuáramos la marcha por la ladera de una hermosa colina desde la cual se veía el Yonetsuru, un río caudaloso y crecido por las lluvias. Al acercarse a su desembocadura en el mar, sus aguas se habían desbordado por toda la región. No dejaban de caer trombas de agua y toda actividad fuera de las casas estaba paralizada. Bajo los aleros pendían chorreando las capas impermeables hechas de paja. Igualmente nuestras capas de papel impermeable estaban empapadas, así como las caballerías de cuya piel salía vaho. En estas condiciones iniciamos el descenso en fuerte pendiente que nos llevaría a la aldea de Kiriishi. La formaban treinta y una casas arracimadas en torno a árboles del kaki y situadas bajo la ladera boscosa de un cerro. Todas ellas se asentaban en un verdadero lodazal y su aspecto era tan abyecto e inmundado que decidí no protegerme de la lluvia ni cinco minutos en ninguna de ellas.

A la hora del crepúsculo y tras la peligrosa travesía con la que salvamos los más de trescientos cincuenta metros de anchura del río, llegamos a la otra orilla. Las brumas se levantaron para descubrir un pintoresco y encantador paisaje. Cerca de Kotsunagi el cauce fluvial desaparece en una estrecha hoz formada por abruptos riscos oscuros por el follaje de pinos y cedros que parecían guardar el río como si fueran centinelas. A fin de cruzar esta nueva corriente de agua, tuvimos que recorrer casi dos kilómetros más allá del punto de la otra orilla a donde queríamos llegar, lo que conseguimos después de atravesar un auténtico barrizal. De ahí avanzamos penosamente hasta la *yadoya*. Volvió una densa bruma y con ella la lluvia torrencial. El *doma* de la posada estaba anegado de lodo hasta el tobillo. En la cocina, que presentaba aberturas en el techo ennegrecido por el

humo, ardía vigoroso un gran fuego con leña húmeda. Alrededor del fogón y a la luz mortecina del *andon*, se distinguían unas quince personas, entre hombres, mujeres y niños, recostados y sin hacer nada. Decididamente era un lugar pintoresco y me sentí de buen humor y contenta cuando con unos bonitos *fusuma* crearon para mí un espacio sombrío en los aposentos del daimio situados más al fondo de la posada. El cuarto daba a un jardín azotado toda la noche y sin clemencia por la lluvia.

El único trofeo de aquella jornada de viaje fue un lirio precioso que regalé al posadero y que, a la mañana siguiente, encontré en plena flor sobre un estante y dentro de un pequeño y viejo florero de valiosa porcelana de Satsuma. Del profundo sueño me despertó Ito que llegaba con el rumor traído por unos viajeros de que el Primer Ministro japonés había sido asesinado junto con cincuenta policías. —Probablemente se trataba de una versión deformada del motín de la Guardia Imperial del cual tuve conocimiento al desembarcar en Yezo—. En estas remotas partes del país es frecuente que corran los más extravagantes rumores sobre política y no tiene nada de extraño que el campesinado carezca de confianza en el sistema existente después de los cambios sobrevenidos en los últimos diez años y el reciente asesinato del Ministro del Interior<sup>26</sup>. No di crédito al rumor porque el fanatismo, incluso el más caprichoso, generalmente debe lealtad al sentido común. Aun así, no dejé de sentir cierta inquietud, pues confieso que de forma natural he llegado a sentir un profundo interés en los asuntos de Japón. Pocas horas después Ito volvió a presentarse con una herida con sangre en la sien. Al encender la pipa para fumar —este odioso hábito nocturno de los japoneses—, se cayó dando con la cabeza en el borde de la olla que estaba al fuego. Yo siempre duermo en kimono a fin de estar lista para cualquier emergencia, así que enseguida le vendé la cabeza y volví a dormir, aunque no tardé en ser despertada por otro diluvio.

Nos pusimos temprano en marcha, si bien no recorrimos mucha distancia debido al mal estado de los caminos y a las largas esperas. En todo el día no dejó de llover a cántaros. Las rutas estaban casi intransitables, mi caballería se cayó cinco veces, yo lo pasé muy mal por la fatiga y fuertes dolores y, en fin, estuve a punto de caer en la desesperación de pensar que nunca iba a llegar a la costa y ver el mar. En estas remotas regiones fuera de las bestias de carga no hay otros

medios de transporte como los palanquines, tipo *kago* o *norimono*, que se utilizan en otras partes del país.

En Tsuguriko, nuestra siguiente parada, la Agencia de Transportes estaba tan sucia que me vi obligada a sentarme en la calle bajo la lluvia. No dijeron que tan solo podríamos avanzar una legua más porque los puentes habían sido arrastrados por la crecida de los ríos y los vados eran intransitables. No obstante la información, contraté nuevas caballerías y, con mi cabezonería británica y la buena disposición de los *magos* o arrieros, ordené repartir la carga más pesada en pequeñas bateas para que las bestias estuvieran sueltas y cruzamos por aguas crecidas de los ríos Hayakuchi, Yuwase y Mochida, tres afluentes de mi viejo amigo el río Yonetsugawa. Fue así como conseguimos vadearlos con la espuma de sus impetuosas aguas blanqueando los hombros de los hombres y los lomos de los caballos, y con cientos de japoneses que, desde las orillas, contemplaban perplejos la «locura» de la extranjera.

Me gustaría hablarte de la gente tan amable que encontré en todas partes, pero especialmente de los dos *magos* de este trayecto. Cuando supieron que deseaba llegar a Yezo por miedo a quedarme atrapada en las regiones inexploradas del interior, se volcaron para ayudarme. Por ejemplo, me ayudaban delicadamente a desmontar, me ofrecían sus espaldas para que me apoyara en ellas cada vez que volvía a montar y se adentraban en el bosque para traerme frambuesas que yo comía por cortesía pues sabían a alguno de esos medicamentos nauseabundos. Me sugirieron que me quedara en la vieja aldea de Kawaguchi, ubicada en un pintoresco emplazamiento, pero todo lo que vi en ella olía a moho y a verdín por la humedad. El hedor del verdín y de las letrinas era tan intenso que lo notamos incluso al pasar, por lo que decidí seguir cabalgando hasta Odate, un desolado y destartalado pueblo de ocho mil almas que vivían hacinadas en casas con techumbres de cortezas de árbol sujetas con piedras.

Las *yadoyas* estaban llenas de viajeros atrapados por el temporal, por lo que tuve que moverme con dificultad de una a otra, agobiada por el dolor y por una turbamulta de gente, así como molestada repetidas veces por un policía empeñado en seguirme de un lugar a otro exigiéndome irrazonable e inoportunamente que le mostrara el pasaporte. Después de mucho buscar, no pude conseguir nada mejor que esta habitación con *fusuma* de papel, en el centro de toda la barahúnda de la posada, cerca tanto del *doma* como de la cocina. Se

alojan aquí cincuenta viajeros, casi todos hombres, que hablan a voz en grito y, para exasperación de Ito, en la jerga local. De las cuatro y media de la madrugada a las once y media de la noche, ininterrumpidamente, no cesa el ruido de cocinar, bañarse, comer y, lo que es peor, de sacar continuamente agua del pozo por medio de un chirriante mecanismo; añádanse a este alboroto todo el jolgorio que monta la gente, con su componente de inspiración alcohólica, y las disonantes actuaciones de las geishas.

Allá por donde vamos últimamente al adverbio *hai*, que quiere decir «sí», es pronunciado *he*, *chi*, *na*, o *ne*, lo cual a Ito le causa un inmenso desprecio. Más que una respuesta, suena como una interjección o exclamación, y a menudo se usa como señal de respeto o simplemente para expresar la atención con que se escucha. Muchas veces se pronuncia con la voz muy alta y estridente, otras veces es un sonido gutural y en otras ocasiones poco más que un suspiro. En estas *yadoyas* se oyen todos los sonidos, por lo que oigo un grave murmullo de voces mezcladas y, por encima de todas, el agudo *hai*, *hai* de las empleadas de la posada que entonan a coro y desde todos los rincones del edificio. La costumbre de pronunciar esta palabra está tan arraigada que un hombre que se despierte en medio del sueño salta del lecho con un *hai*, *hai* e incluso cuando yo misma hablo con Ito en inglés me sale, bien a pesar, algún que otro *hai*.

No deseo transmitir la falsa impresión de los ruidos que se arman aquí. Sería al menos tres veces más estruendoso si me encontrara igual de cerca de la cocina de un gran hotel de Inglaterra con cincuenta británicos separados de mí por paneles de papel. La noche del sábado no llevaba mucho tiempo en la cama cuando me despertó Ito que traía una gallina vieja. Me dijo que iba a hervirla hasta que se le ablandaran las carnes. Volví a quedarme dormida con el chillido apagado de la pobre ave, pero por segunda vez fui despertada, esta vez por dos policías con algún motivo oculto de ver mi pasaporte, y por tercera vez por dos hombres con linternas que se pusieron a registrar toda mi habitación en busca de las cuerdas de la mosquitera que querían para otro viajero. No son más que los ridículos incidentes que sobrevienen cuando se viaja por Japón. A eso de las cinco de la madrugada Ito me despertó para decirme que estaba plenamente seguro de que el tratamiento con moxa era el único que podría curarme la espalda y que, puesto que íbamos a quedarnos en esa posada todo el día, estaba dispuesto a partir en busca de un médico que me aplicara el remedio. Yo, sin

embargo, rechacé su oferta con el mismo énfasis con que había rechazado los servicios del masajista ciego. Ayer se presentó un hombre para tapar con tiras de papel todos los agujeros de las paredes *shoji* usados como «miradores» y abiertos por todos los curiosos que habían estado mirándome. A pesar de que la posada estaba abarrotada de gente, confieso que esta vez apenas he sufrido molestias.

La lluvia continuó cayendo torrencialmente y a todas horas llegan rumores sobre desastres en los caminos y puentes de la ruta del norte.

## CARTA 27

*Shirasawa. 29 de julio*

Temprano por la mañana los nubarrones que presagiaban lluvia se retiraron dejando ver un cielo azul tan límpido que parecía recién lavado. Tuve que esperar a mediodía hasta que los vados de los ríos fueran transitables, de manera que la jornada de viaje de ese día se redujo a poco más de once kilómetros, pues era imposible avanzar sin que bajara el nivel de las aguas. Teníamos unos caballos tristes y bastante flojos conducidos por un *mag*o algo achispado por la bebida, el cual durante todo el camino no hacía más que cantar, charlar y dar saltos. Por lo general el sake lo calientan antes de tomarlo, estado en el que produce una embriaguez muy ruidosa pero que llevan con buen humor. He visto muchas personas ebrias, pero ni una de ellas pendenciera en lo más mínimo, y aunque los efectos pasan pronto, la resaca deja unas desagradables náuseas que duran dos o tres días... Una buena advertencia contra los excesos. En cuanto a esos abominables brebajes llamados cerveza, vino y brandy causan borracheras prolongadas que a su vez vuelven al ánimo pendenciero y a la mente le causan un *delirium tremens* raramente asociado con la ingesta del sake.

Daba gusto ver brillar el sol derramando sus rayos en un valle cercado por colinas en el cual se asienta hermosamente el poblado de Odate. La caricia del sol cuando toca a Japón convierte a sus cerros y montes densamente arbolados, así como a los valles cuidados como jardines, en verdaderos paraísos. En un viaje de casi mil kilómetros que llevo no ha habido una mancha de paisaje a la que el sol no haya vuelto hermosa.

Cruzamos cinco vados con el agua que llegaba al nivel de los flancos de las caballerías. En uno de ellos, la fuerza de la corriente hizo que mi *magó* perdiera el equilibrio y se cayera. Tuvimos que usar el caballo para sacarlo mientras él no hacía más que cantar y hacer piruetas, con ese brillo en la mirada de los borrachos que no se le fue ni con el remojón de agua fría. El temporal había sembrado una cadena de desastres. Los canales fluviales se habían ramificado por efecto de las lluvias, el camino anegado era irreconocible durante un buen tramo, en casi veinte kilómetros los puentes habían sido arrastrados y una vasta extensión de la tierra se hallaba cubierta de rocas, árboles arrancados de cuajo y troncos que habían rodado desde los cerros. Sin embargo, los laboriosos campesinos se habían puesto en movimiento y ya se los veía colocando pilotes, acarreando en caballerías tierra para formar terraplenes y levantando muros de piedra para prevenir una nueva catástrofe. En esta comarca las campesinas, cuando trabajan en el campo, llevan una indumentaria que me gusta porque parece muy práctica: unos pantalones de color azul claro bien ceñidos en la cintura con un amplio blusón encima.

Cuando llegamos aquí, a Shirasawa, después de tantas dificultades y vimos que no podíamos avanzar más porque los caminos no se habían reabierto, me disgustó la larga y airada discusión, sostenida con las caballerías aún sin descargar, entre Ito y el posadero. Al parecer, este se negaba a darme alojamiento con el pretexto de que la semana anterior la policía había estado en su casa y le había prohibido recibir a cualquier extranjero que antes no se hubiera registrado en la comisaría más cercana, la cual, en este caso, se encontraba a tres horas de viaje. Yo intervine en la discusión para indicar que las autoridades de la prefectura de Akita no podían invocar ninguna normal local para ir en contra del edicto imperial bajo el cual se expiden los pasaportes. El posadero insistía en que si violaba la prohibición, incurría en una multa y en la retirada de la licencia del negocio. Ningún ciudadano extranjero, afirmaba, se había alojado antes en Shirasawa y no dudo que debió de añadir que esperaba que a ninguno se le ocurriera pedir alojamiento en el futuro. Hicieron una copia de mi pasaporte y despacharon a un corredor especial hasta la comisaría. Habría lamentado mucho que tanta insistencia en mis derechos pudiera acarrearle problemas al buen hombre. Muy agitado, por fin me dio una habitación que a un lado daba al pueblo y a otro a un estanque sobre el cual, como si así se deseara invitar a los

mosquitos, se levantaba una parte del cuarto. No concibo cómo los japoneses pueden considerar que adorna el jardín de sus casas un agujero lleno de agua sucia.

Debo reconocer que en casi todos los lugares donde he pasado la noche he observado el deseo cordial de que me sintiera a gusto. Además, considerando que a menudo me he tenido que quedar en aldeas pequeñas y rústicas alejadas de las grandes rutas del país, el alojamiento, dejando a salvo las pulgas y los olores, ha resultado ser de una calidad sorprendente, sin rival, me parece, al que pudiera encontrar el viajero en regiones igualmente remotas de cualquier país del mundo.

Esta tarde aquí, como en miles de otros pueblos, los hombres vuelven a casa después del trabajo, cenan, se ponen a fumar, se entretienen con sus hijos, los llevan de acá para allá, observan cómo juegan, trenzan cuerdas de paja, hacen sandalias de paja, cortan tiras de bambú, tejen capas impermeables también de paja y pasan, en fin, el rato entregados a esas pequeñas ocupaciones prácticas y quehaceres artesanos que en nuestros países de Europa la gente practica menos. No hay, por ejemplo, reuniones en la tienda donde venden sake. Por pobres que sean las casas, los hombres disfrutan pasando el tiempo en ellas. En cualquier caso, los niños son la gran atracción. Ese jaleo y desobediencia que frecuentemente convierten a los hogares de nuestras clases medias en pequeños zoológicos, son desconocidos en este país, donde la sumisión y la obediencia se inculcan desde la cuna como algo natural. A medida que me muevo hacia el norte, observo menos signos religiosos y da la impresión de que la escasa fe religiosa de estas gentes se reduce básicamente en creer en ciertos amuletos y supersticiones laboriosamente alentadas por sacerdotes y monjes.

En cuanto a las mujeres, tienen sus propias reuniones en donde el cotilleo y el hablar por hablar, caracterizados por una falta de decoro en las palabras verdaderamente oriental, son el «arroz» de cada día. Creo que, en muchas cosas, especialmente en las que están en la superficie, los japoneses están muy por delante de nosotros, pero en muchas otras se hallan inconmensurablemente por detrás. Viviendo en medio de esta raza cortés, laboriosa y civilizada, uno llega a olvidar que se comete una gran injusticia contra ella si comparamos sus usos y hábitos con los que siguen pueblos moldeados por el cristianismo durante siglos. ¡Quiera Dios que fuéramos los bastante cristianos como para que la comparación redundara en nuestro favor, cosa que no ocurre!

30 de julio

En el cuarto al otro lado del mío se alojaban dos hombres con una severa afección ocular. Llevaban el cráneo rapado y unos largos y extraños rosarios. Cuando caminan tocan unos pequeños tambores. Son peregrinos que se dirigen al templo de Fudo en Meguro, cerca de Yedo. Fudo es representado como un ídolo sedente y rodeado de un halo flamígero que en una mano sostiene una espada y en la otra una cuerda. Tiene la fama de devolver la vista a los ciegos. A las cinco de la mañana los dos peregrinos empezaron sus devociones que consistían en la repetición, a gran rapidez y en un tono alto y monótono, durante dos horas de la frase *Namu myoho rengo kyo*, invocación de la escuela budista de Nichiren. Esta fórmula sánscrita, que ningún japonés entiende, significa, en opinión de algunos de los mejores estudiosos, «¡Gloria a los sutras que nos dan la salvación!». Otros se inclinan por el significado de «¡Salve, ley preciosa y escritura sagrada de la flor de loto!». Un tercer grupo le atribuye este otro: «¡Cielo y tierra! Las enseñanzas de la escuela de la Maravillosa Flor de Loto». A intervalos se oía la otra invocación de *Namu Amida Butsu* y los dos tambores no dejaban de sonar continuamente.

La lluvia, que había empezado otra vez a caer a las once de anoche, no cesó desde las cinco a las ocho de esta mañana, pero no a gotas, sino como un aluvión. En medio de este diluvio, todas las cosas de la habitación quedaron envueltas de un espeso manto de tinieblas (dijeron que era un eclipse). A una jornada del final de mi viaje, toda parada involuntaria es exasperante. A mis oídos llegan opiniones contradictorias sobre las grandes dificultades que nos esperan en el camino que, de confirmarse, supondrían que tardaríamos por lo menos tres o cuatro días. Espero que no te aburras con la monotonía de mis cartas. Tal como las escribo, pretenden representar las escenas que un viajero puede presenciar recorriendo todo el norte de Japón. Si tienen algún interés, no es otro que el de ser representaciones fieles, escritas al pie del cañón, de lo que un extranjero ve y oye por estas vastas, pero apenas transitadas regiones.

CARTA 28

*Ikarigaseki (prefectura de Aomori). 2 de agosto*

Las profecías sobre las adversidades que íbamos a encontrar se cumplieron. La lluvia no cesó en seis días y cinco noches, excepto unas pocas horas cada vez; y durante las últimas trece horas, como cuando sobrevino el eclipse en Shirasawa, caía con tal intensidad que formaba una cortina de agua como solo llegué a ver unos minutos en mi viaje por tierras ecuatoriales. Me he quedado varada aquí por el temporal dos días enteros, durmiendo en un lecho húmedo, vistiendo ropa húmeda y rodeada de objetos —las botas, el bolso, los libros— igualmente húmedos y verdes por el moho. Las lluvias se llevan todo por delante: caminos, puentes, arrozales, árboles, bancales, todo es barrido de forma inmisericorde y arrastrado catastróficamente hacia el océano, en el estrecho de Tsugaru, tan seductoramente cerca ya de nosotros. La gente sencilla invoca a sus dioses, a las deidades olvidadas de los ríos y las montañas, del sol y de la luna y a toda la cohorte celestial para que los salve de esta plaga de desmesuradas lluvias.

Acompañados de dos caballerías y tres hombres, dejamos Shirasawa a mediodía, cuando vimos que parecía que el cielo se iba a despejar. Era un paisaje de gran belleza: un valle agreste, al fondo del cual bajaban numerosas quebradas, que convertía en sorprendentemente pintoresco la presencia de oscuros cedros japoneses de silueta piramidal, unos árboles que son la gloria bendita de este país. Cinco de los vados que tuvimos que cruzar eran bastante profundos y con aguas impetuosas. La misma entrada en ellos resultó bastante complicada pues, en lugar de riberas suaves, engullidas por la crecida de las aguas, presentaban unas orillas abruptas que los *magos* tuvieron que nivelar a golpe de azadón.

Después de recorrer ocho kilómetros, vimos que el camino era intransitable para los caballos, por lo que dos de los *magos* se echaron el equipaje a las espaldas y seguimos subiendo por la ladera de la montaña y sorteando como podíamos la riada, aunque en algunos tramos el suelo blando por la humedad nos llegaba hasta la rodilla. El camino había desaparecido por las aguas y en todo el valle había fuertes corrimientos de tierras. Afortunadamente este riesgo no duró mucho pues, cuando empezábamos a vernos rodeados por quebradas más sombrías y altas, pobladas de cedros, salimos a un camino nuevo y bastante bueno, incluso con suficiente anchura para un vehículo. Por esta ruta, después de atravesar dos barrancos por puentes en buen estado, el camino se interna en un

soberbio bosque y luego zigzaguea hacia arriba hasta llegar al puerto de Yadate en cuya cima, sobre un desmonte en piedra arenisca, se yergue un hermoso obelisco que marca el límite entre las prefecturas de Akira y Aomori. Para estar en Japón, se trata de un excelente camino, muy bien trazado y pavimentado, con cobertizos de madera colocados a intervalos regulares bajo los cuales los viajeros pueden descansar. Dejé atrás a mis compañeros de viaje y paseé sola por este puerto hasta cruzar al otro lado de la montaña en donde el camino ha sido excavado en rocas de vivos tonos rosáceos y verdosos, y de aspecto brillante por el agua que rezumaba su superficie. Admiré, más que ningún otro paisaje de los que hasta hora he visto en Japón, la belleza de este puerto de montaña que deseo volver a ver, pero bajo un cielo azul y despejado. Me recordó mucho el puerto de Brünig en los Alpes suizos y en cierto modo algunos de los puertos a los que subí en mi viaje por las Montañas Rocosas de Estados Unidos. Sin embargo, el arbolado aquí es mucho más soberbio. Es un paraje solitario, majestuoso, sombrío, solemne; sus gigantescos cedros, erectos como mástiles, lanzan sus elevadas agujas al cielo en busca de luz; los helechos, amantes de la penumbra y la humedad, eran las únicas plantas que formaban el sotobosque. Los árboles derramaban liberalmente al aire su fragancia balsámica, mientras que en los recovecos sin luz de incontables quebradas y oquedades, cristalinas torrenteras saltaban y caían, ahogando con su estruendo de tonos graves el musical murmullo de las corrientes más humildes. Ni un solo viajero con sus pasos perturbaba la paz y soledad de estos parajes, ni el trino de un ave, ni el zumbido de un insecto.

En medio de esta sublime belleza y estando todavía en el punto más alto del puerto, la lluvia, que durante el día entero había sido débil pero continua, empezó a descargar copiosamente, primero en forma de aguacero, luego en forma de cortinas de agua. Las precipitaciones en forma de agua han sido compañeras de viaje tan fieles en las últimas semanas que al principio casi pasaron desapercibidas, pero muy pronto se tornaron tan violentas que atraparon mi atención. El estruendo del agua se oía por todas partes, árboles de tamaño descomunal se derrumbaban destrozando a otros en su caída, las rocas echaban a rodar arrastrando a los árboles en su descenso, el nivel de las aguas se elevaba a ojos vistas.

En esta situación tan crítica en que nos tocaba iniciar la bajada y al ver que la ladera de la montaña era una cascada por la que se despeñaban árboles, troncos y rocas, tuvimos la suerte de encontrarnos dos mulas de carga cuyos arrieros no sabían que el camino hasta Odate se había vuelto intransitable. Mis culis intercambiaron las cargas con ellos. Eran dos caballerías robustas, y sus *magos* habilidosos y valientes. Dijeron que si nos dábamos prisa, podríamos llegar a la aldea de la que ellos venían. Sin embargo, mientras hablaban, tanto el camino como el puente fueron arrastrados por la riada. Ante el peligro, insistieron en amarrarme a la montura de carga. La gran corriente, cuya belleza había admirado momentos antes, se había transformado en algo pavoroso que tuvimos que cruzar cuatro veces por lugares que ni siquiera eran vados. Sus aguas se estrellaban y rugían ahogando el débil murmullo de las voces humanas. El torrente de agua caído de los cielos zumbaba en todo el bosque, árboles y troncos se precipitaban montaña abajo, miles de cascadas aumentaban el fragor y, en medio del desconcierto causado por esta extraordinaria sucesión de visiones y estruendos, nosotros dábamos tumbos por el río, los hombres con el agua hasta los hombros, las bestias con el agua hasta los lomos. Cruzamos el río una y otra vez. Las riberas habían quedado anegadas y resultaba muy difícil tanto entrar como salir del cauce; las caballerías tenían casi que trepar o saltar a lugares tan altos como sus grupas sobre superficies resbalosas o quebradizas, y dos veces los hombres se vieron obligados a improvisar con sus hachas peldaños de madera para que pudieran subir o bajar. El ímpetu de la riada en el último vado puso al límite la resistencia de hombres y bestias. Yo, lo confieso, me sentía tan impotente al verme atada a la montura por mi propia seguridad que hasta cerré los ojos. Después de cruzar, alcanzamos las tierras que son jurisdicción de esta aldea. Vimos arrozales y los diques reventados con todos los hermosos surcos y camellones de los demás campos de cultivo perfectamente anegados.

Las aguas iban en crecida, decían los hombres, por lo que había que darse prisa. Me desataron para que pudiera cabalgar más cómodamente, y aceleramos la marcha. Los hombres a la carrera y los cuadrúpedos tropezando y salpicando por todas partes, cruzamos el río Hirakawa por un puente bien construido. Casi un kilómetro más adelante volvimos a cruzar el mismo río por otro puente, mientras en nuestro interior deseábamos con toda el alma que todos los puentes

de Japón fueran tan firmes como estos dos, ambos de unos treinta metros y provistos en el centro de sendos estribos.

Entramos en Ikarigaseki desde el último de los dos puentes mencionados. Con ochocientas almas y situado en una plataforma entre un cerro y el río Hirakawa, es un pueblo desolado y venido a menos que tiene en la madera su única industria. La madera yace apilada en todas sus formas: troncos, tablas, planchas, ripia, listones, astillas, y todo el lugar se asemeja más a un aserradero que a un pueblo donde viven personas permanentemente. Pero el hermoso emplazamiento que ocupa lo hace distinto de los innumerables pueblos vistos hasta ahora.

La calle es larga y estrecha, con corrientes de agua canalizadas en acequias de piedras que vierten a la calle desde sus dos lados. Pero también estas estaban desbordadas; y hombres, mujeres y niños se hallaban inmersos en la tarea de construir diques para contener el agua que, en muchas casas, había alcanzado el zaguán e incluso anegado el suelo, más elevado, de tatami. Apenas había casas con ventanas de papel y en las pocas que las tenían, el papel estaba tan negro por el humo que parecía peor que si no lo hubiera. Casi todas las techumbres eran planas y estaban hechas de ripia sujeta con listones y grandes piedras. La mayoría de las viviendas dan la impresión de ser cobertizos temporales y su interior es sumamente sombrío. Muchas de ellas tienen paredes que no son más que tablas sin cepillar atadas a los montantes con cuerdas trenzadas de paja.

Bajo un diluvio, sentada en charcos de agua y calada hasta los huesos desde hacía varias horas, llegamos a esta primitiva *yadoya*, cuya planta baja está ocupada por la *daidokoro*, es decir, la cocina, llena de estudiantes atrapados por la tormenta, caballos, gallinas y perros. El cuarto que me asignaron está en el miserable altillo al cual se accede por una escalera que arranca desde tal lodazal que cada vez que debo bajar me tengo que poner unas botas de goma. Al principio todo me parecía desoladoramente grotesco. El estruendo del agua que caía a cántaros sobre la techumbre impedía que Ito oyera lo que le decía. La camilla está empapada y el agua de lluvia, por haber entrado en el arca, había disuelto lo que quedaba de la leche condensada y reducido la ropa, libros y papeles a un amasijo de objetos pegajosos. El kimono que usaba para dormir no estaba menos mojado que el resto de mis cosas. Me dejaron unos pliegos de papel impermeable sobre los que no llevaba media hora acostada cuando Ito me

informó a gritos que los aldeanos temblaban por que el puente por el que hacía poco habíamos llegado estaba a punto de ser arrastrado por la riada. Los dos echamos a correr hacia la ribera del río donde nos unimos a un gentío demasiado ocupado en ser testigo del inminente desastre como para reparar en la presencia de la primera extranjera vista en su vida.

El río Hirakawa, que una hora antes no era más que un tranquilo arroyo de montaña de cristalinas aguas con poco más de un metro de profundidad, ahora corría convertido en un atronador torrente de espumosas crestas y aguas fangosas de dos metros y medio de hondo. Su cauce llegaba cargado de inmensos troncos recién talados, árboles enteros, raíces, ramas, astillas. El estribo de este lado del puente parecía muy debilitado; sin embargo y con la salvedad del temblor del estribo central cada vez que era embestido por un grueso tronco, la estructura del puente resistía con firmeza. De hecho, lo hacía con tanta firmeza que dos hombres, ansiosos por salvar las pertenencias que tenían al otro lado del puente, lo cruzaron después de que yo llegara. Como el puente río arriba había cedido, después llegaron flotando troncos ya limpios de gran tamaño, hasta cuarenta o más de ellos, todos excelentes troncos de casi diez metros de largo. Debió de haberse perdido la mayor parte de la madera cortada en el puerto de Yadate, pues más de trescientos troncos fueron arrastrados por la corriente en el breve espacio en que yo estuve mirando. Una gran pérdida para un pueblo que vive de la madera. Los hombres intentaron salvar algunos desde una de las orillas más altas, pero solo pudieron rescatar uno de cada veinte que se perdían. Fue de verdad emocionante presenciar el espectáculo del descenso de todos esos troncos y los instantes en que iban a impactar contra el estribo del puente estuvieron cargados de suspense. Al cabo de una hora, dos troncos soberbios de bastante más de diez metros de largo bajaron flotando muy juntos uno de otro y embistieron contra el estribo casi simultáneamente. La sacudida fue terrible. El gran puente dejó escapar un horroroso gemido, como si de un ser vivo se tratase, y se partió por la mitad cayendo a la riada para reaparecer instantes después entre la espuma, reducido a tabloncillos que flotaban en su camino impetuoso hacia el océano. Del puente no quedó nada. Otro puente que había río abajo fue igualmente arrastrado a la mañana del día siguiente, de modo que hasta que el cauce pueda ser vadeado, esta aldea ha quedado completamente aislada del

mundo. De cincuenta kilómetros de una ruta en que había diecinueve puentes, solamente quedan dos, y hasta el camino ha quedado casi totalmente anegado.

## CARTA 28 (*Continuación*)

*Ikarigaseki*

He agotado casi por completo los recursos de este lugar. Los he empleado en salir tres veces al día para ver cómo va bajando el nivel de las aguas del río, en hablar con el posadero y el *kocho*, en observar cómo juegan los niños y hacen la ripia los hombres, en comprar juguetes y dulces para repartirlos entre los más pequeños, en aplicar tres veces al día loción de zinc a bastantes ojos afectados por infecciones. Este tratamiento seguido tres días seguidos ha obrado mejoras espectaculares. También me he dedicado a observar cómo se cocina, hila y la gente realiza otras tareas domésticas en el *daidokoro* de la posada, a mirar cómo los caballos, también estabulados en este espacio, se alimentan de hojas verdes de los árboles como si fuera heno, a ver a algunos leprosos que acuden a las aguas termales de este pueblo en busca, si no de cura, de alivio a su terrible enfermedad; y también a estar tumbada en mi camilla, a coser, a leer los libros de la Sociedad Asiática y a estudiar todas las posibles rutas que me lleven a la ciudad de Aomori. Mi éxito en tratar las afecciones oculares me ha granjeado las simpatías de la gente que no deja de venir con muchas enfermedades para que se las examine. La mayor parte se hubieran evitado con limpieza tanto de la ropa como de sus personas. La ausencia de jabón, la infrecuencia con que lavan sus prendas de vestir y la ausencia de ropa interior les provocan diversas enfermedades cutáneas que agravan las picaduras de insectos. Casi la mitad de los niños de este pueblo tienen la cabeza infestada de parásitos.

Me encantan los niños japoneses. Jamás he visto que lloren, ni que den problemas o sean desobedientes. La piedad filial es una virtud central en la vida japonesa en la cual la obediencia sin rechistar es un hábito secular. Esas mañas o amenazas con que las madres de Europa engatusan o atemorizan a sus hijos para forzarlos a la obediencia son desconocidas en este país. Admiro la manera en que se les enseña a los niños a ser independientes en sus diversiones. Parte integral de

la educación recibida en casa es aprender las reglas de los diferentes juegos, que son absolutas, y cuando surge una duda, en lugar de detener el juego con una discusión, el veredicto de una persona mayor decide el asunto. Los niños aquí juegan solos y no andan importunando a los adultos. Suelo llevar encima caramelos y se los doy a los niños, pero ninguno los ha recibido sin primero obtener permiso de su padre o madre. Cuando reciben el permiso, entonces sonrían, hacen una profunda reverencia, aceptan los caramelos y, antes de llevárselo a la boca, entregan algunos a los presentes. Son, en suma, criaturas gentiles, aunque excesivamente formales y precoces.

No llevan un atuendo especial. Resulta tan extraño que no me canso de repetirlo. Cuando cumplen tres años, los visten con el kimono y el ceñidor, unas prendas tan incómodas para sus pequeños cuerpos como lo son para los de sus padres. Verlos entregados a sus juegos infantiles con esa indumentaria parece grotesco. Sin embargo, nunca he presenciado eso que llamamos diversiones infantiles, es decir, ese abandonarse por lo general a impulsos diversos, como darse golpes, echar a rodar, pegar saltos, dar patadas, gritar, echarse a reír, pelearse, incluso discutir.

Hay dos chiquillos a los que se les da muy bien pegar minúsculos carritos de papel a la espalda de los escarabajos que encuentran en el campo. El resultado es una diminuta recua de ocho de estos insectos transportando unos granos de arroz sobre una superficie inclinada. Es fácil imaginar el destino de este cargamento entre chicos de nuestras latitudes cuyas manos se abalanzarían sobre los carritos. Aquí, en cambio, los niños observan concentrados e inmóviles cómo se mueven los insectos y a nadie se le ocurre exclamar un «¡no lo toques!». En casi todas las casas hay minúsculas jaulas en miniatura hechas de palitos de bambú para grillos y saltamontes, y los niños se divierten dando de comer a estos voraces insectos. En las acequias que vierten a la calle se ven diminutas norias de juguete accionadas por el agua que baja con fuerza. Son un ejemplo de los muchos e ingeniosos juguetes mecánicos cuya construcción y funcionamiento absorben muchas horas la atención de la gente menuda. Ahora es tiempo de vacaciones en la escuela, pero a los niños se les encargan deberes, por lo que al atardecer se puede oír en la calle durante una hora o así el murmullo de sus voces infantiles recitando las lecciones que deben memorizar. Al revés que en nuestros países donde los exámenes tienen lugar al final del curso, aquí se

celebran al comienzo, es decir, después de las vacaciones, una costumbre que pone de manifiesto el sincero deseo de comprobar lo que han aprendido los alumnos en sus casas.

Esta tarde, a pesar de ser ventosa, ha hecho buen tiempo, una doble circunstancia aprovechada por los niños para salir a jugar con sus cometas. Son de un cartón casi siempre decorado con grandes caras de héroes de la historia japonesa pegado a un armazón rectangular con uno de los lados de hasta metro y medio hecho de madera de bambú. Algunas cometas disponen incluso de un artefacto acústico fabricado de hueso de madera capaz de emitir un silbido cuando vuela. Toda la gente del pueblo se presentó para presenciar una interesante competencia entre dos grandes cometas. La cuerda de las dos, de más de diez metros de larga, estaba cubierta de cristal molido pero cortante, de modo que las dos cometas luchaban por acercarse una a otra y poder cortar la cuerda adversaria. Al cabo de dos horas, una lo consiguió ganando como trofeo la cometa cortada, después de lo cual los dueños de las dos cometas contendientes se cruzaron tres reverencias a modo de saludo. Los espectadores contemplaron la emocionante contienda con el mismo respetuoso silencio con que habían observado la destrucción del puente. Había también algunos niños subidos en zancos que jugaban volando sus cometas, un pasatiempo nada fácil que exige mucha destreza en los pocos que se atreven a intentarlo. Después presencié una carrera con zancos en la que, ahora sí, participaron muchos niños. Los juegos más llamativos que tienen lugar al exterior se celebran en determinadas épocas del año, por lo que nos quedamos sin verlos.

En esta *yadoya* hay doce niños y después del anochecer suelen entretenerse con un juego que, según Ito, «se practica casi en todos los hogares de Japón durante el invierno». Los niños se sientan en un círculo bajo la mirada atenta de los adultos. Recordemos que esta devoción por los niños es aún más común en Japón que en Estados Unidos, y, a mi parecer, se lleva a cabo mejor aquí.

## CARTA 29

*Kuroishi. 5 de agosto*

Después de todo, las aguas de los ríos no bajaron de nivel tanto como se esperaba y debí pasar un cuarto día en Ikarigaseki. Salimos el sábado a buena hora pues teníamos que viajar veinticinco kilómetros sin parar. Los rayos de sol brillaban por todo el hermoso trayecto, incluido los parajes asolados por la catástrofe de la riada, como a menudo brillan en la superficie rizada del océano el día siguiente de un temporal. Contratamos a cuatro hombres, cruzamos dos vados profundos en donde antes había puentes que habían sido arrastrados por la riada y en donde se nos mojó el equipaje; fuimos testigos de la devastación traducida en pérdida de cosechas y derrumbe de árboles; pasamos bajo un acantilado de sesenta metros de largo formado de finas columnas de basalto en forma hexagonal y bruscamente nos vimos ante una vasta llanura de verdes arrozales cuyas espigas ondeaban al sol bajo la fresca brisa del norte. La llanura estaba salpicada generosamente de arboladas aldeas y cercada de colinas. En lontananza se elevaba, supuestamente a mil quinientos metros de altura, la cima de Iwakisan enharinada de nieve, y parte de una cordillera que cortaba la llanura por el oeste. En la mayoría de los pueblos el nivel del agua había subido hasta un metro y veinte centímetros erosionando la parte inferior de los muros de barro de las viviendas. La gente estaba enfrascada poniendo a secar sus tatamis, futones y prendas de vestir, reconstruyendo los diques y puentes pequeños, así como pescando los troncos que seguían bajando por los ríos en grandes cantidades.

En una de las poblaciones por las que pasamos dos policías de aspecto miserable se abalanzaron sobre nosotros haciéndose con las bridas de mi caballería y me tuvieron esperando mucho tiempo en medio de una turba de gente, mientras no dejaban de manosear mi pasaporte, hojeándolo incansablemente y alzándolo al trasluz como si desearan desentrañar algún misterio nefando oculto en sus páginas. Mi caballo tropezaba tanto que me vi obligada a desmontar y caminar para evitar una caída. Justo cuando estaba a punto de desfallecer, quiso la buena suerte que encontráramos un *kuruma* que me llevó a la bonita población desde la que escribo, Kuroishi, de cinco mil quinientos habitantes, famosa por la manufactura de sandalias con suela de madera y peines. Me alojo en un cuarto muy limpio y bien oreado del piso de arriba de una posada, con excelentes vistas al paisaje exterior y a la rutina de lo que hacen mis vecinos en sus jardines y en los cuartos traseros de sus casas. En lugar de continuar el viaje hasta Aomori, he decidido quedarme aquí tres días y

dos noches. Además, como el tiempo ha mejorado y tengo una habitación notablemente alegre, la estancia seguro que será agradable. Como he dicho antes, es difícil conseguir información más allá de lo que hay en los siguientes pocos kilómetros y ni siquiera en la Oficina de Correos son capaces de precisar qué día sale el barco correo entre Aomori, distante treinta kilómetros, y Hakodate.

La policía, no satisfecha de ver mi pasaporte, deseaba también verme por lo que cuatro de sus agentes me hicieron una cortés visita domiciliaria la misma tarde de mi llegada. Esa tarde el redoblar de tambores era incesante y poco después de acostarme, Ito me anunció que debía levantarme porque había algo digno realmente de ver. Me puse el kimono y sin el sombrero que tanto llamaba la atención salí a la calle; de esa guisa mi identidad de extranjera pudo pasar felizmente desapercibida gracias también a que este pueblo no tiene ninguna iluminación. En medio de las tinieblas y con las prisas yo iba dando tumbos por las calles hasta que unos brazos fuertes me abrieron camino. Era el posadero que de repente apareció con un hermoso farol colgado de un palo que sostenía en la mano y con la luz a mis pies. Me acordé de la frase bíblica: «Y tus palabras, Señor, iluminaron mis pies».

No tardamos en llegar al lugar del pueblo desde el cual ver la procesión que ya avanzaba hacia donde estábamos. El espectáculo fue tan hermoso y pintoresco que me tuvo clavada en el sitio una hora entera. El desfile recorría todas las calles entre las siete y las diez de todas las noches de la primera semana de agosto. Llevaban un arca que contenía tiras de papel en las cuales, a mi entender, estaban escritos los deseos de la gente. Todas las mañanas a las siete esta arca era transportada hasta el río en cuyas aguas arrojaban las tiras de papel. La procesión consistía, además, en tres tambores de tamaño monstruoso de una altura próxima a la estatura de un hombre, hechos de piel de caballo y sujetos con correas a los tamborileros, y treinta tambores pequeños. Los redobles en unos y otros eran incesantes. Todos los tambores llevaban un *tomoye* o blasón pintado. Además, había cientos de farolillos de papel colgados de palos de diferentes longitudes y todos alrededor de un farol central de más de metro y medio de largo, sostenido por un poste de seis metros de largo. En los lados de este gran farol de papel se veían pintadas en colores brillantes criaturas míticas y místicas, de modo que más que un farol parecía un conjunto de transparencias. Alrededor, como digo, había cientos de bonitos faroles con transparencias de todas las figuras imaginables,

desde abanicos a peces, aves, cometas y tambores. Detrás caminaban centenares de adultos y niños sosteniendo farolillos circulares. Además, de los aleros de todas las casas por donde pasaba la procesión colgaban hileras de farolillos con el *tomoye* en un lado y dos sinogramas en el otro. Jamás había visto una escena que fuera más propia de un cuento de hadas que de la realidad. Los movimientos ondulantes de tantísimos faroles que se balanceaban a medida que la procesión avanzaba, las luces mortecinas y los resplandores suaves oscilando en las tinieblas, la muchedumbre invisible y silenciosa... Este festival lo llaman *tanabata* o *seiseki*. Fui incapaz, sin embargo, de obtener información al respecto. Ito afirma saber su significado, pero no puede explicarlo y añade la muletilla con que acaba siempre que se ve con dificultades de explicarme algo: «Eso es algo que un erudito como el señor Satow podrá explicarle a usted cuando regrese a Yedo»<sup>27</sup>.

## CARTA 30

*Kuroishi. 5 de agosto*

Estoy en un lugar agradable y mi cuarto, además de luminoso y pulcro, tiene muchas ventajas, por ejemplo, me permite observar a mis vecinos. Así, desde este observatorio, he visto cómo una dama japonesa se arregla para una boda. Una joven casada se sienta de rodillas ante un tocador portátil de laca negra en donde hay un ramillete de flores de cerezo artificiales de color dorado y un soporte plegable también lacado que sostiene un espejo metálico bruñido. La dama abre varias gavetas del tocador y saca cajitas de laca con diversos artículos que pone en el suelo. Detrás está de pie una peluquera que se apresta a peinar, partir y trenzar el cabello de la dama el cual, como el de todas las japonesas, es de un negro brillante, pero ni fino ni largo. El peinado es una construcción en sí mismo, una obra perfecta de arte. En la parte superior de la cabeza la peluquera forma dos rayas, separadas entre sí poco más de seis centímetros, y el cabello que hay entre ellas lo peina, lo fija con una bandolina a base de *Uvario japonica*, lo alza cinco centímetros por encima de la frente, lo lleva hacia atrás, lo anuda y con un prendedor lo sujeta al pelo de la nuca. El resto del cabello lo peina desde las sienes hacia atrás y luego lo ata sin apretar con unas tiras de papel. Después saca

de una gaveta larga del tocador varios postizos y, con la ayuda de un poco de bandolina fijadora y un cojinete duro, la peluquera da forma a un moño normal y blando al cual añade algunos rizos y lazos de pelo trenzados con un poco de crepe azul oscuro con lentejuelas doradas. El conjunto es atravesado, a modo de adorno, con un grueso prendedor cuadrado de carey.

Los peinados están determinados por la costumbre y son invariables. Solamente varían en caso de las niñas dependiendo de su edad. Además, hay ligeras diferencias entre el peinado de una mujer casada y de otra soltera. Las dos rayas en la parte superior del cráneo y el moño nunca varían. Es necesario, por otro lado, usar bastante fijador pues cuando salen fuera las mujeres nunca llevan la cabeza cubierta. El peinado se suele conservar en bastante buen estado una semana o más, gracias al taco de madera sobre el que, a modo de almohada, colocan la nuca cuando duermen.

Pero el trabajo de la peluquera no acaba con el peinado, porque después debe eliminar con unas pinzas todo vestigio capilar de las cejas, así como la pelusilla que pueda haber en las sienes y en el cuello. Esta eliminación de todo el vello, por minúsculo que sea, contribuye a que al cabello natural dé la impresión de ser una peluca. Después la dama por sí misma saca una gaveta de polvos del tocador y se los aplica generosamente en el cutis, las orejas y el cuello, hasta que toda la piel se asemeja a una máscara. A continuación, toma un pincel de pelo de camello y se unta los párpados con una sustancia cuyo efecto es que los ojos parezcan más brillantes. Después se ennegrecen, o más bien se reennegrecen, los dientes con un pincel de plumas mojado en una solución a base de agallas de roble y limaduras de hierro, un proceso tedioso y repugnante que debe repetirse varias veces; finalmente se aplica una capa de carmín en el labio inferior. No puedo afirmar que el efecto final sea agradable, pero a la joven dama sí que debió de parecerlo pues, después de acabar, volvió la cabeza para mirarse en el espejo y sonrió con satisfacción. El resto de su *toilette*, que sumado a los preparativos anteriores la llevó más de tres horas, lo realizó en privado. Cuando reapareció a mi vista, tenía todo el aspecto de una muñeca de madera de expresión candorosa que se ha arreglado con esa placidez, armonía y exquisito buen gusto que caracterizan la indumentaria de las japonesas.

Hay una etiqueta social sumamente rígida que marca una barrera infranqueable entre el atavío de una mujer virtuosa de cualquier rango social que

sea y el de sus hermanas de virtud frágil. La humillante verdad de que muchas de nuestras modas femeninas tienen un origen en esas mujeres cuya posición tanto deploramos —modas que en nuestros países de Europa después copiamos escrupulosamente todas las mujeres, de cualquier estamento social al que pertenezcamos—, no merece crédito alguno entre las japonesas para las cuales sería una vergüenza cualquier aproximación por mínima que sea en el estilo del peinado, de los adornos o del vestido llevados por esa clase de mujeres.

Me extrañó saber que había tres «estudiantes cristianos» de Hirosaki que deseaban verme. Resultaron ser tres jóvenes elegantemente vestidos, de aspecto notablemente inteligente y que hablaban, los tres, algo de inglés. Uno de ellos tenía el rostro más radiante e intelectual que he visto en Japón. Pertenecen a la clase social samurái, como debiera haber supuesto por el tipo superior de fisonomía y porte. Afirmaron haber oído decir que había una dama inglesa en la posada y me preguntaron si yo era cristiana. Mi respuesta afirmativa no pareció convencerles mucho hasta que, como reacción a su pregunta de si tenía una Biblia, les mostré una.

Hirosaki es una ciudad-fortaleza de cierta importancia a poco más de doce kilómetros de aquí. El antiguo daimio del lugar patrocina una escuela superior o pequeña universidad cuyos dos directores han sido, sucesivamente, dos profesores de Estados Unidos. Estos hombres tuvieron que haber sido varones ejemplares en su conducta y convincentes en su enseñanza, ya que bajo su magisterio treinta jóvenes abrazaron el cristianismo. Teniendo en cuenta que todos estos jóvenes han recibido una buena formación y que varios de ellos están casi listos para ser empleados por el Gobierno como maestros, el hecho de que hayan aceptado el «nuevo camino» es un signo prometedor para el futuro de esta región.

## CARTA 31

*Kuroishi*

Ayer fue un día hermoso en el cual, después de liberar de sus funciones de ese día a Ito —la primera vez que lo hago desde que está a mi servicio—, alquilé un

*kuruma* y me aventuré a realizar yo sola una grata excursión por una ruta *cul de sac* en las montañas. El único inconveniente fue el infame estado del camino, lo cual me obligó a bajarme del vehículo y a caminar en algunos trechos o a ir dando tumbos de manera inmisericorde. El conductor del *kuruma* era una simpática, afable y alegre criatura, feliz, según me dijo Ito, de tener la oportunidad de llevar una gran atracción, como una extranjera, por una región en la cual ningún otro extranjero había viajado. En medio de la absoluta seguridad de que goza quienquiera que viaje por Japón y de la cual hace ya largo tiempo tengo plena conciencia, rememoro con sentimiento de reproche a mí misma los recelos experimentados en Kasukabe.

El paisaje, ya sumamente bello de por sí, aquilataba su hermosura gracias al sol y a los colores: maravillosas tonalidades de cobalto e índigo, de azules verdosos y verdes azulados, así como los destellos de blanca espuma que se precipitaban por insospechadas grietas del terreno. Parecía una tierra muy agradable, sencilla y hogareña.

Atravesamos por aldeas de campesinos que habitaban en viviendas muy primitivas hechas de un barro con el que parecían haber embadurnado a mano las paredes. Estas presentaban una ligera inclinación hacia el interior de la vivienda, la techumbre de paja era tosca y los aleros muy salientes y cubiertos de todo tipo de material vegetal. Aunque en algunas casas se veía una abertura para la salida del humo, en la mayoría este salía por donde podía, como si se tratara del horno de un tejat. Carecían de ventanas y las paredes y las vigas eran negras y relucientes. Una parte de su interior funcionaba como corral para gallinas y caballerías, y la otra como vivienda para las personas. Las casas estaban vivas por la presencia de niños sin ropa y cuando volvía a pasar por ellas al caer la tarde, vi a hombres y mujeres, desnudos hasta la cintura, sentados a la puerta de sus viviendas al lado de gente menuda vestida solo con amuletos, y alrededor grandes perros de pelaje amarillo formando parte de uno y otro núcleo familiar. ¡Y los rostros de perros, niños y adultos todos expresaban una plácida felicidad! Estos campesinos son propietarios de muchos y buenos caballos, y sus cosechas son pingües. Es probable que los días de fiesta, de *matsuri* como dicen aquí, se vistan con las mejores galas que atesoran en sus armarios. No pueden ser tan pobres en el sentido de no alcanzarles lo indispensable para vivir; simplemente están muy «atrasados». No conocen nada mejor y están felices así, pero sus viviendas son tan

malas como no he visto en ningún otro lugar. La simplicidad del Edén particular de estas gentes se une a una suciedad tal que me hace dudar hasta de que se laven una vez a la semana.

El Nakano Superior es muy hermoso y en el otoño, cuando la infinitud de arces de hojas palmiformes adquieren sus tonalidades de carmín y escarlata sobre el fondo de oscuros cedros en los cuales resplandece el cuchillo líquido de grandes cascadas, bien vale la pena hacer un largo viaje para visitarlo. No he visto nada que me agrade más que estos parajes. En uno de ellos me llamaron la atención una escalinata de piedra bien construida con los peldaños tapizados de musgo que descendía hasta el agua de un estanque, un encantador puente, dos soberbios *torii* de piedra, unas lanternas también de piedra y otra escalinata, esta grandiosa, formada por altos peldaños de piedra que llevaban a una umbría de cedros donde se levantaba un pequeño santuario sintoísta. No muy lejos destacaba un árbol sagrado con todas las señales de ser símbolo de amor y venganza. Todo el paraje era cautivador.

El Nakano Inferior, al cual solo pude acceder a pie, es interesante únicamente por albergar manantiales, algunos de aguas muy calientes recomendables en casos de reumatismo y afecciones oculares. El balneario consta básicamente de casas de té y *yadoyas*. Parecía un lugar bastante animado. Está construido alrededor del borde de una hondonada alargada, en el fondo de la cual se levantan las cuatro salas de baño, solo separadas nominalmente, provistas de dos entradas por donde acceden los bañistas. En las dos salas situadas en los dos extremos de este conjunto, y dentro de grandes piletas, se bañaban las mujeres con niños, mientras que los hombres y las mujeres hacían lo propio en las dos salas centrales, pero aunque se bañaban juntos, unos estaban a un lado y las otras en el opuesto. Después del baño podían sentarse en unos salientes de madera, a modo de banco corrido, todo alrededor de la sala. Yo seguí ciegamente a mi conductor del *kuruma* hasta el balneario; una vez en su interior, tuve que salir por el otro extremo ante el apremio de la gente de detrás. Sin embargo, los bañistas tuvieron la consideración de fingir no darse cuenta de mi involuntaria intromisión inducida con toda inocencia por el conductor del *kuruma*. Cuando estuve dentro me llamó la atención la urbanidad y cortesía, en este ambiente rural, de los bañistas, una observación ya constatada en otras partes del país. La gente se pasaba los cazos del agua y las toallas del baño unos a otros con

profundas reverencias. Dicen que un baño comunitario es el lugar donde se forma la opinión pública, como ocurre en nuestro país en los cafés y casinos, y que la presencia de mujeres previene consecuencias peligrosas o sediciosas. Sin embargo, el Gobierno está haciendo todo lo que puede para impedir la promiscuidad en el baño y, aunque las reformas vayan despacio en estas remotas regiones, es indudable que llegarán tarde o temprano. Estas salas de baño son una de las instituciones más típicas de Japón.

## CARTA 32

*Hakodate (Yezo)<sup>28</sup>. 12 de agosto*

El viaje de Kuroishi a Aomori, no obstante su corta distancia (treinta y seis kilómetros), resultó ser tremebundo debido a la condición en que se encontraban los caminos. En efecto, la lluvia, que había vuelto a caer, y el paso de cientos de recuas sobrecargadas de pescado en salazón habían convertido la ruta en un verdadero pantano. Al final de la primera etapa, la Agencia de Transportes se negó a proporcionarnos un *kuruma* alegando el pésimo estado de los caminos. Pero, como no me encontraba lo bastante bien como para seguir en caballo, tuve que sobornar con una suma modesta a dos hombres para que me llevaran hasta la costa. Así, turnándose los dos, pudimos proseguir el viaje tolerablemente bien, aunque me tocó bajar del vehículo y caminar siempre que encontrábamos una subida pronunciada y muchas veces cuando la bajada también lo era. Resultó igualmente imposible ir montada en el *kuruma* cuando debíamos pasar por riachuelos cuyos pequeños puentes habían sido arrastrados. Había también tramos en que tenía que caminar, frecuentemente distancias de hasta doscientos metros, mientras los hombres llevaban en volandas el vehículo vacío porque las ruedas e incluso el eje se hundían en el suelo pantanoso del camino.

Todo el día no dejamos de encontrarnos con recuas cargadas de pescado en salazón destinado a las diferentes regiones del interior. Las aldeas campesinas mostraban un aspecto cada vez más lamentable. La construcción de las casas era muy elemental a base de barro con agujeros toscamente abiertos en las paredes para la entrada de luz y salida de humos. En algunas, el material de las paredes se

reducía a grandes tiras de corteza con haces de paja atadas a unos palos con cuerdas. Las techumbres no estaban bien cuidadas, aunque este abandono lo cubrían las plantas trepadoras de sandías que se extendían profusamente sobre ellas. Si bien no se veían indicios de pobreza, los lugareños presentaban un aspecto muy sucio. Al parecer se ganaban un buen dinero con las acémilas y como arrieros empleados para el transporte de pescado desde Yezo al interior y de arroz del interior a Yezo.

En Namioka pasamos por la última de las innumerables crestas montañosas que he tenido que cruzar desde que salimos de Nikko. Fue en un puerto llamado Tsugarusaka. Desde este alto, que dominaba un paisaje fragoso y casi enmarcado por colinas cubiertas de pinares, pude por fin contemplar el mar gris oscuro con tonalidades de un suntuoso índigo de tonos violáceos. Corrían las nubes, los colores eran más vivos, el aire límpido y frío, el suelo turboso del entorno, la fragancia de los pinos balsámica... el aspecto, las sensaciones, los aromas me hacían sentir que estaba en casa. Ese mar gris que tenía delante era la bahía de Aomori. Más allá estaba el estrecho de Tsugaru. En otras palabras, mi largo viaje por tierra tocaba a su fin.

Después de que un viajero nos informara de que había un vapor que hacía el trayecto a Yezo durante la noche, decidí, presa de una gozosa emoción, contratar los servicios de cuatro hombres para que me llevaran como pudieran —tirando del *kuruma*, empujándolo, llevándolo en volandas— a Aomori, una ciudad de casas grises, techumbres grises con piedras grises encima, que se extendía en una playa de arenas igualmente grises en torno a una bahía igual de gris. En otras palabras, una población de aspecto miserable aunque, eso sí, con la dignidad de capital de la prefectura del mismo nombre.

Disfruta Aomori, sin embargo, de un importante comercio de exportación de ganado y arroz a Yezo, además de ser puerto de salida de un inmenso flujo migratorio que todos los años se desplaza del norte de Japón a las industrias pesqueras de Yezo. Asimismo, concentra el gran volumen de importaciones de pescado, pieles y mercancías extranjeras que llegan de Hakodate. Hay también algo de comercio con una laca jaspeada, bonita, pero sin mucho valor, que llaman «laca de Aomori», aunque en realidad no se elabora aquí. La especialidad local es un dulce hecho de alubias y azúcar. El puerto marítimo tiene un buen calado y está bien resguardado, aunque no dispone de muelles ni de instalaciones

adecuadas para el comercio de mercancías. La ciudad cuenta además con caserones y los habituales edificios del Gobierno, pero no tuve tiempo de informarme de nada, pues mi estancia de apenas media hora la empleé en sacar el billete en la agencia Mitsu Bishi donde me pidieron y copiaron el pasaporte, en dar un bocado a un trozo de pescado en un restaurante que solo tenía de «comida extranjera» unas mesas cubiertas de sucios manteles y en correr por la playa gris para tomar la barcaza o *sampán* que debí compartir con pasajeros japoneses de tercera clase apiñados a bordo.

Se levantaba el viento y aumentaba el oleaje cuya espuma volaba por encima de nuestras cabezas. El vapor ya pitaba con impaciencia y con las máquinas en movimiento. Se puso a lloviznar mientras que de pie yo intentaba que el viento no se llevara el papel impermeable con que protegía mis documentos. Entonces saltaron a la barcaza tres policías inoportunos que exigieron ver mi pasaporte. ¡Por un instante deseé que los tres se hundieran en el fondo del mar con el pasaporte! El vapor era un pequeño paquebote de remos de unas setenta toneladas, sin ninguna protección fuera de una simple cabina en cubierta. Estaba limpio y cuidado como un yate, pero, al igual que un yate, parecía perfectamente inadecuado ante las inclemencias del tiempo. El capitán, los ingenieros y los miembros de la tripulación eran todos japoneses y no hablaban ni una palabra de inglés. Yo tenía la ropa empapada y el frío se sentía por la noche más vivamente que por el día, pero el capitán tuvo la delicadeza de abrigarme con varias mantas, por lo que no lo pasé tan mal. La travesía se inició a última hora de la tarde con un vigoroso viento del norte que antes de las once de la noche se convirtió en galerna. El mar estaba agitado y el vapor avanzaba penosamente entre olas encrespadas que escupían mucha agua en la cabina. Cada media hora bajaba el capitán, golpeaba suavemente el barómetro, daba un sorbo de té, me ofrecía un terrón de azúcar y hacía algún gesto indicando el mal tiempo a merced del cual fuimos zarandeados sin piedad hasta las cuatro de la madrugada. A partir de entonces, se puso a llover copiosamente y la galerna remitió de momento. No era una embarcación adecuada para una travesía nocturna y menos con un temporal, por lo que en tales condiciones siempre se quedaba en puerto. Como dijeron que este temporal fue el peor que había azotado el estrecho de Tsugaru desde el pasado mes de enero, el capitán estaba preocupado, aunque se cuidaba bien de mostrarlo.

El viento arreció otra vez después de la salida de sol, casi cuando, tras haber navegado catorce horas para recorrer poco menos de cien kilómetros, llegamos a los cabos del puerto de Hakodate. A lo lejos, entre la lluvia y la niebla y en medio del vendaval y los truenos —«sonidos del mar del septentrión»— pudimos avistar la altura sombría de las montañas de Yezo que me daban una bienvenida salvaje a estas costas del norte del archipiélago nipón. Todo lo que vi fue un peñón como el de Gibraltar, una ciudad plomiza de aspecto despiadado que se esparcía en desorden por una colina, unas coníferas, numerosas embarcaciones como juncos de tonos grises, unos cuantas naves y vapores con aparejos extranjeros amarrados al puerto, aparte de muchos *sampanes* deslizándose por las aguas bravías y entrevistos bajo las ráfagas de lluvia. Aun así y sin saber bien por qué, me sentí bien en esta atmósfera norteña y ventosa.

Como nadie esperaba que el vapor se hubiera hecho a la mar con la galerna, no había nadie para recibirme y pisé tierra al lado de cincuenta japoneses arracimados a bordo de un *sampán* y azotados por un temporal tan violento que necesitamos una hora y media para recorrer poco menos de un kilómetro. Después tuve que esperar a la intemperie y a la merced del viento en la playa hasta que los funcionarios de Aduanas se despertaran. A continuación, luchamos otra vez contra el temporal esta vez marchando cuesta arriba más de un kilómetro. Me esperaban en el hospitalario Consulado británico, pero como no sabía dónde estaba, me presenté aquí, a la Casa de la Misión donde los señores Dening tuvieron la gentileza de invitarme cuando los conocí en Tokiyo. Me sentía indigna de entrar en una vivienda civilizada, pues, además de estar empapada hasta los huesos, llevaba todo manchado de barro incluyendo el sombrero. Mis botas y guantes estaban arruinados y el equipaje salpicado de barro se encontraba igualmente chorreando de agua salada del mar. No obstante este aspecto, sentí que tenía todo el derecho del mundo a saborear el triunfo de haber vencido tantos obstáculos y haber llevado a cabo más de lo que me había propuesto cuando salí de Yedo.

¡Qué musical es el clamor del océano de estas latitudes del norte! ¡Qué inspirador el bramido y aullido de los vientos tempestuosos! Hasta el impacto furioso de la lluvia me hace sentir como en casa y ¡qué estimulante este frío que me hace hasta tiritar! No te puedes imaginar la delicia de hallarme en un cuarto con una puerta que se puede cerrar sin que nadie entre, de dormir en una cama y

no en una camilla, de encontrar veinticinco cartas llenas de buenas noticias y de poder leerlas bien calentita y tranquila bajo el techo de una casa como Dios manda.

## CARTA 33

*Hakodate (Yezo). 13 de agosto*

Tras la tremenda explosión del temporal de los últimos dos días, el tiempo se ha vuelto espléndido. Tan hermoso, en efecto, que me parece que el clima en esta gran isla es más vigorizante que el de la isla principal de Japón, la de Honshu. Bien es cierto que sigo estando en suelo japonés, pero noto diferencias. Cuando se levanta la niebla, lo que se ve no son montañas vestidas de verde frondosidad, sino cumbres peladas, volcanes solo recientemente extinguidos, aunque con rojas cenizas que llamean bajo el cielo del mediodía y que bajo el sol del ocaso adquieren una gama de rosa al violeta.

Sin embargo, una simple mirada a Hakodate le hace a una sentir que se trata de Japón de los pies a la cabeza. Las calles son muy anchas y limpias, pero las viviendas, miserables y bajas. La ciudad tiene el aspecto de haber acabado de salir de una conflagración. Las casas no son más que yesca. No se ven las techumbres de grandes tejas que he visto en otras ciudades. En las anchas calles azotadas por el viento no se ve un solo elemento de cierta estabilidad. Es un lugar ajetreado y en crecimiento. Su superficie cubre más de tres kilómetros a lo largo de la costa y se estira al máximo colina arriba. Pero, aun así, las casas y sus moradores presentan un aspecto de pobreza. Y un aspecto también esquelético debido en parte al elevado número de las permanentes perchas para secar la ropa que se ven en los tejados. Un rasgo destacado de estos es la presencia de piedras. Contemplada la ciudad desde lo alto, destacan kilómetros de piedras grises, hasta tal punto que todos los tejados de esta ciudad expuesta a tantos vendavales se mantienen en su sitio gracias al peso de las piedras. Y hay algo más. Algunas de las azoteas se hallan totalmente empedradas como si fueran patios, mientras que otras están tapizadas de césped y hierbas siempre verdes. Ambos recursos son simples medidas de precaución contra el riesgo de incendios. A pesar del aspecto

tan extraño que confieren a las casas, estas piedras constituyen ciertamente la forma más barata posible de mantener en su sitio los tejados en una región tan azotada por el viento.

Ninguna de las calles de la ciudad llama la atención, a no ser una que sube hasta la colina y que está flanqueada de templos. Casi todas las casas son también tiendas, la mayor parte de las cuales abastecen con productos de primera necesidad a los numerosos y empobrecidos habitantes del poblado. En la calle principal abundan también artículos extranjeros verdaderos o de imitación. Me llamó la atención la presencia de pieles y cornamentas en tiendas dedicadas a su venta. Tengo ganas de tener esas grandes pieles de oso y esas otras, de intenso color crema, de los perros de raza ainu, artículos bonitos y a la vez baratos. Igualmente se ven muchas tiendas de productos de segunda mano. A los extranjeros nos tientan también los artículos de laca barata de Aomori.

## CARTA 34

*Hakodate, Yezo*

Estoy disfrutando tanto Hakodate que, aunque mi viaje está perfectamente planificado y todos los preparativos hechos, he dejado que pasen los días en esta ciudad.

Ha habido una desagradable aclaración con respecto a Ito. Recordarás que lo contraté sin una sola letra o carta de recomendación y que me dijo a mí y también a la señora Parkes que después de contratarlo yo, su anterior amo, el señor Maries, le había pedido que volviera con él. A esto Ito replicó que «tenía un contrato con una señora». Pues bien, resulta que el señor Maries está aquí y ahora me entero de que tenía un contrato con Ito por el cual se había comprometido por siete dólares al mes a trabajar para el señor Maries siempre que este necesitara sus servicios. Sin embargo, cuando oyó que yo ofrecía doce dólares, desapareció sin despedirse del señor Maries y entró a mi servicio. El señor Maries sufrió una considerable incomodidad con su fuga y pasó muchos apuros en completar su colección botánica ya que Ito iba a prestarle una gran ayuda pues, aparte de ser muy inteligente, no solo ya había sido adiestrado en

cómo secar bien las plantas, sino que además gozaba de su confianza pudiendo mandarlo de viaje dos o tres días a recoger semillas. Me da mucha pena por el señor Maries. Me ha dicho que Ito era un mal muchacho cuando lo conoció, pero cree que lo curó de algunos de sus defectos y al final Ito trabajó fielmente. He estado con el señor Maries en la casa del cónsul británico y he convenido con él que, una vez concluya mi viaje por Yezo, Ito volverá a su legítimo amo que lo llevará un año y medio a China y Formosa y que se preocupará de su bienestar en todos los aspectos. El doctor y la señora Hepburn, que también están aquí, recibieron malos informes de Ito nada más empezar mi viaje y estaban preocupados por mí. Sin embargo, aparte de esa mentira al comienzo, no he encontrado ningún defecto en él y sus creencias sintoístas tampoco le han enseñado a ser mejor. Cuando esta mañana le pagué sus honorarios, me preguntó si había visto algún defecto en él. Le comenté mis reparos a sus modales. Se tomó muy bien mi comentario y me prometió que se iba a enmendar, «aunque», añadió, «mis modales no son más que los de un misionero».

Ayer cené en el Consulado británico donde conocí al conde Diesbach, de la legación francesa, al señor Von Siebold, de la austriaca, y al teniente Kreitner, del Ejército austriaco. Todos ellos emprenden mañana una expedición exploratoria al interior de la isla. Tienen el plan de llegar a las fuentes de los ríos que vierten sus aguas al mar de la costa del sur de la isla y de medir la altura de algunas de las montañas. Van bien provistos de comida y de vino tinto, pero se llevan tal número de ponis de carga que creo que van a fracasar, mientras que yo, que he reducido mi equipaje a veinte kilos, voy... ¡a triunfar!

Espero ponerme en marcha mañana. Es la parte culminante y largamente acariciada de mi viaje. La he planeado yo misma con la confianza que me da ser una viajera experimentada. ¡Qué ilusión! Estoy segura de que la visita a los aborígenes de esta isla me va a deparar experiencias tan novedosas como interesantes. Y ahora me despido de ti por largo tiempo.

## CARTA 35

*Ginsainoma (Yezo). 17 de agosto*

¡Heme aquí de nuevo en tierras inexploradas! Estoy ahora mismo sentada fuera de esta habitación del piso de arriba, prácticamente encima de un lago solitario rodeado de cumbres boscosas de tonos violáceos y de sombras que se hacen más y más densas a medida que cae el sol. Por la cuesta más próxima de mi cuarto veo a unos hombres arrastrar el cuerpo sin vida de un oso que acaban de matar a golpe de lanza. No estoy en ninguna aldea, por lo que los únicos sonidos que flotan en el aire calmoso de este final de tarde son el canto incesante de las chicharras y la brisa rumorosa que llega del bosque. Los tonos del ocaso son el rosa y el verde. En la superficie teñida del lago se ven las corolas cerúleas de grandes lirios acuáticos, mientras que, a lo lejos, allende los montes arbolados, se yergue la cima desnuda, puntiaguda, peñascosa del volcán Komonotaki encendido por las luces llameantes del crepúsculo. No inferior al placer de este paisaje vespertino es el hecho de encontrarme absolutamente sola pues he recorrido a caballo los treinta kilómetros que me separan de Hakodate sin la compañía ni de Ito, ni de ningún guía. He quitado yo sola la montura de la caballería y, con la ayuda de muchas cortesías y el uso hábil de algunos sustantivos japoneses, he sido capaz de conseguir una buena habitación y una cena consistente en arroz, huevos y alubias negras para mí, y otra de alubias molidas para mi caballo. Este animal, por pertenecer al *kaitakushi* o gobernador de la isla y poseer la dignidad de llevar herraduras... de hierro y no de paja, se halla autorizado a gozar de un trato especial.

Todavía no estoy exactamente en las rutas de la isla de este Japón inexplorado, pero mi ánimo se encuentra en alza gracias al buen tiempo, al aire más seco de estas latitudes y a la libertad que se respira en Yezo. Yezo es, con respecto a las otras tres grandes islas de Japón, algo parecido a lo que Tejas puede ser para un neoyorkino, es decir, una tierra escasamente poblada, agreste y apenas conocida. Sin mucho miedo de ser acusada de exagerada, la gente hace de Yezo el hogar de toda clase de historias improbables en las cuales si los ainus, el pueblo aborigen de esta isla, y las travesuras de sus caballos ponis son protagonistas, destacan como actores de reparto perros, osos, lobos y salmones. Nadie ha venido a estas tierras sin haber sido testigo de algo misterioso y nadie se ha ido de ellas sin haber sufrido alguna caída desde el caballo. Es muy poco lo que se sabe de las tierras de su interior, excepto que están cubiertas de bosques impenetrables por bejucos, lianas y un sotobosque de bambúes por los que uno

solo se puede abrir paso provisto de machete, y por pantanos igualmente intransitables que dan origen a cientos de ríos abundantes en peces. En diferentes puntos de la isla se puede apreciar el resplandor de sus volcanes. Los bosques son el coto de caza de los ainus, unos perfectos salvajes en todo excepto en la disposición de su carácter del cual se dice que es tan gentil e inofensivo que me siento perfectamente segura viajando entre ellos.

Esta primera incursión de una dama extranjera en el país de los aborígenes ainus ha despertado un amable interés. En consecuencia, el cónsul británico, señor Eusden, ha realizado tan buenos oficios con las autoridades japonesas pertinentes que el gobernador de la isla me ha concedido un *shomon*, es decir, un certificado o carta oficial con el derecho a conseguir caballos y culis en cualquier lugar de la isla a la tarifa oficial de seis *sen* o céntimos de yen por cada *ri* —algo menos que una legua— recorrido. Este documento me permitirá, además, gozar de preferencia de alojamiento en las casas destinadas a los funcionarios cuando van de viaje de trabajo y recibir asistencia oficial cuando fuera necesaria. Asimismo, el gobernador ha teleografiado a las autoridades del otro lado de la bahía del Volcán para que me proporcionen *kurumas* oficiales cuando los precise y hasta que detengan la salida de los vapores cuando así lo exijan mis necesidades de viaje. Estoy muy agradecida al cónsul por procurarme un documento que hará innecesaria la presentación del pasaporte y que facilitará enormemente mis desplazamientos.

En esta isla de Yezo, donde deben importarse productos aquí tan básicos como arroz y té, hay una tarifa uniforme en las *yadoyas* de treinta *sen* por día que incluye tres comidas diarias aunque no se consuman. Los caballos abundan, pero son pequeños y no aguantan fácilmente cargas muy pesadas. Llevan las pezuñas descalzas a pesar de lo cual y de las extrañas formas que tienen, se mueven muy bien por terrenos abruptos alcanzando una media de recorrido de más de seis kilómetros la hora. Siempre van detrás de una caballería a la que llaman «caballo guía». Si se viaja sin uno de estos caballos guía y se va en una fila montado en primer lugar, el caballo se resiste a dar un paso. Para avanzar, en efecto, necesita que delante se mueva uno de estos caballos guía. Aquí no hay arrieros que conduzcan la recua de caballerías, sino que un hombre monta el caballo guía y cabalga a la velocidad que desee; o bien, si no se tiene a un hombre que lo monte,

basta con disponer de uno de estos caballos guía. Los caballos son baratos y, como he indicado, abundantes.

La ruta me llevó por una subida de unos cuarenta kilómetros. Después de pasar por Ninai, una cuidada aldea de aire europeo en medio de buenas cosechas —uno de los puntos elegidos por el Gobierno para realizar pruebas agrícolas y otros experimentos de aclimatación—, me interné en el terreno montañoso propiamente dicho. En la cima de un cerro pude gozar de una estupenda vista del cabo Hakodate, que se asemeja a una isla en medio de un mar de azul intenso; y desde lo alto de un alcor aún más alto, mirando en dirección norte, de otra magnífica con la cumbre rosácea y desnuda del volcán elevándose sobre tres hermosos lagos cercados por frondosos bosques.

En el camino me crucé con recuas cargadas de sake que se dirigían al interior de la isla. La gente de Yezo es muy dada a la bebida y los ainus pobres beben escandalosamente. En ruta desmonté del caballo para descansar caminando un trecho cuesta arriba y la silla, como no estaba firmemente amarrada, se deslizó y cayó por debajo de la barriga del animal. Me vi incapaz de colocarla en su sitio porque era demasiado pesada para mis fuerzas. Después de caminar un rato sosteniendo el ramal del caballo, aparecieron dos japoneses guiando una recua cargada de pieles de ciervo. Estos hombres no solamente me ayudaron a poner la montura sobre el lomo de mi caballo, sino que sostuvieron las riendas mientras me subía de nuevo y luego me hicieron una cortés reverencia mientras me alejaba. ¿Hay alguien que no se resista a sentir agrado por gente tan educada y amable?

*Mori (bahía del Volcán). Lunes*

Ni siquiera Ginsainoma resultó ser un paraíso una vez que se hizo de noche: fui literalmente empujada a la cama por un ejército de mosquitos. Ito está de excelente humor en esta parte del viaje. Como a mí, le gusta la libertad que se respira en Yezo. Se muestra también mucho más cortés y agradable, y henchido de orgullo por el *shomon* que nos ha dado el gobernador de la isla, un documento con el cual se pavonea en hoteles y Agencias de Transportes por donde pasamos. Nunca me va tan bien como cuando me facilita las cosas. El sábado fue un día gris y sin vida, y la cabalgata de once kilómetros por una ruta arenosa en medio

de la monotonía de bosques y pantanos, con el volcán a un lado y colinas arboladas al otro, fue aburrida y fatigosa. Vi cinco serpientes grandes apelotonadas y muchas más reptando entre la hierba. No encontré ninguna aldea, pero sí varias casas de té muy pobres, así como largos cobertizos con pesebres de madera en forma de troncos, como si fueran canoas, que contenían forraje para los caballos. Aquí no camina nadie, sino que todo el mundo va montado al trote con las piernas cruzadas sobre el pescuezo de la caballería y con grandes sombreros parecidos a los cestillos de transportar carbón. Los caballos están infestados de garrapatas; a veces hay cientos de ellas atormentando a los pobres animales que, irritados por las picaduras, se revuelcan de repente en el suelo derribando carga y caballero. He visto esto dos veces. A menudo las garrapatas pasan de la piel del animal a la de su jinete.



DOS AINUS

Mori es una aldea grande y destartalada, próxima a la punta sureña de la bahía del Volcán. Se trata de un lugar salvaje y de aspecto tristón en una costa arenosa con un buen número de *goroyas* o casas de cita y personajes de mala fama. Tampoco son muy respetables algunas de las *yadoyas*, pero la que yo ocupó me agrada. Se goza en ella de una estupenda vista del volcán, en un extremo de la bahía. Mori carece de puerto, aunque cuenta con un muelle inacabado de más de cien metros de largo. El ferri vapor que cruza la bahía está aquí y hay un camino de herradura muy difícil que corre ciento sesenta kilómetros a lo largo de la ribera de la bahía, aparte de una ruta que lleva al interior. Así y todo, se trata de un lugar decadente y abandonado. Anoche hubo mucho alboroto en la posada pues algunos viajeros del cuarto contiguo contrataron a unas geishas que se pusieron a tocar instrumentos, a cantar y a bailar hasta las dos de la madrugada. Todos los participantes en la fiesta bebían y bebían sake sin parar. En estas latitudes norteñas el verano agoniza. Ya han madurado las semillas de las flores que estaban en su máximo esplendor cuando llegué, y por aquí y por allá asoman tonalidades amarillentas en las colinas y esos matices inconfundibles de los arces que preludian la gloria y el frescor del otoño.

*Yubets (Yezo)*

El estridente pitido del «vapor», aunado a la información de que «no podía esperar un minuto más», quebró la monotonía de la espera. Y, bajo un sol sofocante, nos apresuramos al muelle al lado de una turba de japoneses y embarcamos en un vapor de un tamaño no superior al de una falúa grande con cubierta. Todos los nativos quedaron amontonados en un agujero techado, mientras que a mí me condujeron con todo miramiento al camarote de la tripulación, un espacio en proa de metro y medio cuadrado, lleno de rollos de maromas, donde, confinada y en digna soledad, me quedé a merced de la mirada fija de ocho ojos que no dejaban de escudriñarme pacientemente por las ventanillas. El vapor llevaba dos días esperándome, para gran mortificación mía y de dos extranjeros que deseaban regresar a Hakodate.

Era un día espléndido: abajo, con espumosas crestas en un mar admirablemente azul; arriba, con el resplandor de las cenizas rojizas del volcán en el extremo sur de la bahía que refulgían al sol del ocaso. La brisa soplaba con

fuerza y a favor de nuestra embarcación, pero aun así nos costó seis aburridas horas cubrir cuarenta kilómetros, de modo que habían dado las ocho de la tarde, aunque era ya de noche, cuando pudimos llegar a la hermosa bahía de Mororan, casi cerrada con costas escarpadas y cubiertas de bosques<sup>29</sup>. Sus aguas poseen suficiente profundidad para el anclaje de los barcos de guerra extranjeros que ocasionalmente atracan en su puerto con notable detrimento de la ciudad. Desembarcamos en *sampanes* tan sobrecargados de pasajeros que varios de estos se cayeron al agua, lo cual fue tomado por los mismos como motivo de diversión. Los empleados de las diferentes *yadoyas* de la ciudad estaban ya en el muelle tratando de captar huéspedes para sus respectivos establecimientos. Se iluminaban con grandes faroles de papel cuya luz opaca y continuos balanceos producían un efecto hechizador, como el reflejo de las estrellas en una superficie inmóvil de agua. Mororan es una pequeña ciudad muy pintoresca situada en la escarpada costa de una encantadora bahía. Sobre ella se alza una colina cubierta de frondosos árboles. La ciudad cuenta con santuarios a los que se accede por escalinatas de piedra. Detrás de la colina se localiza la primera aldea ainu que hay en esta costa.

La calle, larga e irregular, tiene cierto carácter. Me impresionó la presencia, cosa extraña, de vagabundos, así como el aspecto disoluto del lugar a causa del elevado número tanto de *joroyas*, como de *yadoyas* convertidas en antros de vicio. Solo pude conseguir un cuartito en una posada muy pobre y sucia, aunque no había mosquitos, en la cual tuve la suerte de disfrutar de una buena cena con pescado. Cuando encargué caballos para el día siguiente, me encontré con que todo había sido ya dispuesto para mi viaje. El gobernador había enviado temprano su tarjeta con una nota preguntándome si había algo que yo deseara ver o hacer en la ciudad, pero como la mañana se presentó con un cielo plomizo y amenazador, decidí seguir adelante y a las nueve y media de la mañana ya estaba subida en el *kuruma* a la puerta de la posada. Y digo bien «el *kuruma*» pues era el único de la ciudad, siendo reservado por el Gobierno para el transporte de los pacientes del hospital. Me quedé incómoda y pacientemente sentada en el vehículo por espacio de media hora, entretenida solo viendo cómo Ito flirteaba con una muchacha muy bonita. Se reunió por allí un número de gente ociosa pero, nadie se acercó a tirar del *kuruma*, hasta que al final se hizo triste realidad la noticia de que los tres colis apalabrados para llevarme se habían fugado y estaban

siendo buscados por cuatro policías. Bajé del vehículo y para matar el tiempo me fui a caminar por la empinada cuesta que arranca de la ciudad. Me encontré con el señor Akiboshi, un agradable y joven topógrafo japonés que habla inglés y que tildó a Mororan del «peor lugar de Yezo». Después de pasar dos horas irritada por la pérdida de tiempo, fui alcanzada por Ito que, con un humor de perros, llegaba con los caballos.

—Son los culis peores y más ruines de todo Japón —farfulló con rabia—. Dos más se han escapado y ahora van a venir tres que han sido ya pagados como si fueran cuatro. Los primeros tres que desaparecieron también habían cobrado ya. El empleado de la Agencia siente vergüenza de que esto ocurra ante una extranjera y el gobernador está furioso.

A mí no me importaba, excepto el hecho de haber perdido el tiempo. Sin embargo, cuando se presentaron los tres conductores del *kuruma*, vi que su aspecto era un tanto rufianesco. Su manera de llevar puestas las prendas de cáñamo era tan inquietante que cuando despaché a Ito para que se adelantara veinte kilómetros con objeto de asegurar caballos de repuesto, decidí que se llevara todo el dinero por miedo a estos hombres. Como si lo hicieran a propósito, llevaban el *kuruma* por donde más piedras y baches había, al tiempo que no dejaban de proferir la salvaje exclamación de *haes-ha, haes-hora*, como si estuvieran tirando de un carromato cargado de piedras. Verdaderamente fuera de Hakodate no hay conductores de *kurumas* y los hombres no saben cómo tirar de ellos. Es evidente que es un trabajo que aborrecen.

La bahía de Mororan es realmente hermosa contemplada desde lo alto de la colina. El paisaje costero de Japón en por lo general de una belleza que jamás he visto en otras partes del mundo, con excepción del litoral de barlovento que hay en Hawáii. Después de que el camino cayera abruptamente, pude atisbar aquí y allá la inmensidad del Pacífico. Estas visiones intermitentes, terrenos sin cultivar, deshabitados y pantanosos y, en lontananza, colinas cubiertas de bosques componen el paisaje que se ofreció a mis ojos hasta que llegué a Horobets, una aldea con población japonesa y ainu asentada en un arenal al lado del mar.



GRANERO O ALMACÉN AINU

En estas aldeas con población de ambas etnias, a los ainus se les obliga a vivir a una distancia respetuosa de los japoneses, a los cuales frecuentemente, como ocurre en Horobets, superan en número. En efecto, en este pueblo viven cuarenta y siete familias ainus y solo dieciocho japonesas. Las aldeas ainus parecen más grandes de lo que en realidad son, ya que casi todas las casas disponen de un *kurra* o almacén que es una especie de hórreo de paja levantado poco menos de dos metros sobre el nivel del suelo y sostenido por unos palos. Describiré mejor sus casas cuando esté más familiarizada con ellas. De momento, diré solamente que no se parecen a las japonesas tanto como las de la Polinesia pues están construidas de carrizos hábilmente trenzados y atados a una estructura de madera. Disponen de pequeñas ventanas y techumbres de considerable altura y de mucha pendiente. La superficie de la techumbre de paja muestra una serie de bonitos adornos y el caballete consiste en varios palos cubiertos de carrizos y también adornados. Los ainus del litoral suelen ocuparse de la pesca, aunque en esta época del año los hombres están de caza en los bosques. A lo largo de esta costa se pueden encontrar varios topónimos compuestos del sufijo *-bets* o *-pets*, que es la palabra ainu para significar «río»; por ejemplo, Horobets, Yubets, Mombets, etc.

Me encontré con que Ito llevaba toda una hora enzarzado en un violento altercado causado por la negativa del empleado de la Agencia de Transportes a proporcionarnos conductores para el *kuruma* dando como motivo que nadie en Horobets estaría dispuesto a tirar del vehículo. Sin embargo, cuando le presenté el *shomon* del gobernador, inmediatamente inicié el viaje de veinticinco kilómetros con tres muchachos japoneses. Mientras, Ito se adelantaría en caballo hasta Shiraoi para tener listo el alojamiento cuando yo llegara. Me parece que todas las Agencias de Transportes de Yezo están bajo el control del Gobierno. En unos pocos minutos tres ainus salieron de una casa, se hicieron cargo del *kuruma* y sin parar tiraron de él toda la primera etapa del viaje. Se llevaron también a un muchacho y tres caballos ensillados en los que poder regresar al término del viaje. Se turnaban montando en caballo o conduciendo el *kuruma*. Los dos más jóvenes se encargaban de tirar de las varas del vehículo y el otro, de más edad, iba detrás empujando. Fueron muy amables y tan educados que, superada la novedad, olvidé por completo que estaba sola entre salvajes. Los dos más jóvenes eran lampiños, de labios gruesos y bocas muy anchas. Me pareció que la etnia a la que se asemejaban más sus facciones era la esquimal. A un lado y otro del rostro les caía una cascada de pelo negro y suave. El hombre de más edad no era un ainu puro. Su pelo oscuro no era muy grueso y tanto el tono del mismo como de la barba presentaban destellos de tono castaño rojizo. Creo que nunca he visto un semblante más perfectamente hermoso de facciones y expresión, con un aire elevado, triste, distante, gentil y al mismo tiempo intelectual, más propio del *Cristo* pintado por Noël Paton que de un salvaje. Sus ademanes eran muy elegantes y hablaba tanto ainu como japonés con esa grave cadencia musical tan característica del idioma ainu. Estos ainus nunca se quitan la ropa, sino que se contentan de dejar al descubierto uno o los dos hombros cuando hace calor.

El camino de Horobets a Shiraoi es muy solitario: en todo el trayecto no vimos más que cuatro o cinco casas. Disfruté especialmente mientras viajábamos a primera hora de la tarde. Me sentía tan bien al ver que había dejado atrás los confines de la civilización y todas las trabas de los viajes entre japoneses y que ahora me envolvían la soledad de la naturaleza y una atmósfera de libertad antes no experimentada. Después de subir y bajar por un boscoso cerro, el camino pareció recuperar su estado original de maleza. Entonces los hombres detuvieron su marcha ante el borde cortado de una pendiente que descendía a una orilla de

guijarros y a un espumoso riachuelo de aguas limpias, aunque de tonos entre azul y verde por hallarse impregnadas del azufre de unos manantiales termales que nacían arriba. La preciosa corriente de agua estaba salvada por dos troncos separados unos treinta centímetros entre sí por los que yo quise caminar con la ayuda de los ainus. Pero los troncos eran muy inestables y dudo que alguien calzado con botas pudiera andar sobre su superficie sin caerse. Fue en ese momento cuando el ainu guapo me hizo un gesto para que volviera y me subiera a sus hombros. Pero no había dado unos pocos pasos por los troncos, cuando estos temblaron por lo que tuve que retroceder con mucho cuidado. ¡No te puedes imaginar el mareo y miedo que sentí en esos momentos! Después, cargado conmigo, el ainu cruzó por la impetuosa corriente con el agua hasta los hombros. Luego me llevó por un terreno pantanoso lleno de maleza y subió por la empinada ribera del río con gran fatiga de mente y cuerpo, apenas mitigada por el disfrute que yo sentía al verme absurdamente montada «a caballo» en los hombros de un salvaje para salvar las aguas. A continuación, los cuatro hombres se las apañaron para transportar hábilmente en volandas el *kuruma*. En todo momento mostraron una gran solicitud en que no se mojaran ni el vehículo ni mi persona. Después de esta pintoresca travesía, cruzamos dos ríos más de aguas tranquilas pero profundas usando unas gabarras. A lo lejos, sobre el terreno grisáceo y el océano igualmente de tono plomizo, el sol se ocultaba con dorados arreboles de rojas y llameantes pinceladas por detrás de la masa verdosa de una montaña de notable altura a cuyos pies sobresalían colinas cubiertas de bosques envueltas de luces violáceas. Al anochecer llegamos a Shiraoi, un poblado al lado del mar compuesto por once casas japonesas y cincuenta y una ainus. En él hay una *yadoya* grande y de estilo antiguo, pero la que Ito me tenía reservada era nueva y muy bonita, con cuatro establos delante, al lado del camino, en el centro de uno de los cuales me encontré a mi intérprete-sirviente con la buena nueva de que había conseguido un salmón fresco que en ese momento estaba asando a las brasas. Como la habitación estaba limpia, era agradable y yo tenía un buen apetito, cené con gusto a la luz de una lámpara alimentada con aceite de pescado. Disfruté la cena tanto como toda la jornada.

*Sarafuto*

Por la noche hacía demasiado frío para dormir y al rayar el alba llegó a mis oídos un gran estrépito. Cuando me asomé, vi una manada de cien caballos o más que bajaban por el camino a todo galope arreados por dos jinetes ainus con una jauría de perros detrás. En los montes próximos vagan cientos de caballos en estado casi salvaje y los ainus, cuando consiguen reunir una gran manada, los conducen diestramente hasta los poblados y los encierran en corrales. Escogen entre ellos los más aptos para las tareas del día y a los demás, especialmente a los que tienen llagas en los lomos, los sueltan otra vez. El estruendo sordo de tantas pezuñas sin herradura es el primer sonido de la mañana en estas aldeas de Yezo. A primera hora de la mañana despaché a Ito delante y a las nueve me puse en camino acompañada de tres ainus. A lo largo de veinte kilómetros el terreno, que atraviesa cenagales y suelos de grava, es perfectamente llano y muy monótono, aunque no exento de cierto encanto agreste. Hay lagos pantanosos donde habitan patos silvestres y pequeños lirios blancos; las tierras que los rodean se hallan cubiertas de carrizos, flores y maleza. El otoño, que aquí llega temprano, ya ha ajado a muchas flores, pero quedan las suficientes para indicar lo hermosas que debieron de haber sido estas llanuras, ahora rojizas, a comienzos del verano.

Adelantamos a cuatro mujeres ainus, jóvenes y graciosas, que caminaban descalzas y con paso firme. Después de muchas risas con los hombres, se agarraron al *kuruma* y los siete se pusieron a tirar del vehículo a toda velocidad casi un kilómetro sin dejar de soltar carcajadas. Poco después llegamos a una pequeña casa de té y los ainus me mostraron un haz de paja y señalaron a sus bocas abiertas. Entendí con esos gestos que deseaban descansar y comer. Más tarde adelantamos a cuatro japoneses que iban en caballo y mis ainus se pusieron a competir con ellos a la carrera durante una distancia considerable. El resultado de estas aceleraciones fue que alcancé Tomakomai a mediodía. Es un lugar espacioso y aburrido con casas de techumbres cubiertas de césped y de hierbajos que crecen con lozanía. Cerca está el volcán Tarumai, un cono gris y de aspecto apacible, cuyas laderas parecen envueltas de decenas de miles de árboles muertos. Tan plácido parece, en efecto, que la gente muchos años pensó que estaba perfectamente inactivo, por lo que sorprendió a todos cuando un día no lejano de calor sofocante, explotó por el cráter y cubrió un perímetro de casi dos kilómetros con cenizas y carbonilla quemando los bosques de sus laderas, añadiendo un nuevo revestimiento a los tejados de las casas de Tomakomai y

depositando cenizas finas hasta el cabo Erimo, a casi ochenta kilómetros de distancia.

En este punto, la ruta se bifurca en dos ramales: un camino hacia el interior, en dirección a Satsuporo<sup>30</sup>, y el otro, solo para caballos, que va hacia el noreste siguiendo el contorno de la isla a lo largo de más de mil cien kilómetros. De Mororan a Sarafuto no dejan de verse vestigios de nuevas y viejas erupciones volcánicas: pumitas, tobas, conglomerados volcánicos y capas ocasionales de basalto duro, todo ello cubierto de pumitas recientes que, desde Shiraoui hacia el este, ocultan todo.

En Tomakomai tomamos caballos y, como además saqué la montura que tenía guardada, tuve ocasión de hacer lo más parecido a cabalgar que hasta ahora he podido disfrutar desde que estoy en Japón. ¡Qué contenta me puse cuando dejé «la ruta común» a Satsuporo y vi ante mis ojos, extendiéndose no supe hasta dónde, una llanura arenosa, solitaria y de aspecto desértico solo cubierta de rosas enanas y campánulas! Pedí a los demás que avanzaran y cuando estaban a un buen trecho de distancia, me aventuré a lanzar mi caballo a un largo galope. Sentí debajo el hechizo del golpeteo de las pezuñas descalzas del cuadrúpedo en la blandura de la tierra. Pero, ay, que cabalgaba sin plena conciencia de las peculiaridades de los caballos de Yezo, olvidada de preguntar si el que yo montaba era uno de esos «caballos guía». Efectivamente, cuando iba lanzada a toda velocidad y me acercaba a donde estaban mis compañeros de viaje, el caballo se detuvo en seco lanzándome casi dos metros por encima de su cabeza y dando con mi cuerpo en unos rosales. Cuando Ito volvió la cabeza, me vio apretando las cinchas de la silla. Nunca enteré a nadie de esta aventura.

Después de cabalgar por un camino en curva de doce kilómetros acariciada por la brisa marina, con el océano a un lado y el bosque al otro, alcanzamos Yubets, un lugar tan fascinante que tengo la intención de regresar algún día. Debo confesar, sin embargo, que esta fascinación depende más de lo que no hay en él que de lo que hay. Ito dice que prefiere que lo maten antes de pasar dos días en dicho lugar. Yubets parece el fin de todas las cosas, la cristalización muerta de las nociones de soledad y desolación. Se podría creer que debió de haber algún motivo especial para que las pocas casas del lugar hubieran sido construidas a fastidiosa distancia unas de otras. En esta estación del año no se hallaban habitadas y todo lo que abarcaba la vista alrededor se reducía a un arenal de

color plumizo, un herbazal ralo y unos pocos salvajes que se movían cautelosamente de un lado a otro. Nada de lo visto hasta ahora me ha producido tanta impresión como esta estación pesquera espeluznante y fantasmagórica. En el largo muro gris de un caserón, igualmente alargado y gris, había varias ventanas tétricas y cuando gritamos para pedir que nos dejaran entrar, en una de ellas se dejó ver un rostro estúpido que enseguida desapareció. Luego se abrió una puerta gris y entramos en un patio de grava también gris al que daban unas estancias silenciosas. La soledad de las treinta o cuarenta habitaciones entre el patio y la cocina, ahora llenas de redes y aparejos de pesca, me pareció terrible. Por el pasillo corría el viento haciendo estremecer los *fusuma* y levantando la ripia del tejado, mientras las ratas correteaban de un extremo a otro. Me dirigí a la cocina, grande y ennegrecida por el humo, en busca de vida social, pero solo encontré unas pocas ascuas y un *andon*. Y nada más, excepto el hombre del rostro estúpido de antes quejándose de su suerte al lado de dos niños huérfanos cuya suerte hace más miserable que la suya propia. Durante la temporada de pesca, este caserón puede alojar entre doscientos y trescientos hombres.

Tras cruzar un río anodino, encaminé mis pasos hasta la playa donde me encontré con chozas abandonadas y ennegrecidas hechas de carrizo. Había también largas barracas de donde salía un olor casi insufrible por la presencia de los calderos que habían contenido la grasa del pescado del año pasado, dos o tres chozas, dos o tres ainus de imponente aspecto vestidos con pieles que arrastraban sus figuras por el arenal como almas en pena. Además, vi un buen número de perros que parecían lobos, algunas canoas hechas de troncos, los restos de un junco naufragado, una buena cantidad de madera escupida por las olas, y, en fin, una playa de arena de un gris oscuro. Al fondo, la superficie encrespada por el viento de un océano, igualmente de tonos cenicientos oscuros, bajo un cielo apagado. En esta parte de la costa el Pacífico despliega su furia y a cierta distancia por encima de una señal que marca el nivel del agua, ha formado una barra arenosa de tal altura que cuando uno baja por su pendiente hacia el litoral, no se ve otra cosa que mar y cielo. La costa es cenicienta y en curva; y generosamente jalonada a lo largo de muchos kilómetros solitarios de las formas fantásticas de maderas de deriva descoloridas, de los añicos de troncos del bosque arrastrados por innumerables arroyos. Todos estos restos, después de semanas y meses zarandeados de allá para acá junto a

*Restos de naves y, a la deriva,  
de inhiestos mástiles  
sobre lluviosos y desolados mares:  
a la deriva, siempre a la deriva,  
y a merced de los vientos  
las corrientes de agitadas velas<sup>31</sup>*

fueron arrojados por «el afanoso oleaje» a las playas de Yubets donde

*Todos, al fin, reposo de nuevo hallaron.*

En verdad, ¡un horrible reposo!

El profundo estruendo del oleaje era música y los extraños trinos de las aves marinas y los ásperos graznidos de los atrevidos negros cuervos producían, todos ellos, cierta armonía. Y es que la naturaleza, dejada a su libre albedrío, jamás produce notas disonantes ni en sus sonidos, ni en sus colores.

## CARTA 35 (*Continuación*)

*Sarafuto*

Tuve la suerte de poder disponer de un caballo tan bueno —siempre dispuesto a lanzarse a galope por una ruta rodeada de floridas praderas— que disfruté mucho recorriendo los veintiocho kilómetros que me separaban de Sarafuto, donde estoy ahora. Verdaderamente un buen caballo, un buen terreno para cabalgar y un día soleado, son tres condiciones para gozar del viaje. La única nota discordante en este plan ideal lo ponía la presencia de los ainus, un pueblo inofensivo carente de instinto de progreso y en descenso hacia esa enorme tumba en donde se precipitan las razas desconocidas y conquistadas y que ha engullido a tantas antes que a este pueblo. Vino con nosotros desde Yubets un policía a caballo, que se mantuvo exactamente al paso del mío, pero en todo el camino no pronunció una palabra. Vadeamos un río ancho y profundo, y después cruzamos otro en parte a caballo y en parte en gabarra. Posteriormente la ruta dejó de ser llana y, tras pasar por un terreno de carrizos cuya altura alcanzaba las orejas de

los caballos, cabalgamos por un camino de varios kilómetros con subidas y bajadas. Al final llegamos a una cabaña ainu y a un hermoso río de aguas tranquilas que los cuatro, con nuestros caballos, cruzamos en una gabarra guiada por tres ainus. Ninguno de los tres llevaba ropa y uno, de soberbio aspecto, era muy peludo. Los tres barqueros se mostraron amables y sumamente corteses. Me dieron la mano para ayudarme a subir y bajar de la barca, y me sujetaron el estribo cuando monté en caballo. Todos sus movimientos eran naturales y elegantes. Cuando nos despedimos de ellos, extendieron los brazos y movieron las manos dos veces hacia dentro, después de lo cual se acariciaron sus largas barbas. Es la forma que tienen estas gentes de saludar.

Dejamos atrás un guijarral y no tardamos en llegar a esta aldea japonesa de sesenta y tres casas, una colonia formada principalmente por antiguos samuráis de la antigua provincia de Sendai que están consiguiendo buenas cosechas de unas tierras tan arenosas. En las montañas, unos veinte kilómetros al interior, hay una nutrida población de ainus, pero cerca de aquí solamente viven unos pocos que se hallan sujetos al desprecio de los habitantes de esta aldea. Mi cuarto da a la única calle de la misma y, como hace demasiado calor para cerrar los *shoji*, los aborígenes no se cansan de mirar al interior.

Hace poco que el señor Von Siebold y el conde Diesbach llegaron a todo galope de regreso de Biratori, el pueblo ainu al que yo me dirijo. El conde, después de saltar del caballo, vino corriendo a mí con la exclamación ¡*les puces, les puces!*<sup>32</sup> Traía al jefe del poblado, de nombre Benri, un salvaje soberbio pero de aspecto libertino. El señor Von Siebold me visitó esta misma tarde y, mientras yo lo envidiaba por su ropa fresca y limpia, él hacía lo propio por mi camilla y mi mosquitera. Los dos hombres lo habían pasado realmente mal debido a las pulgas, los mosquitos y las incomodidades generales del viaje, y se encontraban muy cansados. Así y todo, el señor Von Siebold insiste en que el largo viaje emprendido para visitar a los ainus de la montaña ha valido la pena. No me equivoqué cuando predije el fracaso completo de su expedición. Además, habían sido abandonados por el teniente Kreitner. Le pedí al señor Von Siebold que hablara con Ito en japonés sobre la importancia de ser amable y considerado con los ainus cuya hospitalidad íbamos a recibir. Pero Ito siempre expresa su indignación sobre este punto:

—¡Andarse con cortesías con los ainus...! —dice. Y añade:

—Pero si no son hombres. Son perros.

Y desde entonces me ha obsequiado con toda clase de improperios sobre este pueblo, con todos los comentarios injuriosos que ha podido acumular en este poblado.

Debemos llevar no solamente comida para Ito y para mí, sino también utensilios de cocina. Me han presentado a Benri, el jefe del poblado, y, aunque no volverá a la aldea en uno o dos días, va a enviar un mensaje con nosotros para asegurarse de la hospitalidad de sus gentes.

## CARTA 36

*En una choza ainu, Biratori. 23 de agosto*

Me encuentro sola en las solitarias tierras ainus y creo que la más interesante de las experiencias que he tenido como viajera ha sido vivir tres días y dos noches en una choza ainu. En ella he visto y compartido la vida diaria de perfectos bárbaros entregados a sus ocupaciones cotidianas como si yo no estuviera entre ellos. Ayer fue un día de gran fatiga para mí, pero también emocionante en exceso pues no había nada que no fuera novedoso e interesante. A través de un intérprete, saqué todas las nociones que pude sobre religión y costumbres de hombres con los cuales tengo muy pocas ideas en común, si es que tengo alguna. Esta mañana me levanté a las seis para poner por escrito todos mis apuntes y llevo escribiendo cinco horas. Tengo prevista una nueva sesión con los salvajes en breve. Puedes imaginarte la catarata de nuevas emociones que me esperan. En este momento uno de los bárbaros bebe una copa de sake al amor de la hoguera que arde en el centro del suelo de la choza. Me saluda extendiendo las dos manos y moviéndolas hacia su cara. Luego moja en el sake una varita y hace seis libaciones a su divinidad simbolizada por un trozo de madera con una orla de virutas plantado en el suelo de la estancia. A continuación, balancea la copa varias veces hacia él, hace más libaciones al fuego y bebe. A cada lado de la hoguera están sentados otros diez ainus, entre hombres y mujeres, mientras que la esposa del jefe del poblado cocina y los hombres contemplan distraídamente los preparativos de la comida. Las otras mujeres, nunca ociosas, están partiendo

la corteza de un árbol con la cual hacen la ropa. Yo ocupo el sitio del invitado, una plataforma ligeramente elevada sobre el suelo cubierta con la piel negra de un oso y al fondo de donde arde el fuego.

He reservado lo que tengo que escribir sobre los ainus para cuando haya estado realmente con ellos todo el tiempo, así que espero que tengas la paciencia de leer hasta el final. Ito se muestra muy codicioso y comodón; no hacía más que quejarse cuando le dije que íbamos a pasar varios días en Biratori. Cualquiera diría que lo llevaban al patíbulo. Se ha provisto de una colchoneta y futones para dormir, así como de carne de pollo, cebollas, patatas, judías verdes, salsa japonesa, té, arroz, una tetera y dos ollas, una de las cuales para hervir el arroz. Yo me he contentado con patatas y carne fría de pollo.

Cuando salimos de Sarafuto, llevamos tres caballos y un guía ainu montado en su propia caballería. Todo el día marchamos por la ruta común. Nada más abandonar Sarafuto, nos internamos en un bosque del cual no salimos en todo el camino. Abundaban en él cañas tan altas que llegaban hasta mi sombrero, y eso que iba montada, y cuyas hojas, mojadas por la lluvia de la noche anterior, eran apartadas por el avance de nuestras caballerías. No tardé, también yo, en quedar empapada hasta los hombros. El bosque, sombrío y muy silencioso, se hallaba cortado por el camino que nosotros seguíamos y por otras sendas abiertas por los cazadores. Este «camino principal» a veces desemboca en profundas ciénagas; otras veces, está bloqueado por los raigones de los árboles. Frecuentemente también bordeaba barrancos abruptos, al subir por uno de los cuales, la bestia de carga cayó rodando diez metros y perdimos casi toda nuestra provisión de té. En otra subida, la montura de carga del guía se desequilibró, y en el forcejeo por sujetarla, jinete, caballo y montura cayeron pendiente abajo, saliendo volando sartenes, ollas y diversos bultos. En otra ocasión, mi caballo se hundió hasta el pecho en una ciénaga muy honda y no hubo forma de sacarlo. No me quedó más remedio que trepar por el cuello del animal y saltar a tierra firme por encima de sus orejas.

Hay algo muy lóbrego en la soledad de estas silenciosas tierras de bosques donde acechan las fieras, con grandes calveros de pastizales, tierras habitadas por animales salvajes en busca de comida cuando la nieve los empuja a salir de las montañas, tierras marcadas por un laberinto de senderos hollados por los pies descalzos y silentes de los bárbaros que viven en el interior. Cuando alcanzamos

el Sarufutogawa, un río de fondos traicioneros donde tan mal lo pasaron el señor Von Siebold y su caballo, saludé a un muchacho ainu en cuya canoa crucé las aguas. Después pasamos por Biroka, Saruba y Mina, todas aldeas puramente ainus, ubicadas entre pequeños campos donde se cultiva el mijo, el tabaco y las calabazas y en los que crecen tantas hierbas que resulta difícil distinguir la cosecha. Me sorprendí mucho por la extrema limpieza y orden que hay fuera de las casas. En este sentido, se puede afirmar que son «aldeas modelo», sin basura a la vista, ni nada excepto comederos, hechos de troncos huecos, para los muchos perros de amarillo pelaje cuya presencia da carácter a la vida de los ainus. Tampoco se ven charcos ni aperos amontonados, sino que todas las casas, bien mantenidas y reparadas, se levantan pulcras en terrenos arenosos.



CASA AINU

Biratori, el asentamiento ainu más poblado de la comarca, ocupa un bonito emplazamiento entre bosques y montañas sobre una eminencia del terreno. Abajo corre un río muy sinuoso y arriba se alza una colina boscosa. Difícilmente podrá hallarse un paraje más solitario. Mientras avanzábamos entre las casas, nos ladraban los perros amarillos, las mujeres nos miraban y sonreían, y los hombres nos dedicaban sus simpáticos saludos. Paramos en la casa del jefe del poblado donde, por supuesto, éramos huéspedes no esperados, pero Shinondi, el sobrino del jefe, y otros dos hombres salieron a saludarnos. Después, ayudaron

hospitalariamente a Ito a descargar los caballos. La verdad es que la hospitalidad que se afanaban en dispensarnos causó una verdadera conmoción: uno corría por un lado, otro corriendo por el otro lado en su deseo por agasajar a los forasteros. La casa consiste en una gran sala de más de diez metros de larga por casi ocho de ancha, con un techo de seis metros de alto. Se accede a ella por una antesala donde hay un molino manual para el mijo y otros enseres. A pesar de la puerta que hay en este espacio, la sala es bastante sombría, por lo que Shinondi, tomándome de la mano, alzó la cortina de junquillo que ocultaba la entrada a la casa, me guió hasta el interior, se apartó un paso, extendió los brazos que movió hacia dentro tres veces y luego se acarició la barba repetidamente. Acto seguido, con un movimiento de la mano y una sonrisa risueña, me dio a entender que la casa y todo lo que contenía era mío. Una anciana, la madre del jefe del poblado, que estaba partiendo corteza al lado del fuego, también me saludó moviendo las manos. Es la reina y gobernadora de la casa.

Después de tomarme otra vez de la mano, Shinondi me llevó al sitio de honor, en la cabecera de donde arde el fuego. Este asiento consiste en una tosca plataforma portátil de casi dos metros por uno y de unos treinta centímetros sobre el nivel del suelo, cubierta de una estera ornamental. Mi anfitrión se disculpó por no disponer en ese momento de una piel de oso con la cual cubrir el asiento. Rápidamente varios pares de manos serviciales metieron dentro de la casa todo nuestro equipaje. Sobre las esteras más toscas que cubrían la totalidad del suelo colocaron varias esteras de junquillo de unos cinco metros de largo; poco después, cuando vieron a Ito instalar mi camilla, se apresuraron a colgar del techo y todo a lo largo de la tosca pared una bonita cortina para ocultar la camilla y asegurar mi intimidad. Me parecieron fascinantes la celeridad y la instintiva hospitalidad con que estos hombres se movían a fin de rodearme del máximo de comodidades, si bien la palabra «comodidades» simplemente no se puede aplicar a una choza ainu. Las mujeres se limitaban a hacer lo que les decían los hombres.

Enseguida me ofrecieron comida, pero les dije que había traído mis propios alimentos y que solo les pedía que me dejaran cocinar en su lumbre. No necesitaba haber traído copas, pues mis anfitriones tenían muchas de laca. Además, Shinondi me trajo una bandeja lacada con un cuenco lleno de agua fresca de uno de sus cuatro pozos. Dijeron que Benri, el jefe, deseaba que tomara

posesión de su casa todo el tiempo que quisiera y me pedían que los disculpase por todas las cosas de la casa tan diferentes de aquellas a las que yo estaba acostumbrada. Shinondi y los otros cuatro hombres hablaban un japonés tolerable, lengua que, por supuesto, nos servía de medio de comunicación gracias a los servicios notablemente eficaces de Ito. Este cumplía mis deseos con una cordialidad e inteligencia que verdaderamente no tienen precio y, aunque rezongó cuando el señor Von Siebold le recomendó que fuera cortés con los aborígenes, veo que se está portando muy bien e incluso ha llegado a admitir que los ainus de la montaña son mejores de lo que esperaba, a pesar de que, claro, añadió esta coletilla: «Naturalmente han aprendido la cortesía de los japoneses». Aunque habían visto antes a tres extranjeros, yo era la primera extranjera que veían en su vida y, sin embargo y a diferencia de lo que me ha ocurrido entre japoneses, no forman corro para mirarme fijamente, tal vez por apatía y falta de inteligencia. Durante tres días he disfrutado de su generosa y amable hospitalidad mientras no dejaban de hacer sus actividades cotidianas. Y aunque he vivido entre ellos en esta sala día y noche, no ha habido nada en su conducta ni en sus gestos que hubiera podido ofender a la persona más delicada o quisquillosa del mundo.

Me dijeron que se retiraban para que yo pudiera comer y descansar. Y así lo hicieron todos, excepto la madre del jefe, una mujer misteriosa y con aspecto de bruja, probablemente octogenaria, de greñas canosas amarillentas y una expresión severa en un rostro surcado de arrugas. He llegado a tener la impresión de que me estaba echando mal de ojo, pues se pasó todo el tiempo sentada y observando, siempre observando, y tejiendo las tiras de corteza como si fuera una de las Parcas de la mitología que controlan el hilo de la vida. Al mismo tiempo, sus ojos vigilantes no se apartaban de las dos esposas de su hijo y de las otras mujeres jóvenes que entran en la sala a tejer. En su expresión no hay nada de la torpeza ni del reposo de la ancianidad, sino que sus ojos brillan con una chispa de codicia cada vez que los fija sobre la copa de sake, que apura de un trago sin ni siquiera respirar. Solamente se muestra suspicaz con los forasteros y debe de creer que mi visita no traerá nada bueno a su tribu. En este momento veo sus ojos clavados en mí y me estremezco.

Disfruté de una buena comida sentada en mi butaca de viaje que he instalado sobre el asiento de honor de la sala a fin de evitar las pulgas que aquí

son verdaderamente legión. Al anochecer regresó Shinondi y pronto empezó a entrar gente, hasta dieciocho personas, entre ellas la segunda autoridad del poblado y varios ancianos de aspecto imponente y largas, onduladas y grises barbas. La edad se tiene aquí en gran reverencia y manda la etiqueta entre estas gentes que los ancianos rindan los honores debidos a un invitado en ausencia del jefe del poblado. A medida que iba entrando cada uno en la sala me saludaba varias veces y, una vez sentados, se volvieron hacia mí y repitieron el saludo. La misma ceremonia la ejecutaron hacia cada uno de los presentes. Afirmaron haber venido a «darme la bienvenida». Ocuparon sus asientos en estricto orden a cada lado del hogar, en forma rectangular de casi dos metros de largo, donde ardía el fuego. La madre de Benri ocupaba el asiento de honor a la derecha; luego estaba Shinondi, después el subjefe; y al otro lado, los ancianos recién llegados. También había siete mujeres sentadas en fila al fondo atareadas en descortezar. Sobre el fuego, suspendida de un artefacto ennegrecido por los humos, colgaba una gran olla de hierro. La esposa principal de Benri cortaba raíces salvajes, alubias verdes y algas; además, desmenuzaba pescado seco y carne de venado que introducía en la olla, añadiendo mijo, agua y un aceite de pescado de intenso olor. Hacía cocer todo tres horas, moviendo de vez en cuando «el revoltijo» con un cucharón de madera.

Algunos ancianos se pusieron a fumar. Yo le pasé un tabaco suave que aceptaron moviendo las manos de un lado a otro. Les dije que venía de un país en medio del mar, muy lejos, allá por donde veían que se ponía el sol, tan lejos, les dije, que un caballo a todo galope día y noche tardaría en llegar cinco semanas. Añadí que había hecho un largo viaje para verlos y que deseaba hacerles muchas preguntas para que de regreso a mi país pudiera enterar a mi pueblo de sus costumbres. Shinondi y otro hombre llamado Shinrichi, que sabían japonés, hicieron una reverencia y, como en otras ocasiones, tradujeron al ainu mis palabras para que las entendiera el venerable grupo de ancianos sentados enfrente. Shinondi dijo entonces:

—Shinrichi y yo le diremos a usted todo lo que sabemos, pero somos jóvenes y solo sabemos lo que nos han dicho nuestros mayores. Diremos a la señora lo que creemos que es verdad, pero nuestro jefe sabe más que nosotros. Cuando vuelva, él podrá decir a la señora otras cosas. Entonces, la señora va a pensar que le hemos dichos mentiras.

—Nadie que vea la expresión de vuestros rostros, podrá pensar que podéis decir una sola mentira —respondí yo a través de Ito.

Mis palabras les agradaron mucho y nuevamente agitaron las manos y se acariciaron repetidamente las barbas. Antes de que empezaran a darme noticias de sus hábitos y creencias, me rogaron muy encarecidamente que no dijera al Gobierno japonés que me habían informado acerca de sus costumbres. De lo contrario, dijeron, podrían sufrir grandes daños.

Así pues, las siguientes dos horas, y dos horas más después de la cena, las pasé haciéndoles preguntas sobre su religión y costumbres. Igualmente, ayer estuve un largo rato conversando con ellos; y también esta misma mañana, después del regreso de Benri, cubrí diversos temas con él. Aparte, he dedicado un tiempo considerable en sacarles unas trescientas palabras de la lengua ainu que, por supuesto, he transcrito fonéticamente, y tengo la intención de volver sobre ellas cuando visite a los ainus de la costa.

Nuestras conversaciones exigían un proceso lento pues tanto las preguntas como las respuestas tenían que pasar por tres lenguas. Por parte de ellos había un deseo muy evidente de decirme la verdad, motivo por el que creo que se puede dar crédito a las declaraciones que me hicieron de sus escasas y sencillas usanzas. Cuando disponga de tiempo para ordenar todas mis notas, daré debida cuenta por separado de lo que me dijeron. De momento solo puedo afirmar que pocas veces en mi vida he pasado una tarde más interesante.

A eso de las nueve la olla estaba lista y las mujeres vertieron su contenido en cuencos lacados con cucharas de madera. Aunque a los hombres se les sirvió primero, todos comieron juntos. A continuación, se vertió sake —la maldición de estas gentes— en otros cuencos también lacados y sobre cada cuenco pusieron «una varita de sake» finamente tallada. Estas varitas son muy apreciadas. Cada hombre agitó varias veces su cuenco en un movimiento ondulatorio de fuera adentro, después de lo cual introdujo la varita en el sake e hizo seis libaciones al fuego y varias a la «divinidad» representada, como ya he escrito, por un poste de madera adornado con virutas blancas colgadas cerca del extremo superior del mismo. A los ainus no les afecta la bebida del sake tan fácilmente como a los japoneses. Lo beben frío, es cierto, pero todos bebían unas tres veces más que la cantidad suficiente para emborrachar a un japonés. Y no daban la impresión de verse afectados por ello. Al cabo de dos horas más de conversación, uno tras otro

se fueron levantando y salieron de la sala después de dedicarme a mí y a los demás presentes repetidas mochas y saludos.

Como me había olvidado de mis velas, tuvimos que proseguir la sesión a la luz intermitente de los grandes troncos de la hoguera, avivada por la sucesión de astillas de corteza de abedul arrojadas por una de las mujeres. ¡Qué extraña visión la de este grupo de magníficos salvajes de rostros débilmente iluminados por la luz incierta y caprichosa de la lumbre de espaldas a las tinieblas de una choza sobre cuyo tejado titilaban las estrellas! Sí, un grupo extraño donde no faltaba una fila de mujeres sentadas al fondo de la sala, un grupo de bárbaros del Extremo Oriente encarado a la civilización de Occidente, unos dando y la otra recibiendo, con un puente de unión entre ellos, un hombre de piel amarilla llamado Ito, representante de una civilización al lado de la cual la nuestra está en mantillas.

¡Qué velada tan emocionante! Y cuando todos se fueron me deslicé fuera de la choza, a la luz de las estrellas. Silenciosas tinieblas envolvían todas las viviendas. Esta vez los perros, mansos como sus amos, no me prestaron atención. El único sonido de la noche era el susurro de la ligera brisa que peinaba el bosque circundante. A mi mente vino el versículo del Nuevo Testamento: «No es la voluntad de Padre que está en los cielos que perezca uno solo de estos pequeños». Con certeza que estos bárbaros, estos hombres tan elementales, son pequeños, son niños y como niños hay que juzgarlos. ¿Acaso no tenemos derecho a la esperanza de que como niños sean salvados por Aquel que vino «no a juzgar al mundo, sino a salvarlo»?

Volví a entrar a la choza y me metí dentro de la mosquitera. Esta vez no lo pasé mal por culpa de pulgas o mosquitos, sino por el frío. Shinondi se quedó hablando con Ito en una voz musical y baja, después de haber preguntado si su conversación no me iba a impedir conciliar el sueño. Durante mi viaje en las semanas precedentes ningún japonés había interrumpido una sola vez su parloteo incesante a cualquier hora de la noche por un motivo semejante. Más tarde, la esposa principal del jefe, llamada Noma, avivó el fuego con un buen tronco, encendió un candil alimentado con aceite de pescado y a la débil luz de esta primitiva lámpara se puso a coser hasta media noche un vestido de corteza. Era de su señor y le añadía adornos con tiras de tela azul. Al abrir los ojos a la mañana siguiente, me encontré con Noma sentada junto a la ventana cosiendo

cuando el nuevo día empezaba a clarear. Es la mujer con el aspecto más inteligente de todas, pero su expresión es triste, casi severa y apenas habla. A pesar de ser la esposa principal del jefe de la aldea, no está feliz porque no tiene hijos. Tuve la impresión de que su semblante melancólico adquiriría un aire malévolo cuando veía a la otra esposa acariciar a un hermoso bebé. Benri me pareció algo bruto y es evidente que es su madre quien lleva las riendas del hogar, y las lleva bastante tensas. Tras haber estado cosiendo pasada la medianoche, se puso a barrer las esteras con una tosca escoba, después de lo cual se metió en la cama detrás de una cortina.

En la calma de la noche tuve un momento de pánico, como si incurriera en el riesgo de estar sola entre salvajes, pero me sobrepuse y después de observar el fuego hasta que se extinguió, me quedé dormida hasta que el frío me despertó con las primeras luces del alba del día siguiente.

### CARTA 36 *(Continuación)*

Cuando, medio reptando y con los miembros entumecidos por el frío, salí de la mosquitera que protegía mi camilla, ya había unas once personas en la sala todas las cuales me obsequiaron el simpático saludo de siempre. Tuve la impresión de que no sabían qué era eso de lavarse porque, cuando pedí agua y Shinondi trajo un bol lacado con solo un poco que sostuvo mientras yo me lavaba la cara y las manos, ¡creyó que yo estaba realizando alguna extraña ceremonia religiosa! Después, cuando estaba a punto de arrojar por la ventana que estaba al lado de mi camilla el té frío, Shinondi me detuvo con la expresión preocupada. No me había fijado que en la ventana había una divinidad, es decir, una varita adornada de colgaduras de virutas de madera, junto a un pájaro muerto.

Los ainus comen dos veces al día, y para desayunar suelen repetir lo que cenaron la víspera. Desayunamos todos juntos y di a los niños las sobras de mi arroz. Fue divertido observar a estos pequeños de tres, cuatro y cinco años, sin más prenda que un collar de peltre colgado del cuello, pedir solemnemente permiso a sus padres antes de aceptar el arroz y luego balancear las manitas en señal de agradecimiento. La obediencia de los niños es instantánea. Sus padres hacen más demostraciones de afecto por sus hijos que los japoneses,

prodigándoles infinitas caricias. Vi a dos hombres muy cariñosos con niños que ni siquiera eran sus hijos. Los pequeños ainus muestran una compostura tan grave y digna como la de los japoneses; y son muy tiernos.

Salí fuera después de las cinco, cuando el sol hacía resplandecer el rocío y Biratori, asentada como un nido en el regazo de la montaña, brindaba su mejor aspecto. El silencio, a pesar de que toda la gente bullía de allá para acá, era tan impresionante como el que reinaba anoche. «¡Qué vida tan extraña!», reflexioné. Sin saber nada, sin esperar nada, sin apenas temores, con la necesidad de vestido y comida como razones principales de la existencia y, naturalmente, con una abundante provisión de sake como único bien...! ¿Se puede tener algo en común con estas gentes? Shinondi me sacó de estas cavilaciones para acercarse y llevarme a su casa. Quería saber qué podía hacer por un niño con una grave afección de piel. La gran ternura que demostró al pedírmelo me hizo sentir que los afectos humanos son los mismos entre ellos que entre nosotros. Esa misma mañana, en efecto, él mismo había traído sobre sus hombros al niño enfermo desde una aldea a ocho kilómetros de distancia; y todo con la esperanza de que yo pudiera curarlo. Cuando entré en la casa, Shinondi extendió una buena estera sobre el suelo y cubrió el asiento de invitados con una piel de oso. Después del desayuno me llevó a la casa del subjefe, la mayor del poblado con sus catorce metros cuadrados y luego a una veintena de otras viviendas construidas del mismo modo, aunque la superficie de algunas no pasaba de seis metros cuadrados. En todos los hogares fui recibida con las mismas muestras de cortesía, si bien algunos ainus le pidieron a Shinondi que no me llevara a sus casas pues no deseaban que viera lo pobres que eran. En las casas visitadas encontré un estante bajo con un número indeterminado de objetos curiosos, aparte de los cuales solo se veían los enseres más indispensables para la vida diaria. Sin embargo, las pieles que venden o truecan todos los años les permitirían rodearse de más comodidades si no se gastaran las ganancias en sake y solo en sake.

Los ainus no son nómadas. Por el contrario, se aferran tenazmente a los lugares donde vivieron y murieron sus padres. De todos modos, no puede verse nada más deplorable que el intento de hacer cultivables las tierras que rodean sus viviendas. El suelo no es más idóneo para la agricultura que un bancal de blanca arena, pues arena es el terreno de que disponen y en el que, sin ningún abono ni estiércol, tratan de hacer crecer el mijo —que para ellos es como el arroz para

los japoneses—, calabazas, cebollas y tabaco. Los campos de cultivo tienen el aspecto de no haber sido trabajados en diez años. Entre las hierbas asoman algunas plantas de verduras y de cereales sembrados al azar. Cuando los campos se vuelven improductivos, aclaran una parte del monte para crear un nuevo terreno de cultivo que al final también esquilman.

En todos los hogares se rinden los mismos honores a cualquier invitado. Es una virtud de los bárbaros, pero no lo bastante arraigada como para resistir la embestida de la civilización. En una de las casas visitadas, la mujer enseguida sacó algunas de las mejores esteras que tenía y las extendió sobre el suelo para hacerme un camino alfombrado hasta donde ardía el fuego.

No aceptan ni dinero ni nada por el alojamiento ni por ninguna cosa que dan. Por eso estoy ansiosa por ayudarlos comprándoles algunas de las artesanías que fabrican, pero hasta esto me está resultando difícil. Se muestran deseosos de regalarme cualquier objeto de mi agrado, pero cuando les manifiesto mi intención de comprárselo, entonces dicen que no quieren desprenderse de él. Mi deseo es comprarles objetos de uso cotidiano entre ellos, como las tabaqueras y las fundas donde guardan la pipa, así como cuchillos con el mango de madera tallada y aljabas. Por tres de estas les ofrecí dos dólares y medio. Dijeron que no tenían interés en vender ninguno de esos objetos, pero por la tarde volvieron para decirme que no valían más de un dólar y diez céntimos y que solo me las venderían a este precio. Fue una tarea imposible hacer que aceptaran más dinero. Su razón: «No es nuestra costumbre». Al final les compré un arco y tres flechas con la punta emponzoñada, dos esteras de junquillo con un diseño de diamante de color rojo, algunos cuchillos con sus fundas y un vestido de corteza vegetal. Intenté comprarles también algunas varitas de sake, de esas con las que hacen sus libaciones religiosas, pero replicaron otra vez que «no es nuestra costumbre desprendernos de las varitas de sake que usamos los vivos». Sin embargo, esta mañana Shinondi se ha presentado para regalarme como algo de gran valor una de esas varitas, una que pertenecía a alguien ya fallecido. También esta mañana vino el hombre que me había vendido las flechas para traerme dos más porque, según me dijo, dos de las flechas vendidas tenían un defecto. Estoy de acuerdo, por lo tanto, con la opinión del señor Von Siebold cuando afirmó que este pueblo es de una honradez escrupulosa en todas las transacciones comerciales que realizan.

En las orejas llevan unos pendientes enormes con aros de unos cuatro centímetros de diámetro. Un par de estos adornos constituye la dote de una novia ainu. Pero son objetos de los que tampoco quieren desprenderse.

Hace dos noches se quemó una casa y «la costumbre» aquí manda que todos los hombres deben colaborar en reedificarla, así que, en la ausencia de estos, pedí a dos muchachos que me llevaran en su canoa, hecha de un tronco vaciado, lo más lejos posible por el curso del Sarufutogawa, un precioso río que serpentea por bosques y montañas en medio de paisajes de indescriptible belleza. Sentía la emoción del anciano marinero<sup>33</sup>:

éramos los primeros que por primera vez irrumpíamos  
en aquel Mar silencioso.

Efectivamente, ningún europeo había flotado antes en estas aguas oscuras y rodeadas de bosques. Disfruté plenamente las horas que pasé en ellas, pues había profundidad en el silencio; además, el pálido tono azul del cielo otoñal, así como el delicado velo también azul que «espiritualizaba» las distancias, reproducían exquisitamente en estas latitudes la presencia del veranillo de San Martín.

La tarde la pasé como la de ayer, pero, ay, que los corazones de estos salvajes estaban tristes porque se les había acabado el sake y ya no podían libar en honor a sus dioses, al fuego y a ese poste adornado de virutas. Tampoco había aceite para las lámparas, por lo que cuando las visitas se retiraron, la choza se quedó envuelta en tinieblas.

Ayer por la mañana desayunamos todos poco después de que se hiciera de día. Los hombres robustos se marcharon a cazar. La caza y la pesca son sus ocupaciones. De puertas adentro se entretienen tallando objetos de madera, como tabaqueras, fundas para los cuchillos, varitas de sake y lanzaderas de telar. En realidad, tampoco es que necesiten hacer nada, pues están felices sentados a la lumbre, a veces fumando y, por supuesto, durmiendo y comiendo. Esta indolencia puede ser interrumpida por espasmos de actividad cada vez que no queda pescado seco en los *keura* o almacenes o cuando deben llevar las pieles a Sarafuto para venderlas y comprar sake.

En cuanto a las mujeres, no parecen disponer de un momento libre. Madrugan para coser, hacer tiras de corteza y tejerlas, pues no solo deben hacer con este material indestructible vestidos para sí mismas y para sus maridos, sino

también para realizar trueque con ellos. De hecho, entre las clases más bajas de la población japonesa se estila llevar este tipo de prendas. Son las mujeres ainu quienes llevan a cabo las faenas más duras, como sacar agua de los pozos, partir leña, moler el mijo, cultivar los campos, etc., aunque, para ser justos con los hombres, debo añadir que son ellos los encargados de caminar llevando a cuestas a uno o dos niños. Las mujeres y solo ellas están a cargo de los *kurra*, un lugar en donde los hombres nunca ponen los pies.

Me dejaron sola con las mujeres varias horas. Había siete, además de algunos niños. A un lado de la lumbre estaba sentada la madre del jefe del poblado, como una Parca, siempre partiendo y tejiendo tiras de corteza y, al mismo tiempo, petrificándose con una mirada fría y fatídica. De la cabeza le cuelgan greñas de pelo gris y grueso, mientras que el tatuaje alrededor de la boca, casi ya borrado, ya no puede ocultar los rasgos verdaderamente hermosos de su rostro. Llevaba un vestido de corteza vegetal con muchos adornos y dos collares de una cinta de algodón con abalorios de plata, además de unos enormes pendientes. Esta mujer ejerce mucho poder en la casa como lo demuestran los hechos de que ocupe el asiento de los hombres al lado del fuego, beba mucho sake y se permita la libertad de reprender de vez en cuando a su nieto, Shinandi, por pasarme demasiada información, tanta, según ella, que va a acarrear alguna desgracia a su pueblo. No obstante, la severidad y el rigor de su expresión, es una mujer muy hermosa, con una belleza de aire europeo y no asiático.

Todas las mujeres más jóvenes trabajaban: dos tejían sentadas en el suelo y las otras hacían y reparaban mantos de corteza vegetal, una prenda usada tanto por hombres como por mujeres. Sentada aparte y casi siempre callada, estaba Noma, la esposa principal del jefe. Dos de las más jóvenes son muy bonitas y de una piel tan clara como la nuestra; poseen el encanto fresco y sonrosado de una joven campesina. Resultó que dos ellas, aunque no lo admiten en presencia de los hombres, hablan japonés, idioma en el que charlaron animada y alegremente con Ito, mientras la vieja Parca, con el gesto duro, de vez en cuando alzaba la cabeza para clavar en ellas una mirada reprobatoria. Me he aprendido un buen número de palabras ainu que, cada vez que las pronuncio torpemente, hace estallar de risa a las mujeres. Incluso me hicieron preguntas sobre la condición de las mujeres en Europa, preguntas, naturalmente, inferiores en número a las que yo les hice a ellas. A medida que crecía el buen humor, se hacía más sañuda la expresión de la

anciana, hasta que no aguantó más y se puso a reprenderlas duramente y a amenazar con decir a sus maridos que habían estado hablando con extraños. Después de esta regañina, nadie habló más. Noma, una ama de casa muy laboriosa, se puso a cocer el mijo hasta hacer una pasta para la comida de medio día.

A primera hora de la tarde se presentó un ainu joven y muy guapo. De cutis limpio y excelente color, ojos claros y bonitos, acababa de llegar de la costa donde había estado trabajando en la pesca. Nada más entrar, saludó a la anciana y a la esposa de Benri, obsequiando a la primera con una calabaza llena de sake a la vista de la cual los ojos de la vieja se encendieron de deseo y de la que dio un largo trago. Después, el joven me saludó y se arrojó al asiento de honor, junto a la lumbre con la desenvuelta gracia de un sabueso, es decir, de un salvaje de los pies a la cabeza. Se llama Pipichari y es el hijo adoptivo del jefe. Se había cortado el pie con una raíz y me pidió que se lo curara. Le contesté que antes tenía que lavárselo con agua tibia. Después de hacerlo así y cuando me disponía a vendárselo con tiras de lino, se puso a decir: «No me gusta que usted me toque el pie», «no llevo los pies muy limpios», «tiene usted unas manos muy blancas», y frases por el estilo. Pero después que terminé de vendarle el pie y sintió que se le aliviaba el dolor, se puso de pie y me hizo una profunda reverencia. Luego ¡hasta me besó la mano! Pipichari es el único ainu conocido hasta ahora que ha mostrado un mínimo interés en mis cosas. Por ejemplo, miraba curioso las tijeras, tocaba mis botas y, mientras yo escribía, me observaba con la ingenua curiosidad de un niño. Sabía un poco de japonés, pero confesó:

—Soy demasiado joven para darle a usted información. Los ancianos sí que se la darán.

Es abstemio total. Afirmó que, como él, hay otros cuatro ainus de los muchos que trabajan con él en la pesca en Mombets que no prueban el sake y que sus compañeros no se juntan con ninguno de los cinco porque creen que los dioses están enojados con ellos por no beber.

Por la tarde me trajeron más «pacientes», principalmente niños. Ito mostró un vivo malestar al ver mi interés por los ainus que, según él, «no son más que perros», en referencia al legendario origen de este pueblo, un origen del cual no están avergonzados. En opinión de Ito, los ainus han aprendido de los japoneses a ser corteses. Es una opinión sin ninguna base. La cortesía de este pueblo, de

una naturaleza más viril y bastante diferente de la japonesa, es salvaje y nada civilizada.

Al anochecer volvieron los hombres a la casa. Se preparó la cena y nos sentamos alrededor del fuego como otras veces. Pero como en esta ocasión no había sake, excepto la poca cantidad que tenía la anciana, los corazones de estos bárbaros estaban tristes.

Podría citar múltiples ejemplos de su buena educación. Mientras conversábamos, Pipichari, que es un salvaje «al natural», dejó que se le deslizara el vestido mostrando sin querer el hombro desnudo. Enseguida Shinandi le hizo un gesto para que se lo subiera y ocultara el hombro. En otro momento, cuando supieron que mi lámpara no tenía aceite porque la había tenido encendida toda la noche, ordenaron a una mujer que fuera a un pueblo bastante lejano en busca de aceite. Todo el tiempo fui objeto de pequeñas atenciones como esa, pero lo que yo más apreciaba era la tranquila naturalidad con que llevaban a cabo su rutina diaria a pesar de mi presencia.

Cuando me desperté al día siguiente, después de una noche en que había salido a aliviar el dolor de una mujer enferma, vi que en la sala se había reunido más gente que de ordinario. Era evidente que los hombres estaban pendientes de algo. Sienten un temor extraño —y yo diría que irrazonable— del Gobierno japonés. El señor Von Siebold es de la opinión que los funcionarios japoneses los amenazan y los maltratan. Es posible que así sea, aunque yo creo más bien que el departamento del *kaitaikushi* responsable de la gobernación de la isla de Yezo actúa con buenas intenciones y que, además de eliminar las opresivas restricciones a las cuales los ainus estaban encadenados como raza conquistada que es, los trata con más humanidad y equidad que, por ejemplo, trata el Gobierno de Estados Unidos a los indios de Norteamérica. No cabe duda, sin embargo, de que es un pueblo ignorante. Uno de estos ainus, que al principio se había mostrado sumamente agradecido porque dije que haría que el doctor Hepburn enviara algunas medicinas para los niños, volvió esta mañana y me suplicó que no le dijera nada al doctor porque, dijo «el Gobierno japonés montaría en cólera». Después, la gente nuevamente me rogó que no dijera a los funcionarios del Gobierno japonés que me habían revelado sus costumbres; luego se pusieron a hablar entre ellos gravemente.

Entonces habló el subjefe y dijo que, como yo había sido tan amable con los enfermos del poblado, deseaba mostrarme su templo, un lugar jamás visto por un extranjero, pero que tenían mucho miedo de hacerlo por lo que me pidieron una y otra vez que «no dijera al Gobierno japonés que me lo habían mostrado; de lo contrario, una gran desgracia se abatiría sobre ellos». El subjefe se puso un manto de guerra japonés sin mangas y él, Shinondi, Pipichari y otros dos hombres me acompañaron en la visita. Era un paseo hermoso, pero con una subida muy empinada, pues tuvimos que subir, o más bien trepar, hasta lo alto de una cuesta más allá del poblado donde se levanta el templo o santuario. Hubiera sido imposible subir hasta arriba sin los restos de una escalinata de madera que no era de construcción ainu. A Biratori la rodean bosques por lo que las únicas manchas que rompen la monotonía del intenso verde de los árboles son los destellos de las aguas del Sarufutogawa y los tejados de color ámbar de las chozas ainus. Es una tierra solitaria y silenciosa, más apropiada para esconderse que para ser habitada por humanos.

Cuando el espléndido salvaje Pipichari se dio cuenta de que me costaba trabajo subir, me tomó de la mano y me ayudó a subir, igual que lo hubiera hecho un caballero inglés. Después, cuando observó que tenía mayores dificultades para bajar, insistió en que me subiera a sus espaldas y ciertamente lo habría hecho si no se hubiese presentado Benri, el jefe del poblado, cuando estábamos en el templo, el cual me tomó de la mano y me ayudó a bajar. Me llama la atención el instinto que tienen estos hombres de ayudar a una mujer extranjera por el simple hecho de que no muestran cortesía alguna hacia sus propias mujeres a las que tratan como seres inferiores —aunque no tan claramente como hacen otros pueblos salvajes—.



ALMACÉN ELEVADO AINU

Al borde mismo del precipicio, en lo alto del zigzag de la subida, se alza un templo o santuario de madera, del tipo que se puede ver en cualquier arboleda, o en cualquier eminencia del terreno en la isla principal de Japón. Es evidente que se trata de una construcción japonesa acerca de la cual la tradición ainu no dice nada. Ningún europeo había estado donde yo estuve; saber esto daba cierta solemnidad al hecho. El subjefe deslizó las puertas correderas para abrirlas y todos hicieron una reverencia con mucho respeto. Se trataba de un santuario sencillo de madera sin lacar donde destacaba un ancho estante en la parte de atrás sobre el cual había una pequeña capilla con una estatua del héroe histórico Yoshitsune<sup>34</sup> vestido con su armadura de latón repujado, un par de candelabros también de latón con manchas y una pintura china de colores que representaba la imagen de un junco. Así pues, me acababan de presentar a la gran divinidad del pueblo ainu. Hay algo patético en estas gentes por mantener vivo el espíritu de este famoso samurái, no tanto por sus hazañas marciales, cuanto porque sus tradiciones aseveran que Yoshitsune fue bondadoso con los ainus. Tiraron de la cuerda de la campana tres veces para atraer la atención divina, hicieron tres reverencias seguidas de seis libaciones de sake sin las cuales el creyente no puede

dirigirse al dios. Me pidieron que adorara también a su deidad, pero cuando me negué con el pretexto de que yo solo podía adorar a Dios, el Señor de Tierra y Cielos, de los vivos y de los muertos, tuvieron la consideración de no insistir. En cuanto a Ito, para quien poco importaba añadir una deidad más a su ya bien nutrido panteón, lo «adoró», en otras palabras, hizo sus reverencias, sin duda feliz de postrarse ante el gran héroe de su propio pueblo, es decir, de la raza conquistadora.

Cuando estábamos todos muy apretados en el estrecho espacio del borde del precipicio, llegó, como digo, el jefe Benri, un hombre ya mayor, de hombros anchos y recia complexión, fuerte como un roble. Es un hombre guapo, aunque su expresión no es del todo agradable pues sus ojos parecen inyectados en sangre debido a los excesos en la bebida. Los demás lo saludaron con grandes muestras de respeto, pero observé entonces y después que sus ademanes eran muy arbitrarios y que no era infrecuente que sus palabras fueran seguidas de golpes. Había mandado un mensaje a su gente por medio de Ito con la orden de que no respondieran mis preguntas hasta su regreso. Pero Ito, con mucho tacto, ni había transmitido el mensaje, ni a mí me había dicho nada, por lo que Benri se disgustó con los ainus más jóvenes por haberme dado información. Evidentemente su madre había «cantado». Es el hombre que peor me cae de su tribu. Ciertamente posee algunas cualidades, entre ellas la sinceridad, pero ha quedado contaminado por los cuatro o cinco extranjeros que ha conocido, y es un bruto y un borrachín. Los corazones de su gente ya no están tristes porque esta noche corre el sake en todas las casas.

## CARTA 37

*Biratori (Yezo). 24 de agosto*

Esperaba haber pasado a limpio mis apuntes sobre los ainus en la relativa calma y comodidad de Sarafuto, pero el retraso del regreso de Benri y el hecho de que los caballos no hubieran llegado, me han obligado a aceptar una noche más la hospitalidad de este pueblo, lo cual me exige mantenerme a base de patatas y té, pues mi provisión de alimentos se ha agotado. En cierto aspecto me alegro de

alargar mi estancia, ya que esto me permite repasar con el jefe del poblado mi pequeño vocabulario ainu, así como los apuntes. Es un placer confirmar con Benri, un hombre inteligente, la información que me habían proporcionado los más jóvenes. Con el paso de los días se ha apagado ese resplandor que al principio no deja ver la inherente aridez que domina la vida de los salvajes, una vida que, vista ahora en toda su desnudez, no se eleva muy por encima de satisfacer las necesidades elementales de una existencia animal, una vida tímida, monótona, vacía de cosas buenas, sombría, triste, «sin esperanza y sin Dios en el mundo». Ahora bien, incluso considerando los aspectos más ínfimos de su cultura, se hallan considerablemente por encima de muchas otras razas aborígenes y —¿debo decirlo?— también considerablemente por encima y mejor que miles de personas de las masas extraviadas de nuestras grandes ciudades bautizadas en la fe de Cristo y que al morir reposan en tierra santa. Los ainus son sinceros y veraces y, en general, castos, hospitalarios, honrados, respetuosos y amables con sus mayores. La bebida, su principal vicio, no está reñida, como ocurre entre nosotros, con su religión; antes bien, es parte de ella y, por lo tanto, sería excepcionalmente difícil de erradicar.

Una vez más la oscuridad de la noche nos envuelve y nuevamente se han congregado los ancianos alrededor del fuego en dos largas filas con los más jóvenes al final. La tiras de corteza de abedul despiden destellos a la luz de las llamas, los cuencos del sake de la noche están llenos, el dios del fuego y la divinidad de las guirnaldas reciben sus libaciones, las mujeres de más edad, como la Parca, hacen tiras de corteza que trenzan las más jóvenes y, en fin, el resplandor de la lumbre ilumina el magnífico cuadro de unas cabezas venerables, unas cabezas que cualquier pintor o escultor desearía ver, pero ¿cabezas llenas de qué? Este pueblo no tiene historia, sus tradiciones apenas merecen llamarse tales, afirma descender de un perro, sus viviendas y personas están infestadas de mugre, se encuentra sumido en la ignorancia más supina, no tiene letras ni números más allá de mil, se viste con cortezas de árboles y pieles sin curtir de las bestias de los montes, adora al oso, al sol, a la luna, al fuego, al agua y no sé a qué más, es incivilizado y en conjunto un hato de bárbaros sin remedio; y, sin embargo, es atractivo y en varios sentidos fascinante. Solo espero no olvidar jamás la musicalidad de sus voces graves y apacibles, la suave luz y la mansedumbre de sus ojos marrones y la maravillosa dulzura de sus sonrisas.

Después de la piel amarilla, el cabello caballuno, los párpados alicaídos, los ojos oblicuos, las cejas sesgadas, la nariz chata, el pecho hundido, los rasgos mongólicos, el físico encanijado, la forma de andar vacilante de los hombres y el trotecillo tímido de las mujeres, así como la impresión general de degeneración que causa ver a los japoneses, estos ainus producen una impresión muy singular. Excepto dos o tres, todos los que he visto tienen aspecto de bárbaros del género más salvaje posible, dotados, además, de un cuerpo vigoroso capaz de acometer las tropelías más feroces, pero tan pronto como abren la boca, toda la expresión del rostro es iluminada por una sonrisa tan dulce como la de la más encantadora de las mujeres, algo imposible de olvidar.

Los hombres suelen ser de estatura media, de pecho y hombros anchos, muy robusta complexión, extremidades cortas, gruesas y musculosas, manos y pies grandes. Los cuerpos, especialmente los miembros, de muchos de ellos se hallan recubiertos de un vello corto e hirsuto. He visto a dos muchachos con las espaldas cubiertas de un pelo tan suave y blando como el de un gato. Las cabezas y rostros llaman mucho la atención. La frente la tienen muy alta, ancha y prominente, dando la impresión a primera vista de poseer una extraordinaria capacidad de desarrollo intelectual. Las orejas son pequeñas y bajas; la nariz recta pero corta, aunque de aletas anchas; la boca es grande pero bien formada; y los labios raramente tienden a estar llenos. El cuello es corto; el cráneo, redondeado; los pómulos, bajos; y la parte inferior del rostro, más bien pequeña comparada con la superior, no dándose entre ellos la peculiaridad llamada «de la quijada». Las cejas son pobladas y forman una línea recta que casi les cruza el rostro. Los ojos, grandes, bastante hundidos y muy hermosos, de una brillante tonalidad marrón, la expresión es singularmente suave y las pestañas son largas, sedosas y abundantes. El cutis posee ese tono aceitunado de los italianos, pero en la mayor parte de los casos es de una pigmentación tenue y lo bastante clara como para mostrar cambios de color en las mejillas. Los dientes son pequeños, regulares y muy blancos, con los incisivos y colmillos no desproporcionadamente grandes como suele ocurrir entre los japoneses. Los ainus no tienen tampoco tendencia al prognatismo y ni ese pliegue del integumento que oculta el párpado superior del ojo tan común en la raza japonesa. Los rasgos, el semblante y el aspecto general son europeos y no asiáticos.

La apariencia de «salvaje feroz» de los varones se debe a la profusión de pelo negro y espeso que, con raya en medio de la cabeza, les cae sobre los hombros como una cascada. Cuando realizan actividades fuera de la casa se lo recogen con una cinta para que no les tape los ojos. Las barbas son igualmente pobladas; de hecho, son magníficas y por lo general onduladas; en el caso de los ancianos, les dan un aspecto patriarcal y venerable a pesar de su tono amarillento causado por el humo y la falta de higiene personal. El aspecto asilvestrado producido por esta velluda profusión en cabeza y barbas, así como por las densas cejas, está mitigado por la suavidad de unos ojos marrones y de expresión somnolienta, y perfectamente anulado por la increíble dulzura de la sonrisa, atributos todos ellos, en mayor o menor grado, del sexo fuerte.

He medido la estatura de una treintena de adultos de este poblado. Oscila entre 1,62 y 1,67 metros. El promedio de la circunferencia de la cabeza está en 56 centímetros, mientras que el arco de oreja a oreja es de 33. Según el señor Davies, el peso promedio del cerebro de un varón adulto ainu es de unos 1.305 gramos, unos valores confirmados por las mediciones de cráneos ainus y que supera la de todas las razas, la de hindúes y musulmanes, en las llanuras de la India, y la de las razas aborígenes de la India y Sri Lanka, y solo encuentra paralelo con la de las razas de los Himalayas, de Indochina y de los chinos de etnia birmana. Afirma el señor Davies, además, que exceden el peso medio de las razas asiáticas. Así y todo... ¡el ainu es un pueblo estúpido!

Según el testimonio de algunos viajeros de paso que en la ruta a Satsuporo han visto a algunas mujeres ainus, estas son muy feas, algo que compensan con su laboriosidad y fidelidad conyugal. De la primera de estas virtudes no tengo dudas, pero no estoy muy dispuesta a admitir la segunda. La fealdad, por otro lado, tiene como causas la suciedad y la forma de arreglarse. Las mujeres ainus raramente pasan de metro y medio de estatura, pero están bellamente formadas, firmes, esbeltas y bien desarrolladas, con pies y manos pequeños, plantas del pie bien arqueadas, miembros redondeados, busto bien desarrollado y una cintura firme y ágil. Aunque tienen la cabeza y la cara pequeñas, es abundante la mata de pelo, que cae en cascada a uno y otro lado del rostro como en el caso de los hombres. Poseen una dentadura soberbia que no escatiman en mostrar cuando sonrían. La boca la tienen un poco grande, pero está bien formada, con unos tonos sonrosados alrededor que la hace muy agradable a pesar del tatuaje de una

raya trazada arriba y bajo de los labios la cual, por estar unida en la comisura, hace que la boca parezca más grande y ancha. En Shiraoui encontré una joven ainu que, por no haber sido sometida a este tatuaje —quién sabe por qué no— me pareció la criatura más bonita en rasgos faciales, cutis y gracia natural que he visto en mucho tiempo. El color de la piel de las mujeres es más claro que el de los hombres, incluso no se puede decir que sean más morenas que las que hay en Europa. Hay algunas mujeres, no muchas, que se pintan el entrecejo, pareciendo que tienen una ceja en línea recta que les recorre toda la cara. Al igual que los hombres, se cortan el pelo cinco o siete centímetros por encima de la nuca, pero en lugar de sujetárselo con una cinta en la frente como hacen los varones, se hacen un nudo detrás con dos mechones.

Van muy tatuadas, no solo con una raya ancha por encima y debajo de la boca, sino también con rayas en los nudillos y en la palma de las manos, y con líneas, como si fueran pulseras, en la piel del antebrazo hasta el codo. Estos tatuajes son aplicados cuando solo tienen cinco años, es decir, no mucho después de que algunas de las pobres niñas han sido destetadas. Esta misma mañana fui testigo de cómo realizaban la operación en una preciosa y alegre niña. Una mujer con un gran cuchillo muy afilado hizo rápidamente varias incisiones horizontales en el labio inferior de la pobre criatura siguiendo muy de cerca la línea curva de la bonita boca de la niña, y antes de que cesara la ligera hemorragia insertó en la herida algunas partículas relucientes del hollín recogido en la estera que había por encima del hundido fogón. En dos o tres días lavan la cicatriz del labio con un ungüento hecho de la corteza de un árbol con lo cual las líneas quedan ya fijadas, dando como resultado un tono azulado que hace que parezca que se han pintado. La niña sometida a este segundo proceso ayer tuvo el labio lastimosamente inflamado. La última víctima sostuvo las manos firmemente apretadas mientras se hacían las incisiones, pero no derramó ni una lágrima. El diseño del tatuaje en los labios se hace más profundo y ancho cada año hasta que se casan; lo mismo ocurre con los círculos del antebrazo. Ningún hombre preguntado fue capaz de darme razones por la universalidad de esta costumbre de los tatuajes; se limitan a decir que es antigua y parte de su religión, y que las mujeres no pueden casarse si no la practican. El jefe del poblado, Benri, arguye que su equivalente en Japón es la costumbre de que las mujeres se ennegrezcan los dientes, pero se equivoca porque esta costumbre se practica generalmente

después del matrimonio. Aquí empiezan a tatuarse el antebrazo cuando la niña no tiene más que cinco o seis años y se cubren toda la piel de tatuajes desde el codo para abajo. Los ainus me expresaron su pesar por la reciente prohibición gubernamental del tatuaje ya que, según ellos, los dioses se pondrán furiosos. Además, las mujeres sin tatuaje no se podrán casar. Me rogaron, igual que le habían rogado al señor Von Siebold poco antes, que intercedamos ante el Gobierno japonés para que revoque la prohibición. Sobre este asunto se muestran menos apáticos que sobre otros temas y no dejan de repetir la misma cantinela: «Es parte de nuestra religión».

Los niños son muy lindos y sus caras prometen una inteligencia que no se encuentra en los adultos. Se los quiere y se los acaricia mucho; también a ellos les gusta acariciar a los adultos. Tan pronto como nacen, a los niños de los ainus de la montaña les colocan en la boca unos granos de mijo; a los de la costa, un trozo de pescado salado. Además, no importa la hora en que nazcan, la «costumbre» exige que no se les dé de comer hasta que pase una noche. No se los desteta hasta cumplir por lo menos tres años. Los padres prefieren niños a niñas, pero unos y otras son un gran motivo de orgullo, tanto que la esterilidad en una mujer es causa de divorcio. A los niños no se les pone ningún nombre hasta que cumplen cuatro o cinco años, siendo responsabilidad del padre elegirle el nombre por el que será conocido desde entonces. Cuando viajan, a los niños pequeños los llevan las madres dentro de una red que cargan a la espalda o en el hueco de la espalda de una prenda holgada; en ambos casos el peso del niño lo aguanta una cinta ancha que pasa por la frente de la mujer. Cuando son los hombres quienes los cargan, los llevan en brazos. Al niño, aunque sea muy pequeño, ya le afeitan la cabeza y los varones entre cinco y quince años de edad llevan o bien todo el cráneo rapado o a veces unos mechones que les caen por encima de las orejas. A las niñas, en cambio, se les deja con todo el pelo.

Desde la más tierna infancia se exige de los niños la más estricta e instantánea obediencia, encargándoseles de traer y llevar recados y mensajes. He visto niños que no parecían tener más de dos años a los que se les mandaba ir a por leña. Ya a esta edad reciben una enseñanza tan completa sobre modales y educación que niños que apenas saben dar los primeros pasos nunca entran y salen de la casa sin saludar ceremoniosamente a todos y a cada uno de los presentes, excepto a su madre. No llevan nada puesto hasta que tienen siete u

ocho años; a partir de esta edad ya visten como los adultos. Los modales con que se dirigen a sus padres son muy cariñosos. Hasta hoy y en la presencia imponente del jefe del poblado, un precioso niño de estos, todo desnudito, que había estado sentado tranquilamente dos horas mirando con fijeza el fuego con sus grandes ojos marrones, se abalanzó al encuentro de su madre que acababa de entrar rodeándola con sus brazos, a lo cual la madre respondió con una mirada maternal y un beso. Estos pequeños, con la natural y absoluta inconsciencia de la niñez, y sus preciosos rostros, con la piel aceitunada, aunque oscurecida por la suciedad, con su perfecta docilidad y ausencia de curiosidad molesta, son realmente encantadores. Todos llevan alrededor del cuello una cinta azul de algodón de la que cuelgan adornos de plata o peltre.

Parece que no los afectan, al menos gravemente, las enfermedades habituales de los niños, como la tosferina y el sarampión, pero padecen de afecciones cutáneas, que desaparecen cuando cumplen diez u once años, y de fuertes dolores en la boca cuando les salen los primeros dientes.

### CARTA 37 *(Continuación)*

Para ser bárbaros, el vestido de los ainus es excepcionalmente bueno. En invierno consiste en uno, dos o más mantos de piel, con capuchas del mismo material, que en el caso de los hombres cuando salen de caza se completa con un calzado de toscos mocasines. En verano llevan kimonos o prendas holgadas hechas de un tejido a partir de la corteza de un árbol de sus bosques. Se trata de un material duradero y bonito de varias tonalidades de color de ante natural parecido a lo que se conoce entre los artistas de la moda como «lona de Panamá». Debajo de esta prenda puede llevarse o no otra más fina, o un chaleco también del mismo material. Estas prendas, cuando son masculinas, llegan hasta ligeramente por debajo de las rodillas; y la abertura delantera se cierra con la parte derecha por debajo de la izquierda. Van ceñidas con una cinta estrecha del mismo material de corteza; de esta especie de cinturón pende un tosco cuchillo en forma de daga provisto de un mango en madera tallada dentro de su funda. La costumbre de fumar no está muy extendida; en consecuencia, ni la pipa ni la tabaquera forman parte, a diferencia de lo que ocurre en Japón, del típico atuendo masculino.

Hombres y mujeres llevan ajustadas polainas o sobrecalzas hechas de corteza o de piel, pero no calzan ni zapatos ni sandalias.

En cuanto a las mujeres, la prenda que llevan es bastante holgada y más larga, hasta un punto intermedio entre los tobillos y las rodillas; no llevan cinta ni ceñidor alguno, sino que va atado todo de abajo arriba hasta la clavícula. El cuerpo de la mujer ainu no solamente permanece con este vestido casi completamente cubierto, sino que no se lo cambia nunca, excepto cuando esta sola o por la noche. Recientemente una japonesa de Sarafuto llevó a una ainu a su casa e insistió en que se bañara a lo cual la ainu se negó en redondo hasta que la sala de baño estuviera perfectamente aislada del resto de la casa por medio de paneles. Cuando la japonesa volvió poco después para comprobar si había terminado de bañarse se encontró a la mujer ainu sentada dentro del agua con el vestido puesto. Al reprenderla, la ainu respondió que los dioses se enojarían si la vieran sin ropa.



PATRIARCA AINU

Muchos de los vestidos usados los días de fiesta son sumamente atractivos. Están decorados con diseños geométricos con abundancia de grecas sobre un material de algodón burdo de color azul trenzado hábilmente con hilos blancos y rojos. Para confeccionar los más vistosos de estos vestidos emplean medio año. El atuendo masculino lo completa una especie de delantal de forma apaisada decorado artísticamente. Gracias a la robustez de sus cuerpos, estos hermosos salvajes adquieren un aspecto inmejorable con sus mejores galas. No he visto un muchacho o muchacha de más de nueve años que no esté vestido de los pies, más bien de los tobillos, a la cabeza. Las «joyas» de las mujeres se reducen a grandes pendientes en forma de aro de plata o peltre, de un diseño más bien clásico, y a adornos de plata colgados del cuello. Algunas mujeres llevan también brazaletes de latón. Las mujeres tienen pasión por los objetos con cualquier matiz de color rojo. Por ejemplo, me he hecho amiga de muchas repartiendo entre ellas una pañoleta de seda de color rojo turquí y ahora veo que adornan sus vestidos con tiras que han cortado de la pañoleta.

Las casas de las cinco aldeas ainus de aquí arriba, en la montaña, son muy buenas. También lo eran las de Horobets, siendo inferiores las de Shiraoui cuyos habitantes sufren la cercanía de varias tiendas donde venden grog, bebida alcohólica favorita de los marineros británicos durante muchos años. La vivienda ainu difiere en muchos aspectos de las casas que he visto en otras partes del mundo, pero se parecen bastante a las que hacen los aborígenes de Hawái con ramas y hierbas. Parece que la tradición no permite innovación alguna en la arquitectura: todas las casas siguen el mismo diseño y las únicas diferencias son de tamaño y de mobiliario. Son viviendas inadecuadas para un clima tan riguroso como el de esta isla, aunque lo mismo cabe decir de las casas japonesas. En sus moradas, como en sus rostros, los ainus son más europeos que sus conquistadores nipones, pues en ellas hay puertas, ventanas, fogones en el centro de la sala y lugares para dormir con una ligera elevación con respecto al suelo.

El aspecto habitual de estas viviendas es el de una casita adosada a otra más grande. Y ambas «casas» constan de una sola estancia cada una. La primera funciona como una especie de zaguán o antesala a la cual se accede por una entrada baja con una pesada estera de carrizo o junco a modo de cortina. Este zaguán, en donde no hay ventana alguna, contiene un gran mortero de madera —con el majadero utilizable en sus dos extremos— usado para moler el mijo, un

arca también de madera para guardar el mijo, redes, aparejos de caza y algunos haces de cañas con que reparar el tejado o las paredes de la casa. Desde este espacio se accede a la sala grande de la casa. De la entrada que une ambas estancias pende otra estera pesada hecha también de carrizo y forrada de piel. Las medidas de la sala de Benri son diez metros de larga por siete y medio de ancha; había otra de catorce metros cuadrados; y la que encontré más pequeña solo medía seis por cuatro metros y medio. Cuando se entra en esta estancia, impresiona la gran altura y pendiente del techo, totalmente desproporcionada de la altura de las paredes.

La estructura de la vivienda es de postes de madera de un metro y medio de alto separados por poco más de un metro uno de otro y con una ligera inclinación hacia dentro. La altura de las paredes está determinada por la de los carrizos utilizados, todos de la misma altura, es decir, de metro y medio. Los postes se hallan ahuecados en las puntas donde reciben las pesadas vigas que forman la parte superior de las paredes de la casa. Los mismos postes están unidos en dos puntos intermedios con palos más pequeños dispuestos horizontalmente. La pared es doble: la exterior está formada por carrizos muy bien apretados entre sí y atados a la estructura en haces pequeños y regulares, mientras que la interior la forman cañas sueltas. Desde lo alto de los postes, la armadura de la cubierta se eleva a una altura próxima a los siete metros y está hecha, como el resto, con palos atados a la viga cumbrera, también de madera toscamente desbastada y muy pesada. En una de las puntas de esta viga hay una abertura en forma triangular para la salida del humo. Hay otras dos cumbreras muy robustas que cruzan el ancho de la casa apoyadas en las puntas de las vigas de la pared y en puntales clavados en el suelo de la vivienda; además, hay varios maderos colocados a la misma altura que soportan una segunda cubierta formada por esteras y que pueden improvisarse en ocasiones como una estancia aparte usada solo para invitados. Estos maderos hacen también la función de estantes. Los constructores de las casas ainus ponen gran esmero en el exterior de la cubierta, una verdadera maravilla artesana por su belleza. Llama poderosamente la atención la serie de adornos que coronan el caballete. El madero del caballete está recubierto de una ripia de carrizos los cuales, tanto los dispuestos en las esquinas como sobre el caballete, se encuentran atados artísticamente con resistentes varas sin corteza. En cuanto al interior, las vigas que van todo a lo

ancho de la sala, de pared a pared, son bastante bajas por lo cual hay que agacharse si uno no quiere fracturarse el cráneo. De ellas cuelgan lanzas, flechas, arcos, trampas y otros objetos primitivos. La cubierta y la ripia se hallan ennegrecidas por el humo. Justo debajo de una y otra se ven, a un lado y otro, ventanas pequeñas y cuadradas que se cierran por la noche con contraventanas de madera y que durante el día permanecen abiertas por medio de cuerdas. No hay mayor insulto a un ainu que asomarse desde fuera por estas ventanas y mirar el interior de la casa.

A la izquierda de la entrada de todas las casas hay un entarimado fijo de casi medio metro de alto cubierto con una única estera sobre la cual la gente se acuesta para dormir. Las almohadas son pequeños cabezales rígidos cubiertos de una estera ornamental. Si la familia es grande, hay varias de estas superficies entarimadas. De un palo horizontal cuelgan esteras que ocultan a las personas acostadas del resto de la sala. La mitad interior de estas esteras es lisa, pero la exterior, la visible desde el resto de la sala, presenta unos diseños en forma de diamante tejidos con tonos marrones y rojos oscuros. Todo el suelo de la casa se halla recubierto de una estera de juncos muy basta con pequeñas aberturas a lo largo de centímetro y medio de ancho. El fogón ocupa una superficie rectangular de más de un metro ochenta centímetros y encima de él, suspendida de un armazón muy ennegrecido y artísticamente trabajado, cuelga una estera reluciente y también muy negra por la cantidad de hollín acumulado. Este hollín es la base del mejunje usado en los tatuajes femeninos. El objetivo de dicha estera es impedir que el humo, en lugar de subir directamente hacia arriba, se reparta por toda la estancia. De ese armazón pende también un gran caldero para cocinar que juega un papel de gran importancia en la economía ainu.

Los dioses del hogar constituyen una parte esencial del mobiliario de este pueblo. En la casa que ahora describo, a la izquierda de la entrada, se pueden ver diez varitas blancas insertadas en la pared con virutas que cuelgan de la punta superior; de la ventana orientada al este sobresale otra de estas varitas; finalmente, la presencia del gran dios está simbolizada por un madero blanco, de unos setenta centímetros de alto, con espirales de virutas colgadas de la parte más alta, clavado en el suelo, cerca de la pared y a la izquierda, frente al fogón y entre el entarimado donde duerme el cabeza de familia y una estantería baja y ancha. La presencia de esta estantería es característica de todas las viviendas ainus, tanto

de la montaña como de la costa, sean pobres o ricas. En sus anaqueles se muestran objetos curiosos japoneses, muchos de los cuales son antigüedades de notable valor artístico a pesar del deterioro debido al polvo y la humedad. Resulta extraño ver estos objetos en las viviendas de los aborígenes de estas remotas regiones septentrionales del archipiélago. Alineados sobre el fondo de las rústicas paredes adquieren un aire casi solemne. En esta casa conté hasta veinticuatro. Entre ellos hay urnas lacadas, cajas de té, asientos. Cada uno de estos artículos descansa sobre pequeños soportes de cuatro patas y sesenta centímetros de alto, y están adornados con filigranas de latón. Detrás pueden verse ocho cubos lacados y varios cuencos y bandejas, también de laca. Encima hay lanzas con astiles repujados y preciosas vasijas de cerámica Kaga y Awaga. La laca es buena y algunas urnas exhiben los blasones en oro de casas señoriales. Una urna, en concreto, y un cuenco con su tapadera presentan una hermosa labor de taracea con la figura de la oreja de Venus. En todas las casas se ven urnas grandes. Además, hay armaduras y sables artísticamente repujados en la empuñadura, hojas y aljabas bellamente trabajadas, objetos todos ellos por los cuales un coleccionista pagaría casi cualquier cantidad. Ninguna oferta, por generosa que sea, es capaz de tentar a los ainus para que vendan estas antiguas pertenencias. «Son regalos —se limitan a decir con sus voces graves y musicales— de personas que se portaron bien con nuestros antepasados; no, no podemos venderlos. Son regalos». Y de ahí no hay quien los saque. En la penumbra humeante de sus cabañas resplandecen asimismo objetos de laca dorada, otros con incrustaciones de perlas, blasones dorados de daimios. Indudablemente algunos de estos tesoros fueron obsequios recibidos por los antepasados de los ainus cuando iban a rendir tributo a los representantes del sogún o al príncipe de Matsumae, poco después de la conquista de Yezo por los japoneses. Otros probablemente fueron regalos recibidos de antiguos samuráis que buscaron refugio en estas tierras en tiempos de rebeliones; otras, tal vez, llegaron aquí por trueques. Son las únicas posesiones que los ainus se niegan a trocar por sake. Solo se desprenden de ellas como forma de pago por multas impuestas por el jefe del poblado o como parte de la dote de una hija.

Con excepción de las casas más pobres donde la gente cuenta con una sola estera que ofrecer al invitado, la estera más basta es cubierta con otras más elegantes en la superficie que bordea el fogón de la vivienda. Estas esteras, así

como las prendas de vestir hechas de corteza vegetal, son las únicas artesanías del pueblo ainu. El material empleado en ellas es carrizo fino o junco con figuras teñidas de tonos marrones y rojos oscuros. Sus dimensiones son de cuatro metros de largo, noventa centímetros de ancho y quince centímetros de grueso. Para terminar una se requiere el trabajo de una mujer durante ocho días. En todas las casas hay uno o dos entarimados portátiles de un metro ochenta centímetros de largo, un metro veinte centímetros de ancho y treinta y cinco centímetros de alto que se colocan a la cabecera del fogón y sobre cuya superficie, recubierta de una piel de oso o de una estera de calidad, se sientan o duermen los invitados. En muchas casas se pueden observar asientos anchos ligeramente elevados sobre el nivel del suelo en donde se sientan con las piernas cruzadas los más ancianos pues tal es su forma de sentarse, y no sobre los talones como hacen los japoneses. Al lado de la puerta, sobre un soporte, suele haber una cubeta de agua. De las vigas del techo cuelgan pescados salados o carne de venado o de oso para el consumo cotidiano, así como algunas pieles. Tampoco faltan en la vivienda ainu algunos enseres domésticos imprescindibles, como cuencos lacados o sin lacar de madera usados para comer y beber sake, una tajadera, una tosca cuchilla para cortar la carne, palillos para calentar las tiras de la corteza vegetal, un trípode en el cual colocan candiles de aceite, diversas piezas de sus primitivos telares, tiras de corteza y carrizos con los que fabrican, respectivamente, vestidos y esteras. Con esos y algún objeto más creo que queda completo el inventario de los artículos esenciales para la vida diaria de este pueblo. Ningún objeto de hierro forma parte del conjunto de materiales empleados en la construcción de sus casas. Las funciones de ese metal las cumplen fibras vegetales de sobresaliente dureza.

Ya he descrito cómo preparan sus comidas que suelen consistir en un guiso de «cosas abominables». Comen pescado fresco, salado y reseco, algas, babosas, varias clases de verduras que crecen en los altos herbazales que rodean los pueblos, raíces y bayas del monte, carne fresca y salada de venado y oso. En los banquetes consumen carne fresca de oso y beben sake, además de algas, hongos y cualquier cosa que se pone a su alcance y que no sea venenosa. Para mezclar todos los ingredientes en la olla usan un cucharón de madera, pero comen con palillos como los japoneses. Solo tienen dos comidas regulares al día, pero las realizan con buen apetito. Además de los alimentos mencionados, tienen también

una sopa espesa que preparan con la masilla de un tipo de tierra que se encuentra en uno o dos valles de la región. Cuecen esta tierra con el bulbo de un lirio silvestre y después de que se sedimenta la arcilla en el fondo, cuelan y beben el líquido que sale muy espeso. En el norte hay un valle donde abunda esta clase de arcilla y por eso se llama *tsie toi nai* que quiere decir justamente «valle de la tierra comestible».

Los hombres pasan el otoño, invierno y primavera entregados a la caza de ciervos y osos. Parte de sus impuestos los pagan con pieles de estos animales. La carne se la reservan para su subsistencia. Hasta ahora los ainus cazaban estas bestias con flechas emponzoñadas, cepos con dardos y trampas, pero ahora el Gobierno japonés ha prohibido el uso de cepos con dardos y de las flechas emponzoñadas, por lo que los ainus se quejan de que cazar les está resultando cada vez más difícil, pues los animales, ahuyentados por el estruendo de las armas de fuego, se refugian en los parajes más y más inaccesibles de las montañas. Sin embargo, añaden significativamente, «los ojos del Gobierno japonés no están en todos sitios».

Sus arcos miden poco más de noventa centímetros y están hechos de recios arbolitos con corteza. No les importa hacerlos más ligeros o bonitos recortándoles las puntas. La madera es peculiarmente rígida. Las flechas, de las cuales me llevo un buen número, son muy peculiares: constan de tres partes. La punta está formada por una pieza de hueso afilado con una cavidad en un lado dentro de la cual va el veneno. Esta punta o cabezal está débilmente atada a la segunda parte, una pieza fusiforme también de hueso de unos diez centímetros la cual a su vez va atada al astil de la flecha de aproximadamente treinta y cinco centímetros. El extremo de esta tercera pieza a veces está equipado de tres filas de plumas. El veneno depositado en la cavidad alargada del cabezal tiene una consistencia blanda al principio, pero luego se vuelve dura. En algunos de los cabezales se introduce hasta media cucharilla de té de esta pasta ponzoñosa. Como el nudo de la cuerda que une el cabezal a la segunda pieza es muy flojo, la punta se queda insertada todo el tiempo en la incisión abierta en la piel de la presa, mientras que la segunda pieza y el astil se caen al suelo. Pipichari me ha dado una pequeña cantidad de esta pasta venenosa; incluso me ha llevado a ver la planta de cuya raíz se extrae. Se trata del *Aconitum japonicum*, de brillantes y altas espigas, y flores azuladas. La raíz se machaca hasta conseguir una pulpa que

mezclan con tierra rojiza como si fuera óxido de hierro pulverizado, y luego, a la hora de insertar esta masilla en la cavidad de la punta del dardo, con grasa animal. He oído decir que este veneno se entierra por un tiempo antes de ser usado, pero Benri me dice que no es necesario. Según los ainus, basta que una de estas flechas emponzoñadas haya penetrado en la carne de la víctima para que a los diez minutos esta muera. Además, la carne del animal es igualmente comestible a pesar del veneno, si bien los ainus toman la precaución de desechar una considerable parte de carne de la zona alrededor de la herida.

El doctor Eldridge, que antes vivía en Hakodate, obtuvo una pequeña cantidad de esta sustancia venenosa y después de algunas pruebas concluyó que sus efectos son menos virulentos que los venenos usados con el mismo fin por los aborígenes de Java, por los bosquimanos y por ciertas tribus de las cuencas de Amazonas y Orinoco. Según los ainus, si un hombre resulta accidentalmente herido por una de estas flechas emponzoñadas, la única forma de curarse consiste en que se le extirpe de inmediato la parte lacerada.

No es de extrañar que el Gobierno japonés haya prohibido los cepos que usan estos mortíferos dardos, pues su instalación en senderos y caminos hace insegura la movilidad de las personas, una inseguridad que aumenta un poco más al norte donde no se controla tanto la caza como aquí. Estos cepos constan de una gran ballesta con un dardo emponzoñado dispuesto de tal manera que cuando el oso pisa la cuerda que une la ballesta y el dardo, este se clava instantáneamente en el cuerpo del animal. He visto hasta treinta de estos cepos en una casa. El sencillo dispositivo de este artefacto para ocasionar una muerte tan silenciosa es de lo más ingenioso.

Como he indicado, las mujeres están todo el día activas. Se muestran animadas y hasta alegres cuando sonríen. Además, y a diferencia de las japonesas, no parecen prematuramente mayores, quizás porque sus hogares están bien ventilados y no conocen el uso del carbón. A mi juicio, tampoco se ven sometidas a las mismas labores penosas que afronta la mayor parte de las mujeres salvajes, aunque sí que es cierto que trabajan mucho. A los hombres no les gusta que sus mujeres hablen con extraños y afirman que su puesto es trabajar y criar a los hijos. Sin embargo, comparten la comida y a la misma hora que los hombres, ríen y hablan delante de ellos, y cuando se hacen mayores, reciben la misma ayuda y respeto. También venden algunas esteras y prendas de corteza, el producto de

cuyas ventas no se lo llevan sus maridos. No hay mujer ainu que no sepa cómo se hace un vestido de corteza vegetal. Los hombres les traen las tiras de corteza, de metro y medio de largas, después de haberlas separado del revestimiento exterior. La corteza interior se divide fácilmente en tiras estrechas que a su vez las mujeres más mayores separan en otras aún más finas las cuales enrollan en bolas de aproximadamente medio kilo de peso. Para tejer con estas tiras finas no se requiere ninguna preparación previa, aunque he observado que algunas mujeres las sumergen en un líquido donde hierven cortezas para producir unos tonos marrones que hacen más intenso el color final de la prenda.

### CARTA 37 (*Continuación*)

No puede haber nada más vago e inconsistente que las nociones religiosas de los ainus. Con la salvedad de los pequeños santuarios de arquitectura japonesa levantados en las colinas cercanas y consagrados a Yoshitsune, los ainus no tienen templos, ni sacerdotes, ni sacrificios, ni culto alguno. Al parecer, por lo menos según se sabe desde tiempo atrás, su única forma de culto se reduce al tipo más primitivo y tosco de veneración a la naturaleza, la atribución de un vago carácter sagrado a árboles, ríos, rocas y montes, y a difusas ideas sobre el poder para causar el bien o el mal del que están dotados el mar, el bosque, el fuego, el sol y la luna. No puedo determinar si poseen vestigios de deificación de los ancestros, aunque su ruda forma de veneración a la naturaleza puede muy bien haber sido una modalidad primitiva del sintoísmo japonés. La única excepción al culto que rinden a la naturaleza animada e inanimada parece ser la reverencia profesada a Yoshitsune, a quien consideran su gran benefactor y que, creen algunos, sigue intercediendo por ellos<sup>35</sup>. Sus dioses o, dicho de otro modo, los símbolos externos de su religión, son varitas y palos de madera pelada y tallada cerca del extremo superior del cual cuelgan virutas blancas. Estos objetos no solamente se encuentran en las casas, donde puede haber hasta veinte, sino también en precipicios, orillas de las corrientes de agua y puertos de montaña. Estas varitas se arrojan a los ríos cuando los barqueros bajan por aguas torrenciales o parajes peligrosos. En el mismo sitio de la pendiente por donde se cayó el caballo que

transportaba mi equipaje viniendo de Sarafuto colocaron cuatro de estas varitas. Sería un desatino escribir sobre las ideas religiosas de un pueblo que carece de las mismas o de las creencias de gentes que no pasan de ser niños con aspecto de adultos. El viajero que formule el credo de los ainus debe «inventárselo a partir de su conciencia interna». Me ha costado un trabajo enorme sonsacarles qué clase de nociones religiosas pueden tener. Shinondi insiste en que ya me han dicho todo lo que saben y lo que saben no pasa de ser un cúmulo vago de miedos y esperanzas presidido por la sospecha de que puede haber cosas fuera de su control más poderosas que ellos y cuyo favor se puede obtener —o su desgracia evitar— con libaciones de sake.

La misma palabra de «culto religioso» se presta a equívocos. Cuando la aplico a estos caribes, se reduce a libaciones de sake, a mover de un lado a otro los recipientes que lo contienen y las manos, sin ninguna plegaria o fórmula de carácter espiritual. Solo en este sentido se puede añadir que los ainus adoran al sol y a luna, pero no a las estrellas, al bosque y al mar. En cuanto al lobo, la serpiente negra, el búho y otras aves y bestias tienen el término de *kamoi*, es decir, «divinidad», antepuesto o pospuesto, de modo que el lobo viene a ser referido entre ellos como «la divinidad que aúlla», el búho como «el ave de los dioses», la serpiente negra como «la divinidad tenebrosa». Pero hoy día ninguno de estos animales es venerado, pues el culto a los lobos o lupolatría, por ejemplo, ha desaparecido no hace mucho. El trueno o «la voz de los dioses» inspira temor. El sol, dicen los ainus, es su mejor divinidad y el fuego la siguiente mejor; es decir, evidentemente se trata de deidades de las que reciben los mayores beneficios. En estas rudas nociones religiosas pervive cierto sentido de agradecimiento, como en el caso del culto que tributan a Yoshitsune. Parece que ese sentimiento domina en una de las toscas plegarias cantadas en el curso de los festivales con que en algunos pueblos se celebra la finalización de la temporada de caza o de pesca y que acaba así:

Al mar que nos alimenta, al bosque que nos protege, damos las gracias. Sois los padres que nutren al hijo. No montéis en cólera si dejamos a uno por ir al otro.

Los ainus siempre serán el orgullo del mar y del bosque.

El único acto de sacrificio que realizan es colocar un pájaro muerto sin valor, tan común como un gorrión, cerca de alguna de sus varitas donde lo dejan

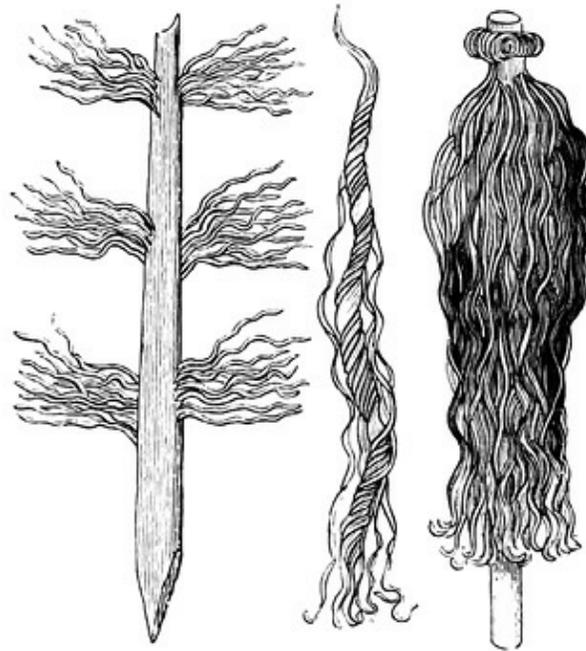
hasta alcanzar un avanzado estado de putrefacción.

Resumiendo, el principal acto de «culto» del pueblo ainu es «beber en honor de los dioses», por lo que la embriaguez y la religión están inseparablemente unidas, tanto que cuanto más sake beben, más devotos son y más agradables se hacen a los dioses. Parece que el sake y solo el sake está investido de valor suficiente para complacer a las divinidades. Jamás se omiten libaciones al fuego y a las varitas, acompañadas en todas las ocasiones por ese característico movimiento hacia dentro de los cuencos con bebida.

Por otro lado, la peculiaridad que distingue la ruda mitología de este pueblo es el «culto» rendido al oso. El oso de Yezo, hay que decirlo, es uno de los más espléndidos ejemplares de esta especie. Resulta imposible entender los sentimientos que subyacen al culto que, a su estilo, tributan a este animal colocando su cabeza en el poblado. Un animal al que, sin embargo, cazan, matan y comen; y que descuartizan para vender su piel. No cabe duda de que esta fiera les inspira más sentimientos religiosos que las fuerzas inanimadas de la naturaleza. No en vano los ainus se pueden distinguir de otras razas como adoradores del oso y su mayor festividad se puede denominar «el Festival del Oso». A pesar del natural apacible y amable de estas gentes, sienten una gran admiración por la fiereza y el valor. Y el oso, el animal más fuerte, fiero y valeroso que conocen, probablemente ha sido en todos los tiempos fuente de inspiración de esos valores. Algunos de sus primitivos cantos son panegíricos del oso y el mayor cumplido que puede dedicarse a un ainu es compararlo con un oso. Por eso Shinondi suele decir hablando de Benri, el jefe del poblado, que «es fuerte como un oso» y la vieja Parca alaba a Pipichari llamándolo «osito».

En todas las aldeas ainus, sobre todo a la puerta de la casa del jefe, hay varios postes altos coronados por la calavera de un oso; y en la mayoría se puede ver también una jaula grande de rejilla yalzada medio metro del suelo sobre robustos maderos donde tienen en cautividad osos jóvenes cazados siendo oseznos a principios de la primavera. Nada más capturarlo, lo guardan en alguna casa, generalmente la del jefe o subjefe del poblado, donde es amamantado por una mujer y participa en los juegos con los niños dentro de las casas; cuando crece y es demasiado grande para seguir en la vivienda, lo encierran en una de esas jaulas. Ahí le dan de comer y lo cuidan creo que hasta el otoño del año siguiente, ya convertido en un animal fuerte y plenamente adulto, cuando

celebran el Festival del Oso. Las costumbres de esta fiesta, así como la forma en que se da muerte al animal, varían considerablemente según el poblado esté en la montaña o en la costa, pero en todos los sitios se reúne mucha gente y hay un gran banquete en el cual corre el sake en abundancia y los hombres ejecutan una curiosa danza.



DEIDADES DE LOS AINU

Para excitar al oso enjaulado se profieren gritos y exclamaciones. Cuando el animal está muy agitado, el jefe le dispara una flecha. La herida es leve, pero el oso se pone rabioso. Entonces abren la jaula y el animal sale hecho una furia. Es entonces cuando los ainus con diferentes armas en las manos saltan sobre él; todos quieren asestarle el mejor golpe pues se considera de buena suerte hacerle sangrar. Tan pronto como el animal se deja caer agotado, le cortan la cabeza y le ofrecen las armas con las que lo han herido pidiéndole que se venga de todos ellos. A continuación, el cuerpo del oso se despieza y, en medio de mucho bullicio, se reparte entre toda la gente que se da un gran festín con la carne. La cabeza del oso, insertada en el poste de madera, se convierte en objeto de culto y recibe generosas libaciones de sake. La fiesta termina en una borrachera general. En algunas aldeas hay costumbre de que la madre nodriza del oso lance penetrantes gritos cuando entrega el animal a la gente para que lo mate y que, una vez muerto el animal, golpee a todos los hombres con la rama de un árbol.

—Más tarde, en Usu, un poblado en la bahía del Volcán, los ancianos me informaron de que en su fiesta al oso se le da muerte de manera diferente. Cuando lo sueltan de la jaula, dos hombres lo agarran cada uno de una oreja mientras otros lo inmovilizan por medio de una estaca en el pescuezo. Entonces unos hombres se montan encima y lo desnucan al cabo de un prolongado forcejeo. Al ver que está a punto de morir, la gente canta en coro: «¡Acabamos contigo, oso! ¡Vuelve pronto convertido en un ainu!»—. Cuando atrapan o hieren a este animal, los cazadores realizan una especie de ceremonia propiciatoria o de disculpa.

Como lo demuestra la canción citada de Usu y otras usanzas primitivas, parece que los ainus poseen ciertas nociones sobre la reencarnación. Es imposible discernir, sin embargo, si estas ideas son propias o surgidas en fechas posteriores por el contacto con el budismo.

El pueblo ainu, por otro lado, no tiene conceptos muy concretos relativos a la vida del más allá, un tema del que evidentemente no les resulta muy grato hablar. Son ideas escasas y confusas. Algunos creen que los espíritus de sus amigos se reencarnan en lobos y serpientes; otros, que deambulan por los bosques. Es un pueblo con mucho miedo a los fantasmas. Algunos piensan que después de morir van a «un lugar bueno o malo» dependiendo de sus acciones en vida. Pero Shinondi, con un tono de infinito pesar en sus palabras, comentó:

—¿Cómo podemos saber dónde vamos? ¡Nadie ha vuelto para decírnoslo!

—¿Y qué entiendes por malas acciones? —le pregunté.

—Pues portarse mal con los padres, robar, decir mentiras...

El futuro, de todos modos, no ocupa ningún lugar en los pensamientos de los ainus, por lo que no se puede afirmar que crean en la inmortalidad del alma. Aun así, su temor a los fantasmas muestra que reconocen una distinción entre el cuerpo y el espíritu.

Sus usos sociales son muy simples. Las muchachas nunca se casan antes de cumplir diecisiete años y los jóvenes antes de los veintiuno. Cuando un joven desea casarse con alguna joven en especial, le pide autorización al jefe del poblado. Si este se la da, el joven, o bien a través de un intermediario o él mismo, pide la mano de la muchacha al padre de esta. Si el padre consiente, el novio recibe un regalo que suele ser alguno de los objetos japoneses que tienen en sus casas. Este regalo viene a ser una especie de compromiso prematrimonial y la

boda se celebra inmediatamente después con una fiesta y abundancia de sake. Como dote, la novia recibe unos pendientes y un kimono profusamente adornado. Es esencial que el novio disponga de una casa en la cual acomodar a su futura esposa, pues las parejas viven en su propia casa y ni siquiera el hijo mayor lleva a su nueva esposa a la casa de su padre. La poligamia solo se consiente en dos casos. El jefe del poblado puede tener tres mujeres, aunque cada una debe vivir en su propia casa. Benri, por ejemplo, tiene dos mujeres, pero parece ser que tomó la segunda porque la primera es estéril. —Los ainus de Usu me dijeron que la poligamia no existe en las aldeas de la bahía del Volcán, ni siquiera entre los jefes de poblado—. También se permite la poligamia cuando la mujer es estéril, pero no se dan tales casos en Biratori; y los hombres dicen que prefieren tener una sola mujer, pues dos se pelean.

A las viudas se les permite volver a casarse previo consentimiento del jefe del poblado. Sin embargo, en estas aldeas de montaña una viuda debe permanecer absolutamente recluida en la casa de su difunto marido por un periodo que oscila entre seis meses y un año, permitiéndose tan solo salir a la puerta para verter sake a derecha e izquierda de la casa. De igual modo, el viudo se recluye treinta días en su casa. —Las costumbres varían tanto que en las aldeas de la bahía del Volcán, según comprobé, el periodo de aislamiento de las viudas es solamente de treinta días y el de los viudos, veinticinco. Sin embargo, después de la muerte de un padre, su casa se quema al cabo de los treinta días de aislamiento de su viuda. Esta y sus hijos deben acogerse después en el hogar de algún amigo y vivir ahí tres años. Pasado este tiempo, la casa se reconstruye en el mismo lugar—.

Si a un hombre deja de gustarle su mujer, puede divorciarse de ella con el visto bueno del jefe del poblado. Pero, eso sí, debe devolverla a casa de sus padres con numerosas prendas de vestir de calidad. El divorcio, de todas maneras, es impracticable cuando hay hijos de por medio y de hecho apenas se practica entre los ainus. La fidelidad conyugal es una virtud generalizada en las mujeres ainus, pero «la costumbre» dicta que, en caso de infidelidad, el marido agraviado ceda la mujer al amante de esta cuando el amante esté soltero. En este caso, el jefe del poblado fija la estimación de daños y perjuicios que debe pagar el amante. Esta compensación tiene por lo general forma de objetos japoneses valiosos.

Entre los ainus los ancianos y los ciegos son mantenidos cien por cien por sus hijos y hasta el día de su muerte reciben de ellos honra y obediencia.

Si alguien comete un robo, debe devolver lo robado y además compensar al agraviado con un regalo cuyo valor determina el jefe del poblado.

En cuanto a su estilo de vida, ya lo sabes por estas cartas. Lo he conocido de primera mano gracias a la hospitalidad que sigo recibiendo de estas gentes. «La costumbre» les exige que dispensen hospitalidad a cualquier ainu. Acogen a todos los forasteros como me han acogido a mí, dándoles lo mejor que tienen, haciéndoles ocupar el mejor asiento de su casa, colmándoles de regalos y, cuando les tienen que decir adiós, entregándoles para el camino pasteles de mijo cocido.

Salvo algunas fiestas, no tienen muchas diversiones. Sus danzas, como las que han ejecutado en mi honor, son lentas y lastimeras; sus canciones, recitativas. Tienen un instrumento musical, algo parecido a una guitarra, con tres, cinco o seis cuerdas hechas de los tendones de las ballenas varadas en la costa. Poseen otro, que creen que es propio de ellos y que consta de una tablilla de madera de doce centímetros de larga y seis centímetros de ancha con una lengüeta puntiaguda también de madera, fija en la mitad y móvil en tres lados, de cuatro milímetros y medio de ancha y treinta y ocho de larga. La tablilla se sostiene delante de la boca, mientras que la lengüeta se mueve con la vibración causada por el aire que sale de la boca al cantar. Su sonido, aunque menos agudo, es tan discordante como el de un arpa judía a la cual algo se asemeja. Uno de los hombres usaba este instrumento para acompañarse cuando cantaba. Los ainus se niegan a desprenderse de él pues, según dicen, resulta muy difícil encontrar una madera que pueda partirse para sacar de ella una lengüeta tan fina.

Son muy corteses unos con otros y los saludos son tan frecuentes que los intercambian al entrar en la casa, al salir, al verse en la calle o en los caminos, al recibir algo de la mano de alguien y al ser objeto de alguna palabra o frase amable. Sin embargo, no hacen estos saludos a las mujeres. La forma más habitual de saludar consiste en extender las manos, hacer con ellas uno o varios movimientos hacia dentro y luego acariciarse la propia barba. En otra forma de saludo más formal, elevan las manos curvándolas dos o tres veces cuando llegan a la altura de la cabeza, después las bajan y se las frotan; la ceremonia concluye acariciándose varias veces las barbas. Ese segundo tipo de saludo se lo dedican al

jefe y a los ancianos. ¡Las mujeres no lo realizan! ¿Será que no tienen «educación»?

Los ainus no cuentan con «médicos» y, a pesar de conocer la existencia de hierbas medicinales, desconocen sus virtudes y cómo usarlas. Su específico favorito es el hígado de oso seco y machacado que emplean frecuentemente en cólicos y otras dolencias. Es una raza sana. Por ejemplo, en este poblado de Biratori de trescientas almas, no hay ningún enfermo crónico y ninguna dolencia excepto un caso de bronquitis y algunas enfermedades cutáneas infantiles. Tampoco he observado ni me han reportado caso alguno de deformidad física ni en este pueblo ni en los otros cinco pueblos visitados, con la única excepción de una muchacha con una pierna ligeramente más corta que la otra.

En cuanto a bebidas, los ainus obtienen cierto licor por fermentación de la raíz de un árbol y otro que destilan haciendo fermentar el mijo y el arroz japonés. Sin embargo, es el sake la única bebida alcohólica que realmente les interesa. Todas sus ganancias se van comprándola, pues la consumen en ingentes cantidades. El sake, en efecto, representa para ellos todo el bien que conocen o pueden concebir. La mayor felicidad a que aspiran estos pobres salvajes es emborracharse al extremo, un estado que santifican con la ficción de que «beben en honor de los dioses». En este vicio de la bebida incurren tanto hombres como mujeres. Unos pocos, no obstante, son abstemios, como Pipichari, que no prueban una gota, por lo que cuando reciben el cuenco de la libaciones, se limitan a alzarlo ceremoniosamente y, sin beber nada, pasarlo a otras manos. Una vez le pregunté a Pipichari por qué nunca probaba el sake. Me contestó con sincera concisión: «Porque convierte a los hombres en perros».

Salvo el jefe del poblado, que posee dos caballos, los ainus no tienen animales domésticos con la excepción de perros amarillos y muy grandes de los que se sirven para cazar, pero a los que nunca dejan entrar en las casas.

Los hábitos de esta raza no son limpios, aunque tampoco se puede decir que estén exentos de decoro. Las mujeres se lavan las manos una vez al día, pero fuera de eso no se lavan. Nunca se lavan la ropa y llevan puesto los mismos vestidos día y noche. Siento reparo en preguntarme por el estado de las melenas negras como el carbón de sus cabezas, pero se puede afirmar que están muy sucias. En sus viviendas las pulgas campean con la misma abundancia y libertad que en las *yadoyas* japonesas. Sin embargo, las aldeas de la montaña presentan un

aspecto de gran limpieza y no se ven montones de basura, ni charcos ni nada de suciedad. Tampoco hay malos olores ni dentro ni fuera de sus casas gracias a la buena ventilación y a que la carne y el pescado salado lo guardan en los silos. La melena y las barbas de los ancianos, lejos de ofrecer un color blanco níveo propio de sus edades, presentan tonos amarillentos por el humo y la suciedad.

No tienen modo de calcular el paso del tiempo; tampoco saben cuántos años tienen. Para ellos el pasado está muerto, a pesar de lo cual y al igual que ocurre con otros pueblos sujetos a la conquista y al menosprecio, se aferran a la idea de que en tiempos remotos eran una gran nación. No tienen recuerdos de guerras internas y el arte de la guerra parece haber desaparecido entre ellos hace mucho tiempo. Una vez le pregunté a Benri al respecto y me dijo que antes los ainus luchaban con lanzas y cuchillos, así como con arcos y flechas, pero que Yoshitsune, su héroe divinizado, les prohibió para siempre la guerra y que desde entonces la lanza con hoja de doble filo y un astil de 2,75 metros solo lo usan para cazar osos.

Por supuesto que el Gobierno japonés ejerce las mismas prerrogativas sobre los ainus como sobre los demás súbditos del Imperio, pero probablemente no se preocupa de intervenir en sus asuntos internos o tribales que dirime la autoridad despótica del jefe de cada poblado. Los ainus viven en comunidades rurales cada una de las cuales tiene su propio jefe investido de autoridad suprema. Tengo la impresión de que esta jefatura no es más que una prolongación de la relación paternal y de que todas las familias del poblado están gobernadas como una unidad. Benri, en cuya casa me hospedo, es el jefe de este poblado, Biratori, y recibe de todos el acatamiento y la consideración debidos, siendo objeto de grandes muestras de respeto. El puesto de jefe es vitalicio, pero si el titular se queda ciego o demasiado débil por la edad, nombra un sucesor. No es un puesto hereditario, aunque, en el caso de que el jefe tenga un hijo «listo» capaz de gozar del respeto de todos, lo puede declarar su sucesor; si no, elige al hombre más capacitado del poblado. Aunque se convoque a la gente para que apruebe la elección del jefe, el nombramiento es siempre aceptado.

Benri parece ejercer sus atribuciones de jefe con la misma autoridad de un padre muy estricto. Su forma de dirigirse a todos los hombres es la de un amo hacia los esclavos. Cuando se dirigen a él, todos agachan la cabeza. Nadie se puede casar sin su permiso. Si alguien construye una casa, él es quien elige el

emplazamiento. Ejerce jurisdicción absoluta sobre casos civiles y penales, a menos que estos últimos revistan la gravedad suficiente como para ser trasladados a los funcionarios del Gobierno japonés. Al jefe le compete también obligar al ladrón a restituir cualquier propiedad robada, además de fijar la multa correspondiente. Es responsable asimismo de organizar las cacerías y las festividades. Durante su ausencia del poblado, pude observar que los hombres más jóvenes se mostraron visiblemente muy temerosos de incurrir en su enfado.

A diferencia de lo que ocurre entre los japoneses, el primogénito de una familia ainu no goza de una situación privilegiada. No tiene por qué heredar la casa ni los objetos valiosos que haya en la misma. Estos últimos no son repartidos entre los hijos, sino que van con la casa y son transmitidos al hijo que el padre considera más capaz. Se practica la adopción. Pipichari, por ejemplo, es hijo adoptado y probablemente sea quien herede la propiedad de Benri en detrimento de los hijos naturales de este. Al jefe de los poblados de la montaña, como antes he mencionado, se le permite tener tres mujeres. En los demás poblados, la autoridad parece ser el único privilegio del jefe.

Los ainus tienen un extraño miedo a las serpientes. Hasta los más valientes de sus hombres huyen despavoridos al verlas. Alguien me dijo que es porque no conocen antídotos contra sus mordeduras. Pero debe de haber algo más, pues huyen de serpientes que saben que son inofensivas.

Sienten el mismo miedo a los muertos. Para los ainus la muerte especialmente parece ser «la temida sombra del hombre». Cuando se mueren, generalmente de bronquitis a una edad avanzada, visten el cadáver con la mejor ropa y lo dejan yacer sobre un estante de uno a tres días. En el caso de una mujer, entierran con ella todos sus adornos; en el de un hombre, su cuchillo, la varita del sake y, si era fumador, su pipa y tabaquera. El cadáver es encerrado con estos objetos dentro de una estera y transportado colgado de un palo a una tumba solitaria donde lo depositan en postura de recostado. Por nada del mundo un ainu se acercará a la tumba. Ya puede caer cerca de ella una presa codiciada de caza que jamás se aproximarán a cobrarla. Reina entre ellos un vago temor asociado a los muertos, y no hay ningún sueño con el paraíso que despeje las tinieblas del mundo de ultratumba de los ainus.

Para ser ainu, Benri es inteligente. Hace dos años, vino aquí el señor Dening de Hakodate el cual le dijo que no había más divinidades en el mundo que Dios

que nos creó a todos. A esto respondió sagazmente Benri:

—Si ese Dios nos ha creado a todos, ¿cómo es posible que tú seas tan diferente, tú tan rico y nosotros tan pobres?

En otra ocasión en que le pregunté el precio de unas magníficas piezas de laca con incrustaciones que tenía en la estantería de su casa, me dijo que habían pertenecido a su padre, a su abuelo, a su bisabuelo, etc. y que creía que eran obsequios del daimio de Matsumae poco después de la conquista de Yezo por los japoneses. Benri es un hombre con un físico imponente pese a los estragos que la inmoderación de sus hábitos ha causado en su cuerpo. Como la estancia de sus casas es espaciosa, cuando esta misma mañana le pedí que me mostrara el uso de la lanza, la empuñó en ristre, dio un paso atrás y después avanzó en posición de ataque. ¡Qué soberbio salvaje! Los brazos y piernas parecían haberse vuelto de hierro, la piel parecía estallar bajo los potentes músculos, el cuerpo temblándole por la excitación del combate, la cascada de su melena cayéndole atrás y los ojos brillándole de emoción... Sentí un escalofrío, temerosa de Ito, mi chico japonés, que era quien parecía ser el objeto de este ataque ficticio... ¡Con qué admirable pasión ejecutó el ainu la pose guerrera!

Mientras escribo, siete de los más viejos ainus están sentados al fuego. La masa rizada de sus grises barbas les llega hasta la cintura y la ligera calvicie de sus cabezas no solo les da un aire singularmente venerable, sino que realza la belleza de las pobladas cejas de sus frentes. Hice un rápido esbozo del rostro del más guapo de los siete y, después de mostrárselo, le pregunté si le gustaría quedárselo. En vez de mostrar agrado por la oferta, hizo ademán de tener miedo y me pidió que quemara el dibujo pues dijo que le traería mala suerte y la muerte. Ito lo tranquilizó y al final aceptó el esbozo después de que Ito escribiera en él el sinograma de la buena suerte. Los demás ainus me rogaron que no los dibujara, excepto Pipichari que yacía a mis pies como un perro guardián.

La profusión de pelo negro y una extraña intensidad en los ojos, combinadas con las peludas extremidades y un cuerpo singularmente vigoroso, confieren a los ainus un aspecto formidablemente salvaje. Pero la sonrisa, llena de «luz y dulzura» favorecida por la expresión de los ojos, de los labios y por una voz baja, musical y más dulce de cuantas en mi vida he oído, contribuye a que a veces me olvide de que son salvajes. El venerable aspecto de estos ancianos armoniza con la peculiar dignidad y cortesía de sus modales, pero cuando me fijo

en sus espléndidas cabezas y pienso que nunca han mostrado capacidad alguna y que son simplemente como niños, entonces dan la impresión de que en sus cabezas tienen agua y no masa encefálica. Cada vez estoy más convencida de que la expresión de sus rostros es europea. Es una expresión directa, sincera, viril, pero que parece estar, al igual que el tono de sus voces, fuertemente teñida de *pathos*.

Delante de estos ancianos me preguntó Benri, en un tono severo, si durante su ausencia yo había sido molestada por algo o alguien. Dijo que temía que los jóvenes y las mujeres me hubieran importunado arremolinándose a mi alrededor. Le respondí que no y, además, le solté un discurso con muchos cumplidos al que los ancianos respondieron moviendo las manos y acariciándose las venerables barbas en gesto de reconocimiento.

No cabe duda de que estos ainus ocupan un escalafón alto en la galería de los pueblos incivilizados del planeta. Es, sin embargo, un pueblo tan completamente irrecuperable como la más bárbara de las tribus nómadas que hay en el mundo; y cualquier contacto con el mundo civilizado solo servirá para envilecerlo. Varios ainus jóvenes fueron enviados a Tokiyo para estudiar y recibir formación de distintas disciplinas, pero tan pronto como volvieron a Yezo recayeron en la vida salvaje y no retuvieron nada de lo aprendido excepto un poco de japonés. En muchos aspectos son encantadores, pero a cualquier observador de fuera le causan también tristeza por su estupidez, apatía y porque, en definitiva, son una causa perdida. Una tristeza tanto más intensa cuanto que su población parece estar otra vez en aumento. Teniendo en cuenta la excelencia de su constitución física, no hay motivos para prever que actualmente esta raza esté en extinción.

Los ainus son indudablemente superiores a muchos otros aborígenes en la forma de entender la vida doméstica. Por ejemplo, tienen una palabra para decir «casa» y otra para decir «hogar». La noción de verdad posee valor a sus ojos, lo cual en sí ya los pone por encima de otros pueblos. El infanticidio es desconocido entre ellos y los padres ancianos son honrados, asistidos y mantenidos por los hijos. Igualmente son en gran parte dignos de elogio por la forma de mantener las relaciones domésticas y sociales.

Debo poner fin bruscamente a esta carta porque los caballos esperan fuera y hemos de cruzar los ríos, si es posible, antes de que descargue una tormenta que

parece inminente.

## CARTA 38

*Sarafuto (Yezo). 27 de agosto*

Ayer dejé a los ainus con verdadero sentimiento, aunque debo confesar que pasar la noche durmiendo con la misma ropa puesta durante el día y la falta de agua para lavarse acabaron cansándome mucho. Las dos esposas de Benri madrugaron para entregarse a la laboriosa operación de moler mijo y con la harina resultante hacer con sus dedos nada limpios unos bonitos pasteles los cuales, después de hervir en una olla igualmente nada limpia donde guisan todas sus «cosas abominables», me ofrecieron sobre una bandeja de laca. Las dos mujeres mostraron su decepción cuando vieron que no me los comía. Entonces una mujer que había por allí se tomó la molestia de ir a otro poblado para traerme un poco de grasa de venado que me obsequiaron como una exquisitez. Todas las personas que estos días había tratado se presentaron para despedirse y traerme muchos regalos, entre ellos una piel de oso. Para transportarlos me hubiera hecho falta una caballería más, así que solo pude aceptar la mitad de tantos obsequios.

Cabalgué veinte kilómetros por terrenos boscosos hasta llegar a Mombets donde tenía intención de pasar el domingo, pero mi caballo fue el peor que me podía haber tocado y necesité cinco horas para cubrir el trayecto. El día era gris y triste, con amenaza constante de tormenta, y cuando dejamos atrás el bosque, llegamos a una colina arenosa cubierta de un chaparral. En medio del mismo había una casa a cuya puerta vi un grupo de ainus bebiendo sake con mucho barullo. Entonces salió de la casa un ainu de impresionante aspecto, caminó unos metros tambaleándose y luego se desplomó de espaldas entre la maleza... ¡Qué envilecimiento! Me olvidé decirte que antes de partir de Biratori y aprovechando que había un buen número de gente reunida, condené delante de todos el abuso que hacían del sake. Su respuesta fue esta:

—Bebemos para honrar nuestras divinidades; si no bebiéramos, moriríamos.  
Pipichari les dijo:

—Me parece que es un buen motivo, pero ¿por qué no hacer libaciones de sake a los dioses pero sin beberlo?

Benri, el jefe del poblado, reprendió duramente la osadía de las palabras de su hijo.

La aldea de Mombets forma un miserable racimo de veintisiete casas ruinosas y penosamente expuestas a todas las borrascas del mar. Algunas de las viviendas son ainus y otras japonesas. No hace mucho que prosperan aquí varias industrias pesqueras dedicadas principalmente a la extracción de algas y de grasa de pescado, que emplean a un buen número de ainus y de forasteros japoneses. El día que yo llegué los barcos no podían salir por la tormenta y la borrachera era general. Todo el pueblo apestaba a sake. Se veía a hombres caminar dando tumbos y caerse de espaldas al suelo donde yacían como perros hasta que volvían en sí o eran arrastrados por sus mujeres. ¡Hombres de las dos razas —ainu y japonesa— hermanados en la común brutalidad de la embriaguez!

Me dirigí a la *yadoya* donde quería pasar el domingo, pero me encontré con que, además de ser un lugar sucio y deprimente, era el centro del comercio de sake del pueblo y los espacios comunes se hallaban ocupados por hombres sumidos en todas las fases posibles de una estúpida y ruidosa borrachera. Era una escena triste, pero una versión más de la que puede verse en cientos de lugares de Escocia todos los sábados por la tarde. El jefe de este poblado me dijo que un ainu puede ingerir cuatro o cinco veces más alcohol que un japonés sin llegar a emborracharse.

En la cocina de la *yadoya* me dieron té y huevos. Decidí cambiar radicalmente mi plan de viaje cuando me di cuenta de que había avanzado más de lo previsto rodeando el litoral oriental de la isla y de que, si continuaba por la misma ruta y se ponía a llover, corría el riesgo de quedar detenida varios días por la crecida de algunos «ríos malos». En este caso no cumpliría mi promesa de entregar el día acordado a Ito al señor Maries a cuyo servicio se había comprometido. Mi cambio de planes no iba a afectar, sin embargo, el proyecto de estirar mi viaje por Yezo ciento sesenta kilómetros más. Para ello pensaba tomar una ruta apenas usada por la bahía del Volcán que me permitiría visitar algunas regiones muy remotas donde vivían los ainus de la costa. Ito se mostró disconforme alegando que ya se había sacrificado bastante en medio de las incomodidades de Biratori y acosándome con historias de que «había que cruzar

muchos ríos malos», de que la ruta era perfectamente intransitable, de que no había *yadoyas* y... hasta de que no íbamos a encontrar arroz ni huevos ni siquiera en las agencias del Gobierno. El responsable de haber sembrado la cabeza de mi intérprete con estas historias fue un anciano que había regresado al resultarle imposible conseguir caballos. La insistencia de Ito para disuadirme no deja de tener su lado gracioso. En realidad, había puesto los ojos en la hija del posadero de Mororan a cuyo cuidado había dejado algunas pertenencias y el deseo de volver a ver a la joven era la razón secreta de su oposición a que tomáramos la otra ruta.

*Lunes*

El caballo no podía llevarme o en definitiva no me llevaría más allá de Mombets, por lo que, después de despachar el equipaje, caminé por un bosque de robles y disfruté de mi soledad, no obstante las tristes reflexiones en que me sumía la servidumbre de los ainus con respecto al sake. El día de ayer lo pasé tranquilamente en mi viejo aposento, mientras fuera rugía con furia un temporal de viento y lluvia. A mediodía se presentó Pipichari, en teoría para traerme noticias de la mujer enferma que yo había atendido de Biratori, la cual estaba recuperándose, y para que le vendara otra vez el pie ya casi sano, pero en realidad para regalarme la funda de un cuchillo que me había tallado. Pasó las primeras horas de la tarde tumbado sobre la estera en una de las esquinas de mi cuarto y me enseñó muchas más palabras ainus.

## CARTA 39

*Viejo Mororan, bahía del Volcán (Yezo). 2 de septiembre*

Tras el temporal del domingo, el lunes amaneció gris pero apacible. Los montes boscosos se mostraban bañados en un índigo de tonos intensos. Una cabalgada de veintisiete kilómetros a medio galope a lomos de una caballería muy bronca me llevó a la aldea de Yubets cuya indescriptible soledad me pareció tan fascinante que decidí pernoctar en ella otra vez bajo el azote de la lluvia y el

zumbido del viento. A la mañana siguiente otra cabalgada de once kilómetros también a medio galope me puso en Tomakomai donde recuperé mi *kuruma*. Allí, después de una larga espera, conseguí a tres ainus que trotaron para llevarme a Shiraoi donde me encontré ese aire límpido que sucede a las lluvias y la extrema belleza de unas montañas que se recortaban sobre un cielo de tonalidades alimonadas. Pero el Pacífico estaba agitado como bajo una mala conciencia y el fragor de sus olas, así como el rigor del frío, me fatigaron tanto que decidí no viajar al día siguiente. Ese día tuve el placer de la rápida visita del señor Von Siebold y del conde Diesbach que me regalaron un pollo.

Me gusta mucho Shiraoi y estoy segura de que, si fuera más fuerte, exploraría una parte de las tierras del interior que, ciertamente, tanto tienen que ofrecer. Es evidente que los cambios experimentados en esta comarca de Yezo han sido comparativamente recientes y todavía está viva la energía de la fuerza que los ha producido. Por aquí, la tierra ha ganado al mar cuatro o cinco kilómetros a partir de la línea del litoral y el paisaje característico es una vieja playa jalonada por ensenadas y promontorios.

Tierra adentro, a la derecha de Shiraoi, destaca la silueta del volcán Tarumai con su cima pelada y gris, con sus laderas de bosques arruinados. También en el interior, pero a la izquierda, montañas y montañas dispuestas en pintoresco desorden, densamente cubiertas de árboles, separadas entre sí por magníficos barrancos abiertos por doquier en angostos valles. Todo el interior es una jungla solo penetrable unos pocos kilómetros por torrenteras y surcada por senderos que recorren los ainus en busca de caza. Viendo la configuración general del terreno, me picó la curiosidad por saber si los picachos quebrados que había entre las montañas no eran en realidad conos de toba de épocas primitivas. Así pues, provista de un buen caballo y de un guía ainu también montado, dejé que Ito se quedara a sus anchas y pasé la mayor parte del espléndido día explorando e intentando rodear el volcán especialmente por su ladera más alejada de la costa. ¡Había tanto que aprender, tanto que ver! ¡Ah, si me acompañaran más fuerzas! Al cabo de superar el tedio y la fatiga de varias horas de marcha, llegué al punto en donde vi grandes hendiduras en el terreno de las que salía humo y vapor, y de vez en cuando oí detonaciones subterráneas. Aunque no había vestigios de lava o de otros desechos volcánicos, por todas partes se veía pumitas. Una de las fisuras del terreno se hallaba perfectamente alineada con exquisitos cristales aciculares

de azufre que se deshacían al tacto. Más abajo vi dos manantiales de aguas termales con un depósito de azufre a los lados y burbujas de gas que desprendían un olor intenso, como a ajo. Supuse que se trataba de hidrógeno sulfúrico. Sin un grupo de hombres especializados era imposible avanzar en esa dirección. Me contenté con meter el brazo por una de las grietas de más o menos kilómetro y medio de profundidad y tuve que retirarlo de inmediato debido a la alta temperatura, a pesar de lo cual en el interior de la misma crecían helechos tropicales de gran belleza. En la misma eminencia del terreno donde me encontraba vi otro manantial de aguas tan calientes que reventó uno de mis termómetros. Envolví un huevo en mi pañuelo y con un palo lo introduje en el agua donde se coció en ocho minutos y medio. El agua se evaporaba sin dejar trazas de sedimentos en el pañuelo y tampoco formaba corteza alrededor. Hervía a borbotones con gran fuerza.

Al cabo de tres horas más de una marcha fatigosa que puso a prueba a los caballos, llegué a uno de los aparentes picachos y me alegró descubrir que se trataba, en efecto, de conos de toba cuya altura, según mis cálculos, oscilaba entre los sesenta y los ciento diez metros, o incluso llegaba a los ciento veinte. Se hallaban densamente cubiertos de árboles de considerable edad y de una rica capa de mantillo; la silueta cónica, sin embargo, se observaba perfectamente clara. Una hora de arduo trabajo y el uso vigoroso del machete por parte del ainu me permitieron internarme hasta el punto más alto de esa masa de enmarañada y gigantesca maleza. Pero mereció la pena con creces porque de repente me vi ante una cavidad en forma de un profundo cráter bien definido cuyas paredes internas se hallaban recubiertas de una densa vegetación. Se parecía mucho a los viejos conos volcánicos de la isla de Kauai en Hawái. Este cono, sin embargo, estaba parcialmente ceñido por una corriente interrumpida en un punto por ceniza volcánica de tono rojo y negro. Probablemente la zona del norte de Shiraoi comparte los fenómenos habituales de todas las regiones volcánicas y solo espero que en el futuro se convierta en objeto de investigaciones científicas rigurosas.

No obstante la fatiga desesperante y casi invencible, hay pocas experiencias que he disfrutado más que esta «expedición exploradora». Fue un alivio haberla hecho sin Ito, solo acompañada por este ainu que resultó ser a la vez silencioso, fiel y seguro. Los senderos recorridos eran tan formidables que continuamente debíamos agachar el tronco y casi tumbarnos sobre el cuello de nuestros caballos,

así como apartar las ramas para proteger la piel de arañazos y rasguños. Mis guantes de fuerte piel de perro acabaron todos rotos, por lo que me hice sangre en las manos, por no hablar de la cara, también con hinchazones. Además, sufrí un percance que menos mal que ocurrió a la vuelta. Al intentar esquivar una liana, el lazo de otra me rozó la nariz y, como en ese momento no pude sujetar el caballo bastante indómito que montaba, el lazo se me enganchó en el cuello y por poco me estrangula. En un santiamén me vi en las grupas y luego en el suelo, trabada entre un árbol y las patas traseras del animal que se ocupaba de comer hierba tan tranquilo. El ainu, con la cara también llena de rasguños, al darse cuenta de que no lo seguía, regresó y, sin una palabra, me ayudó a levantarme, me dio agua en una hoja y me trajo el sombrero. Poco después estábamos otra vez montados. No me hice mucho daño al caer, pero ahora que me veo en un espejo que me han dejado, no solo me veo con toda la cara llena de arañazos y rasguños, sino con una señal azulada alrededor del cuello... ¡como si me hubiera ahorcado! El ainu perdió una buena cantidad de las greñas de su cabellera en las ramas del enmarañado camino. ¡Ah, cómo te hubieras divertido viéndome en ese bosque, precedida de este velludo e imponente salvaje vestido con una piel sin curtir sobre una montura de carga cubierta de piel de venado, con sus piernas peludas cruzadas sobre el pescuezo de su caballo —la manera en que estas gentes cabalgan en cualquier caballo y terreno con perfecta calma—!

El paisaje, a pesar de todo, era soberbio. Después de haber llegado tan lejos, sentí ganas de explorar las cabeceras de los ríos, pero, aparte de las penalidades del viaje, el día se nos fue volando. Además, me sentía demasiado débil para acometer cualquier viaje que requiriera energía. Creo que podía intuir, sin embargo, la pasión y la fascinación que en el corazón humano ejerce el simple hecho de explorar, hasta el punto de entender por qué la gente puede dar la vida por ello. Me alejé con cierta tristeza de los conos de toba y del glorioso paisaje volcánico de crestas quebradas. Mi caballo estaba tan exhausto que a trechos no me quedó más remedio que caminar o, más bien, vadear la última hora del trayecto. Cuando regresé, ya con la noche caída, me encontré con que Ito había empaquetado todas las cosas. Llevaba desde mediodía esperándome con la intención de emplear la tarde en viajar a Horobets. Fue de mala gana, por lo tanto, con que tuvo que desempaquetar todo el equipaje, malhumorado porque

le dije que estaba tan cansada y magullada que prefería dedicar el día siguiente a descansar. Me dijo con indignación:

—Cuando la señorita tuvo a su disposición el *kuruma* oficial, nunca creí que lo rechazara para perderse por esos bosques...

Como dispusimos de algo de carne de venado y de muchos faisanes, y además un cazador se presentó con un espléndido ciervo, la opípara cena me sirvió para reponer fuerzas, a pesar de que Ito no dejó de condimentarla con sus quejas de siempre sobre lo intransitable de las rutas de la bahía del Volcán.

Shiraoi consta de una *yadoya* grande y vieja, aquí llamada *bonjin*, donde en tiempos pasados solía alojarse el daimio con su comitiva, de once casas japonesas la mayor parte de las cuales dedicadas a la venta de sake, un hecho que explica la miseria que reina en la aldea ainu de cincuenta y dos casas, situada en la costa a una distancia respetable. No hay cultivos en Shiraoi lo que lo asemeja a todos los otros pueblos pesqueros de esta parte del litoral. Se produce una cantidad ingente de aceite y fertilizantes extraídos de pescado y, aunque no estamos en la temporada pesquera, en todo el lugar domina un olor rancio y a pescado.

Las casas ainus son aquí mucho más pequeñas, pobres y mugrientas que las de Biratori. Entré en bastantes de ellas y conversé con los lugareños, muchos de los cuales entienden japonés. Algunas casas parecen verdaderas madrigueras donde sus moradores, tal vez porque fuera estaba lloviendo, se hacinaban en torno a la lumbre. Ahí estaban el padre, la madre y cinco o seis niños desnudos, todos desgañados como duendecillos y con tanta cochambre encima como podía caberles en los cuerpos. Así y todo, y no obstante el aspecto y los olores, la lumbre era el centro del hogar, un espacio inviolable, y cada uno de estos grupos, por mucho humo y suciedad que los rodearan, constituía una familia, un adelanto con respecto a la vida social de, por ejemplo, los indios de Salt Lake City, en Estados Unidos. Los tejados de las casas tienen mucha menos pendiente que los de los ainus montañeses. Además, como hay pocos silos o *keura*, de las vigas del interior de sus viviendas cuelga una buena cantidad de pescado, pieles sin curtir, carne de venado cuyo hedor, ayudado por el picor del humo en los ojos, hace insufrible permanecer dentro. Son pocas las casas provistas de asientos para huéspedes, pero incluso en las más pobres, cada vez que les pedía cobijo de la lluvia, se molestaban en extender sobre el suelo su mejor estera insistiendo, con gran mortificación por mi parte, a que las pisara con mis botas manchadas

de barro. Decían: «Es una costumbre ainu». Hasta en estos miserables hogares no faltaba un estante ancho donde se alineaban objetos curiosos japoneses. Mencioné ya que hay costumbre de que el jefe del poblado nombre a un sucesor cuando se siente demasiado débil; pues bien, por una extraña circunstancia llegamos a la casa del anterior jefe a la puerta de la cual había una gran jaula vacía para osos. Cuando nos dirigimos a él como jefe, nos dijo:

—Soy viejo y ciego, y no puedo salir. Ya no valgo para nada.

Tras lo cual, nos indicó la casa de su sucesor. Huelga decirlo, pero en este poblado hay numerosos indicios del perjuicio causado por la convivencia con los japoneses para la raza ainu que ha cosechado en mucho mayor grado las desventajas que las ventajas de su contacto con la civilización japonesa.

Esa noche presencié una muestra de cómo se desbravan aquí los caballos. Un japonés trajo a la calle del poblado un hermoso potro lleno de brío, con su montura japonesa *demi-pique* y el feroz freno de mordaza en la boca. El hombre llevaba unas espuelas muy crueles e iba armado de un tablón de sesenta centímetros de ancho por un metro ochenta de largo. Nadie había montado antes al cuadrúpedo, y evidentemente tenía miedo, aunque no parecía nada resabiado. El jinete lo montó y picó espuelas hasta lanzarlo a galope, y luego a toda velocidad calle arriba y abajo. Después lo hizo girar a la fuerza, lo obligó a sentarse sobre las ancas, lo aguijoneó con las espuelas y le golpeó brutalmente las orejas y los ojos con el tabón hasta cegarlos con la sangre. Cada vez que el animal intentaba reponer fuerzas de la fatiga del castigo, era espoleado, sacudido y azotado hasta que al final, cubierto de sudor, espuma y sangre —sangre que le salía de los belfos y salpicaba la calle—, daba vueltas, se tambaleaba y finalmente se derrumbó en el suelo al tiempo que el jinete desmontó ágilmente. Cuando fue capaz de sostenerse de nuevo sobre sus patas, fue llevado al establo donde permaneció sin comer hasta la mañana siguiente, día en que hasta un niño podría hacer lo que quisiera con el caballo. Gracias a esta doma bárbara, el pobre animal perdió el brío para el resto de su vida. Fue una demostración brutal, como lo es siempre todo triunfo de la fuerza bruta.

Esta mañana salí temprano en el *kuruma* tirado por dos amables y encantadores salvajes. El camino se hallaba en tal estado debido a las recientes lluvias que en muchas ocasiones tuve que bajarme. Cada vez que me montaba de nuevo, los dos hombres me colocaban el cojín detrás de la espalda y me abrigaban con la manta. Cuando llegamos a un río torrencial, uno me ofrecía la espalda para que pusiera en ella mi pie a modo de escalón y poder subirme en el caballo, mientras que el otro me sostenía del brazo para mantener el equilibrio. Además, nunca me dejaban ir a pie cuando había que subir o bajar por alguna pendiente. ¡Qué bendición que, en medio de la confusión de las lenguas, se entienda en todo mundo el lenguaje de la amabilidad y la cortesía, y que la sonrisa afable en el rostro de un bárbaro sea tan inteligible como la de un compatriota! Ninguno de mis dos ainus había tirado jamás de un *kuruma*, así que estaban felices como niños con un juguete nuevo cuando les enseñé cómo debían manejar las varas del pequeño vehículo. Estos salvajes son capaces de concebir ideas pues, cuando se cansaban de tirar, ataban el *kuruma* con cuerdas a uno de los caballos, que montaba uno de ellos, mientras que el otro iba al lado de las varas para mantenerlas a nivel. Una idea ingeniosa.

Horobets es un pueblo pesquero de aspecto vetusto y decadente con dieciocho casas japonesas y cuarenta y siete ainus. Estas últimas son, pues, más numerosas que en Shiraoi, y sus tejados en aguda pendiente presentan una hermosa construcción. El tiempo fue miserable, con una niebla que ocultaba las montañas y que cubría todo el mar, pero como nadie esperaba que lloviera, mandé que devolvieran el *kuruma* a Mororan y conseguí caballos. En principio tengo la costumbre de ir yo misma al corral y elegir las caballerías de mi agrado poniendo especial cuidado en que, de ser posible, no tengan llagas en el lomo. Pero en Horobets, a pesar de ser abundantes y baratas, la elección fue difícil. De veinte caballos no había ninguno aceptable. Es más, me hubiera gustado que a todos los pobres animales les pegaran un tiro pues su estado era lastimoso. Después bajaron más del monte y acabé escogiendo el mejor y más grande caballo que había visto en Japón, con brío y movimiento, aunque no tardé en descubrir que era de pezuña blanda. Poco después de ponernos en marcha, dejamos el camino principal para internarnos otra vez en una nueva ruta inexplorada. Se puso a llover a cántaros y el terreno era pantanoso, con los ríos crecidos que corrían impetuosos. Así seguimos unos trece kilómetros bajo un

temporal de lluvia y una bruma espesa. Mi capa de papel impermeable ya no servía para nada, llevaba la ropa por supuesto empapada y solo a duras penas pude evitar que mi salvoconducto, el *shomon*, y el dinero en billetes no se convirtieran en pulpa. Los tifones no suelen llegar tan al norte como las costas de Yezo, pero sin ser un tifón teníamos encima lo que aquí llaman «una lluvia de tifón». Tanto era así que a los pocos minutos las corrientes se convirtieron en torrentes casi imposible de vadear y el camino quedó hecho un verdadero canal. El agua arrastraba piedras de un tamaño tan respetable que cuando golpearon contra las patas de los caballos dos o tres veces, nos costó mucho trabajo obligar a los animales a que siguieran avanzando contra las impetuosas aguas. Mi pobre animal se cayó hasta cinco veces por tropezar en estas piedras y en una de las caídas me lastimé la muñeca izquierda. Se me ocurrió pensar entonces en la envidia de, tal vez, muchas personas por este viaje que estoy haciendo en Japón, pero ¿me envidiarían también por las penalidades de este trayecto a caballo?

Después de una cabalgada en estas condiciones durante cuatro horas, el camino traspuso una ladera y bajamos a Mororan Viejo, una aldea de treinta casas ainus y nueve japonesas, nada atractiva en sí, pero ubicada en un privilegiado emplazamiento a la orilla de una encantadora ensenada. Las cabañas ainus eran pequeñas y pobres, con una cantidad extraordinaria de calaveras de oso clavadas en postes. Aparte de las cabañas, el pueblo consistía principalmente en dos edificios alargados y ruinosos donde vi un grupo de hombres reparando redes. Todo tenía el aspecto de un lugar decadente de vidas ruines y miserables. Pero en la casa de un «comerciante» encontramos una estupenda estancia con dos paredes traslúcidas, una que daba al pueblo y la otra al mar de cuya orilla me separaba una pequeña loma donde destacaba un pequeño y curioso jardín con abetos enanos en macetas, algunos árboles bálsamos y coles rojas cultivadas orgullosamente como plantas de follaje.

Es casi medianoche, pero mi camilla y la ropa de cama están tan mojadas que continúo sentada, sin acostarme, intentando que la ropa se seque con una lentitud desesperante. La he puesto sobre un marco de madera encima de un brasero de carbón cuyo calor y sequedad resultan tan gratas al viajero expuesto muchas horas a la intemperie con vestidos empapados y sin nada que ponerse encima. Ito trajo un pollo para cenar, pero cuando una hora después estaba a punto de sacrificarlo, se presentó la dueña muy afligida para devolvernos el

dinero y reclamar su pollo porque, decía, no aguantaba la idea de que lo matáramos. Es este un lugar extraño, salvaje, aunque la intuición me dice que está dotado de belleza. En este momento el océano brama contra la playa con la energía iracunda de un maremoto y la lluvia sigue cayendo a raudales.

## CARTA 40

*Lebunge, bahía del Volcán (Yezo). 6 de septiembre*

*Las olas exhaustas y el temporal moribundo*

*sollozan y gimen en la costa.*

*Por fin todo es paz.*

Más que paz. La mañana ha sido espléndida. El cielo de un azul intenso estaba perfectamente limpio y la superficie del mar azul con sus destellos diamantinos y espumosas sonrisas ondeaba suavemente hasta fenecer en las arenas doradas de esta encantadora ensenada. Enfrente, a unos sesenta y cinco kilómetros, se yergue sobre el suave velo de una neblina azulada la cima rosada del volcán Komonotaki que forma la punta suroccidental de esta bahía del Volcán. En el aire flotaba una brisa balsámica mientras que los arbolados montes, con sus tonos leonados, sus manchas doradas, sus pinceladas escarlatas preludiaban las delicias cromáticas del incipiente otoño. El día terminó como había empezado. ¡Ya me hubiera gustado que no pasaran las horas, que se hubiera parado el reloj! Disfruté plenamente. Pude visitar a muchos ainus de Mororan, ver enjaulado a su oso ya casi adulto y, tras separarme con dificultad de ellos a mediodía, de trasponer un cerro y un chaparral hasta tomar una senda que pasa por arenas ambarinas al lado del mar, cruza varios arroyos, atraviesa la solitaria aldea ainu de Maripu, con el océano siempre a la izquierda, los montes boscosos a la derecha y enfrente, tras una barra que cierra el paso, el volcán Usutaki, una imponente montaña que se eleva abruptamente hasta alcanzar, creo, los mil metros.

En Yezo, como en Honshu, la isla principal del archipiélago japonés, no es fácil recabar mucha información sobre las rutas a seguir. Sucede por lo general que cuando uno pregunta algo a un japonés, este pone una cara estúpida, sonrío

bobamente, se mete los pulgares de la mano en el fajín que usa a modo de cinto, se ajusta el kimono y después, o bien manifiesta una perfecta ignorancia o bien da una información vaga y de segunda mano, aunque es perfectamente posible que conozca el terreno como la palma de la mano. No sé si las razones de esta expresión de «no sé nada» pueden ser suspicacia ante los motivos del extranjero al preguntar o miedo de dar una respuesta que lo comprometa de alguna manera; lo que sí sé es que para el viajero es una reacción de lo más exasperante. Cuando estuve en Hakodate no pude entrevistarme con el capitán Blakiston que ha recorrido el litoral de Yezo de cabo a rabo; por eso, toda la información que fui capaz de conseguir sobre esta ruta se redujo a que la costa está débilmente poblada de ainus, que se podían alquilar caballos del Gobierno en puntos en donde también se podía pernoctar, que el arroz y el pescado salado eran los únicos alimentos que iba a encontrar, que había muchos «ríos malos», que el camino pasaba por «montañas malas» solo transitado dos veces al año por funcionarios del Gobierno, que era imposible hacer más de siete kilómetros al día, que la ruta de los puertos de montaña estaba llena de «piedras muy grandes», etcétera, etcétera. Por eso, la aparición de este volcán, el Usutaki, me pilló por sorpresa y en un momento me quedé perpleja: todas mis nociones de la geografía del lugar, cuidadosamente construidas, sufrieron un vuelco. Me habían dicho que el único volcán de la bahía era el Komonotaki, cerca de Mori, y creía que este de ahora estaba a ciento treinta kilómetros de distancia, pero resultó que lo tenía ante mí a escasos tres kilómetros, con su grandiosa cumbre rojiza y de un aspecto mucho más noble que «el» volcán, con las laderas abiertas por quebradas y precipicios cuyo fulgor violáceo no pasaba desapercibido ni siquiera bajo el sol de mediodía. De uno de sus profundos cráteres salía una humareda negra, mientras que de varias hendiduras de una ladera emanaba vapor y humo blanco. Los ainus dijeron que se trataba de «un dios», pero no sabían cómo se llamaba; tampoco los japoneses a pesar de vivir a su sombra. A cierta distancia, ya tierra dentro, se yergue la silueta grandiosa y abovedada de otra montaña, Shiribetsan. Todo el paisaje es majestuoso.

Un poco más allá de Mombets corre el río Osharu, uno de los mayores de Yezo. Sus aguas estaban muy crecidas por las lluvias del día anterior y, como el ferri había sido arrastrado, tuvimos que nadar un tramo que nos pareció muy largo. Ni qué decir tiene que el equipaje se nos mojó. Me resultó graciosa la

indiferencia con que nuestro guía ainu se zambulló en el agua sin avisarnos de que se trataba de una corriente ancha y con remolinos no vadeable, sino que había que cruzarla a nado.

Más allá del río Osharu, desde lo alto de una subida bastante pronunciada se ofrece una vista de lo que parece ser un lago muy hermoso, con promontorios boscosos, ensenadas y cabos rocosos en miniatura, alrededor del cual hay alcores donde se arraciman casas ainus con tejados de color leonado. Después, el camino desciende bruscamente y el viajero se queda no frente a un lago, sino ante la bahía de Usu, un golfo del Pacífico subdividido en ensenadas. Desde tierra la ruta es accesible por una entrada estrecha, lo cual hace a la bahía visible solo desde muy pocos lugares. Junto al punto donde el camino toca la bahía se alza un poste, a modo de hito, con una rueda de oraciones budista, y junto a la orilla, se yergue una piedra de gran tamaño en cuya superficie hay una inscripción en sánscrito. Cerca hay una escalinata de piedra y un portón en un robusto terraplén con el frente de piedras que no parecen combinar muy bien con la naturaleza virgen que rodea el paraje. En lo alto de uno de los promontorios rocosos de una ensenada arbolada se levanta un caserón laberíntico, con el aspecto visible de exigir reparaciones, donde habitan un japonés con su hijo responsables de velar por los intereses del Gobierno japonés aquí, en medio de quinientos ainus. Entre las muchas estancias del edificio, de las que ahora hacen su hogar las ratas y que otrora habían sido hermosas, escogí una que daba a un patio o jardín donde crecían algunos tejos retorcidos. Pero me di cuenta de que ni la entrada ni los postigos laterales o *amados* tenían cerrojos con que poder cerrarlos por dentro, lo cual quería decir que por la noche mis pertenencias iban a estar expuestas a cualquier desalmado que quisiera entrar con intenciones poco honradas. El dueño de la casa y su hijo, sin embargo, que habían vivido entre los ainus diez años y hablan su lengua, me dijeron que nadie iba a entrar a robar pues el pueblo ainu es honrado hasta la médula y completamente inofensivo. Admito que sin estas palabras tranquilizadoras yo habría desconfiado de tantos jóvenes que, con la boca abierta, merodeaban por allí, con esa indolencia y vacuidad a que se presta la barbarie, por no hablar de todos los barbudos que estaban de pie o sentados a la entrada del caserón con niños en los brazos.

Usu es un sueño de belleza y paz. En esta parte de la costa no hay mucha diferencia entre la altura de la marea alta y baja, por lo que la ilusión de un lago

hubiera sido perfecta de no ser porque las rocas estaban teñidas de tonos dorados unos treinta centímetros por encima del mar a causa de la presencia de delicadas especies de *fucus*. En la bonita ensenada donde pasé la noche, los árboles y las enredaderas mecían sus ramas en el agua en cuya superficie reflejaban sus siluetas, y sus sombras verdes, densas se recortaban nítidas sobre los tonos dorados y rosas del ocaso. Las canoas hechas de troncos, con tablones empalmados a las regatas para darles mayor altura, eran arrastradas hasta una pequeña playa de doradas arenas y luego amarradas a los árboles. Otros rocosos, arbolados, cabañas ainus, los picos rojizos del volcán Usutaki más encarnados que con los rayos del sol que se hundía, unos cuantos ainus reparando redes, otros extendiendo algas comestibles para que se secaran, una canoa solitaria rompiendo el espejo dorado de la ensenada con su silencioso movimiento, otros ainus haraganeando de un lado a otro con esas caras melancólicas de miradas tan mansas, con esos gestos calmosos en perfecta armonía con la estampa vespertina, la dulzura del sonido, como de otro mundo, de un campana... eso era todo y, sin embargo, componía el cuadro más encantador de los hasta ahora vistos en Japón.

A pesar de las protestas de Ito de que iba a estropear una cena excepcionalmente apetitosa, dejé mi habitación, con sus doraduras manchadas, *fusumas* endebles y ratas por todas partes, para apreciar los últimos arreboles rosados y alimonados. Para ello subí por la escalera hasta el jorfe de la orilla y recorrí un ancho camino bien pavimentado que me condujo a un gran templo. Tras franquear la abierta puerta, me senté un rato absolutamente sola en medio de una maravillosa calma. Habían cesado los dulces repiques de la campana llamando vanamente a vísperas a una población de adoradores de osos. Este templo constituía el primer indicio de la religión japonesa que recordaba haber visto desde mi partida de Hakodate y los fieles ya hacía largo rato que habían abandonado sus estancias umbrosas y cubiertas de musgo. Sin embargo, ahí estaba el templo para afirmar solemnemente la enseñanza del gran predicador de la India. Se suceden generaciones y generaciones de ainus paganos, pero la campana de bronce del templo sigue sonando, las lámparas de sus altares siguen iluminando débilmente, los incensarios siguen ardiendo ante la imagen de Buda. Los sinogramas de la gran campana del templo son al parecer los mismos que aparecen inscritos en casi todas las campanas budistas. El significado de sus versos, dignificado por el paso de veinticuatro siglos, viene a ser el siguiente:

Todas las cosas son efímeras  
y por haber nacido deben morir  
y por haber nacido ya están muertas  
y por haber muerto han hallado  
la felicidad del reposo.

El templo es bello; el baldaquino, soberbio; y los bronce y metales de los altares, especialmente primorosos. Un rayo de luz solar se coló dentro de la sala y, cruzando el suelo esterado, entró en la capilla dorada para caer sobre la estatua de Shakyamuni. Justo en ese instante un bonzo de cabeza rapada e indumentaria de seda de tonos verdes y descoloridos rebasó el haz de luz silenciosamente y encendió las velas del altar. La fragancia embriagadora del incienso fresco inundó toda la estancia. ¡Qué estampa tan impresionante! La curiosidad abrevió evidentemente las devociones del religioso pues no tardó en acercarse y preguntarme dónde estaba y adónde me dirigía, preguntas a las que, por supuesto, supe responder en excelente japonés. Me quedé allí clavada.

La mañana siguiente fue tan espléndida como la tarde anterior. Los tonos del amanecer eran rosa y oro en lugar del oro y rosa del crepúsculo. Antes de que el sol estuviera muy alto, visité un buen número de viviendas ainus, vi el oso y estuve con el jefe del poblado el cual, como toda la gente, practica la monogamia. Después del desayuno y a petición mía, algunos de los ainus más ancianos vinieron para darme información. Se sentaron en el suelo de la galería exterior con las piernas cruzadas, mientras que el hijo del dueño del caserón, que accedió amablemente a hacer de intérprete, se sentó también en el suelo sobre los talones, al estilo japonés, al lado de los ancianos; sentados detrás había unos treinta ainus, en su mayor parte mujeres con niños pequeños. Pasé aproximadamente dos horas cubriendo los mismos temas que en Biratori; también abordé el asunto de las palabras, pero conseguí más, entre ellas sinónimos. Estos ainus de la costa marcan con más fuerza la implosión articulatoria *ts* antes de *ch* al comienzo de palabra. Siguen costumbres ligeramente distintas de las de sus hermanos del interior, en especial las relativas al periodo de reclusión después de un fallecimiento, la desautorización de la poligamia del jefe y el modo de matar al oso en la fiesta anual. Sus creencias sobre la transmigración de las almas son más definidas, lo cual, a mi entender, puede ser consecuencia de la mayor influencia y proximidad del budismo. Se referían al oso como su divinidad central; las siguientes eran el

sol y el fuego. Afirmaron que ya no veneraban al lobo y que, no obstante llamar *kamoi* o «dios» al volcán y a muchas otras cosas, no los veneran. Me confirmé en la idea de que el culto para ellos significa simplemente hacer libaciones de sake a los dioses, un acto que no acompañan de peticiones ni de otros actos orales o mentales.

Los ainus tienen la tez tan oscura como la gente del sur de España, y son muy peludos. La expresión de sus rostros es seria y patética; cuando sonrían, cosa que hacían cada vez que me veían pronunciar mal las palabras de su lengua, sus semblantes se iluminan con una dulzura conmovedora y sumamente atractiva que tiene algo de europea, no de asiática. Según ellos, la población ahora está aumentando a pesar de que durante muchos años no dejaba de menguar. Con gran pesar dejé la aldea de Usu dormida bajo el hechizo del mediodía otoñal. Ningún lugar de los vistos hasta ahora me ha fascinado tanto.

#### CARTA 40 (*Continuación*)

La tarifa de tres *sen* un *ri* adicionales por los caballos que iban a cubrir la siguiente etapa del viaje —justificada porque habría que trasponer «montañas malas»— me preparó para lo que íbamos a encontrarnos: muchos kilómetros del peor camino de herradura que he visto en mi vida. No me habría quejado si nos hubieran cobrado el doble. A modo de consecuencia casi inevitable, fue una de las rutas más pintorescas por las que he viajado. Al principio transcurre plácidamente a lo largo del litoral, con grandes y azules olas cabalgando ruidosamente con la espuma de sus crines a lomos del océano, y pasa entre varias aldeas ainus, entre las que destaca la de Abuta, de sesenta cabañas. Este lugar tiene un aspecto próspero con cultivos notablemente más cuidados y habitantes propietarios de abundantes caballos. Algunas de las cabañas estaban rodeadas de altos postes en forma de horca del extremo de la cual colgaban sonrientes calaveras de oso. Además, había un oso enjaulado ya crecido y listo para su sacrificio y apoteosis. En casi todas las viviendas se veía una mujer tejiendo tiras de corteza vegetal con un gancho que sujeta la parte tejida al suelo a medio metro o así de la entrada. Cuando llegamos a un río de aguas profundas, de nombre Nopkobets y que sale de las montañas bastante cerca del mar, tuvimos

que cruzarlo en una embarcación guiada por un ainu con el cuerpo totalmente velludo. El pelo de los hombros era ondulado como vemos en el pelaje de los perros perdigueros. De hecho, tenía tanto pelo que para protegerse del frío o cubrirse este hombre no hubiera necesitado nada de ropa. La barba, negra y rizada, le caía sobre el velludo pecho y le alcanzaba casi a la cintura; y la negra melena le caía en cascada sobre los hombros con tal exuberancia que cualquiera podría tomarlo por un perfecto salvaje si no fuera por la extraordinaria dulzura de su sonrisa y de su mirada. Los ainus de la bahía del Volcán son mucho más velludos que los de la costa, pero hasta entre ellos es bastante común ver algunos no más peludos que algunos europeos vigorosos. Creo que el abundante vello de esta raza como rasgo distintivo ha sido notablemente exagerado por los lampiños japoneses.

Después de cruzar el Nopkobets, entramos directamente en la ascensión de las «montañas malas» durante la cual atravesamos los tres tremendos puertos de Lebunge. Aunque no exactamente intransitable, sí que puedo afirmar que nuestros informantes apenas habían exagerado las dificultades de este infame camino de herradura. En el primer puerto uno de los caballos reventó y sufrimos mucho retraso porque enviamos de vuelta al ainu para que nos trajera otro. Es posible que ninguno de estos puertos supere los quinientos metros de altura, pero el camino de subida es sumamente escarpado y discurre por un bosque muy enmarañado, con abruptos descensos y tramos en empinado y resbaloso zigzag. En otros trechos, la senda es recta pero despeñada como una escalera y abierta en estrecho canal, de apenas treinta centímetros, con el suelo de ásperas piedras y guijarros, flanqueada de una maraña de ramas y lianas que hay que ir apartando. Para no golpearse con ellas a veces es necesario tumbarse sobre el cuello del caballo, el cual bastante tiene con caminar a tuestas o dando un traspies sobre otro en las piedras de tan angosto y cerril sendero, o con subir por rocas que le llegan casi hasta el pecho. Así a trompicones, penosamente, nos fue necesario emplear una hora entera para recorrer menos de dos kilómetros. En uno de los puntos más escabrosos del camino, el caballo del ainu que marchaba justo delante del mío, al intentar pisar en una resbalosa lancha a la altura de su pecho, se venció para atrás y casi estuvo a punto de derribar también mi caballería, y los palos de la camilla, que formaban parte del equipaje del caballo del ainu, me golpearon con tal violencia por encima del tobillo que durante unos minutos creí

que se me había roto el hueso. El tobillo me sangró por el corte y yo me caí de la silla. El caballo de Ito también se cayó tres veces y al final tuvimos que atarnos los cuatro a la montura. ¡He ahí algunos *divertissements* de viajar en Yezo!

Aun así, el paisaje era una maravilla. ¡Qué vistas tan magníficas! Un verdadero paraíso. Aquí está todo: enormes promontorios soberbiamente cubiertos de bosques, profundas ensenadas donde grandes olas verdes se mueven majestuosamente, colosales y grises acantilados, demasiado perpendiculares hasta para el alpinista más aventurero, peligrosos riscos y crestas como almenas coronadas de cedros, vistas momentáneas de la luminosa superficie azul del océano con sus destellantes rizos pero que a veces escupe fantasías de espuma entre los helechos y las lianas de la costa, cadenas de montañas tierra adentro engalanadas de verdes mantos separadas unas de otras por tremendas hondonadas, bosques donde lobos, osos y ciervos se esconden en guaridas casi inaccesibles, cimas como fortalezas y crestas de grisáceas rocas, masa forestal de cedros que proyectan profundas sombras o de arces con pinceladas carmesíes que parecen encender la penumbra de los bosques. El panorama del interior sugiere infinitud. No parece haber límite ni a estas boscosas montañas ni a las sombrías quebradas. La exuberancia de la vegetación es igual a la de los trópicos, una vegetación virgen donde nunca han sonado los hachazos del leñador. Árboles de inmensa altura y corpulencia, especialmente el bellísimo *Salisburia adiantifolia*, con pequeñas hojas en forma de abanico, todos enlazados por desordenadas lianas y elevándose sobre un sotobosque impenetrable donde reina el bambú enano de hojas oscuras que, a pesar de su nombre, alcanza hasta dos metros de alto. En el seno del bosque todo es solemne, umbroso, silente: hogar de animales salvajes, de mariposas, de libélulas de fúlgidos colores. Reinaba una luz sin calor dispersa en hojas y arroyos que resplandecían, sin nada de ese opresivo bochorno que uno siente a menudo dentro de la sofocante masa arbórea de la isla principal de Japón. Y es que aquí teníamos al Pacífico resplandeciendo con toda su soleada belleza. De vez en cuando el camino se abría inesperadamente a una pequeña ensenada a la que en parte cercaban inhiestos peñascos y escarpados riscos coronados de cedros, una visión a la cual el fragor grave del oleaje ponía la nota musical que quebraba la calma de tan silenciosos parajes.

El sol se había puesto cuando la senda nos dejó a las puertas de una solitaria bahía de gran belleza delimitada por unos promontorios de aspecto impracticable. Era la entrada a un valle densamente arbolado e igualmente impracticable que se adentraba en montañas de profusa vegetación. Nos separaba del mar un banco de arena gris sobre el cual yacía el esqueleto de una enorme ballena. Dos o tres grandes «refugios subterráneos» cuyos bordes estaban medio cerrados con tablones unidos por robustas fibras y unas maderas arrojadas por las olas y descoloridas por la intemperie componían el marco donde se veía una solitaria casa gris medio ruinoso. Era la vivienda de tres japoneses y de un sirviente ainu apostados allí para velar por los «intereses del Gobierno japonés», fueran los que fuesen, y mantener aposentos y caballos para cualquier funcionario que allí se presentara. Una gran suerte para viajeros como yo llegados a estas latitudes. Solo una persona ha cruzado los pasos de Lebunge este año, aparte de dos funcionarios y un policía.

Había aún fulgores rojizos reflejados en el agua y por encima del promontorio boscoso se mostró una luna en forma de cuerno. Pero la soledad y el aislamiento son sobrecogedores y bastarían para enloquecer a cualquiera que osara recluírse para siempre en estos parajes con la compañía del bramido sempiterno del oleaje que obliga a gritar para ser oído. En el bosque, a escasos quinientos metros de la orilla, hay un poblado de ainus compuesto por una treintena de casas. La visión de algunos de sus habitantes deambulando silenciosamente por la playa a la hora crepuscular contribuía a dotar la escena de un aspecto fantasmagórico y desolado. Cuando yo llegué, los caballos ya habían sido descargados y varios ainus me condujeron cortésmente a mi habitación que daba a un pequeño patio cerrado por un robusto portal. El cuarto olía a moho y, debido a la falta de uso, estaba infestado de arañas. Un candil alimentado con aceite de pescado que disipaba malamente la oscuridad me permitió distinguir a duras penas los rostros morenos, patéticos de una fila de ainus apostados en la galería exterior que se retiraron silenciosamente con sus graciosos saludos cuando les di las buenas noches. No era de esperar que hubiera comida, pero al final me proporcionaron algunas patatas, arroz y alubias negras, hervido todo a partes iguales en salmuera y jarabe, y que resultó de sabor aceptable. Las contusiones y los cortes recibidos ayer me dolían tanto por el frío de las primeras horas de la mañana que me vi obligada a permanecer aquí.

## CARTA 41

*Hakodate (Yezo). 12 de septiembre*

Lebunge resultó ser un lugar sumamente fascinante por su terrible aislamiento. El dueño de la casa era un japonés amable y dotado de cariño natural hacia la raza ainu. Si los demás funcionarios con competencias sobre los ainus tratan a estos tan fraternamente como los de Usu y Lebunge, no hay motivo para lamentarse. Este hombre además les hacía tomar conciencia de la importancia de virtudes como la honradez y la mansedumbre. Me preguntó si me importaba que se acercaran a visitarme antes de irme. Respondí que estaría encantada. Así pues, unos veinte hombres, casi todos llevando a niños muy lindos, entraron en el patio con los caballos. A pesar de que nunca habían visto a un extranjero, bien por apatía o por consideración, no me miraban fijamente ni me agobiaban como hacen los japoneses, sino que se limitaron a dedicarme un cortés reconocimiento. Les gustó mucho la piel de oso que recubría mi silla de montar, así como mis botas de cuero natural que comparaban con los mocasines de piel de venado que usan para cazar en invierno. Sus voces poseen la musicalidad más grave que he oído y dejan escapar unos sonidos doblemente extraños al provenir de hombres tan peludos y de físico tan poderoso. Su amor por los niños es algo extraordinario. Los acariciaban con ternura y los alzaban para que me fijara en ellos. Cuando el dueño de la casa les dijo en su lengua lo mucho que yo admiraba estas encantadoras y pequeñas criaturas de piel aceitunada, sus rostros se iluminaron de placer y me saludaron una y otra vez. Estos ainus, al igual que los otros que he oído hablar, profieren un sonido breve y chirriante cuando hay algo que no les gusta, un sonido por el que el viajero reconoce al salvaje.

Los ainus de este poblado, Lebunge, se diferencian considerablemente de los de las aldeas orientales. Nuevamente debo llamar la atención sobre el claro chasquido de la lengua cuando pronuncian el grupo consonántico *ts* al comienzo de muchas palabras. Tienen la piel tan atezada como la de los beduinos y las frentes comparativamente bajas. Los ojos son mucho más hundidos que los de los ainus orientales, su estatura es más baja y el vello más abundante. Es también más marcado en ellos cierto aire de pensativa melancolía. Me encontré con dos hombres sin ropa cuando faenaban duramente con una canoa, pero cuyo cuerpo

estaba casi totalmente recubierto de vello corto y negro, y muy denso especialmente en hombros y espalda; tanto era así que la falta de ropa podía muy bien disimularse por la velluda capa que envolvía sus pieles. Observé igualmente la gran anchura de sus pechos y el gran desarrollo de la musculatura de brazos y piernas. Todos estos ainus se rasuran unos cinco centímetros por encima de las cejas. Escoltada por tan amables y amistosos bárbaros, visité sus cabañas, que son muy pequeñas y pobres, muy inferiores a las de los ainus montañeses. Las mujeres son bajitas, de complexión robusta y nada agraciadas.

Desde su aldea inicié la etapa de mi viaje más larga y, según decían, la peor. Iba a cubrir unos veintisiete kilómetros, de los cuales los dieciséis primeros serían por un terreno montañoso. La ruta resultó ser tan solitaria y apenas transitada que a lo largo de un trayecto de cuatro jornadas de viaje no nos encontramos ni un alma. En el valle de Lebunge, con frondosos bosques, abundantes corrientes y un terreno traicionero, me encontré con un espécimen grandioso de la *Salisburia adiantifolia*, cuyo tronco a poco menos de un metro del suelo se divide en ocho vigorosas ramas cada una de las cuales con un diámetro no inferior a los setenta y cinco centímetros. Vi otro árbol de hojas orbiculares en pares que alcanza también un tamaño descomunal.

A partir de ese valle, un camino de herradura pedregoso y difícil asciende por el lado occidental del puerto de Lebunge a través de la espesura de un bosque hasta alcanzar unos seiscientos metros. A partir de ahí y a pesar de algunos altibajos, se hace relativamente llano y corre por una senda estrecha siguiendo la cresta de las montañas orientadas al mar entre altos muros de densas matas de bambú, las cuales formaban el sotobosque que vimos durante gran parte de ese día de viaje, el mismo sotobosque de los valles y montañas, de las escabrosas cumbres y las fragosas quebradas. El paisaje era tan soberbio como el del día anterior. Finalmente, la senda desciende por un risco profundo y sigue bajando hasta acercarse a la línea del litoral que evidentemente ha retrocedido considerablemente. A partir de ahí el camino discurre diez kilómetros por un terreno llano y arenoso que cerca de la orilla del mar se muestra tapizado de bambú enano unos doce centímetros de alto, y más al interior de rosas rojas y campánulas azules.

Al pie del risco hay una casa japonesa en estado ruinoso donde ha sido apostada una familia ainu con el encargo de dar alojamiento y descanso a

cualquier viajero. Yo abrí mi *bento bako* o fiambarrera de madera de laca roja que contenía unas patatas frías y chiclosas. Esa fue la cena, además de un poco de té. Entonces el guía partió en busca de Ito cuyo caballo durante el descenso no había podido seguir la marcha de los demás y se había quedado rezagado. Mientras lo esperaba, observé la vivienda y sus moradores: verdaderos objetos de estudio antropológico. La casa no tenía techumbre; de las ripias ennegrecidas por el humo colgaba todo género de enseres cuyo posible uso se me escapaba por completo. Todo estaba roto o en ruinas, y la suciedad era impresionante. Una mujer ainu cuya fealdad era tal que no parecía humana se encontraba cortando tiras de corteza vegetal. En la sala había varios fogones o *irori*, de estilo japonés, es decir, hundidos en el suelo. Al lado de uno de ellos se sentaba un anciano de físico imponente con el aire apático mientras contemplaba cómo hervía la olla. Viejo como era y sentado entre tantas ruinas, representaba a la perfección el destino de una raza que, aun viva, carece de historia y que cuando perezca no dejará monumento alguno. Junto a otro de los *irori* estaba sentado o más bien en cuclillas el ESLABÓN PERDIDO<sup>36</sup>. Nada más verlo, me quedé paralizada de asombro. Era —¿se puede llamar así?— un ser humano, la pareja —pues no puedo llamarlo «marido»— de la mujer fea. Frisaría los cincuenta años. Las altas cejas ainus parecían aún más altas al haberse rapado la cabeza unos seis centímetros por encima de la línea de la frente. El cabello le colgaba no en greñas, sino en mechones serpentinos fundiéndose con una enmarañada barba gris. Los ojos eran oscuros y la mirada vacía. En su cara no había ninguna otra expresión como no fuera la de esa melancolía apática que uno observa a veces en los rostros de bestias en cautividad. Brazos y piernas tenían una longitud y delgadez no naturales. La criatura estaba sentada con las rodillas recogidas debajo de las axilas. Con la excepción de una parte de los costados, todo el cuerpo incluyendo las extremidades se hallaba ligeramente recubierto de un vello negro y fino, de poco más de dos centímetros de largo, que se volvía rizado en la zona de los hombros. No mostraba más señales de inteligencia que las justas para poner a hervir el agua para mi té. Cuando llegó Ito, lo miró con repugnancia y exclamó aludiendo a la leyenda que circula sobre el origen de la raza ainu:

—Los ainus no son más que unos perros. Normal: el padre de todos ellos fue un perro.

Después de las montañas, el terreno era gratamente llano. Una cabalgada a medio trote nos llevó a Oshamambé donde cogimos la vieja ruta de Mori a Satsuporo y donde tuve que detenerme un día para dar descanso a mi columna vertebral que venía doliéndome mucho. Oshamambé tiene un aspecto abatido incluso cuando hace sol, una aldea destartalada y viciosa, con mucha gente haraganeando de un lado para otro y con esa mirada aturdida que pone en los ojos el abuso de la bebida. Hacía un calor sofocante, por lo que me sentó bien encontrar refugio en una *yadoya* desvencijada y llena de gente donde no había ni alubias negras y no parecía que conocieran ni el uso culinario del huevo. Las cuatro «paredes» de mi cuarto eran todas de *shoji*, es decir, de papel translúcido, y no pasaban cinco minutos al día en que su superficie no fuera taladrada con el dedo para hacer agujeros donde los curiosos aplicaban sus pupilas. Durante la noche se cayó uno de los *shoji* revelando a seis japoneses durmiendo en fila, cada uno con la cabeza encima del taco de madera que usan de almohada.

La grandiosidad del paisaje cesó con los puertos de montaña, pero en parte gracias al buen tiempo soleado, el trayecto en caballo de Oshamambé a Mori, que me llevó dos días, fue tan hermoso y agradable como cabría esperar. En Yurapu, donde hay una aldea ainu de treinta casas, vimos los últimos aborígenes con lo que acabó el interés del viaje por Yezo. Sucesivamente, nos encontramos con franjas de arena dura por debajo de la marca de altura de agua, extensiones cubiertas de rosas rojas, cordilleras de montañas boscosas, ríos profundos y bajos, algunos pueblos de viviendas grisáceas entre arenales igualmente grises y maderas descoloridas escupidas por las olas, finalmente el río Yurapu, una corriente ancha y profunda, con veintidós kilómetros navegables en canoa. El paisaje entonces, a media tarde y con un tiempo espléndido, se volvió bellissimo. Las olas azules y largas lamían mansamente la playa después de mecerse más de un kilómetro por la superficie del océano con sus crestas de nivea espuma y dejar escapar el fragor de su música al llegar a la costa. El panorama que brindaba tierra adentro era el de seis cadenas de montañas recubiertas de bosques y agrietadas por barrancos sobre las cuales se elevaban los picos grises y pelados recortados sobre el fondo de un cielo de singular pureza. Sentí el anhelo de tomar un barco y navegar río arriba por el Yurapu, pero me faltaron fuerzas para cumplir mi deseo.

Después intercambié el silencio o el habla grave y musical de los guías ainus por el parloteo incesante y áspero de los japoneses. En Yamakushinoi, una aldehuela a la orilla del mar, dormí en una *yadoya* tranquila y deliciosamente ubicada con un acantilado detrás y una luna creciente en medio de un cielo puro. Además, me esperaban placeres más sólidos, como poder cenar pescado, huevos y alubias negras. Así pues, en lugar de morir de hambre y sufrir en pésimos alojamientos, la semana pasada en la bahía del Volcán ha sido cuando mejor he comido y ciertamente la más cómoda de mi periplo por el norte de Japón.

Un tiempo otra vez magnífico volvió a hacer grata la cabalgada hasta Mori. Los dos únicos reveses fueron mi mala suerte con el caballo que me tocaba en cada etapa y nuestro guía japonés, que, cosa extraordinaria en los japoneses, tenía mal carácter y no hacía más que quejarse. Situadas a lo largo de la costa, Otoshibe y unas cuantas más aldeas pequeñas de casas grises, dominadas por ese olor rancio a pescado, seguramente son lugares activos en la temporada de pesca, pero cuando yo pasé parecían desiertas y en decadencia. En muchos lugares de la costa las casas se hallan profusa y hermosamente adornadas con flores y huertos, con frecuencia cultivados a base de las semillas que proporciona con generosidad el centro experimental agrícola de Nanai de carácter gubernamental. Durante un buen tramo hasta Mori el camino desaparecía a pesar de ser una ruta de considerable tránsito. Para no perderse bastaba con caminar por la arena blanda de la costa, lo cual era fatigoso, o ir pisando los ásperos guijarros cerca de la misma, o incluso meterse en el agua. Sobre nuestras cabezas había acantilados de arcilla o de una tierra arenosa amarillenta. También tuvimos que vadear numerosas corrientes pequeñas de agua, algunas de las cuales habían abierto profundos surcos en estratos de arena volcánica de color negro. Entre ríos y arroyos que vierten sus aguas a la costa de Yezo he tenido que cruzar unos cien. Los más grandes tienen una característica común: al aproximarse al mar su cauce gira al sur en línea paralela al litoral antes de encontrar desembocadura y de atravesar el banco de arenas y guijarros que forman la playa y que parecen impedirles su salida al mar.

En el camino vi a dos ainus desembarcar en la playa desde una canoa en la cual habían remado cerca de ciento sesenta kilómetros. Las canoas de los ríos se hacen ahuecando el tronco de un árbol, un trabajo en el que dos hombres invierten hasta cinco días. Pero cuando me fijé bien en esta canoa usada en el mar

y que medía cerca de ocho metros, observé que estaba formada por dos mitades, unidas a todo lo largo por fibras de corteza muy fuertes y con laterales altos también unidos a la base por medio del mismo material. Creen que las canoas de dos mitades son más resistentes para navegar en el mar cuando está agitado. Las fibras vegetales utilizadas presentan una bella manufactura y van trenzadas en todos los tamaños, desde una sencilla trenza hasta un calabrote de veinte centímetros de grosor.

Al caer la tarde cruzamos el último de los ríos sin puente y llegamos a Mori, donde había estado tres semanas antes. Sentí mucho agradecimiento por haber llevado a cabo mi objetivo sin decepciones, desastres ni incomodidades dignas de consideración. Si no hubiera hecho la promesa de que en determinado día devolvería a Ito a su amo, el señor Maries, me habría gustado pasar las siguientes seis semanas en las tierras vírgenes de Yezo pues el clima es bueno, el paisaje, hermoso y los temas de interés son abundantes.

Otro día espléndido favoreció mi viaje en caballo de Mori a Togenoshita donde pernocté. Para ambas jornadas conseguí caballerías excepcionalmente buenas, aunque la que le tocó a Ito, a la vez que de vez en cuando le daba por revolverse, tres veces se arrojó al suelo para sacudirse de las moscas. El día gris y encapotado en que hice el trayecto de Mori a Ginsainoma (los lagos) no había podido recrearme en admirar los bosques del camino, pero esta vez, gracias a que hacía sol y se percibían las sombras y brillos de las frondas, disfruté mucho con la música de colores carmesíes y escarlatas de la maleza, y de las hojas encendidas de los arces de los valles. Desde lo alto del paso que hay más allá de los lagos se divisa un soberbio panorama del volcán en toda su desnudez, con los lechos de lava y campos de rocas ígneas volcánicas, las pumitas, con los lagos de Onuma, Konma y Ginsainoma, y los bosques a sus pies. La cima de otro cerro brinda una vista notable de la ciudad de Hakodate, siempre expuesta al viento, con su cabo parecido al peñón de Gibraltar. Las laderas de este cerro están cubiertas del *Aconitum japonicum*, la especie vegetal usada por los ainus para emponzoñar la punta de sus flechas.

La *yadoya* de Togenoshita probó ser un lugar agradable con gente amistosa. Cuando Ito me despertó ayer por la mañana, me preguntó:

—Señorita, ¿no le da a usted pena que sea la última mañana? —Y añadió—: Pues a mí sí.

Tuve la sensación de que Ito y yo teníamos algo en común; lamentaba de verdad tener que poner fin a mi agradable gira por Yezo y también despedirme del joven que había demostrado ser más útil y valioso incluso que al principio del viaje.

Era verdaderamente tedioso tener la ciudad de Hakodate a la vista, distante solo veinte kilómetros, tan cerca a través de la bahía, pero tan lejos por la larga, llana y pedregosa franja de tierra que une el cabo en donde se asienta la ciudad. A lo largo de unos cinco kilómetros el camino está toscamente pavimentado con macadam y tan pronto como las caballerías ponen las pezuñas descalzas sobre él parece como si se volvieran cojas: remolonean, dan traspiés, arrastran las patas, se van a un lado. Por eso, cuando entramos en la interminable calle principal de la ciudad, despaché a Ito al Consulado británico en busca de las cartas que pudieran estar esperándome, y yo eché pie a tierra con la esperanza de que, como llovía, no me encontraría con ningún extranjero. Pero no tuve esa suerte, pues primero vi al señor Dening y luego al cónsul y al doctor Hepburn que venían calle abajo vestidos para, evidentemente, asistir a una cena en el buque insignia zarpado en el puerto. Iban todo elegantes, por lo que quise evitarlos a toda costa metiéndome en un callejón lateral, pero para mi desgracia repararon en mi presencia. Se entenderá mi deseo de no ser vista teniendo en cuenta que mi viejo sombrero, mi impermeable verde desgarrado, mi falda de amazona y mis botas no solamente estaban salpicadas de barro, sino cocidas con barro, todo lo cual me daba el aspecto de alguien «recién llegado del Japón inexplorado».

## CARTA 42

*Hakodate (Yezo). 14 de septiembre de 1878*

Es mi último día en Yezo y los rayos de sol, que iluminan esta capital gris donde siempre hace viento, tocan las cumbres rosadas de Komonotaki con matices más rojos y, al mismo tiempo, abrillantan mis últimas impresiones que, como las primeras, son muy gratas. La bahía, de un azul intenso, está moteada de sombras violetas y unos sesenta juncos se hallan anclados en sus aguas. Hay embarcaciones con aparejos extranjeros, pero son los pálidos juncos, tanto los que están

atracados inmóviles como los que se deslizan por el puerto bajo sus enormes velas blancas, las embarcaciones que me hechizan igual que cuando las vi la primera vez en el golfo de Yedo. Destacan por su aspecto antiguo y pintoresco, aunque dan la impresión de encajar mejor en un cuadro que batallando en alta mar contras aguas tempestuosas.

Finalmente hoy me he separado de Ito. Ha sido una despedida dolorosa. Me ha servido fielmente y sobre la mayor parte de temas comunes he conseguido de él mucha más información que de cualquier otro japonés. Ya le echo de menos. Antes de irse, insistió en hacerme el equipaje como siempre y en ordenarme todo. Su inteligencia es algo sorprendente. Ahora va a entrar al servicio de un hombre bueno y viril que lo ayudará a ser una buena persona y será para él un buen ejemplo, algo que me llena de satisfacción. Otra cosa que hizo antes de despedirse, fue escribirme una carta en japonés dirigida al gobernador de Mororan agradeciéndole en mi nombre el uso de los *kurumas* y otras atenciones.

## CARTA 43

*Legación británica (Yedo). 21 de septiembre*

Un mar apacible, que después de tanta agitación ha vuelto a la calma, y una temperatura alta y constante auguraban una travesía hasta Yokohama de cincuenta horas. Cuando la noche del día 14, a la luz de luna, el doctor Hepburn, su señora y yo como únicos pasajeros subimos a bordo del *Hiogo Maru*, el señor Moore, su agradable y simpático capitán, nos dio la bienvenida celebrando que nos iba a esperar un viaje rápido y delicioso. A medianoche nos separamos con muchos planes de animadas actividades y grata compañía durante el trayecto.

La realidad, sin embargo, fue que nunca he realizado una travesía más miserable y solo fue por la tarde del día 17 cuando nos aventuramos a salir de nuestros camarotes y conversar. El segundo día de navegación el calor se hizo agobiante, el mercurio subió a los treinta grados y cuando llegamos a la latitud 38°, 0' norte y la longitud 141°, 30' nos encontramos con un tifón, o podría llamarse también «ciclón» o «huracán», que duró veinticinco horas y «echó por la borda» el cargamento. El capitán Moore me proporcionó un diagrama muy

interesante del tifón mostrándome las tentativas que realizaba para evitar su vórtice por el cual había pasado la derrota de la embarcación y para mantenernos lo más alejados posible. Al tifón le sucedió una densa niebla, de modo que la travesía, que supuestamente iba a durar cincuenta horas, al final necesitó setenta y dos horas. Desembarcamos en el puerto de Yokohama cerca de la medianoche del día 17 donde comprobamos la huella del azote del tifón: inundaciones en las tierras más bajas, cortes en el ferrocarril entre Yokohama y la capital, inquietud de la gente por la cosecha de arroz, una atmósfera llena de alarmantes rumores y el papel moneda, que cuando yo llegué a Japón en mayo estaba a la par, ¡caído un trece por ciento! Tengo entendido que a comienzos de este año (1880)<sup>37</sup> se ha desplomado al cuarenta y dos por ciento.

A media tarde reabrieron la vía férrea y llegué aquí, a la Legación británica, en compañía del señor Wilkinson, contenta de disponer de un tiempo de reposo y tranquilidad bajo el techo hospitalario de este edificio. Lucía sol por la tarde y la ciudad de Tokiyo ofrecía su mejor aspecto. Daba gusto ver las largas hileras de las mansiones señoriales, las *yashikis*. El foso del castillo estaba tan lleno de las gigantescas hojas de loto que a duras penas se distinguía la superficie del agua, mientras que los terraplenes del foso superior, brillantes por el verde bajo los rayos del sol, se veían coronados por pinos cuyas siluetas recortaban osadamente el azul del cielo. La colina sobre la que se yergue el edificio de la Legación presenta un aspecto seco y alegre; pero mejor que todo eso, es que fui el objeto de una amabilísima acogida por parte de todos los que para mí han hecho de esta casa un hogar en un país extraño.

Tokiyo está en calma, es decir, solo inquieto por temores acerca de la cosecha arrocera y de la caída del *satsu*, los billetes de banco. Los militares amotinados han sido juzgados —según los rumores, torturados— y cincuenta y dos de ellos fusilados<sup>38</sup>. Ha sido el peor verano en años y predomina una lluvia casi incesante unida a un calor húmedo y tétrico. La gente ha sido sorprendida por las lluvias en sus residencias veraniegas. «Seguro que pronto cambiará el tiempo», dicen; pero hace tres meses que llevan diciendo lo mismo.

## CARTA 44

*Legación británica (Yedo). 18 de diciembre*

Con un tiempo bueno y estable, he pasado los últimos diez días aquí igual que lo hubiera pasado hace dos meses si el clima se hubiera comportado como debiera. El tiempo se ha ido volando entre excursiones, compras, pequeñas fiestas escogidas con cena y visitas. Algunas de estas visitas fueron de despedida y otras culturales en compañía del señor Chamberlain a los bosquecillos y templos de Ikegami cuyos superiores y monjes nos agasajaron en las salas para invitados. También visitamos Enoshima y Kamakura, «vulgares» lugares de recreo y esparcimiento, aunque nada puede ser vulgar mientras sobre ellos se cierna el soberbio monte Fuji.

No voy a mencionar más que una «visita» que hasta la fecha se halla al margen del Japón explorado y que pude realizar solo después de muchas averiguaciones. Entre los budistas, especialmente entre los afiliados a la escuela Monto, se ha practicado la cremación de cadáveres hasta que fue prohibida hace cinco años en deferencia, suponen algunos, a los prejuicios europeos sobre dicha práctica. Sin embargo, hace tres años se retiró la prohibición y en este corto periodo el número de cuerpos cremados ha alcanzado casi la cifra de nueve mil al año. Sir H. Parkes solicitó autorización para que yo pudiera visitar uno de los cinco crematorios, el de Kirigaya, permiso que fue concedido con cierta demora por el gobernador de Tokiyo a petición del señor Mori. Así pues, ayer, con la ayuda del intérprete de la Legación, me personé en una de las mansiones oficiales más elegantes de Tokiyo donde, contra todo pronóstico, fui recibida en audiencia por el gobernador en persona. El señor Kusamoto es un hombre de excelentes modales y con facciones que expresan la energía y la capacidad de las cuales ya ha dado buena prueba. Le sienta bien la indumentaria europea y tanto su actitud como su porte son naturales y dignos. Después de hacerme muchas preguntas sobre mi gira por el norte del país y entre los ainus, manifestó deseos de que le confiara mi sincera crítica del país que había visto. Pero, como en Oriente estos deseos no hay que tomárselos literalmente, me limité a expresarle que los caminos iban a la zaga del progreso que el país había realizado en otras áreas. Reaccionó con explicaciones que sin duda tenían que ver con la pasada historia de los caminos y rutas del país. Se refirió también a las cremaciones de las que dijo que eran «necesarias» en las grandes ciudades. La entrevista acabó

pidiéndome que despidiera a mi intérprete y mi *kuruma*, pues se iba a encargarse de enviarme a Meguro en su propio vehículo y con uno de los intérpretes del Gobierno. Añadió muy cortésmente que le daba mucho placer mostrarse servicial con una invitada del ministro británico «cuya personalidad e importantes servicios a Japón tenía en alta estima».

Un viaje de una hora, sumada al griterío de los *betos* que nos encontramos, bastó para llevarme a un barrio de suaves lomas y valles donde las rojas camelias y frondosos matorrales de bambú sobre un fondo de cedros contrastaban con los tonos grises y monótonos que dominan el paisaje invernal del norte de Europa. Nos bajamos en un camino rural demasiado áspero para el vehículo. Pasamos por campos y setos hasta llegar a una edificación de aspecto en exceso insignificante para un uso tan solemne como la incineración. Bueno, tampoco esperes que te cuente detalles macabros. Me vi ante un edificio alargado de altos techos y chimeneas semejantes a los secaderos para lúpulo que se pueden ver en Kent en medio de un entorno rural que hacía pensar en una granja más que en una pira funeraria. En fin, todo lo que sea horrible lo dejo a la imaginación.

El extremo del edificio más cercano al camino es un pequeño templo atestado de imágenes religiosas y con pequeñas urnas de barro rojas, así como tenacillas, que venden a los familiares de los difuntos. Más allá del templo hay cuatro estancias con el suelo de tierra y paredes de barro; y nada más digno de mención, a no ser la altura del tejado con vertientes a dos aguas rematadas en punta y el color oscuro del enlucido. En medio de las estancias más grandes destacan varios pares de pilares de granito a la misma distancia unos de otros; en la más pequeña hay un par solitario. Esto es todo lo que había que ver en el crematorio. En la sala grande se incineran varios cuerpos a la vez y cobran solamente un yen, mientras que una incineración en solitario sale por cinco yenes. Se utilizan astillas y no se necesitan muchas para reducir a cenizas un cuerpo humano. Después del servicio funeral celebrado en la casa del difunto, el cadáver es trasladado al crematorio y dejado a cargo de un empleado, un hombre de aire melancólico, con aspecto ahumado como corresponde a sus funciones. La gente más pudiente a veces paga a monjes para que estén presentes durante la cremación, pero no es lo habitual. En la sala mayor hay cinco «toneles express» de madera de pino sujetas con tiras de bambú donde, a modo de féretro, descansan los restos de los culis y miembros de las clases más bajas, y otras cajas

de pino alargadas, al estilo de los ataúdes de Occidente, para la gente de clase media. A las ocho de la tarde cada uno de estos «féretros» se coloca sobre los caballetes de piedra, se prende fuego a las astillas colocadas debajo y que, a medida que se van consumiendo, se reponen a lo largo de la noche. Así, hacia las seis de la mañana siguiente todo lo que queda del cuerpo humano no es más que un puñado de cenizas. Estas son depositadas en las urnas que se entregan a los familiares respectivos para ser honrosamente enterradas en el cementerio de cada familia. En algunos casos los monjes acompañan a los familiares en este postrer y luctuoso viaje. La noche previa a mi visita se incineraron trece cuerpos, pero no percibí el mínimo olor ni dentro ni cerca del crematorio. El intérprete me dijo que a causa de la altura de las chimeneas los vecinos que viven en las inmediaciones no experimentan ninguna molestia, ni siquiera durante la incineración. Es muy notable la simplicidad del proceso y no puede haber ninguna duda razonable de que cumple el objetivo de destruir el cadáver de forma inocua y absoluta. Además, su bajo coste lo pone al alcance de la economía de todas las clases sociales, eliminando el alto precio de un enterramiento ordinario. Esta misma mañana el gobernador despachó a su secretario para entregarme una traducción del interesante informe sobre la descripción de esta práctica crematoria y de su introducción en Japón.

*A bordo del Volga. Nochebuena de 1878*

El cono nevado del monte Fuji enrojecido por la alborada se eleva por encima de los bosques violáceos de la bahía de Mississippi mientras nuestra embarcación sale del puerto de Yokohama el día 19. Tres días después vislumbré lo último de Japón: un litoral accidentado al que embestían las olas de un mar agitado por el viento.

## GLOSARIO DE TÉRMINOS JAPONESES<sup>39</sup>

- amado*: postigo deslizante de madera  
*andon*: farolillo de papel fijo o sujeto con un palo  
*betto*: acemilero, colí  
*chaya*: casa de té  
*daidokoro*: cocina  
*daimio*: señor feudal  
*doma*: zaguán con suelo de tierra  
*fusuma*: puerta corredera de papel que separa las estancias de una casa japonesa tradicional  
*bakama*: falda pantalón vestida en ocasiones formales  
*haori*: chaquetón abierto por delante usado en ocasiones formales  
*hibachi*: brasero  
*irori*: fogón excavado en el suelo  
*itama*: espacio de una casa recubierto de tablas  
*joroya*: casa de citas  
*kago*: cesto grande y cubierto  
*kaimiyo*: nombre póstumo budista  
*kekemono*: pintura o caligrafía colgante  
*kamidana*: altar familiar sintoísta sobre un estante  
*kocho*: alcalde de población rural  
*koto*: arpa japonesa que se toca horizontalmente  
*kura*: almacén, silo  
*kuruma*: carrito de dos ruedas y tracción humana  
*magō*: arriero  
*maro*: taparrabos  
*miya*: santuario sintoísta  
*mochi*: pastel de harina de arroz de forma redonda  
*niō*: dios guardián del panteón budista representado con el gesto iracundo  
*norimono*: palanquín  
*ri*: legua japonesa equivalente a 3.927 metros  
*satsu*: billete de banco  
*sen*: centésima parte de un yen  
*samisén*: especie de laúd de tres cuerdas y largo mástil  
*shoji*: puerta o pared corredera, generalmente al exterior, de papel blanco y translúcido  
*shomon*: carta o certificado de carácter oficial  
*tabi*: calcetines de suela reforzada y espacio propio para el dedo gordo

*tokonoma*: espacio u hornacina de una sala, con el suelo ligeramente alzado, donde se coloca un cuadro o adorno

*tomoye*: blasón estampado

*torii*: edificación a modo de puerta levantada en puntos clave de un recinto sintoísta o en la senda que lleva al mismo

*yadoya*: fonda o posada

*yashiki*: mansión señorial

*zen*: mesita baja

1 LISÓN TOLOSANA, C., *La fascinación de la diferencia. La adaptación de los jesuitas al Japón de los samuráis, 1549-1592*, Madrid, Akal, 2005, pág. 193.

2 Bajo condiciones atmosféricas excepcionales, tal es la visión igualmente excepcional del monte Fuji o Fujisan. En condiciones normales su cono se muestra más ancho y bajo, siendo a menudo comparado a un abanico invertido. (Nota de la Autora, en adelante N. de la A.)

3 Se refiere al éxito del comodoro Matthew Perry cuando entre 1852 y 1854 logró forzar la apertura de Japón a la navegación y al comercio con las potencias occidentales. Saratoga y Mississippi eran los nombres de algunos de los barcos con que Perry se presentó en la bahía de Uraga, frente a la costa de Yedo. (Nota del Traductor, en adelante N. del T.)

4 A partir de ahora, usaré el término japonés de *kuruma* en lugar de la palabra china *jín-ri-ki-sba*. Literalmente *kuruma*, que significa «rueda» o «vehículo», es la palabra normalmente usada por los conductores de *jín-ri-ki-sba* y por los japoneses en general; además, es más eufónica. Literalmente *jín-ri-ki-sba* significa «coche de tracción humana». De *kuruma* se deriva naturalmente *kurumaya* o «conductor de un *kuruma*». (N. de la A.)

5 Los nombres de lugar fácilmente reconocibles por el lector se mantendrán en la grafía original de la autora. Así, Tokiyo en lugar del Tokio, Yedo en lugar de Edo o Kiyoto en lugar de Kioto. (N. del T.)

6 Al cabo de varios meses de viajar por algunas de las regiones más agrestes del interior, yo recomendaría a cualquier viajero medianamente saludable, pues nadie con mala salud debe viajar en Japón, que no se cargue de carne enlatada, sobres de sopa, vino y bebidas y comidas, excepto del extracto de carne Liebig. (N. de la A.)

7 Actual isla de Hokkaido, en el extremo noreste del archipiélago. (N. del T.)

8 Probablemente la autora se refiere a soja cuya vaina corta se asemeja a la del guisante. (N. del T.)

9 La verdad, sin embargo, era que mi miedo, aunque perfectamente natural para una señora sola, no tenía justificación alguna. Desde entonces recorrí dos mil kilómetros por el interior del país y en Yezo, con perfecta seguridad y sin ningún motivo de alarma. Creo, de hecho, que fuera de Japón no existe país en el mundo donde una dama pueda viajar con más absoluta seguridad y sintiéndose en todo momento más libre de todo peligro y rudeza. (N. de la A.)

10 Arpa de trece cuerdas, 1,80 metros de largo y 30 centímetros de ancho que se toca horizontalmente. (N. del T.)

11 En mi viaje por el norte del país muchas veces me vi obligada a alojarme en lugares sucios e incómodos pues las mejores casas eran de ese género. Si hay algunas vistas que pueden chocar al viajero, mucho más hay en la superficie que indica los vicios que degradan y esclavizan a los hombres de Japón. (N. de la A.)

12 Se trata del *sugi* o *Criptomeria japonica*, una conífera de gran porte y madera muy apreciada frecuente en los bosques japoneses. (N. del T.)

13 Son Tokugawa Ieyasu, el fundador del sogunato de Tokugawa (1603-1887), y de Tokugawa Iemitsu, tercer sogún de dicho gobierno. (N. del T.)

14 Probablemente se refiere a la llamada rebelión de Satsuma, acaecida solo un año antes del viaje de la autora, en la cual un grupo de antiguos samuráis se enfrentaron en Kiushu a las fuerzas del gobierno de Meiji. (N. del T.)

15 Es decir, la costa noroeste del archipiélago japonés, frente al litoral siberiano. (N. del T.)

16 Esta descripción solo puede ser cierta en el caso de las personas de clase más baja que salen de excursión desde las ciudades portuarias del Tratado. (N. de la A.)

17 En la capital el exceso de varones sobre mujeres es de 36.000, mientras que en todo el Imperio es de medio millón. (N. de la A.)

18 No ha sido posible identificar este término de *minjin*. Es probable que, como en otros términos sí identificados, la autora haya oído mal y haya realizado una transcripción errónea del mismo. Podría tratarse de *nishijin* del *nishijin-ori* (西陣織: <https://en.wikipedia.org/wiki/Nishijin-ori>), un tejido famoso originalmente producido en Kioto, pero que conoció gran demanda especialmente en la década de 1870 y su producción

se extendió a zonas sericícolas del país, como la visitada por la autora. Agradezco al profesor Norio Shimizu la gentileza de proporcionarme esta información. (N. del T.)

19 En virtud del tratado suscrito entre el gobierno soganal de Japón y Estados Unidos en 1858, ratificado años sucesivos por el gobierno Meiji y ampliado a las potencias europeas, habían quedado abiertos al comercio exterior cinco puertos: Yokohama, Nagasaki, Kobe, Shimoda y Hakodate; el de Niigata sería añadido en 1869. (N. del T.)

20 En una de ellas, no equipada para pasaje, he enviado uno de mis bultos a Hakodate y al hacerlo me he tropezado con una de las vejatorias restricciones con las que se hostiga aquí a los extranjeros. Parecería natural permitir que un extranjero envíe su equipaje personal de una ciudad acogida al Tratado a otra sin ser sometido a los numerosos trámites burocráticos que hacen esta operación casi imposible. En mi caso, lo conseguí solamente porque mi sirviente Ito realizó el envío escribiendo su nombre y usando como destinatario a otro japonés de Hakodate al cual conoce superficialmente. (N. de la A.)

21 Antigua provincia de Echigo. La autora emplea indistintamente las denominaciones antiguas y modernas de las divisiones territoriales de Japón. En realidad, fue en 1871, siete años antes del viaje, cuando los antiguos dominios o provincias pasaron a ser prefecturas y cambiaron de nombre. El dominio de Echigo comprendía las actuales prefecturas de Yamagata y de Niigata. (N. del T.)

22 Probablemente se refiere al *tokonoma*: «espacio de una sala tradicional japonesa, con el suelo ligeramente levantado, usado para colgar un cuadro o colocar adornos y una composición floral» (*Sakura. Diccionario de cultura japonesa*, VV.AA, Gijón, Satori, 2016, pág. 266). (N. del T.)

23 Hoy día esta ciudad de Kubota corresponde a la ciudad de Akita y tiene más de trescientos mil habitantes. (N. del T.)

24 No pude precisar la gradación alcohólica de este licor bebido tan liberalmente, pero como no observé sus efectos en las personas que lo bebieron, deduzco que debía de ser un sake ligero, de la clase que se produce en Osaka. (N. de la A.)

25 Probablemente una representación de teatro noh. (N. del T.)

26 Se refiere al asesinato de Toshimichi Okubo ocurrido en mayo de ese mismo año. Sobre la agitada situación política del Japón de la década de 1870, ver *Historia contemporánea de Japón*, de W.G. Beasley, Madrid, Alianza, 1995. (N. del T.)

27 Ernest M. Satow (1843-1929) fue un diplomático, lingüista y estudioso inglés, activo en el Japón de los años finales del soganato de Tokugawa y primeros años de Meiji. (N. del T.)

28 Yezo era la antigua denominación de la isla hoy conocida como Hokkaido, la más septentrional de las cuatro grandes islas del archipiélago japonés. Mantendremos en este texto la denominación de la autora. (N. del T.)

29 Hoy día llamada Muroran, en el sureste de Hokkaido. (N. del T.)

30 Actualmente conocida como Sapporo, capital de Hokkaido que entonces era llamada Yezo. (N. del T.)

31 Fragmento del poema «Alga» de Henry W. Longfellow en traducción propia. (N. del T.)

32 Las pulgas, las pulgas. (N. del T.)

33 «We were the first that ever burst / Into that silent Sea», en la quinta estrofa de la Segunda Parte de «Rima del anciano marinero» de Samuel Taylor Coleridge. Versión de Santiago Corugedo y José Luis Chamosa en *Baladas líricas*, Cátedra, 2010, p. 121. (N. del T.)

34 Minamoto no Yoshitsune (1159-1189), famoso militar y héroe japonés de las guerras Genpei (1180-1185). Protagonista de numerosas leyendas, una de las cuales asegura que se refugió en Hokkaido. (N. del T.)

35 Yoshitsune es el héroe más popular de la historia japonesa entre chicos y grandes, especialmente entre los primeros. Era hermano de Yoritomo, al que en 1192 el *mikado* nombró *Sei-i tai shogun* o «generalísimo que subyuga a los bárbaros» por sus victorias; fue el primero de una serie de grandes sogunes a los que nuestras nociones europeas calificaron erróneamente de «emperadores seculares» de Japón. Yoshitsune, a quien realmente pertenece el honor por esas victorias, fue objeto de los celos y del odio de su hermano que ordenó su persecución por todas las provincias del Imperio hasta que, según la tradición popular, cometió harakiri

después de quitar la vida a su esposa e hijos. Su cabeza, conservada en una vasija llena de sake, fue enviada a su hermano Yoritomo que vivía en Kamakura. Los estudiosos, sin embargo, no están de acuerdo sobre esa forma de morir, ni la fecha o lugar de la misma. Muchos son de la opinión que Yoshitsune logró escapar a Yezo y que vivió muchos años entre los ainus hasta morir a finales del siglo XII. Nadie cree esto más a pies juntillas que los mismos ainus los cuales sostienen que Yoshitsune enseñó a sus antepasados las artes de la civilización, las letras y los números, les dio leyes justas siendo venerado por muchos de ellos bajo un nombre que significa «Maestro de la Ley». Los ancianos de Biratori, Usu y Lebunge me informaron que un conquistador japonés se llevó después los libros en que estaban escritas esas artes y que, desde entonces, desaparecidas las artes, los ainus han caído en su actual estado de postración. Cuando les pregunté por qué los ainus no hacían cuencos de hierro y arcilla, así como flechas y lanzas, la respuesta invariablemente era esta: «Los japoneses se llevaron los libros». (N. de la A.)

36 Así en el original. (N. del T.)

37 El año en que la autora revisa su relato para ser publicado. (N. del T.)

38 La rebelión de Takebashi tuvo lugar poco menos de un mes antes de la llegada a Tokiyo de la viajera. En ella doscientos sesenta miembros de la Guardia Imperial se amotinaron, asesinando a varios oficiales del Ejército japonés. (N. del T.)

39 Fuente: *Sakura. Diccionario de cultura japonesa*, VVAA, Satori, Gijón, 2016

*Como  
voy a ser la primera  
mujer extranjera en viajar sola  
por el interior del país, por el Japón inex-  
plorado, puedes imaginarte la curiosidad  
amistosa que mi proyecto está suscitando entre  
mis conocidos, de los cuales recibo muchas  
advertencias y palabras disuasorias, pero  
escasas expresiones de ánimo.*

ISABELLA BIRD

